

BIBLIOTECA NACIONAL

L. ^o 9. Biol. S. N. E.

- Q-1-E-1-

Quito-Ecuador

Biblioteca de Autores Ecuatorianos
publicada bajo la dirección de
J. JIJON Y CAAMANO,
de la Academia Nacional de Historia
y de la Ecuatoriana correspondiente
de la Real Española
de la Lengua.

VOL. II



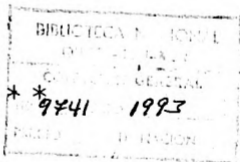
OBRAS ORATORIAS

DEL R. P. FRAY

JOSE MARIA AGUIRRE

(O. F. M.)

VOL. II



004286-J.

QUITO-ECUADOR

IMPRESA DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

1924



SERMON

pronunciado en la iglesia Catedral de Quito, el 8 de Diciembre de 1904, con ocasión de las Bodas de Oro de la Declaración Dogmática de la Inmaculada Concepción.

Ait Dominus Deus ad serpentem: Inimicitias ponam inter te et mulierem. Ipsa conteret caput tuum.

GÉNESIS III, 15.

Dijo el Señor a la serpiente: haré que una mujer sea enemiga tuya: *ella* quebrantará tu cabeza.

Amados hermanos míos en Nuestro Señor Jesucristo:

Echado del cielo el Angel rebelde por haber querido sentarse en el trono del Señor, no cesa sin embargo en su loco proyecto de usurpar el solio divino. Y viendo que el corazón del hombre era el asiento

más glorioso que tenía el Señor aquí en el mundo, acometió dentro del Paraíso a este nuevo trono de Dios; y lo acometió por la parte más flaca, que era la primera mujer, y derribando esta puerta, logró entrar y sentarse en el corazón de Adán con el pecado mortal que cometió nuestro primer padre comiendo del fruto prohibido. Por medio de este pecado se adueñó Lucifer de todo el orbe de la tierra, porque corrompió al género humano en su origen mismo. Y esta desobediencia de Adán se llama pecado original porque se trasmite a todos los hombres de generación en generación. Y llámase también cabeza de la serpiente infernal, porque así como la serpiente su astucia y todo su veneno lo tiene en la cabeza, así también el demonio toda su habilidad para vencer a los hombres la hace constituir en este primer pecado.

Para echar del cielo a Luzbel, Dios Nuestro Señor se valió del Príncipe de los Ejércitos celestiales, San Miguel, quien en batalla campal arrolló completamente al demonio y a todas sus huestes, derribándolas en el infierno. Mas para echarlo del corazón del hombre, para vencer a Luzbel en estos campos terrenales eligió Dios a una mujer; pero mujer mucho más hermosa y más fuerte que todos los ángeles juntos. La sabiduría de Dios así lo ordenó: que una mujer venciera al demonio, puesto que otra mujer ha-

hía sido vencida por él; por medio de Eva había triunfado el demonio sobre todo el género humano. Esto lo dispuso el Señor en el Paraíso, cuando maldiciendo a la serpiente la dijo: una mujer será tu enemiga y ella quebrantará tu cabeza. Esta mujer, bendita entre todas las mujeres, es María Santísima, quien venció al demonio en el instante mismo en que fue concebida, y entonces le desmenuzó la cabeza porque ella no contrajo la mancha de la culpa original.

El modo ordinario y común de matar a las serpientes, es darles con una vara en la cabeza. Y por esta razón, la Virgen María muchas veces es llamada en la Escritura la Vara elegida del Señor: *virgam virtutis tuae* la llama el Salmista, Vara fortísima del Señor: *Virga de radice Jesse* la llama el Profeta Isaías, vara que germinará en la casa real de David. *Hos de radice ejus ascenden*, vara que estará cubierta de muy hermosas flores.

Balaam, cuyas maldiciones o bendiciones se cumplan exactamente, fue comprado por el Rey Balac con abundancia de oro para que maldijese al pueblo de Israel. Y para maldecirlo subió el Profeta a la altura del monte Fogor, desde donde se veía a todo el pueblo, que estaba acampado en el hermoso valle del Jordán. Y arrebatado del espíritu del Señor vio en lontananza, en los siglos futuros, las inefables

glorias de este pueblo, y no pudo maldecirlo a pesar de que lo quería hacer con toda la fuerza de su voluntad. Y ¿qué era lo que veía el Profeta? ¿Qué era lo que así le atajaba las palabras de maldición y se las trocaba en palabras de bendición? *Videbo sed non modo, intuebor sed non prope*, decía él; veo allá, a mucha distancia, a donde apenas pueden llegar mis ojos. Y ¿qué es lo que vé? *Orietur stella ex Jacob, consurget virga de Israel*: veo una estrella que nace, y veo una hermosa vara que germina de en medio de este dichoso pueblo, y por esto no puedo maldecirlo. Esta estrella y esta vara que vió el Profeta, es la Purísima Virgen María nacida en el pueblo de Israel. La vio como estrella, porque en el momento de su concepción apareció radiante de luz y de hermosura: y la vio como vara, porque en ese momento despedazó la cabeza de la serpiente, esto es, arruinó el poder del demonio.

Esta bellísima vara que contempló el Profeta maligno, a la distancia, veámosla ahora nosotros de cerca, para que viéndola nuestros pechos se llenen de alegría celestial, y esta alegría rebose por nuestros labios convertida en cánticos de alabanza. Que el Espíritu Santo levante nuestras almas sobre las alturas de los montes, poniéndonos al igual de los ángeles con su santa inspiración, para que contemplemos esta

preciosa vara que es la Virgen Inmaculada en su concepción, y adorándola la bendigamos. — Ave María.

Ait Dóminus Deus ad serpentem: Inimicitias ponem inter te et mulierem. Ipsa conteret caput tuum.

GENESIS, III, 15.

I

Dice el Profeta Zacarías que el Señor tomó dos varas para apacentar a su grey: a la una le puso el nombre de hermosura, y a la otra le llamó azote. *Assumpsi mihi duas virgas, unam vocavi decorem, et alteram vocavi funiculum.* La vara hermosa servía para atraer el rebaño y conducirlo a los pastos saludables; y la vara llamada azote era para ahuyentar a los lobos y para matar a las serpientes. La Virgen María es la única vara pastoril de Jesús: Ella misma es vara hermosa para nosotros los hijos de Adán que somos el rebaño del Señor; y Ella misma es vara terrible, vara de hierro para el demonio, que es la serpiente infernal.

Para nosotros es vara hermosa, porque ella es nuestro único consuelo, es nuestra única esperanza. *Virga tua et baculus tuus, ipsa me consolata sunt* decía el Profeta David: oh, Pastor eterno, la hermosa vara con que me apacientas es toda mi dicha, es toda mi felicidad! ¡Ah! qué vara tan hermosa es la Virgen María! El cielo es un jardín en que hay bellísimas y variadas flores, que son las distintas jerarquías y coros de los ángeles; pero flor mucho más hermosa es la Virgen María. Ella en el momento de su concepción fue una vara de azucena que brotó aquí en la tierra. Vara hermosísima, que ella sola se aventajó en belleza y en dignidad sobre todas las flores juntas del jardín de los cielos. Sobre esas flores llueve en verdad el rocío del amor divino y las empapa en felicidad eterna; mas sobre esta preciosa flor llovió el mismo Hijo de Dios, que, convertido en gota de rocío cuando se hizo hombre, entró en el cáliz de esta azucena, y la comunicó tanta belleza, tanta felicidad, que sólo es inferior a la de Dios.

Y esta preciosa Virgen, esta hermosa vara brotó en nuestro suelo, y fue la única que brotó ya florida, porque entre todos los hijos de Adán, ella sola fue santa desde un principio. Aun cuando en la Iglesia de Dios hay también muchas y hermosas varas floridas, que son los Santos; pero todas tardaron en florecer,

fueron primero varas secas aptas para el fuego, ninguna de ellas tuvo desde el principio la frescura de la gracia, antes bien todas tenían entrañado en la médula, que es el alma, el ardor del pecado original. Infiicionado como estaba el veneno de la culpa, diré que los Santos en su concepción no fueron varas, sino serpientes que se arrastraban por el suelo, eran raza de víboras, propagación de aquella primera que entró en el Paraiso. Cuando Dios toma estas serpientes en sus manos con la gracia del bautismo, sólo entonces se convierten en varas, y varas floridas; y aun así, sus flores son muy efímeras porque luego se marchitan con los pecados personales que se cometen durante la vida. Sólo la Virgen María desde el primer instante de su concepción fue vara muy hermosamente florida.

La vara que eligió el Señor en el pueblo de Israel para hacer prodigios con ella, fue la vara de Aarón, porque quedando secas las varas de las otras tribus, sólo la de Aarón floreció innmediatamente que se la puso en el tabernáculo. Así sucedió en la concepción de María Santísima. Apenas el alma se infunde en el cuerpo del hombre, innmediatamente se mancha con la culpa: es como una perla que cae en un lodazal y queda enterrada en él, por el pecado que contrae el hombre en el momento de ser concebido. Mas el cuerpo de María no fue un charco cenagoso como lo

son nuestros cuerpos; fue por privilegio el tabernáculo de la nueva alianza, y un alma benditísima fue la vara o vástago elegido que apenas entró en el tabernáculo de un cuerpo, inmediatamente floreció en virtudes y santidad. En esto consiste el privilegio de su Inmaculada Concepción. «*Turgentibus gemmis, dice la Escritura refiriendo el prodigio de la vara de Aarón, turgentibus gemmis, eruperant flores*»: esa vara inmediatamente se cubrió de yemas, y las yemas al punto se abrieron en hermosísimas flores. Ved también el alma de María en el momento de su concepción: vedla como se cubre toda de yemas, yemas de gracias yemas que son botones de flor, que inmediatamente se desplegaron ostentando toda la hermosura de sus hijos y exhalando toda la suavidad de sus perfumes. Pues María no solamente tuvo desde un principio infundidas en su alma todas las virtudes y dones del Espíritu Santo, que son como las yemas de la santidad: sino que desde un principio también puso en ejercicio todas esas virtudes, que esto es el abrirse el botón de las flores. Iluminada con luz sobrenatural, desde el primer instante tuvo María el pleno uso de la razón, y desde ese primer momento conoció a Dios, y le amó, y se consagró absolutamente a su servicio, declarándose perpetua esclava suya. Estaba aun encerrada en el seno materno, y todos los botones en flor de esa preciosa

vara habíanse abierto ya, porque María desde el primer momento ejerció la virtud de la caridad y la virtud de la humildad y todas las demás virtudes, de suerte que la vara estaba ya cubierta de flores y ella sola era un Paraíso de delicias, era un cielo aparte, porque el cielo con la variedad y multitud de sus ángeles no era tan hermoso como lo era María con la verdad y plenitud de sus virtudes. Su corazón desde un principio, a impulsos del amor habíase abierto como una rosa, y el Espíritu Santo con plenitud descendió sobre ella, haciéndola desde ese momento perfecta y única esposa suya: *una est columba mea*".

La vara florida de Aarón—según dicen algunos santos expositores—fue la misma vara de los prodigios con que el Señor favoreció a su pueblo. Esta vara tocando las rocas del desierto las convertía en fuentes de agua, para que el sediento pueblo mitigara su sed. Ella hacía que de las nubes del cielo lloviesen pan sobre el campamento de Israel, para que el necesitado pueblo satisficiera su hambre. Ella tocando las olas del mar y corrientes de los ríos hacía que las aguas se retirasen dejando expedito el paso para su pueblo, que viajaba hacia la tierra prometida. Nosotros somos también un pueblo elegido, que vamos de viaje hacia la Patria celestial. Y María es la vara florida que nos acompaña siempre en el desierto de esta vida, y va

haciendo prodigios en favor nuestro, quitando todos los obstáculos que nos atajan el camino para el cielo. Si nos abrasamos con la sed de una verdadera felicidad, María toca con su gracia nuestros corazones, áridos como las rocas del desierto, y les convierte en un manantial de dicha y de paz. Si nuestras almas fatigadas con los trabajos de la vida, tienen hambre devoradora, María hace llover para nosotros la gracia, que es el pan que fortalece los espíritus. Si el camino para la Patria celestial se nos cierra por todas partes con mares de pecados y ríos de tentaciones, María alcanzándonos el perdón y la gracia, nos abre estas aguas y nos deja expedito el paso para la felicidad eterna. Sí, María es nuestra vara florida, es todo nuestro bien.

La vara de Aarón, después de concluido el viaje del desierto, fue guardada dentro del arca de la alianza, puesta junto al vaso de oro que contenía el maná, y allí se conservó siempre florida. La Virgen Santísima, que floreció en virtudes en el primer instante de su concepción, conservó en el transcurso de su vida intactas todas las flores, pues jamás cometió falta ni imperfección alguna, ni pudo cometerla. Aun después de muerta se conservó siempre florida, porque su cuerpo santísimo fue llevado a la gloria, pues a imitación de su Hijo, ella resucitó también. María

está en cuerpo y alma en el cielo. La vara está íntegra, no le falta ni una sola flor. Está guardada en el cielo, que es el Arca de la Alianza eterna, está junto a su Hijo Jesucristo, que es el vaso de oro que contiene el maná de nuestra felicidad.

II



Pero esta vara, tan hermosa para nosotros, es terrible para el demonio porque le quebranta la cabeza. Como la vara de prodigios en Israel, que tan benéfica era para ese bendito pueblo, y era el azote más duro para Faraón y todo el Egipto. Hacía llover maná sobre el campamento de Israel, y sobre las tierras de los egipcios hacía llover ceniza abrasadora. Para los hebreos convertía las rocas en manantiales de agua, y para los egipcios las cristalinas aguas de los ríos convertía en sangre. Abrió el mar Rojo para dar paso franco a los hijos de Dios, y lo cerró sobre las cabezas de los egipcios ahogándolos a todos. Así es María: vara hermosa y de bendición para nosotros; vara terrible y de maldición para el demonio, porque es la vara matadora de la serpiente infernal.

Ocultaba la serpiente entre las matas del jardín de la inocencia, y al primer hombre que descuidado se paseaba por entre las flores, le picó en la planta de los pies y lo envenenó todo. Compadecióse Dios del hombre y se irritó contra la serpiente. Al hombre le prometió un remedio eficaz contra su mordedura, y contra la serpiente preparó su vara. Esa vara debía brotar flores: las flores eran el remedio del hombre envenenado, y la vara era para quebrar la cabeza maligna de la serpiente. La verdad de esta alegoría es, que las plantas de los pies del género humano fueron Adán y Eva: la mordedura de la serpiente fue el pecado que cometieron por instigación del demonio: el veneno que entrando por los pies circuló en la sangre por todo el cuerpo, es este pecado original, que se trasmite a todos los descendientes de Adán: el único remedio contra el pecado es Jesucristo, que es una preciosísima flor brotada del seno de María: y María es la vara quebrantadora de la cabeza del demonio. Y ved aquí cómo la quebrantó.

El instante en que es concebido un hombre puede llamarse la planta de sus pies, pues por ahí comienza el cuerpo de su vida. La serpiente del infierno a todos los hombres pica en estas plantas con el pecado original, pecado que es el germen y semillas de todos los pecados que comete el hombre durante

su vida; y por esto, este pecado se llama la cabeza del demonio, porque en donde entra la cabeza de la serpiente, por ahí se desliza todo el resto de su cuerpo. Ahora bien, María Santísima en las plantas de sus pies, con el primer instante de su concepción, tenía mayor fuerza de gracia que la tienen en sus poderosos brazos todos los ángeles del cielo, porque a todos ellos les excedió en santidad en el primer instante de su concepción. Y si el diablo fue impotente contra el brazo del Arcángel San Miguel, ¿cuán impotente quedaría contra los pies de la Virgen? No pudo morderla en el calcañar como a los demás hombres; antes bien fue oprimido y aplastado por las bellísimas plantas de María. Sobre esa cabeza maldita cayó con toda su fuerza la inmensa pesadumbre de todos los cielos, porque todas las gracias juntas las tenía la Virgen en las plantas de sus pies, que son de su concepción. Fue para el demonio un golpe inesperado. Se retorció la serpiente bajo esas inmaculadas plantas haciendo esfuerzos horribles para librarse de ellas, pero esfuerzos inútiles porque quedó oprimido con la singularísima gracia que se le concedió a la Virgen en ese primer momento. He aquí cómo la Concepción Inmaculada de María, fue la hermosa vara que despedazó la cabeza de la serpiente infernal.

En expresión de la Escritura, esta serpiente infernal es el objeto de las burlas de Dios. *Draco iste quem formasti ad illudendum ei* dicen los Salmos. Y en el libro de Job se dice que así como los niños juegan con el ave que tienen atada con un hilo, haciendo como que la sueltan para tomarla después; así juega Dios con el horrible leviatán de los abismos eternos. Y de la Virgen Santísima dicen los Proverbios de Salomón, que ella juega con el orbe de la tierra: *ludens in orbe terrarum*. Este jugar con la serpiente significa cómo la sabiduría de Dios se burla de las astucias de Satanás. A veces podemos engañarnos creyendo que la serpiente está suelta; tales son los estragos que hace en el mundo! No, no está suelta, está bien asegurada bajo las plantas de María. Esos horribles chasquidos que produce al batir su cola infernal, no son sino juegos de Dios con la serpiente, para mayor confusión del demonio y para mayor tormento de su soberbia. En los primeros siglos del cristianismo diole un poquito de libertad, porque así convenia, dice el Apocalipsis: *Oportet illum solvi modico tempore*, y ved como esta serpiente ensangrentó a la Iglesia suscitándole crueles persecuciones, pero esto fue una burla muy afrentosa para el demonio, porque ved también esos innumerables ejércitos de mártires, que sufriendo la persecución y ejercitando muy heroicas virtudes, hicieron triunfar a

la Iglesia sobre sus mismos perseguidores. Vuévele el Señor a soltar después otro poquito a la serpiente, y contemplad el estrago que hizo en los pueblos con los errores que propalaban los herejes, pero contemplad también como estos triunfos aparentes del demonio vinieron a caer sobre su propia cabeza: porque contra los herejes se levantaron esas legiones de sabios, de santos doctores, genios que no los ha tenido igual el mundo, quienes, después de haber echado sus plumas a los pies de la Virgen consagrándolas a su servicio, escribieron esos libros llenos de sabiduría celestial, con cuya luz resplandeció admirablemente la Iglesia de Dios. Estos doctores ciñeron la frente de la Esposa del Cordero con una diadema de estrellas, así como antes la habían ceñido con otra de azucenas y de purpúreas rosas las vírgenes y los mártires. Lo mismo sucede, hermanos míos, en las demás tribulaciones que en el transcurso de los siglos va padeciendo la Iglesia: todas finalmente vienen a parar en una nueva corona, con que Cristo adorna las sienes de su Iglesia *Gaude María Virgo, cunctas hereses sola interemisisti ut universo mundo.* Tal es el juego de la Virgen con la serpiente que tiene oprimida bajo sus pies

Cristo es quien vence a la serpiente enemiga de la Iglesia; pero le vence siempre dándole en la cabeza con la misma vara, que es la Inmaculada Virgen; por-

que los diversos misterios y advocaciones de María son distintos modos de vencer al demonio, pero es la misma vara la que desmenuza la cabeza de la serpiente ya de un modo, ya de otro. En el siglo XIII se reveló a mi Patriarca Santo Domingo la devoción del Santísimo Rosario, como una arma muy poderosa para vencer al demonio. En esta devoción fue la misma vara, pero cubierta de rosas, la que quebrantó la cabeza del dragón infernal, y le sigue quebrantando todavía, porque las rosas del Rosario son inmarcesibles, no se marchitarán jamás, es decir esta devoción durará hasta el fin de los siglos. En los tiempos actuales, la Concepción Inmaculada de María es el tormento más terrible para el demonio, como él mismo lo ha demostrado varias veces, y podemos conjeturarle del sinnúmero de prodigios que constantemente se verifican en el Santuario de Lourdes que es el Santuario de la Concepción Inmaculada de María. Este Misterio estuvo oculto en la Iglesia por muchos siglos, y mi Padre San Francisco, por medio de su Orden, trabajó infatigablemente para que fuese descubierto y enseñado a los pueblos. Y por fin lo consiguió, cuando el inmortal Pío IX un día como hoy, hace cincuenta años, proclamó a la faz del mundo católico el dogma de la Concepción Inmaculada de María. Entonces en el huerto de mi Religión Seráfica, brotó

esta bellísima azucena. De suerte que Domingo y su Orden persiguen al demonio con una corona de rosas; y Francisco y la suya le persiguen con una vara de azucenas. Con azucenas y rosas triunfaremos de nuestros enemigos, porque rosas y azucenas son las mejores y más recientes armas que el cielo ha puesto en nuestras manos contra el poder del demonio.

III

La devoción a María en el Misterio de su Concepción Inmaculada, es el remedio más a propósito para curar las actuales llagas de la sociedad, porque en él se nos muestra prácticamente cómo el hombre debe ejercitar la virtud desde los principios de su vida. Al presente háse apoderado el diablo de la sociedad con las inicuas leyes de las naciones modernas. Con el matrimonio civil tiene en su poder la generación humana; y con las escuelas laicas ha tomado posesión del corazón de los niños. Pues en estas circunstancias viene María a enseñarnos con el Misterio hermosísimo de su Concepción Inmaculada, que la carrera de la santidad debe tomarla el hombre desde muy atrás; desde el matrimonio, santificándolo con la ben-

dición de la Iglesia; desde los primeros años de la vida; enseñando en las escuelas la ciencia de la Religión. Y este es también el modo práctico de honrar a la Virgen en este su singular misterio: con matrimonios santos, con instrucción religiosa dada a los niños.

La devoción a María Inmaculada ciertamente salvará a la sociedad. Todas las ovejas negras del rebaño de Labán, Jacob las convirtió en blancas con un procedimiento muy fácil y a la vez muy ingenioso. Escogió una vara blanca y púsola en los abrevaderos, para que impresionadas las ovejas con la vista de una vara tan hermosa, concibiesen crías del mismo color. Y de este modo, poco a poco fue mudándose el rebaño, y de negro se convirtió en blanco, y saliendo de las manos de Labán pasó a las manos de Jacob. Así me parece que procede el Señor en la conversión de los hombres. Pone delante de nuestros ojos la hermosísima vara de Jesé, que es la Virgen María, para que mirándola despacio concibamos pensamientos santos y afectos celestiales, y de este modo nuestras negras costumbres se vayan mudando en costumbres puras, angelicales. Porque la belleza de la Virgen impresiona en lo íntimo del corazón, en lo más recóndito del alma, allí en donde se crían los pensamientos y los afectos. Y estas maravillosas transformaciones las produce no sólo en el individuo sino en

la sociedad toda. ¡Padres de familia!, poned en el lugar más honroso de vuestra casa una imagen de María Inmaculada, y haced que vuestros hijos constantemente la rindan obsequios de devoción, y veréis cómo, dentro de poco, de negro se convierte en blanco el rebaño de vuestra familia. Y toda esta pobre sociedad ecuatoriana, ahora tan manchada en sus ideas y tan negra en sus costumbres, si se vuelve a mirar con devoción constante a la Virgen Inmaculada tributándole culto público, erigiéndole estatuas, levantándole templos, ella ciertamente variará y se convertirá toda, y saliendo de las manos negras de Labán, que ahora la oprime, pasará a las manos del divino Jacob.

Animados con esta esperanza volvamos, pues, hermanos míos, nuestras miradas a esta preciosísima vara que Dios pone ahora delante de nuestros ojos, para que impresionados con su hermosura nos convirtamos de veras y seamos de veras santos. ¿No la veis? ¿qué hermosos colores tiene! ¡Blanco y azul, el color de los cielos! ¡Qué vistosa que es! ¿No se impresionan vuestros corazones con su hermosura? ¡Ay! ¡Que así sean nuestros pensamientos! blancos como esa túnica de la Virgen! ¡Que así sean los afectos de nuestra alma! celestiales como ese azul de su manto.

¡Ob purísima Virgen, Inmaculada en tu Concepción! A ti se vuelven nuestros ojos arrasados en lágrimas por las penas que al presente oprimen nuestros corazones. De ti están colgadas nuestras esperanzas! ¡Míranos compadecida con esos tus ojos misericordiosos! ¡Vara preciosa del Señor, que siempre has quebrantado el poder de Satanás! ¿Por qué nos has dejado ahora en poder de la serpiente? ¡Ay! Madre amada, aplasta esa maldita cabeza, aplasta aquí primero, dentro de nuestros pechos en donde quiere mordernos con negras y desenrenadas pasiones! Aplástalas también en el seno del hogar doméstico, en donde ha entrado la serpiente cubierta bajo las flores de la civilización moderna! Y aplástala sobre todo en el seno de esta República, que te está consagrada, en donde con tanta astucia ha logrado la maldita serpiente introducir primero su cabeza y después ha entrado con todo su cuerpo. Sí, quebrántala presto para que, libres con tu favor, de esta serpiente que ahora nos persigue, cada uno de nosotros a imitación tuya, sea una vara florida de virtudes; cada hogar doméstico sea un jardín de flores, flores preciosas echadas a tus pies, y la República toda sea tu Paraíso, tu Paraíso de delicias, Paraíso en donde vivas y reines. —Amén.



SERMON

predicado en Quito, en la Capilla de San Carlos, delante de la imagen de la Santísima Virgen del Quinche, el día 27 de Agosto de 1905, fiesta del purísimo Corazón de María.

Invenit.... turtur nidum sibi, ubi ponat pullos suos.

SALM. LXXXIII, 4.

La tórtola encontró un nido en donde poner sus hijuelos.

Amados hermanos míos:

El nido, según las Escrituras, significa un lugar de descanso, de quietud y de paz. Y así nos aconsejan, que no pongamos nuestro nido en lugares bajos, a donde fácilmente puede llegar la mano del hombre,

porque esa mano, cuando menos lo pensamos, nos arrebatará la felicidad que creíamos poseer. Nos dicen que fabriquemos nuestros nidos en lugares altos, como son las rocas inaccesibles, o los cedros que están en la cumbre de las montañas. Quiere decir que no pongamos nuestro amor en cosas de aquí de la tierra; porque son muy inconstantes y luego desaparecen; mas todo nuestro amor lo debemos poner en el cielo, en esos bienes que no acaban jamás.

En el libro de los Salmos se dice que una tórtola volaba muy solícita, dando vueltas sin cesar, cuando de repente se aquietó: y era que había encontrado por fin el lugar escondido y seguro que con tanto afán buscaba para colocar en él su nido. ¿Qué significa esa tórtola que tan afanosa vuela? Y ¿qué significa ese lugar seguro que encuentra, y en donde fabrica su nido? El Hijo de Dios, que saliendo del seno del Padre viene a la tierra, buscando con solicitud amorosa a los hombres para redimirlos y salvarlos, es esa tórtola voladora. El lugar seguro que encuentra, es el seno purísimo de María, es el corazón inmaculado de la Virgen: en él hace su nido, porque allí deposita todos los afectos de su amor, y allí cria también a sus hijuelos, que son los Santos: y por esto el corazón de María es el nido de Jesús y de todos los predestinados.

• Y ahora ¿cómo os explicaré, hermanos míos, la belleza de este nido? ¡Nido en que ha encontrado su felicidad el mismo Hijo de Dios! ¡nido en que hallaron la dicha eterna todos los Santos del cielo! Ah! roguemos a esta misma Señora, que es el nido en que se albergan todas las gracias, que se digne enviarnos su luz y su inspiración, para que concibamos un verdadero amor hacia Ella, que es el fruto que pretendemos alcanzar en esta solemnidad.—Ave María.

*Invenit.... turtur nidum sibi, ubi fo-
nat pullos suos.*

SALM. LXXXIII, 4.

Pasado ya el diluvio, Noé abrió la ventana del arca y soltó a la paloma, y ésta revoloteando por toda la tierra no tuvo en donde asentarse, porque en la tierra toda no había sino lodazales y cuerpos muertos. Volvióse al arca la paloma, y allí estuvo muchos días, hasta que abriendo otra vez la ventana, volvió Noé a soltarla, y entonces encontró ya una bella planta de olivo que había germinado y crecido, levantándose de entre el barro. La planta estaba muy verde y limpia,

y en ella se asentó la paloma. Y como no había en la tierra otro árbol, naturalmente en ese olivo pondría su nido la paloma, que salió ya fecundada del arca, y en él criaría sus hijuelos. De suerte que esa planta de olivo fue el lugar de donde salieron las nuevas palomas que ahora vuelan en el mundo, porque las antiguas todas perecieron en el diluvio.

El pecado de nuestros primeros padres fue el diluvio en que se ahogó toda la naturaleza humana, y los hombres todos quedaron convertidos en un charco de culpas, todos se volvieron como cuerpos muertos que manaban la podredumbre de la concupiscencia. Entonces se ahogó la primitiva paloma del Paraíso: quedó perdida la inocencia y justicia original. El Hijo de Dios, haciéndose hombre, era la nueva paloma que debía reparar la falta de Adán y de Eva, que habían sido primitivas palomas ahogadas en la culpa. El debía producir la nueva generación de los justos; pero necesitaba de un nido para criar a sus hijuelos. Esta paloma divina estaba oculta en el seno del Padre, que a manera de arca le encerraba. Muchas veces el amor divino abrió la ventana, y el Verbo Eterno venía volando hacia la tierra para fabricar su nido; pero no encontraba ningún lugar limpio siquiera para asentar sus pies, porque todos los hombres estaban manchados con la culpa. Ni los Patriarcas de los primitivos

tiempos, ni los Profetas del Antiguo Testamento, ni los Mártires de la Ley de Moisés estaban enteramente limpios de toda culpa. Santos y justos eran en verdad; pero habían tenido la mancha del pecado original, y de presente tenían muchos pecados veniales, siquiera imperfecciones. Así que la blanca paloma del Hijo de Dios, sin encontrar en la tierra lugar aparente para su nido, volvíase al cielo, y encerrado permanecía en el seno del Padre. Así pasó muchos siglos, volando encima de los hombres y volviéndose de nuevo al cielo, sin poder dar desahogo a los ímpetus amorosos de su corazón, que le urgían redimiese pronto al género humano.

Por fin, al cabo de dos mil años, volando un día sobre la tierra, encontró la paloma divina una verde planta de olivo, que había brotado en la ciudad de Nazareth. Esto es, el Hijo de Dios encontró a la Virgen María, que toda ella estaba limpia pura y hermosa, sin mancha alguna ni de pecado original, ni siquiera de imperfecciones actuales: *tota pulchra es, et macula non est in te*. Inmediatamente, a ella enderezó su vuelo, se asentó con firmeza en el alma candidísima de María, y desde un principio se apoderó de su corazón, y en él empezó a fabricar el nido que debía servir para hacerse hombre él mismo, y para formar a todos los Santos. El corazón de la Virgen estrujado

por el amor divino, brotó algunas gotas de sangre, y de esas gotas se formó el cuerpo de Jesús, y como Jesús es quien santifica a las almas, muy bien decimos que el corazón de María es el nido de Jesús y de todos los predestinados.

Y ¡con qué primor y sabiduría trabajó el Verbo Eterno su nido dentro del pecho de María! ¿Habéis visto cómo trabajan las aves en la formación de sus nidos? Los trabajan en el tiempo de la Primavera, que es la época más florida del año, y aprovechan entonces de la exuberancia de la tierra para enriquecer y hermostrar sus nidos. Los trabajan sin descanso por muchos días, y como alivio de sus fatigas van alternando la labor con los melodiosos cantos propios de la Primavera, porque en ningún tiempo cantan mejor las aves, que cuando fabrican sus nidos. A esto se añade que en esta labor emplean todas las habilidades y todo el instinto con que la naturaleza las ha dotado, de suerte que por la estructura del nido se viene en conocimiento de la destreza, agilidad y astucia del ave que lo ha formado. Ahora si reflexionamos que el Hijo de Dios es la sabiduría del Padre, y que formó el corazón de María para propio nido suyo, podremos conjeturar siquiera a lo lejos ¡cuán bella y perfecta resultó esta obra en cuya formación empleó todas sus habilidades la Sabiduría divina!

Yo me figuro que, cuando fue criada María, era entonces en el cielo la época de la Primavera, porque en la gloria hay también variedad de alegrías y de gozos. Brotó entonces la más hermosa flor, y todo el campo del cielo se cubrió de verdes esperanzas, porque ya iban a aparecer los Santos, que habían de poblar el cielo, que en parte había quedado vacío con la caída de Lucifer y de sus secuaces. Y los ángeles cantaban con más alegría que nunca, viendo criada ya a su Reina, cantares tan melodiosos como hasta entonces jamás se habían escuchado en el cielo. Y esos campos de la gloria estaban tan exuberantes, que las gracias se derramaban por todas partes. Y el Hijo de Dios recogió todas estas gracias, y con ellas formó su nido, de suerte que en el corazón de María están juntas las riquezas todas del cielo. La belleza de la gloria sólo es una sombra de la belleza interior del corazón de la Virgen, porque éste fue el nido en que empleó todas sus habilidades la paloma divina que es la Sabiduría Eterna. Así llaman los Santos al corazón de María: nido de amor de todo un Dios.

El Verbo Eterno crió todas las cosas en un instante con una palabra de su boca: *fiat*, hágase: y todo fue hecho: y resultó este mundo tan hermoso, que viéndolo, el Señor se complació, porque estaba muy bien hecha su obra. Mas en la labor de su nido,

esto es en la formación del corazón de María, empleó el trabajo de muchos años, como se ocupa la tórtola en la formación del suyo, por muchos días de la Primavera. Desde el instante en que fue concebida la Virgen, se puso a la obra la paloma divina. Y cuando María cumplió los catorce años de edad, el nido de su corazón estaba ya perfecto y acabado. ¡Que tal quedaría con catorce años de trabajo incesante del Verbo divino! Entonces vino volando el Hijo de Dios a su nido, y en él se hizo hombre. Por fin halló la tórtola nido en donde criar sus hijuelos: *invenit . . . turtur nidum sibi, ubi ponat pullos suos*. Porque Cristo se encarnó para hacer hijos suyos a los hombres y llevarlos al cielo. Mas la paloma todos sus hijos los cría en el nido. Y Cristo Nuestro Señor a todos los Santos los cría dentro del pecho de María, en su purísimo corazón: allí los cubre con las alas de su protección, allí les fomenta con el calor amoroso de su caridad, allí les nutre con los preciosos granos de su gracia. Allí crecen los Santos como palomas, allí se visten del hermoso plumaje de las virtudes, allí aprenden a volar por las alturas de la perfección, y por último, desde allí remontan su vuelo al nido de la gloria. ¡Qué nido tan precioso es el corazón de la Virgen!

Y los que están fuera del nido ¿qué será de ellos? ¡ Los que no aman a María no recibirán las gracias de Jesús! Las aves echan de los nidos a los polluelos que no son suyos. El blasfemar de la Virgen, y aun simplemente el no amarla! no será un signo cierto de reprobación! De aquí el empeño de Jesús de llamar a todos los hombres para que amen a María. Y se queja con amargo llanto de los que voluntariamente se condenan, diciéndoles: ¡cuántas veces quise recogeros debajo de mis alas como polluelos en mi nido, y no quisisteis! Como si dijera: ¡cuántas veces os dije que amaseis a María y no la amasteis! vuestra perdición es obra de vuestras manos! Sí, hermanos míos, el polluelo que está fuera del nido, está aterido de frío, y está próximo a la muerte. El que no es devoto de María fácilmente se vuelve impío, y está muy cerca del infierno. En el mundo actual hay muchos impíos, porque se va perdiendo la devoción a la Virgen. Y el Señor para convertir a este mundo impío, quiere que los hombres vuelvan de nuevo a la devoción ardiente de María: los milagros más estupendos los verifica el Señor en Lourdes y en Pompeya, delante de esas dos imágenes de su Santísima Madre. Y a nosotros, sin duda, nos quiere salvar del torrente de impiedad que va arrasando toda la República, por medio de esta imagen de María que aquí tenemos delante.

¡ Ah! nuestra República, en sus mejores tiempos fue una avecita dentro del nido porque estuvo consagrada al Santísimo Corazón de Jesús y al purísimo Corazón de María! ¡Cómo se cayó del nido! ¡ Ah! por nuestros pecados! porque sólo teníamos el nombre de consagrados a Jesús y a María, mas las obras eran muy contrarias a estos divinos corazones! Concibamos una devoción verdadera y sólida hacia la Virgen María, y todo a su tiempo se reparará: primero nos repararemos nosotros de nuestros pecados, y después se reparará la República de la postración en que yace. Sí, hermanos míos, todas las gracias venid a buscarlas en el corazón de María. ¿No veis cómo las aves traen el alimento para sus hijuelos desde partes muy lejanas, pero los traen al nido? Así Jesús trae para nosotros todas las gracias desde el cielo; pero las trae al corazón de María, y allí las reparte a sus hijos. Fuera de María no encontraremos ni un solo grano de gracia. Si os encontráis desnudos de virtudes; amando a María, conservándoos dentro de su corazón, os vestiréis de todas ellas, como se visten de variada y hermosas plumas las avecitas en el nido. Allí se vistieron las vírgenes de la blancura de la castidad; allí se cubrieron los mártires con la púrpura de la caridad; allí se engalanaron los confesores con el color violado de la penitencia; en suma, allí adqui-

rieron los Santos todas las virtudes que fueron las plumas con que volaron al cielo. Si no sabéis, si no podéis orar, acordaos que en el nido aprenden a cantar los pajarillos, y vosotros recogeos en el corazón de María, y allí aprenderéis a rezar con devoción. En fin todo lo hallaréis en el corazón de María. El cielo es un jardín, y los bienaventurados son aves que suspendidas en las ramas del árbol de la felicidad, recrean los oídos de Dios con sus melodiosos cantos. Mas todas esas aves en este nido del corazón de María se criaron. De aquí salió volando para el cielo esa bandada de palomas que se llama el Coro de las Virgenes: de aquí las solitarias tórtolas que son los anacoretas del desierto: de aquí las alondras y los ruiseñores, que son los Santos Padres y los Doctores de la Iglesia, que, con su predicación y sus escritos, dieron mucha gloria a Dios aquí en la tierra. Y si vosotros queréis ir al cielo, primero debéis venir a este nido, porque en ninguna otra parte se santifican los hombres, sino en el corazón de María.

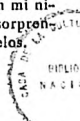
Ved ¡qué nido tan hermoso y a la vez tan seguro! porque está muy alto, está hecho encima de una palma que es la Virgen María: *Sicut palma exaltata sum in Cades*. No hay peligro de que una mano robadora arrebatase los polluelos de este nido. Peligro sí hay de que los ingratos polluelos se caigan de esa al-

tura, y se maten en la caída. Cuando se bautiza un niño, la Iglesia pone ese polluelo en el corazón de María, y en ese nido queda mientras conserva la inocencia. La madre, mujer piadosa, enseña a ese su tierno hijo la oración del AVE MARIA, y repitiendo esta oración, el niño es todavía una blanca paloma. Cuando creciendo en los años se olvida de rezar el AVE MARIA, entonces el polluelo cae del nido, comete su primer pecado. El confesor vuelve a colocarle en el nido, perdonándole la primera culpa, y aconsejándole para que no vuelva a caer, que recite tres AVE MARIAS a la Virgen, y mientras guarda esta hermosa práctica, seguro está en el nido, mas cuando se olvida vuelve a caer de él. Y a veces, fascinado con los halagos del mundo, se olvida por tanto tiempo de rezar, que lleva a olvidarse por completo de la Virgen, y entonces de niño inocente que era, se convierte por fin en un joven disoluto, llega a ser un hombre impío, un enemigo declarado de la religión y de la Iglesia.

¡Ah! pecadores que me escucháis, sois avecitas caídas de ese precioso nido. ¿Os acordáis de vuestros primeros años, cuando fuisteis devotos de María? ¡qué buenos fuisteis y también cuán felices! Y ahora ¡qué malos sois y cuán desgraciados! ¡No desearíais volver al nido de vuestra felicidad? ¡Ay! yo quisiera bajar de este púlpito y recoger a estas pobre-

· citas avecitas pecadoras, e irlas, con mis manos, colocando, una tras otra, en el precioso nido del corazón de María! Pero no tengo fuerzas para levantarlas a la altura de ese nido! ¡Ay! siquiera daré voces! siquiera os animaré con mis gritos!: Pecadores, hermanos míos, amad a María! ¡Infeliz de mí! soy un miserable! no puedo convertir ni una sola alma! Venid, ángeles, recoged estas avecitas caídas en el suelo! ¡vosotros tenéis fuerzas! ¡vosotros tenéis alas para volar muy arriba! ¡Ved esa niña que acaba de cometer su primera culpa, para que no cometa la segunda. levantadla pronto al nido del corazón de María! ¡Ved ese joven que va camino de perdición, antes que llegue a la impiedad, tomadlo y traedlo al corazón de María! Ved ese gran pecador, esa gran pecadora, que no hay fuerzas para moverlos, porque se han vuelto como piedras en sus vicios, emplead con ellos la dulce fuerza del amor, y levantadlos hasta la altura del corazón de María, y allí se convertirán, y allí se salvarán.

Y todos nosotros, hermanos míos, perseveremos constantes en la devoción a María, no nos apartemos de su purísimo corazón, porque muy expuesta a los tiros del cazador queda el ave que se aparta de su nido. *In nidulo meo moriar*, digamos con Job: en mi nido moriré: dentro del corazón de María nos sorprenderá la muerte, y desde allí volaremos a los cielos.



SERMON

predicando el 23 de Junio de 1905, en la Iglesia del
Sagrario de Quito, a las Sociedades Protectoras
de iglesias pobres.

Dómine, dilexi decorem domus tuae.

SALMO, XXV, V 3.

Señor, yo he amado la hermosura de
tu casa.

Amadas hermanas mías:

¡Cuanto interés ha tomado Dios Nuestro Señor en preparar habitación para el hombre! Antes de criarle, plantó primero un muy hermoso jardín que se llamaba el Paraíso, y cuando todo él estuvo ya bien dispuesto, y contenía cuanto el hombre había menes-

ter para su vida y regalo, entonces crió a Adán y Eva y les colocó en esa morada de inocencia y felicidad. Y mucho antes había preparado también el hermosísimo cielo de la eterna bienaventuranza para habitación de los hombres que le sirviesen aquí en la tierra, haciéndoles de esta suerte iguales a los ángeles. Y aun cuando por su ingratitude, el hombre fue echado del Paraiso, sin embargo Dios no le abandonó en este valle de lágrimas al cual vino desterrado por su culpa porque en medio de las espinas que produce esta tierra, el Señor no deja de sembrar algunas flores, atendiendo siempre a que tenga algún regalo y comodidad en su habitación aun el hombre pecador.

Así trata Dios al hombre; pero ¡cuán de diversa manera procede el hombre con su Dios! El Hijo Eterno de Dios, por amor de los hombres, hizo hombre y vino a morar con ellos aquí en la tierra, y dice el Evangelio que los hombres no le recibieron sino que le dejaron solo y abandonado: *et sui eum non receperunt*. Nació el Hombre-Dios en una cueva de animales, porque ningún hombre quiso abrirle las puertas de su casa. Y apenas hubo nacido, buscáronle para matarle, por lo cual fué a peregrinar en tierras extrañas. Después de algunos años volvió a tierra de Israel, y vivió en la ciudad de Nazareth, en una casa muy pobre, completamente desconocido. A la edad de treín-

ta años dejó su antigua y pobre morada para salir a la vida pública: pero no tuvo casa en qué habitar. Cuando después de los trabajos del día se retiraba a descansar por la noche, como no tenía habitación a donde ir, debajo se quedaba de un árbol, o arrimado a la pared de alguna casa, poniendo la cabeza sobre una piedra o sobre un tronco, y sin más cobertor que el pobre manto que llevaba sobre sus hombros. El mismo lo declara así en el Evangelio diciendo: «las aves tienen sus nidos, y las zorras tienen sus cuevas; mas el Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza» No tuvo casa en donde esconderse de sus enemigos que encarnizadamente le perseguían. Fué a refugiarse bajo la sombra de unos olivos en la ladera de un monte, y allí a mansalva, al descubierto le tomaron preso. Condenáronle a muerte, y el lecho en que murió fue una cruz clavada en la cumbre de otro monte; y en su agonía su cuerpo no tuvo más cobertor que la sangre que vertía de sus heridas. Y después de muerto, para sepultarle, un hombre caritativo trajo una mortaja y envolviéndola en ella lo sepultó en su propio campo, porque Cristo Nuestro Señor no tuvo ni un palmo de tierra aquí en el mundo. Considerad detenidamente esta ingratitud de los hombres para con su Dios!

El amor de Jesús a los hombres fue más fuerte que la muerte, pues quiso quedarse con ellos aun después de muerto. Aun cuando los hombres no habían querido recibirle, el amor le impulsó a inventar un medio de quedarse con ellos mientras el mundo durase. Este medio es la Santísima Eucaristía ¡monumento eterno del amor de Dios para con los hombres! «He aquí que yo me quedo con vosotros hasta la consumación de los siglos.»

Quiso el Señor que la ingratitud de los hombres para con Él terminase con su muerte en la cruz. Y que en esta nueva era de su vida sacramentada, los hombres se reconociesen, volviesen sobre sus pasos y reparasen las injurias y menosprecios con que le habían tratado en su vida mortal.

Siempre había usado el Señor de cosas pobres y aun viles; mas cuando hubo de instituir la Santísima Eucaristía buscó una casa noble, en la cual había una sala grande y bien adornada, y allí celebró con sus Apóstoles la fiesta de la Pascua. Y después de cumplidas las ceremonias legales, se sentó a una mesa que estaba muy bien provista y aderezada, el pan lo puso sobre un plato de metal precioso, y el vino en una copa preciosa también, adornada de pedrería, y ese pan lo convirtió en su cuerpo, y ese vino en su sangre: de suerte que vasos muy preciosos sirvieron por

primera vez para contener la Santísima Eucaristía. Manifestónos Cristo Nuestro Señor con este hecho, su voluntad de que los hombres conservasen el Santísimo Sacramento en lugares preciosos. Quiso que el culto tributado a la Hostia Santa fuese una reparación de la ingratitud con que los hombres le habían acogido cuando vino a morar visiblemente con ellos. Y que ahora, en su morada invisible, le acogiesen con grande amor y gratitud. Además de los vasos preciosos de que, ya hemos dicho, usó en la institución de la Eucaristía, solemnizó también este acto con muy majestuosas y santas ceremonias, porque cantó un himno; y no sabemos que alguna otra vez, fuera de ésta, haya cantado el Señor en el transcurso de su vida. Así quiso enseñar a los hombres el modo con que deseaba ser tratado en la Eucaristía: que se desplegase toda la pompa y magnificencia en la celebración de estos santos misterios; y que su cuerpo santísimo fuese rodeado de lo más precioso que hay en la tierra.

La Iglesia puso en ejecución los deseos de su Esposo divino, y en cuanto estuvo de su parte rodeó el tabernáculo de toda la gloria posible aquí en el mundo. Y mientras los hijos de la Iglesia conservaban encendida en su alma y muy resplandeciente la luz de la fe y de la caridad ¡cómo se afanaron en honrar a la

Eucaristía! Como lo había hecho Salomón en el Antiguo Testamento, ellos también enriquecieron en gran manera los templos del señor, echando a los pies de Jesús Sacramentado todas las preciosidades de la tierra. Como la Magdalena tomaban todas sus joyas, y a manera de valiosísimo perfume, las echaban delante del tabernáculo, y ese exquisito perfume de devoción y piedad llenó de buen olor toda la casa de la Iglesia y aún todo el ámbito del mundo. ¡Cómo aprendieron los fieles con este buen ejemplo a amar y a adorar a Jesús Sacramentado! Y aun muchos infieles se convirtieron a la verdadera fe, atraídos y confortados con este perfume de devoción de los primeros cristianos. El Emperador Constantino con sus propias manos cabó la tierra y abrió los cimientos de las Basílicas de Roma, y después de edificadas las dotó de muy pingües rentas. Wenceslao Duque de Bohemia, él personalmente cultivaba el campo en que se criaba el trigo que debía servir en la Santa Eucaristía, y con sus propias manos lo cosechaba, lo molía y hacía las hostias que se empleaban en el Santo Sacrificio. Las reinas Margarita y Matilde se ocupaban en el tejido de todas las piezas de lino que habían de servir en los altares, y en la hechura de las vestiduras sagradas. Con el ejemplo de estos grandes personajes todo el pueblo cristiano veneraba con viva fe la Santísima

Eucaristía: y así se cumplió en esos hermosos tiempos el deseo de Nuestro Divino Salvador, de que los hombres reparasen las injurias que le habían hecho durante su vida mortal, honrando su vida eucarística en el tabernáculo.

Mas en estos últimos tiempos. la luz de la fe en la mente de los hombres ha perdido mucho de su antiguo esplendor, es como una lámpara que alumbra muy poco, y está ya para extinguirse por falta de aceite. Los grandes de la tierra volvieron las espaldas a Cristo, y, como consecuencia natural, los pueblos siguieron ese mal ejemplo. Los reyes y los emperadores negaron la fe y rechazaron el dogma de la Eucaristía, persiguieron a los sacerdotes, arrebataron los bienes de la Iglesia, destruyeron los templos, derribaron los altares. Ya no era Constantino que edificaba templos sino Enrique VIII que los derribaba. Ya no eran Margarita y Matilde que empleaban sus joyas en el culto del Señor, era sí Isabel de Inglaterra que despojaba las iglesias y mataba a los sacerdotes. Estos ejemplos funestos acabaron de corromper a los pueblos. Y ahora en el mundo todo, Jesucristo es desconocido y aún deshonorado en la Santa Eucaristía. Las naciones modernas desconocen la personalidad de Cristo y también la de la Iglesia. No les cuentan entre las personas capaces de poseer bienes. Les han

rebajado al nivel de los antiguos esclavos, que eran incapaces de todo dominio, ni aun siquiera bajo un curador que los administrase. En una palabra, la Sociedad ha echado a Cristo de su seno. Le ha considerado como a personaje muy sospechoso, y aún como a enemigo público. Ha dictado leyes de destierro perpetuo, y sin esperanza de amnistía, contra este Hombre-Dios y su Esposa la Iglesia. Y ahora estos dos Esposos andán peregrinando en la tierra, y en ninguna parte les quieren recibir. Y si en algún lugar se les recibe, es con muchas cautelas e imponiéndoles condiciones tan gravosas que les vuelven muy difícil la vida aquí en la tierra. Tal es el estado de la Iglesia y de Jesús Sacramentado en las sociedades actuales.

Ahora bien, cuando una persona, por los reveses de la fortuna y la inconstancia de los tiempos, cae del antiguo esplendor que tenían su casa y familia, no faltan buenas personas que se compadezcan de ella, la rodeen de ternura y de amor, y la ayuden en cuanto pueden para hacer que la vida no le sea tan penosa. Jesús Sacramentado, hermanas mías, ha caído de su antiguo esplendor. ¿No le veis en sus iglesias pobres? Su casa de habitación es más vil que la cabaña de un pobre labriego. Asimismo la ropa que sirve para cubrir su cuerpo sacramentado, es tan pobre que no la recibiríais vosotras para el uso de vuestra casa. El le-

cho en que descansa, que es el tabernáculo, está a veces tan mal dispuesto que no es para Jesús lugar de descanso, sino de tormento y sobresalto, porque no tiene cerraduras esa recámara divina: pueden entrar sus enemigos, que los tiene muchos, y matarle sin que nadie se de cuenta de ello, como en estos tiempos frecuentemente sucede con la violación de las santas hostias. En algunas partes queda a oscuras toda la noche, porque es tan infeliz que ni siquiera tiene una candela para alumbrarse. Es tan pobre y desamparado que los perros entran a su casa y se acercan a su lecho de descanso, como sucedía con el otro pobre Lázaro, que no había quien los espantase ni él podía moverse para echarlos de sí. Y lo que no sucedía con Lázaro sucede con este pobre de la Eucaristía. ¡Cuántas veces las arañas venenosas pasan por encima de su cuerpo o tejen su tela muy cerca de Él! Y ¡cuántas otras, roedores inmundos, animales asquerosos han mordido su cuerpo y comido sus carnes!, pues a Lázaro los perros sólo le lamían las llagas, mas no le mordían el cuerpo. ¿No os parece suma la pobreza de Jesús en la Eucaristía? ¿No se os parte el corazón de pena?

En frente de Lázaro estaba el rico Epulón ricamente vestido y sentado a una espléndida mesa, y ni una migaja de pan dio al pobre, a quien dejó morir de

hambre ¡Qué corazón tan duro! Y en frente de Cristo sacramentado está el mundo anegado en delicias terrenas, y ahogado en placeres sensuales; y deja abandonado al pobre de la Eucaristía, sin darle ni aun los desperdicios de su mesa, ni siquiera una migaja. ¡Qué mundo tan cruel! Primero despoja de sus bienes a Cristo sacramentado, que los tenía en abundancia por la piedad de los antiguos cristianos, y después de haberle robado y despojado, pasa aún más adelante le calumnia y le mata. El rey Acab y su esposa la impía Isabel tenía dentro de su palacio un huerto espacioso y abundante; mas un pobre ciudadano llamado Nabot tenía pegada a la huerta del palacio una pequeña propiedad, que desde muy antiguo había pertenecido a su familia. Y quiso el rey apropiársela para sembrar en ella unas legumbres; y como Nabot no quisiese desprenderse de ella, la impía reina buscando testigos falsos, le calumnió y le probó el supuesto crimen de blasfemo y traidor al rey: en esta virtud se le impuso la pena de muerte y la confiscación de bienes; con lo cual el pedazo de tierra tan apetecido quedó sin más diligencias en poder del rey. Este pasaje de la Escritura ¿no os parece una historia fiel de la tiranía con que el mundo actual oprime al inocente Jesús sacramentado?

Sí, hermanas mías, Cristo en la Eucaristía está como Lázaro, cubierto de heridas, y está muriéndose de hambre. Y el mundo está como el rico, sentado a la mesa de los placeres, derrochando mucho dinero y empleándolo en engordar perros, pues las malas pasiones del corazón humano son como perros que tienen hambre canina que no se satisfacen jamás. ¡Cuánto dinero se gasta en las diversiones peligrosas del teatro, de los banquetes, de los bailes! Y ¡cuánto más en satisfacer esa hambre devoradora del lujo! Y mientras tanto, Cristo Nuestro Señor en el tabernáculo está olvidado, abandonado. ¡Cómo desearía Él para su casa siquiera los desperdicios de la mesa del mundo! Si no la seda, al menos los paños de los altares limpios y de lino; si no los collares de perlas y diamantes, al menos los vasos de la Eucaristía bien pulidos y dorados; si no los lechos de marfil y de oro, a lo menos los tabernáculos bien cerrados con cerraduras y llaves de plata; si no las esplendorosas bujías de los salones de baile, a lo menos la lámpara del santuario bien provista de aceite; en fin, si no esos grandes palacios de mármol, a lo menos las pequeñas iglesias provistas de puertas y ventanas, blanqueadas las paredes del recinto y limpio el pavimento. Con una pequeñísima parte de lo que en las diversiones mun-

danas se gasta ¡cuán distinta sería la suerte de Jesús en la Eucaristía!

Jesús en algunas iglesias es el más pobre de entre los pobres. Pues de los otros pobres, algunas personas caritativas se acuerdan, algunas veces les visitan, llévanles limosnas para alivio de su pobreza. Hay fundadas casas de caridad para recoger a los pobres y cuidar de ellos: hay hospitales, hospicios, horfanatorios para las diversas clases de pobres. Y para Cristo, pobre en la Eucaristía, ¿qué alivio hay? Es el pobre más olvidado y abandonado. Los dementes, si son pobres, tienen casa en que vivir, y también la tienen los huérfanos, los enfermos pobres tienen hospital en qué curarse, y los mendigos comunes pueden ir de puerta en puerta a solicitar una limosna; pero para Jesús Sacramentado no hay ninguna clase de alivio. ¿Quién querrá tomar de su cuenta y cuidar a este pobre infeliz abandonado de todos?

Dichosas vosotras, hermanas mías, que os habéis acordado de esta obra de misericordia, la más divina y celestial; y habéis fundado esta asociación con un fin tan noble, como es el cuidar de las iglesias pobres en que vive Jesús Sacramentado. Sí, este es un pobre que nos pertenece, es nuestro insigne bienhechor, es nuestro Padre, es Esposo vuestro, ¿cómo había de quedar abandonado? Sostenedle con el trabajo de

vuestras manos, como hacen las buenas hijas y las amantes esposas, que con las labores de sus manos sostienen al anciano padre y al arruinado esposo. Y si esto no es suficiente, como es natural que no lo sea, no os avergoncéis de ir por las casas a pedir una limosna para este pobre que tanto padece. Procurad volver a este Padre, a este Esposo vuestro, ahora tan decaído, el antiguo esplendor que antes tenía. Si todo pobre queda ligado con vínculo de gratitud con la persona que le favorece, ese corazón tan tierno de Jesús Sacramentado ¡qué gratitud tan profunda guardará para con vosotras! ¡Dichosas! tendréis un grande ascendiente sobre ese divino corazón, y os concederá cuanto le pidieréis.

Pero para que vuestras manos hagan con perfección estas obras de excelente misericordia, encended primero en vuestros pechos la llama de la verdadera caridad. Que vuestra fe sea viva, que vuestro amor sea puro, y entonces seréis como la Esposa de los Cantares, que andaba tan solícita en procurar los regalos de su Esposo. Impulsada del amor, ella preparó un lecho de flores y colgaduras más preciosas que las de Salomón, para el descanso de su amado. O más bien seréis como la tórtola de que hablan los Salmos, que no encontró lugar más aparente para su nido que los altares del Señor. Los afectos más tiernos del cora-

zón, que están significados en el nido, los habéis de poner aquí en el tabernáculo. La tórtola recoge pajas, hojas secas, hilos, cosas muy insignificantes al parecer; y con mucha habilidad, de todas ellas forma un hermoso nido. Así vosotras, de las insignificantes limosnas que recogiereis, de los pequeños ahorros de vuestra casa, habéis con mucha habilidad de aprovecharos de todo eso, para mantener limpias y hermosas las moradas pobres de Jesús. Y mientras vosotras así trabajareis en la tierra, este buen Jesús, en recompensa, irá también formando para vosotras un preciosísimo nido de gloria allá en el cielo, al cual, en el día de vuestra muerte, volaréis con las alas del amor que a todas os deseo. — Amén.

PANEGIRICO

de la imagen de Nuestra
Señora de Los Remedios

QUE SE VENERA EN CALI, EN LA IGLESIA DE LA MERCED
predicado en la dicha iglesia el día 8 de Setiembre
de 1905.

Columba mea in foraminibus petrae.

CANTARES, II, X 14.

Mi paloma ha hecho su nido en los
huecos de una peña.

Amados hermanos míos en Nuestro Señor Jesucristo:

Es un deber sagrado el agradecer a Dios los beneficios que nos hace; y cuando es un beneficio especial el que nos ha dispensado, la gratitud de nuestro corazón debe ser también especial y debe manifestar-

se con actos más solemnes que los de ordinario. Os halláis reunidos en este templo, y veo vuestros rostros rostros animados de santa alegría ¿Qué fiesta celebráis? ¿de qué acontecimiento glorioso hacéis conmemoración? No es hoy el aniversario, que yo sepa, de ninguno de los días solemnes de vuestra Patria. Ni el lugar en que estáis, ni la expresión de vuestros semblantes manifiestan que se trate ahora de alguna gloria de la tierra; trátase sí de una gloria celestial muy pura. Os habéis reunido para agradecer a Dios y glorificarle por el dón especial que os ha hecho, regalándoos con esa preciosa imagen de su santísima Madre que está expuesta en ese altar para vuestra veneración. Todos los años en día determinado reuníanse los israelitas en el templo para agradecer a Dios los beneficios que les había hecho durante su viaje por el desierto: entonces se acordaban del pan que les había llovido del cielo, y de esa portentosa piedra que para ellos se había convertido en fuentes de aguas puras, con que habían mitigado su sed y se habían refrigerado de los cansancios del camino. Así es como quiere Dios que se acuerden los hombres de agradecerle sus beneficios. Y vosotros, todos los años también, en el día que la Iglesia celebra el Nacimiento de la Virgen Santísima os reunís en este templo, para conmemorar un hecho portentoso de vuestra histo-

ria: el hallazgo o descubrimiento de esta hermosa imagen de María. Encontrósele en la cordillera occidental de los Andes, tallada sobre una roca: no habiendo sido posible que ningún hombre la hubiese esculpido en esas solitarias regiones, y creyéndose por lo mismo ser hechura de los ángeles ministros de Dios, quien ha querido haceros esta manifestación especial de su amor. Verdaderamente es cosa justa y digna que celebréis esta fiesta con grande solemnidad y regocijo Pero ¿qué podré deciros yo, que sea de provecho para vuestras almas? que sirva para avivar el fuego de vuestra devoción? ¡Ay! Virgen Santísima! dignaos encender dentro de mi pecho el fuego de vuestro amor, y mover mi lengua con vuestra inspiración, para que diga vuestras alabanzas delante de este devoto pueblo, que ha concurrido hoy aquí para alabaros y bendeciros. — Ave María.



Columba mea in foraminibus petrae.

CANTARFS. II, X 14.

I

Casi todas las poblaciones del mundo católico se glorían de haber recibido, de parte de la Virgen Santísima, manifestaciones especiales de su amor, ya por haberse aparecido milagrosamente en sus montañas, como sucede en Lourdes, ya porque conservan en su poder alguna imagen portentosa de María, como sucede en Chiquinquirá. Así también la ciudad de Cali se gloria de poseer en esta hermosa imagen de los REMEDIOS, un regalo muy precioso del cielo, que quiso bendecir toda esta comarca con gracias especiales de María. Las circunstancias que rodean al hecho portentoso que ahora conmemoramos, son muy significativas, y merecen nuestra atención.

En el siglo XVI, unos cuarenta años después de fundada la ciudad de Cali, fue encontrada esta imagen de María en lo más apartado de las montañas, en lo más agrio y escarpado de la cordillera andina occi-

dental. Esas regiones estaban entonces habitadas por tribus salvajes, ningún europeo había penetrado aún en esos campos solitarios. Hacía unos pocos años solamente que los Misioneros se habían acercado a esas tribus para predicarles el Evangelio. Esos Misioneros eran hijos predilectos de María porque eran Sacerdotes de la Orden de Nuestra Señora de las Mercedes. Sucedió pues que en una de esas conversaciones familiares tan acostumbradas entre el Misionero y sus neófitos, dijo uno de ellos al Sacerdote que les catequizaba,—que ellos tenían en la cumbre de una montaña a la Señora a quien él les había enseñado a amar y adorar. que era muy hermosa y que no se sabía de donde se había venido, que las tribus por parcialidades acudían cada cierto tiempo a visitarla llevándole flores y frutos. Oída esta relación pidió el Misionero a sus neófitos que lo llevasen a esa montaña para conocer él también a la hermosa Señora de quien le habían hablado. Lleváronle en efecto los indios a las montañas de Micó; y allí entre unas peñas, en parte muy elevada, encontró el Misionero esta imagen de María. Estaba dentro de una cueva; pero colocada de tal suerte, que todo el conjunto era parte de una inmensa roca en donde habían sido talladas tanto la cueva como la imagen y su peana. Imagen tan bien esculpida, en materia tan resistente como es el peder-

nal, en una región tan apartada en donde no había pisado aún la planta de ningún hombre civilizado, mucho menos de ningún insigne artista como se necesitaba para esta preciosa obra, lleva en sí misma la prueba de que su formación es celestial. Si, debe ser labrada por algún artista del cielo debe ser hechura de los ángeles. Y si consideramos el modo ordinario que tiene de obrar la Providencia divina cuando quiere convertir á las almas, la aparición de esta imagen nos parecerá muy natural. Esas tribus salvajes estaban sentadas bajo la sombra de la muerte, estaban cubiertas por la negra noche de la ignorancia y del pecado: no conocían al verdadero Dios: los ídolos en quienes se oculta el demonio, eran los dioses a quien adoraban: ¡cuántas veces se habrá hecho adorar Satanás de los pobres indios en las cumbres de esas montañas, pues si se atrevió a exigir adoración del mismo Hijo de Dios en la cima de un monte ¿qué habrá hecho el padre de la mentira con esos habitantes de las selvas? Mas llegó la época determinada por el Señor en que la luz del Evangelio debía alumbrar estas regiones! La luz del día empieza con la aurora: y María es la aurora de la gracia. Y por esta razón apareció esta santa imagen en una elevada roca. Ella vino a ser como la primera luz que descendía de las alturas y preparaba el advenimiento del Sol de Justi-

cia. Ella, echando de su trono al príncipe de las tinieblas, se sentó en la cumbre de la montaña, como Reina que venía a tomar posesión de estos pueblos. Y tras de ella llegaron los Misioneros predicando la palabra de Dios y administrando el bautismo a los infieles: con lo cual fue creciendo el día de la gracia hasta que Jesucristo, verdadero Sol de Justicia, se enseñoreó de todos estos pueblos y de todas estas regiones. Todas las gracias destinadas a los hombres pasan por las manos de María. Y en esta ocasión—de que vamos hablando quiso el Señor sensibilizar esta verdad, materializarla dirélo así, haciendo que apareciera la imagen de su Madre un poco antes de que llegaran los Misioneros, para indicar que esta grande gracia de la fe católica se dispensaba a estos pueblos por las manos de María. Estos pueblos iban a ser regenerados en el espíritu: y para comunicarles esta nueva vida bajó la paloma de los cielos e hizo su nido en los agujeros de una roca, desde donde extendía sus alas y fomentaba estos nuevos hijos, que iban naciendo en el seno de la Iglesia. *¡Columba mea in foraminibus petrae!*

¡Qué tierno y delicado es el Corazón de María! ¡cómo se acomoda a la índole de los pueblos! ¡Ella admitía gustosa las flores y las frutas de las selvas con que le obsequiaban estos nuevos hijos suyos! Ellos

no tenían aún templos ni altares: las montañas eran su templo! y su altar era la roca en donde estaba esta portentosa imagen a quien ellos llamaban la Señora de la montaña! Cuentan los viajeros que han recorrido esos lugares, que es muy delicioso el paraje en que apareció esculpida la imagen de la Virgen: dicen que ese sitio está formado de innumerables montañas que en una inmensa extensión van descendiendo gradualmente desde la más elevada que parece topar con los cielos, hasta que enteramente declinan en el hermoso valle del Queremal muy apreciado por sus flores. Esas sombrías selvas están pobladas de multitud de aves de variado plumaje y melodioso canto, que, unido al ruido que producen los torrentes que se precipitan de las alturas, forman un contraste armonioso, que deleita los oídos del viajero. El aire que allí sopla es fresco, y está perfumado con el aroma de innumerables plantas y flores, que crecen en esas montañas, y embalsaman todo el ambiente. Ese sitio es como un nuevo Paraíso. Ese fue el templo que escogió la divina Madre, para recibir en él la adoración de estos nuevos hijos. Si la Virgen ha elegido un sitio tan bello para colocar en él su imagen, habrá sido para enseñarnos que ella elige también almas puras y santas para hacer en ellas su morada, porque las hermosuras de la naturaleza son como un tipo de las be-

llezas de la gracia. Las montañas altas representan los pensamientos nobles y celestiales, pensamientos que gradualmente van descendiendo desde el cielo hasta ocuparse aún en las cosas de la tierra, pero que siempre declinan en los hermosos valles de la virtud. El canto de las aves puede figurar los diversos afectos del corazón, que, ya gime como le tórtola, llorando los pecados, ya silva como el canario, alegrándose con el perdón obtenido, ya trina como la alondra deshaciéndose en afectos de devoción, ya canta como el ruiseñor, ensalzando las glorias del Altísimo. El aire fresco y embalsamado con el aroma de las flores significa el buen ejemplo de una vida santa, sobre todo, el agrado y placer que difunden en la sociedad de las almas castas y puras, porque la virginidad es la flor de las virtudes. Puesto que la Virgen es amiga de los lugares bellos, embellezcamos nuestras almas, hermanos míos, con estas diversas virtudes simbolizadas en los campos y en las flores, para que vengamos a ser la morada escogida de María. ¡Pero qué! Si nuestra vida espiritual es un árido desierto en donde no brota ni siquiera una flor! en dónde no se oye jamás el canto de una ave! ¿habremos por esto de perder la esperanza de que María venga a morar en nuestros corazones? ¡Ah Virgen Santísima! no necesitáis Vos de lugares bellos para vuestra morada! antes por

el contrario, vuestra presencia embellece todos los lugares por áridos y desapacibles que sean, porque de vuestros ojos van brotando las bellezas que se derraman sobre todos los parajes en que fijáis vuestra mirada! Dignaos pues volver hacia nosotros pecadores esos vuestros ojos misericordiosos, y entonces estos campos desolados por la culpa se convertirán en paraísos de las delicias del Señor! Nuestros corazones son en verdad más duros que una roca; pero ¿qué imposible hay para vuestra misericordia omnipotente? ¡En pedernal tan duro labrasteis una imagen tan bella como la que en ese altar se ostenta! ¡Labrad también una imagen de vuestro amor hermoso en este mi duro corazón!

II

Luego que el santo Misionero vio la imagen de María tan portentosamente labrada en las montañas, se resolvió a trasladarla a esta ciudad de Cali, arrancándola de la cueva en que había sido tallada. Por medio de barrenos, de cinceles y de picos extrajo la imagen de su lugar primitivo, y en hombros de los indios la hizo venir a la ciudad, y la colocó en un ni-

cho preparado al efecto encima de la portería de su convento, en la plazuela de esta iglesia de la Merced ¡ Cosa admirable! a los pocos días de haber sido colocada la imagen desapareció de su lugar, sin que pudiera saberse qué había sucedido con ella. Y los indios volvieron a ver a la Señora de la montaña otra vez en su cueva. Dieron aviso de ello al Misionero, y este acudió a traerla por segunda vez: pero esta vez desapareció también la Virgen después de haber sido colocada en el nicho. Fueron entonces a buscarla de nuevo en sus montañas, y en esta ocasión la encontraron en la mitad del camino, en un hermoso valle: y desde allí la trajeron y entró en la ciudad con mucha pompa y en medio de fiestas solemnes que celebró todo el pueblo, y la colocaron dentro del convento; y desde ese día se conserva en Cali esta preciosa imagen. Moisés, desde la cumbre del monte Sináí, trajo las tablas de piedra en que estaba esculpida la Ley del Señor; y cuando al llegar al valle vio que el pueblo había idolatrado, lleno de indignación quebrantó y desmenuzó esta preciosa escultura. Pero después que hubo castigado a los idólatras volvió a subir a la cima del monte, y volvió a darle Dios las mismas tablas de piedra con el precioso grabado de la Ley. Entonces Moisés las bajó de nuevo de la montaña y las guardó dentro del arca de la alianza: y se

conservaron en el templo de Jerusalén, para testimonio de los siglos y generaciones futuras. Esta preciosa imagen de María que ahora veneramos es como una escritura grabada con el dedo de Dios en una roca, es la Ley del amor esculpida en tablas de piedra, porque María es Madre del amor hermoso. Parecía natural y debido bajar de la montaña esta tabla de la nueva Ley, para guardarla en el templo, en el corazón de la ciudad. Y sin embargo ¿por qué desapareció la Virgen? ¿por qué se volvió a sus montañas? ¿Por ventura había idolatrado la ciudad, y se había hecho indigna de conservar esta imagen de María, esta Ley del amor? Dijeron los indios que había vuelto la Señora de la montaña en busca de las frutas de sus selvas con que ellos la habían regalado, porque esas frutas eran muy del agrado de la Virgen y no las había encontrado en la ciudad. Esta fue una superstición de los salvajes. Pero nosotros examinemos en otro aspecto aquella creencia de los indios, dándole una verdadera interpretación. Porque María no come de estas frutas materiales, su alimento es del todo espiritual: ella se regala con las buenas obras de los cristianos y con los afectos de devoción: estas son sus flores, estas sus frutas. A la humildad, a la sencillez, a la modestia podemos llamar frutas de los campos. A la soberbia, a la mentira, a la vanidad podemos llamar

frutas de las ciudades. ¿Veis esa joven humilde, esa pobre aldeana, esa simple pastorcilla que vive sujeta a sus padres, trabajando en las rudas faenas del campo, sin más aspiración que agradar a Dios y salvar su alma, que jamás ha pensado en ostentar sus gracias naturales delante de los hombres porque los únicos que la miran son los ángeles y Dios? ¡Ah, esta es la flor de la montaña tan querida de la Virgen! ¡esta es la fruta de los campos que tanto agrada a María! y que, —al decir de los indios—ella fue a buscar en sus montañas. ¿Veis por el contrario esa joven soberbia y vanidosa, que es el tormento de sus padres, que no sabe vivir dentro de su casa ni ocuparse en los oficios domésticos, que todo su empeño es lucir en el mundo, exponiéndose constantemente a los peligros de ofender a Dios? ¡Esta es la flor de la ciudad! así la llaman los hombres ¡esta es una fruta de la civilización moderna! Estas flores y estas frutas no agradan a la Virgen; porque son muy contrarios y opuestos entre sí los gustos del mundo y los gustos de María. Las flores con que se adornan los teatros y las salas de baile, no sirven para adornar los altares de la Virgen. Como dijo San Pablo:—no es lícito sentarse a la mesa de los ídolos, y después sentarse a la mesa del Señor. En este sentido creo yo que la Virgen huye de las ciudades y quiere trasladarse a los campos. ¡Ay, her-

manos míos. contentad a la Virgen para que no se os vaya! haced empeño para que en medio de vuestra ciudad broten las hermosas flores de los campos, procurando que vuestras hijas sean sencillas, humildes, dedicadas al trabajo y sobre todo ocupadas en las obras de caridad. « *figo flis campi et lilium convallium* », dijo la Virgen:—yo soy la flor de los campos y la azucena de los valles. enseñándonos con esta expresión, que ella elegía para morada suya aquellos lugares y poblaciones en que las jóvenes se dedican de preferencia a las virtudes sencillas del Evangelio. Por tribus y parcialidades acudían los indios a honrar a la Virgen, llevándole sus frutas; y ahora acudid vosotros todos a adorarla también. trayéndola las frutas de un corazón sencillo y humilde.

III

Una vez colocada la Virgen en su capilla propia, que se le edificó dentro del convento, ha permanecido constantemente en la ciudad, derramando sobre ella con profusión toda clase de bendiciones. El pueblo todo ha dado a esta santa imagen el nombre de NUESTRA SEÑORA DE LOS REMEDIOS, en atención a

los innumerables favores con que ha socorrido siempre a los que a ella acuden en sus trabajos y desgracias. La piedra que en el desierto brotó aguas milagrosas para mitigar la sed de los israelitas, dice San Pablo que figuraba a Cristo Nuestro Señor, de cuyo divino corazón se derramaban sobre el desierto de este mundo todas las gracias del cielo *Petra autem erat Christus*. Si, Cristo es la fuente única de todos nuestros bienes; pero María es también el único canal por donde esos bienes corren. Y refiriéndome yo a esta santa imagen podría aplicarle la expresión del Apóstol. y decir: *Petra autem erat María*. esta piedra de la montaña representa a María. Plúgole al cielo darnos esta imagen sensible de su misericordia. Porque al enviar a la tierra las gracias que estaban destinadas para estas regiones, hízolas descender sobre los montes, y en ellos puso el canal de su misericordia que es María, para que desde allí se derramasen sobre todos estos pueblos. *Suscipiant montes pacem populo, et colles justitiam* se canta en uno de los salmos: reciban los montes la paz, que viene destinada para el pueblo, y reciban los collados la santidad que baja del cielo. La profecía de este salmo la vemos cumplida en nuestro caso. ¿No es María la que trae la paz de los pueblos? ¿no es María la santidad de los cielos por excelencia? ¡Pues esta paz y esta santidad recibieron los montes y

los collados, cuando en su cumbre apareció esta imagen de María! Celebrando el Salmista las obras de la Omnipotencia divina, entre ellas cuenta la de haber convertido una piedra en estanque de aguas, la de haber convertido una roca en fuente cristalina. *Qui convertit petram in stagna aquarum et rupem in fontes aquarum.* Este portentoso cantado por David lo tenemos a la vista, hermanos míos, en la piedra de esta imagen, que se ha convertido para nosotros en una fuente de aguas vivas, en una piscina o estanque de aguas saludables en donde se sanan todas las enfermedades. Vosotros mismos, por este motivo la habéis llamado la Virgen de los Remedios. ¡Oh, enfermos del alma, venid a bañaros en estas aguas de salud, y sea cual fuere la dolencia que padezcáis, si venís con fe quedaréis sanos de cualquiera enfermedad!

¡Oh Virgen de los Remedios! el enfermo que acude hoy a pedirte la salud, es el pueblo todo que está sufriendo inmensamente en el cuerpo y en el alma con una guerra fatal y desastrosa. Si! ;venimos a pedirte la paz! a pedirte que con esas aguas frescas y limpias que brotan de tu imagen, apagues la fiebre de odio y de venganza en que se abrasan los hombres instigados por el demonio! a pedirte que cese ya el delirio del febricitante, que recupere el juicio para

que todos estos miembros que se hallan debilitados y enflaquecidos con enfermedad tan larga, se alienten y rehabiliten! Entonces todos te serviremos con alegría en medio de la paz pública que de tu maternal corazón esperamos. Paz que será el preludio de la eterna felicidad que a todos os deseo. — Amén.

PANEGIRICO

DE LA

BEATA MARIANA DE JESUS, AZUCENA DE QUITO

predicado en el templo de la Compañía de Jesús de Quito, el 2 de Junio de 1907, dominica infraoctava del Corpus. Pontificó la Misa el Ilmo. Sr. Obispo Dr. D. Ulplano Pérez Quiñones, y asistió el Capítulo de la Iglesia Metropolitana.

Sicut liliū inter spinas sic amica mea.

CANTARES, II, V 2.

Mi amada es azucena entre espinas.

Amados hermanas míos:

Las Escrituras, en muchas partes, representan a Cristo con el símbolo de una flor. Los Profetas anunciaron que el Mesías se llamaría Nazareno, que quiere decir florido. Y flor del campo y lirio escondido en

los valles, llama Salomón a Nuestro Señor Jesucristo. Así también a los Santos se les llama flores, porque la santidad consiste en imitar a Cristo, que es la primitiva flor. Según esto la Iglesia, que es la que produce los Santos, viene a ser como un campo muy hermoso todo él plantado de flores, flores muy olorosas y de muy distintos matices. El olor de estas flores es el buen ejemplo de vida que nos han dejado los Santos, y la variedad de sus matices es la diversidad de los estados a que ellos pertenecieron. Por esto decimos con verdad que en el jardín místico de la Iglesia hay flores de todas clases, porque hay Santos de todos los estados. Hay rosas blancas y las hay encarnadas; hay nardos, violetas y claveles; hay jazmines; y sobre todo hay hermosísimas azucenas. Dios mirando nuestra tierra desde lo alto de los cielos, se complace en la hermosura de estas flores, y se deleita con la suavidad de sus perfumes. ESTE ES MI HIJO MUY AMADO EN QUIEN TENGO MIS COMPLACENCIAS, dice contemplando a Jesús en la Eucaristía. Y viendo después todo el campo de la Iglesia parece que dice: *Ecce odor filii mei sicut odor agri pleni*, el olor de mi Hijo es semejante al olor de un campo lleno.

El perfume que exhala Jesús en la Hostia Santa, sube desde el altar hasta el trono del Altísimo. Pero la Iglesia tiene cuidado de poner todos los días en el

altar junto a la flor de la Eucaristía, las otras flores que ha producido su suelo, para que mezclado su aroma con el de la flor divina suba también a la presencia del Altísimo. Y estas flores, que son los Santos, la Iglesia las toma de las diversas partes del mundo: ahora las toma de una región, ahora las toma de otra. En el día de hoy toma de nuestro suelo la única flor que él ha producido, sí, toma la Azucena de Quito, que es Mariana de Jesús, y la pone en el altar junto a la Hostia Santa, para que el aroma de sus virtudes suba también a complacer al Altísimo. ¡Qué honra para nosotros, hermanos míos, tener en el altar esa azucena, que desde lo alto de los cielos mira complacido el Señor! Todas las glorias mundanas son muy efímeras, como lo es la flor del heno que a la mañana está verde y seca a la tarde. Mas la gloria que nos da delante de Dios esta bella azucena, es inmarcesible, porque trasplantada ya en los cielos, ella es una flor que no se marchitará jamás.

Estas flores de los Santos están puestas en el altar para la gloria de Dios; pero sirven también para nuestro aprovechamiento, porque nos instruyen con los ejemplos de su vida. El aroma de sus virtudes sube a los cielos para complacer a Dios; pero se difunde también aquí en la tierra para la salud de nuestras almas. Las flores con su aroma purifican el aire, con-

fortan las cabezas debilitadas, y alegran los pechos oprimidos. Así también las virtudes de los Santos, cuando son predicadas y conocidas, purifican la atmósfera social que está saturada de innumerables escándalos; confortan las cabezas de tantos que están desvanecidas con los errores de la impiedad, y alegran también los corazones de muchos que están oprimidos con el peso de los vicios. Mas, para que las flores produzcan tan saludables efectos, es menester que haya viento que sople y traiga en sus alas el aroma y lo difunda por el espacio. Hoy exala en el altar un exquisito perfume la Azucena de Quito ¿cómo conseguiremos un viento que sople y traiga hasta nosotros el aroma de sus virtudes, que nos aliente y vivifique? Yo os hablaré de las virtudes de Mariana de Jesús: pero mis palabras son un viento que sólo llega hasta vuestros oídos ¿cómo haré para penetrar en vuestros corazones y hacer que percibiendo vuestras almas el perfume de su santa vida, os animéis a correr tras el ejemplo de sus virtudes? *in odorem curremus unguentorum tuorum.* ¡Oh Espíritu santísimo! Tú que viniste al mundo en forma de viento, ven y sopla sobre la Azucena de Quito, y trayendo en alas de tu inspiración el aroma de sus virtudes entra en nuestros corazones, porque Tú eres el único que soplas en lo íntimo de las almas. Los vientos duermen en las caver-

nas de los montes, y desde allí salen a soplar sobre la tierra. Este viento del Espíritu divino duerme en el pecho de María Santísima, que es su Esposa y desde allí sale, como salen todas las gracias, a hacer beneficios a los hombres. ¡Oh, Virgen Inmaculada! abre tu pecho misericordioso, y suelta ese viento divino, que venga a soplar sobre nosotros, confortándonos con el aroma de las virtudes de Mariana de Jesús. — Ave María.

Sicut liliū inter spinas sic amica mea.

CANTARES, II, V 2.

I

Todas las flores que pone la Iglesia en el altar están cercadas de espinas, y mientras más hermosas son, es mayor el número de espinas que las cercan, a imitación de Jesús, que nunca estuvo más florido que en su Pasión, cuando le cercaban espinas de muy acerbos dolores. Nuestra Mariana de Jesús es bellísima azucena, y como tal tiene un cerco de innumerables espinas. Contemplémosla.

Que ella debía ser una Azucena de santidad, lo significó el cielo con sus luces. Porque en el día de nacimiento, apareció en el aire, encima del cuarto en que nacía la niña, una hermosa y grande estrella, que echaba de sí resplandores, y estos resplandores eran otros pequeños luceros, que todos juntos tenían la figura de una azucena. Como si el Señor hubiese dibujado en el firmamento un emblema que representase las virtudes de esta niña: como si Dios hubiese escrito en el cielo con estrellas en vez de letras diciendo: *amica mea sicut lilium*. esta niña que nace será una azucena. Y en efecto lo fue. Fue Mariana una virgen muy pura: en ella encontró sus delicias el Cordero celestial. Para conocer hasta que punto de hermosura llegó la pureza de su virginidad, veamos las espinas de la mortificación con que ella misma se rodeó desde niña, porque en proporción de lo punzante de las espinas está la belleza de la flor

Apenas nacida, empezó a mortificar grandemente su delicado cuerpo; y lo mortificó sobre todo con el ayuno. Principió a ayunar desde el pecho de su madre: al principio tomaba el pecho sólo dos veces al día; y después sólo lo tomaba cada veinticuatro horas. Cuando dejó de ser niña de pechos, no por eso dejó el ayuno, antes lo continuó con más rigor y fue aumentándolo durante el transcurso de su vida, de

suerte que en los últimos años, de ella, ya no comía absolutamente nada, solo se alimentaba con la sagrada comunión.

Ahora bien el ayuno tiene la virtud de conservar intacta el alma en medio del fuego de la concupiscencia en que se abrasa el mundo todo. Así los tres jóvenes israelitas, echados en el horno de Babilonia, se mantuvieron intactos sin quemarse, porque se habían fortalecido antes con el ayuno. Ponderad, hermanos míos, cuán pura y cuán limpia de toda mancha estaría el alma de Mariana, fortalecida con el ayuno desde el primer día de su vida. De esos tres jóvenes israelitas cuenta la Escritura que no se les quemó ni un solo cabello de la cabeza, ni siquiera se les pegó el olor del humo, sino que intactos, con todas sus vestiduras, cantaban himnos de alabanzas al Señor. Así también. Mariana de Jesús en el horno de este mundo, durante toda su vida se conservó pura como un ángel; jamás tuvo ni un solo mal pensamiento, ignoró por completo que cosa fuese el ardor de la concupiscencia, se mantuvo siempre vestida con la blanca vestidura del bautismo sin haberla manchado ni con el más ligero tizne de la sensualidad. ¡Qué milagro tan estupendo de la gracia!

Pero causas contrarias deben producir efectos contrarios también. La desítemplanza en la comida y

sobre todo en la bebida ; qué efectos tan desastrosos producirá en las almas ! ¡ cómo quedarán consumidas a manera de estopa en medio de llamas de concupiscencia que se levantan de un cuerpo repleto de manjares y de vino ! A esta clase de hombres llama el Apóstol, enemigos de la Cruz de Cristo, y que no tienen más Dios que las pasiones ignominiosas que se originan de su propio vientre. En nuestros tiempos, en que va haciéndose tan común el desarreglo en la bebida ¿ qué alma se conservará casta ? Aprended de Mariana, hermanos míos, a conservar la limpieza de alma y de cuerpo con el ayuno, o siquiera con la templanza y sobriedad en la mesa.

Pero continuemos con las espinas que cercan a nuestra Azucena. Al ayuno añadió la niña Mariana los dolores de una mortificación sangrienta, con que atormentaba su inocente cuerpo, doblando así el cerco de las espinas con que ella defendía la flor de su inocencia. Cuando tenía solamente cuatro años de edad, y su familia iba al campo para las recreaciones, la niña Mariana buscaba para su recreo, no los verdes prados sino las escondidas selvas. En ciertas horas del día desaparecía de la casa, y buscándola la hallaban escondida bajo la sombra de un árbol, arrodillada y azotándose, en las espaldas desnudas, con un ramal de espinas. Una vez quedóse dormida en las

faldas de su hermana mayor, y ésta desnudándola para acomodarla en el lecho, encontró que la niña tenía ceñida la cintura y cubiertos el pecho y las espaldas con otros ramales de espinas. ¡Qué azucena tan hermosa en medio de espinas tan punzadoras! Sí: hay una simpatía muy estrecha entre la inocencia y la mortificación, son dos amigas inseparables que siempre andan juntas, parecen hermanas gemelas.

Cuando Mariana de Jesús ya no fue niña sino joven, multiplicó las espinas de su cercado. Estaba entonces en la edad del amor, su corazón se había inflamado en una pasión amorosa pero celestial, estaba loca de amor por Jesús. A todo trance quería aparecer hermosa a sus ojos, quería robarle el corazón. Y como las galas en los vestidos son lazos que enredan los corazones, ella consiguió un ajuar completo de galas muy preciosas y que sabía eran del gusto de su amado. Y con éstas se ataviaba, como se viste una joven desposada para presentarse delante de su esposo. Sí, Mariana tenía una preciosa corona para su cabeza, y escogido calzado para sus pies; tenía una saya muy bien ajustada al talle de su cuerpo, y un ceñidor que rodeaba su cintura; tenía cintas que colgaban de sus brazos, y collares que adornaban su pecho. Estas diversas galas de su vestido eran los instrumentos de penitencia con que atormentaba su cuerpo, instru-

mentos hechos de hierro y de acero y de otras materias muy ásperas, pero todos de mucho precio porque estaban entretejidos con el hilo de oro del amor a Jesús, y estaban esmaltados con la sangre de esta inocente virgen.

Así mismo tenía Mariana todos los achaques propios de la edad juvenil en que estaba. En su cuarto tenía colgado un espejo de cuerpo entero para mirarse y remirarse en él con mucha frecuencia y de este modo ataviarse con mayor esmero. Los maestros de la vida espiritual, a la muerte llaman verdadero espejo en que deben mirarse los hombres: y Mariana de Jesús tenía en su aposento un esqueleto entero del cuerpo humano, en el cual contemplaba con frecuencia su propia figura, y echando agua bendita sobre esa imagen de la muerte decía: DIOS TE PERDONE, MARIANA.

Habéis visto siquiera algunas de las espinas que cercaron a la Azucena de Quito. Mas ahora, entre nosotros las que se llaman flores de la sociedad, no se cercan ya de espinas; rodeándose sí de un cerco de placeres y comodidades, que forman el círculo todo de su vida: los perfumes, el afeite, la seda, el oro, las piedras preciosas son el cerco que rodea a la juventud. En medio de un cerco de espinas creció la Azucena de Quito; y en este cerco de tantas flores mun-

danales, ¿qué crecerán sino espinas? sí, espinas de pecados con que se teje la corona que atormonta la cabeza de Cristo!

II

Pero dejemos ya las espinas; y contemplemos ahora a la misma flor, a esta bellísima azucena de hojas muy blancas y de perfume muy oloroso. Mariana de Jesús no cometió en toda su vida ningún pecado, ni mortal, ni venial deliberadamente consentido: así es que las hojas de la azucena eran muy blancas. Los primeros pensamientos y los afectos primeros de su alma fueron todos para Jesús: así es que el perfume de la azucena era muy exquisito y celestial. Desde muy niña manifestó Mariana el amor entrañable que tenía a la virginidad, huyendo de todo trato y familiaridad con los hombres. Un caballero, atraído de lo simpático de esta niña de cuatro años, la tomó en sus brazos para acariciarla: y ella se asustó en gran manera, púsose pálida a temblar de miedo, y asustado también el caballero la dejó; entonces la niña emprendió una carrera desalada: con este hecho manifestó Mariana ser no sólo azucena sino una sen-

sitiva muy delicada. A los siete años hizo voto de virginidad perpetua: y cuando cumplió los diez años, hizo también los votos de pobreza y obediencia. Es decir que el botón de la azucena se abrió muy temprano, y quedó ya formado el cáliz de la flor que debía recibir con abundancia el rocío celestial: ese cáliz era su tierno corazón.

Pero ¡cuántos peligros no corre una flor abandonada en el campo! pueden pisarla las bestias, o puede ser tronchada por atrevida mano de cualquier pasajero, o también puede marchitarse por falta de lluvias o por falta de riego. Y ¡cuántos peligros no encuentra en el mundo la inocencia de una virgen! ¡Oh, si hubiese un paraíso custodiado por ángeles, para encerrar en él estas flores de la inocencia! El Señor tiene providencia especial con las flores: *videte lilia quomodo crescunt*—dijo Jesús en el Evangelio—explicando el cuidado con que Dios viste a las flores del campo. Este Dios que cuida de las flores, cuidó con especialidad de Mariana. El espíritu del Señor la encaminó y la trajo desde sus primeros años a este templo de la Compañía: éste fue el paraíso de la inocencia escogido por el Señor, para que en él se criase esta azucena. Aquí la puso bajo el cuidado de la ínclita Compañía de Jesús, que fue el Querubín que con la espada de fuego de su sabiduría y de su celo custodia-

ba este paraíso y defendía esta flor. Por disposición especial de la Providencia, Mariana es una Azucena propia de la Compañía. La misma virgen se gloriaba de ser hija verdadera de esta sagrada Religión. Y esto lo manifestaba no sólo con palabras, sino principalmente con sus obras. Y aun lo mostraba públicamente en su vestido, que era una túnica de la misma forma que tiene el vestido que usan los religiosos de la Compañía. Sin dejar de ser verdadera hija de esta ínclita Orden, porque lazos indisolubles la unían con ella como con su madre; tomó también el hábito de la Tercera Orden de Nuestro Padre Seráfico San Francisco, y profesó en ella. Los Santos se complacen en el cielo de comunicarse unos a otros sus glorias, porque sólo buscan la mayor gloria de Dios.

Las almas para crecer en la santidad necesitan, como acontece con las flores, del calor del sol, de la lluvia, del riego. Y todos estos elementos indispensables para la vida espiritual, se hallan cabalmente en los templos. La Sagrada Eucaristía es un sol que calienta con sus rayos: la predicación es una lluvia que baja del cielo: la dirección que se da a las almas en el confesonario, es como el regar una planta. Y cuando a todo esto se añade que los sacerdotes que sirven en el templo, son verdaderos ángeles del Señor, como dice el Apóstol *in ministerium missi*, esto es, que de-

sempañan su ministerio con verdadero celo de salvar a las almas; entonces sí que ese templo es un verdadero paraíso, en donde se cultivan y en donde crecen las flores de santidad. Esta fue la dicha de Mariana, haber venido a este templo, en donde encontró ángeles que le cuidasen, porque tales eran en verdad los Religiosos que formaban la Comunidad de este Colegio de la Compañía. Aquí encontró la Azucena todo cuanto era menester para su desarrollo, como lo vamos a ver

Llevó Mariana una vida muy retirada. De todas las calles de Quito, solo conocía una, que es ésta que va rectamente a su casa desde esta iglesia. Era la única calle que frecuentaba todos los días, viniendo diariamente a este templo, en donde permanecía desde las primeras horas de la mañana hasta cerca del medio día. Aquí se confesaba y comulgaba todos los días. Y al pie de este púlpito es el lugar en que ella constantemente permanecía. Ahora ved como recibió esta Azucena el influjo del Sol, que le enviaba sus abrazadores rayos desde el tabernáculo: cómo fue empapada con la lluvia celestial que caía desde este púlpito: cómo fue regada con el agua de la gracia que corría por esos confesonarios.

Jesús, en el Sacramento, la inflamaba de amor muy encendido, tanto que aun su rostro quedaba res-

plandeciente. El sacerdote que distribuía la comunión a los fieles, distinguía entre todas las demás personas a Mariana, porque su rostro echaba rayos de luz celestial. Después de recibida la comunión, inmediatamente se cubría el rostro con el manto que le caía hasta el pecho. Moisés, cuando salió de hablar con Dios, tenía la cara iluminada; y para que no le viesen los israelitas, se la cubrió con un velo. Así procedía también Mariana, y cubierta con su manto permanecía arrodillada, inmóvil, largas horas después de la comunión: si la hablaban, si la tocaban, si la movían estaba insensible a todo. A veces permanecía veinte y cuatro horas arrodillada, sin moverse, delante del altar de la Eucaristía. ¡Ah! en esos momentos crecía admirablemente en santidad la virgen Mariana, porque Jesús en la comunión da el aumento de la vida espiritual. El Cordero de la Eucaristía se alimenta de azucenas, *qui pascitur inter lilia*; pero a su vez las azucenas se alimentan de la sangre del Cordero Eucarístico, *vinum germinans virgines*. Había una mutua comunicación de vidas entre el Cordero y la Azucena; de suerte que Jesús era de Mariana y Mariana era de Jesús. Habéis visto cómo el sol de la Eucaristía hizo crecer esta Azucena.

Los encargados de llevar las almas al cielo no son los ángeles sino los hombres. El sacerdote en el con-

fesonario es otro Moisés que conduce al pueblo elegido hacia la tierra de promisión, y lo conduce al través de un desierto en donde no se ven caminos. Quién se aventura a caminar por este desierto sin guía, corre mucho peligro de extraviarse. Mariana buscó esta guía para el cielo, y la encontró muy diestra y segura en este templo. Como simple ovejita se puso bajo el cayado de pastor, a quien buscaba todos los días en el confesonario, y no se separó ni una línea del camino que le mostraba su pastor. La frecuencia de los Sacramentos, los ayunos, las otras mortificaciones, la oración continuada por largas horas: todo, todo lo hacía guiada no de su propio juicio, sino enseñada por su director. Y el premio de tanta abnegación fue que acertó con el camino de la santidad. Esta dirección recibida en el confesonario, fue el riego constante que tuvo la Azucena: y con él creció sin que se hubiese marchitado jamás.

La lluvia que fecunda los campos de la Iglesia es la predicación de la palabra divina. La falta de predicación es una calamidad pública, porque retirándose las aguas se secan los campos, se marchitan las flores. A veces, aun cuando llueve, la tierra no se aprovecha de la lluvia, porque el agua no la penetra, no hace sino correr por la superficie y en seguida se seca. ¡Cuántas de las predicaciones no entran en el

corazón de los oyentes! no hacen sino pasar por los oídos halagándoles, e inmediatamente quedan olvidadas las verdades que les han predicado. La lluvia mansa y sosegada de muchos días, es la que penetra en la tierra y hace crecer las plantas; y aun después de terminada la lluvia, todavía se ven en el cáliz de las flores algunas gotas de agua, que parecen diamantes. Ahora ved a la Azucena de Quito recibiendo la lluvia de la predicación clara, sencilla y constante que desde este púlpito hacían los predicadores de la Compañía. Todas las verdades de la predicación la penetraban en el alma; y aún después de concluida la plática, quedaban algunas de las verdades que había oído como gotas de diamante temblando en su pecho. Esta Azucena, sí, que aprovechaba de la lluvia.

¡Cuántas otras personas, esa misma predicación que oía Mariana, la habrán dejado pasar sólo por los oídos, sin que les hubiese penetrado en el corazón!

De todo lo dicho consta con evidencia que este templo de la Compañía, fue el jardín en que creció la Azucena de Quito. Aquí encontró Mariana todo cuanto necesitaba para su santificación.

¡ Ah, si los cristianos frecuentasen los templos, y los frecuentasen con el espíritu con que se debe venir a ellos! ¡cuántas flores de santidad veríamos brotadas en nuestro suelo! Pero ¡qué! si ahora nuestros

templos están desiertos! *non est qui veniat ad solemnitatem.* Y cuando algunos cristianos vienen al templo, no es para recibir en él los influjos de la gracia: vienen sí, para robar a Cristo el honor que se le debe. La casa de oración la habéis convertido en cueva de ladrones,—decía el Salvador a los judíos. Y ciertamente tanta vanidad del mundo dentro del templo con el fin de atraer las miradas de los concurrentes, ¿no es un robo descarado que se intenta hacer a Cristo en su propia casa, del amor y de la gloria que sólo a Él se le debe? Y si no decidme ¿qué fruto sacamos de nuestras solemnidades religiosas? ¿cuántas son las flores que brotan después de nuestras predicaciones? ¿cuántas son las azucenas que crecen al pie de nuestros altares y de nuestros confesonarios? Las paredes de este templo están impregnadas del buen olor de la Azucena de Quito, y Dios se complace todavía en percibirlo. ¡Cuántos de nuestros templos estarán impregnados del mal olor de los escándalos! y esto será talvez lo que continuamente está provocando las iras de Dios!

III

Mariana fue en verdad una Azucena crecida en el templo; pero no pasó su vida encerrada en él: antes bien era una flor que ostentaba su hermosura y exhalaba sus perfumes en el seno de su familia, y en su trato con las gentes. Cuando iba por la calle, edificaba a todos con la modestia de su andar. Movíanse a devoción sólo con verla. Todo el pueblo la consideraba como el ángel de esta ciudad. Y ciertamente vivía en su casa como un ángel.

Tenía muy bien repartidas todas sus ocupaciones. Dormía solamente dos horas por la noche, y el resto de ella la empleaba en la oración y en la penitencia. Algunas veces quería dormir en el lecho de su esposo: así es que se colgaba de una cruz grande, que tenía escondida en su aposento, amarrándose en lo alto de ella con una trenza de sus cabellos, y metiendo los pies y las manos en unas argollas formadas de cordeltes, que al efecto tenía amarrados en la misma cruz, y de este modo quedaba pendiente su cuerpo por largas horas: y cuando bajaba de este lecho, para ella dulcísimo, quedaba enterramente desfallecida. Otras no-

ches se acostaba en una cama, que era un verdadero potro de dar tormento, como el que usaban los tiranos para atormentar a los mártires. La virgen Mariana era una verdadera mártir; mas ¿quién la atormentaba sino el amor a Jesús? que es el dulce tormento del corazón, para las personas que sufren el martirio del amor.

Durante el día se ocupaba en los quehaceres domésticos, juntándose con las criadas para trabajar en los oficios más penosos de la casa. Se dedicaba también a las labores de la costura, para ganar el pan con el sudor de su frente; pero ese pan no lo comía ella, sino que lo daba a una familia pobre, a quien sustentaba con el trabajo de sus manos. En determinadas horas reunía a toda la servidumbre de la casa, para enseñarles la doctrina cristiana, y para darles buenos consejos. Por el espacio de una hora iba todas las noches a la sala de la reunión, para conversar con los de su familia; y ¡qué agradable y qué edificante era su conversación! Algunas veces le exigían que cantase para recreo de los que estaban reunidos, y ella que era muy hábil en esa arte, tomaba un instrumento de música de los que en ese tiempo se usaban, y, tocándolo con primor, cantaba coplas amorosas a Jesús; pero con tal ternura, que todos los corazones se

conmovían; y ella durante el canto estaba con el rostro elevado y los ojos mirando al cielo.

¡ Ah, qué hogar tan dichoso fue el de Mariana! ¡ qué casa tan feliz fue la suya! pues estaba llena de perfume de santidad que exhalaba la Azucena de Quito. Y el Señor dispuso que este perfume se percibiese aun materialmente. Cuando la Magdalena quebró el alabastro y se derramaron los perfumes que en él estaban contenidos, toda la casa quedó llena de un olor suavísimo. Mariana quebró también con ásperas penitencias el alabastro de cuerpo virgen, y el perfume que se derramó fue su sangre. Y aun cuando ella hacía lavar con mucha diligencia el pavimento de su cuarto, para que no quedase ni una sola mancha de sangre; su aposento, sin embargo, despedía una fragancia exquisita que se percibía en toda la casa: *impleta est domus ex odore unguenti*.

Aun sucedió más todavía. La sangre que derramaba con sus penitencias, hacia la enterrar en la huerta; y en ese punto de la huerta brotó una mata de azucenas: cavóse el suelo para ver de donde salían esas flores que antes no se las había plantado, y se encontró que brotaban de la sangre de Mariana, que aún se conservaba fresca todavía! ¡ Ah esa casa perfumada con el aroma de la Azucena de Quito, se halla convertida en un monasterio de santas religiosas, que

guardan dentro de las paredes de sus claustros el buen olor de las virtudes de Mariana!

IV

En el breve período de veintiséis años que duró su vida, llegó Mariana a una edad perfecta de santidad, *in mensuram aetatis plenitudinis Christi*. La azucena estaba en el colmo de su hermosura, era ya tiempo de que fuese trasplantada en los cielos. Y he aquí cómo se verificó su tránsito. Sentada una tarde al pie de este púlpito, oía la predicación de un fervoroso Padre, que exhortaba al pueblo a que aplacase las iras de Dios, que estaba justamente indignado contra esta tierra, pues varias poblaciones cercanas habían sido arruinadas con terremotos: se necesitaba de una víctima, y el predicador se ofrecía a Dios para morir por el pueblo. Entonces Mariana se conmovió grandemente y con lágrimas en sus ojos, se ofreció ella por víctima en vez del sacerdote, si el Señor quería aceptarla para salvar a su pueblo. Y el Señor la aceptó, porque al volver a su casa esa misma tarde le dio la enfermedad de la muerte. Esa enfermedad fue muy larga y dolorosa; y de ella murió Mariana, víctima

del amor a su Patria. Ella es una heroína, muy distinta en verdad de otros que también se llaman héroes de la República: porque el sacrificio de esta virgen fue en silencio, sin ruido, ni pretensiones de ninguna clase, no inmoló más vidas que la suya propia: ella fue una azucena empapada en su propia sangre. Los laureles que debían coronar a esta heroína, se los trajo un ángel del cielo: de allí le envió Dios una palma y una corona. Y cuando ella, en su agonía, vio llegar al ángel con estos laureles, levantó las manos al cielo en señal de aceptación y de agradecimiento. Y después quedó dulcemente dormida en el ósculo del Señor. Yo me figuro, hermanos míos, que en ese momento el ángel de nuestra República tomó en sus manos esa bendita alma que se desprendía del cuerpo, y llevándola a los cielos, echó a los pies de la Beatísima Trinidad esa fragante azucena, pidiéndole perdón y gracia para la tierra que tan bella flor había producido. Sí. ¡Mariana de Jesús debe ser en los cielos la salvaguardia de nuestra República! ¡Cuántas veces habrá sucedido que el Señor, indignado contra nosotros, haya depuesto sus justas iras, complacido con el olor de esta fragante Azucena!

Los afectos legítimos del corazón no mueren con la muerte de la persona santa, sino que viven eternamente en el cielo. Mariana de Jesús no ha dejado de

amar a su Patria, por la cual dio su vida; ámala todavía en el cielo, y la ama con más ardor y con mayor perfección. En todas las calamidades públicas debemos acudir a Mariana con entera confianza. Afligidos como estamos ahora con tantas desgracias, vengamos a postrarnos a sus plantas, pidiéndole que nos ayude con su poderosa intercesión.

Cuando uno suplica con mucha instancia, toma del manto a la persona a quien pide, para que no se vaya sin haberle hecho antes el favor. Aquí tenemos las reliquias del cuerpo de Mariana, que son como el manto de esta gloriosa virgen. Tomémosla de este manto, adorando sus reliquias, y supliquémosla con grande instancia.

¡Ay! hermosa Azucena de Quito, mira que tu Patria está amenazada con otra clase de terremotos más terribles que los de tu tiempo! Mira que la impiedad sacude a la República en sus bases, y la hace temblar toda: y las primeras en derrumbarse van a ser las comunidades religiosas, y sobre todo esta tu amada Compañía de Jesús! Tú, que libraste a tu pueblo de la ruina material con el sacrificio de tu vida, libranos ahora con tu poderosa intercesión de esta ruina moral que tan de cerca nos amenaza! Haz que cesen los temblores de la impiedad, y que vuelvan los

tiempos tranquilos de la fe, para que esta tierra tuya, ahora tan desgraciada, produzca otras flores y otras azucenas semejantes a tí! Con lo cual esta tu Patria venga a ser en verdad la República especialmente consagrada al Santísimo Corazón de Jesús. — Así sea.

Plática sobre la Eucaristía

PREDICADA EL 2 DE AGOSTO DE 1896

Ille est panis de coelo descendens, ut si quis ex ipso manducaverit non moriatur.

JOAN, VI, N° 50.

He aquí el pan bajado del cielo para que aquel que lo coma no muera.

Amados hermanos míos:

Refiere el santo Evangelio que un día subió Nuestro Señor con sus Apóstoles sobre una barca, y como fuese tarde ya, se durmió, y después sobrevino una gran tempestad que iba ya a hundir la nave, y los Apóstoles que hasta entonces habían luchado en vano con el embravecido mar, fueron a despertar a Jesús,

diciéndole:—Sálvanos, Señor, que perecemos. Jesucristo les dijo:—Hombres de poca fé, ¿por qué teméis? y levantándose, ordenó a los vientos y a la mar que se apaciguasen: y sucedió entonces una gran tranquilidad, y los que esto vieron quedaron maravillados y decían:—¿Quién es éste a quien así obedecen los vientos y la mar?—He aquí, cristianos, una imagen viva de lo que pasa con nosotros: esta frágil navicilla es el corazón humano, que, azotado por las violentas pasiones de este siglo parece ya zozobrar, y perecerá indudablemente si no acude a Jesús y le dice:—Sálvame, Señor, que perezo. En efecto, el hombre en esta vida, no es sino un conjunto de miserias y dolores. Dios, a la verdad, había creado al hombre dichoso, pues le había dado amor, inocencia, inmortalidad, le había rodeado de una naturaleza llena de vigor y de vida, pero pecó, y la felicidad huyó de él, ya no tenía el amor puro de un corazón inocente, la muerte se presentó delante de sus ojos esperando su víctima, y el hombre arrastró en su caída a toda la creación; y desde entonces los días de su vida en la expresión de Job, son los de un jornalero, y todo lo que le rodea, en expresión del Eclesiástico, no es sino vanidad y aflicción de espíritu. ¿Que hará el hombre en tan triste estado, viendo que todas las criaturas y aun su mismo corazón se levantan contra él: solo en medio

de tantos enemigos? ¿Desesperará? No. Así como Dios había plantado en el Paraíso terrenal un árbol de una virtud particular, cuyos frutos hubieran mantenido constantemente en el hombre la vida, y se llamaba el árbol de la vida: así ha puesto en medio de su Iglesia este Misterio de salvación, que arrancado del árbol de la cruz, repara nuestras fuerzas, y nos da vida, y nos sostiene con valor en las grandes luchas que debemos experimentar. He aquí el grande y único consuelo de nuestro corazón. ¿Queremos felicidad? No la vayamos a buscar en las pasiones, sino en Jesucristo, porque—como dice San Pablo—no se encuentra la felicidad en los festines y saraos, en los banquetes e impurezas, sino en revestirse de Nuestro Señor Jesucristo.

El gran Padre San Ambrosio hablando de los efectos de la Eucaristia, hace una detallada enumeración de ellos, demostrando que el Hijo de Dios en este misterio satisface todas nuestras necesidades en esta vida. Si huyes de las tinieblas—dice—Él es luz. Si te abrasas con la fiebre de las pasiones, Él es la fuente de aguas vivas. Si deseas curar de tus heridas, Él es el médico. Si estás lleno de inquietudes, Él es la víctima. Si temes la muerte, Él es la vida. Si deseas el cielo, Él es el camino. Y fijándome solamente en tres de los efectos eucarísticos enumerados por el

santo Doctor, procuraré manifestaros que Jesucristo en la Eucaristía, es el único que puede sostener nuestro corazón en la lucha con las pasiones: *Si febribus aestuas fons est.* Que si, por desgracia, vuestro corazón ha sucumbido en la pelea y se halla manchado con la culpa, es el único que puede purificaros: *si erratis iniquitate victima est.* Que si, finalmente, cansados con esta continua batalla, queréis libertaros ya y llegar a la patria celestial, es el único camino: *si coelum desideras, via est.*

1. *Si febribus aestuas fons est.* Al decir de San Ambrosio, la concupiscencia que más inclina al mal es una fiebre violenta: *Febris nostra, libido est.* Sintiendo el hombre abrasado con esta fiebre devoradora, corre a los pozos encenagados de los vicios para satisfacer su sed: pero, ¡desgraciado! no la satisface, sino que la irrita más: esas aguas no pueden refrescar su corazón. Hay una sola fuente formada por el Creador que tiene aguas que saltan hasta la vida eterna, y son las únicas que le pueden librar de la fiebre de sus pasiones: esa fuente es este Sacramento adorable. En efecto, dicen los Santos, que es gran remedio contra las tentaciones, frecuentar este divino Sacramento, porque además de dar grande fortaleza, enflaquece las pasiones y los hábitos e inclinaciones

malas, y nos hace prontos para cumplir la voluntad de Dios; porque, como este Sacramento es memorial de la Pasión de Cristo por la cual los demonios fueron vencidos, en viendo en nosotros el cuerpo y sangre de Cristo, ellos echan a huír y los santos ángeles nos acompañan y ayudan. Y San Crisóstomo dice: si la Sangre del Cordero, figura de este Sacramento, puesta en los umbrales de las puertas de las casas, libraba a sus moradores del castigo y matanza que iba haciendo el Angel Exterminador, ¿cuánto más lo hará este divino Sacramento? Pero particularmente, dicen los Santos, que es este eficazísimo remedio para vencer las tentaciones deshonestas y conservar la castidad porque pacifica los movimientos de la carne, apaga el ardor y apetito de la sensualidad, como el agua al fuego; y así como tocando aquella mujer del Evangelio el ruedo de la vestidura del Salvador, cesó en ella el flujo de la sangre, así entrando Cristo en nuestro cuerpo se detienen las tentaciones y cesa el ardor y fuego de la concupiscencia. Es virtud y efecto particular de este manjar celestial, engendrar vírgenes. Si la castidad se conserva en la Iglesia, es por la Eucaristía: los corazones puros son frutos del Santísimo Sacramento. Hay muchas almas en el siglo puras como los ángeles, son los jóvenes de Babilonia que llenos de vida se mantienen ilesos en medio del horno

abrasador: y ¿quién opera este milagro, sino la Eucaristía? tiene un secreto la comunión, el secreto de la inocencia y de la castidad. Las vocaciones sacerdotales y religiosas florecen a la sombra del Santuario. Echad una mirada sobre los monasterios, claustros y casas sacerdotales, ved estos campos amados del Señor: *respicite lilia quomodo crescunt*. Es Jesús quien las ha plantado y las cultiva con sus manos eucarísticas, quien las riega con su sangre y las purifica del polvo del mundo, mientras las trasplanta a los cielos. Y un día estas plantas celestiales se abrirán en toda su hermosura a los rayos del sol de la eternidad. La comunión es, pues necesaria para conservarse puros. ¡Eh! bien, cristianos, a vosotros corresponde hacer aplicaciones prácticas de este principio.

2. *Si gravaris iniquitate víctima est*. El Apóstol San Juan escribiendo a los fieles les dice: todo esto os he dicho para que no pequéis; pero si pecáis, tenemos un abogado, ante el Padre, que es Cristo Nuestro Señor. Este divino Sacramento es un auxiliar poderoso para que no pequéis y no irritéis la justa cólera del Señor; pero si habéis caído, este mismo Sacramento es el remedio de vuestros males, el aplacador de la indignación del cielo. Sin este Hijo de Dios habitando con nosotros en la tierra, el mundo

lleno de iniquidades habría desaparecido ya destruido por la justicia divina: *Quasi Sodoma fuisset et quasi Gomorra similes essemus*. De suerte que este misterio es nuestra prenda de seguridad, es el escudo en que vienen a embotarse los dardos de la ira de Dios. Ofreciéndose continuamente en sacrificio, y diciendo a su Padre desde ese altar lo que decía desde la Cruz: **PERDONALOS QUE NO SABEN LO QUE HACEN**, consigue el ponernos en gracia y amistad de Dios. En efecto, si hemos sido redimidos por la Pasión y Muerte de Jesucristo, la Santa Eucaristía es una continuación de la Pasión. En ese altar sufre paso a paso, todos y cada uno de los dolores de su sacratísima Pasión. ¿Creéis que el Santo Tabernáculo no es para Jesús el jardín de la Agonía? Él está ahí solo, abandonado, sufriendo todos los crímenes, que vienen a repercutir en su pobre corazón. Si se vuelve a nosotros buscando consuelo, encuentra a sus más fieles adoradores distraídos o dormidos, que no han podido velar con Él una hora. ¡Cuántos Judas le traicionan! ¡Cuántos Pedros se avergüenzan de reconocerle por su Maestro! ¡Cuántos Herodes hacen burla y escarnio de Él! Pero aquí sufre también la crucifixión. El Evangelio hablando del Gólgota, dice: *ibi crucifixum eum*: esta inscripción hecha para el Calvario, se podría grabar sobre todos los comulgatorios, todos los

templos y todos los altares. ¡Dios mío! ¡Cuántos Calvarios sobre la tierra! ¿Y la Cruz? ¡Cristianos! abrid vuestros brazos y mirad vuestro corazón. él es la cruz en que habéis enclavado al Hijo de Dios con vuestros pecados. según la expresión del Apóstol: *rumsum crucifigentes Jesum in corpore vestro*. El Divino Salvador se halla aquí en un estado completo de inmola- ción y de víctima. La vida parece haberla abando- nado, pues si tiene ojos no es para ver, si oídos, no para oír: si boca, no para hablar: está sin movimien- to y como muerto, *tamquam occisus*. Muere aún en las mismas especies sacramentales. porque pierde el ser sacramental, y cuando le recibimos en nuestro pecho, muere, por decirlo así, en cada uno y para cada uno de nosotros. Ahora bien, si Jesús acepta esta inmola- ción de todos los instantes, si soporta tantos ultrajes, ingratitudes e indiferencia, es porque nos ama y desea ser amado de nosotros: entonces aprovechad de esta víctima que quiere purificar vuestra alma, y si os ha- lláis agobiados bajo el peso de vuestras iniquidades, venid a deponerlas, como el pródigo, a los pies de este amorosísimo Padre. ¡Oh! si supieseis cuanta ale- gría, consuelo y esperanza hay en la comunión del pe- cador que vuelve a su Dios! Os apresuraríais a con- vertiros para gozar dichas tan inefables

3. *Si coelum desideras via est.* Nuestro Señor cuando prometió la institución de este Sacramento a los judíos, les dijo: vuestros padres comieron el maná y murieron, pero el que come de este pan que yo le dé no morirá: aquí nos prometió juntó con la inmortalidad del cuerpo, la inmortalidad bienaventurada del alma: y con razón, porque este divino misterio es un medio eficazísimo y poderosísimo para alcanzar la gloria que nos está prometida: pues lo necesario para entrar en el reino de los cielos es el perdón de las culpas pasadas, la preservación de las futuras, y el sustento de la gracia recibida con perseverancia hasta la muerte: y todo esto lo produce eminentemente el Santísimo Sacramento en virtud de la promesa de Cristo Nuestro Señor: quien come de este pan no morirá. Nos libra, pues, de todo lo contrario a la vida eterna; porque nos libra de la muerte primera, que es la culpa y de la muerte segunda del alma, que es la condenación, y a su tiempo nos librá de la muerte del cuerpo en la resurrección. ¡Oh alma mía! si deseas vida eterna, come con espíritu este manjar, que es prenda y causa de ella. ¡Oh cuerpo mío! si deseas resucitar a la vida bienaventurada, come este preciosísimo cuerpo, que es prenda cierta de tu resurrección y de la vida gloriosa que te está prometida. Además, lo que Jesucristo es en el cielo con respecto

a los bienaventurados, es en la Eucaristía con respecto a todos los justos. Si con la fe rasgamos esos velos eucarísticos, encontraremos allí ese mismo Verbo Divino, que es la suprema felicidad de los habitantes del cielo; no ha hecho sino velar su rostro como Moisés, para que los resplandores de su Majestad no nos intimiden e impidan llegar hasta Él. Aquí tiene también su corte. Vosotros no lo veis: pero millones de ángeles rodean el tabernáculo y llenan el templo, haciendo la guardia de honor del Rey de los cielos; y mientras los hombres están distraídos e irreverentes, ellos se postran en presencia del altar, y cubren, por el sumo respeto, su rostro con sus alas. El cielo es comparado en el Evangelio con un suntuoso banquete al cual son invitados todos los hombres del mundo, pues este Sacramento es también un divino banquete en el que se sirve el mismo manjar que en la mesa del Rey de la Gloria. La única diferencia está en que los Santos lo ven con una visión intuitiva, y nosotros sólo lo vemos con los ojos de la fe; pero esta fe que nos hace sepultar todas las luces de la razón en el abismo de este misterio, este pequeño rayo de luz se cambiará, allá en la eternidad en un día hermoso y perfecto. La Eucaristía es, pues, un cielo anticipado, es la prenda de la gloria eterna: *pignus divinae gloriae*.

Hemos visto, pues, cristianos, que la Eucaristía es fuente: que la Eucaristía es víctima: que la Eucaristía es cielo. ¿Qué hacéis? ¿por qué dejáis pasar los días y las noches abandonado a este Divino Señor? Los palacios de los grandes, los teatros y lugares de diversión están llenos de gente: y entre tanto los templos de Jesús asemejarse a un solitario sepulcro, y sólo una lámpara funeraria arde en honor de este cadáver divino. Atended a que Jesucristo desde ese Tabernáculo os dice lo que decía a los habitantes de Jerusalén: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. ¿Quién no tiene sed en este mundo? Por todas partes se encuentran gentes sedientas de verdad, de caridad, de felicidad, oprimidas de penas y de dolores: pues venid aquí, que el Señor os invita, diciéndoos: Mi sangre es verdadera bebida: el que bebe mi sangre tiene la vida eterna. Se podría decir que Jesucristo se ha abierto las venas para saciar vuestra sed. Corramos, pues, a esta fuente de aguas vivas, lleguémosnos a este convite del cielo, pero con una conciencia limpia, con unas manos inocentes, con un corazón amante. Afuera amores del siglo, ocupaciones de la tierra, apetitos de la carne, puntos de ambición y de soberbia, pasiones de ira y de venganza. Todo sea inocencia, todo humildad, todo pureza, para recibir a Jesús Sacramentado, que es el Autor de la gracia y la prenda segura de la gloria — Amén.

LA INMACULADA CONCEPCION

DE LA

SANTISIMA VIRGEN MARIA,

predicado en la iglesia de San Francisco de Cali, el
8 de Diciembre de 1899.

*Plantaverat Dóminus Deus Paradisum
voluptatis a principio.*

GÉNESIS, II, Y 8.

Desde un principio habia plantado el Señor Dios un jardín de delicias.

Amados hermanos míos en Nuestro Señor Jesucristo:

El Señor todo lo hace con sabiduría y conforme al fin que se propone en sus designios adorables. Cuando crió el mundo, allá encima de los cielos fabricó un palacio muy hermoso que se llama el Empí-

reo, y le destinó para habitación de los ángeles: y también plantó aquí en la tierra el Paraíso que era un bellissimo jardín de delicias, y lo destinó para la habitación del hombre inocente. Y como fueron criados en gracia tanto el ángel como el hombre, estos lugares de su habitación fueron hermosísimos y correspondientes a la santidad de sus moradores: el Empíreo estaba hermo­seado con el resplandor de la luz increada: el Paraíso estaba enriquecido con lo más precioso que tiene la tierra, con flores, con árboles, con ríos, que arrastraban en sus corrientes oro y piedras preciosas. Ahora bien, el Señor en sus consejos eternos tenía determinado que su Hijo bajase a la tierra y se hiciese Hombre: pues, ¿qué habitación correspondiente a la excelencia y santidad de este Hombre Divino, le fabricará el Señor? Si Dios crió el cielo para los ángeles, y plantó el Paraíso para el hombre, ¿qué cielos, qué jardines habrá de criar para la habitación de su Hijo unigénito? La morada natural del Hijo de Dios es el seno del Eterno Padre; pero al hacerse hombre necesita ser concebido en el seno de una mujer. ¿Qué mujer tan excelente deberá ser ésta cuyo seno se parezca al seno de Dios? ¡Ah! ésta es María Inmaculada, a quien Dios crió para que fuese la habitación de su Hijo humanado. Y por tanto, María es más pura que los cielos y más hermosa que el Paraíso,

porque ella es el cielo en que habita el Verbo encarnado, ella es el Paraíso de las delicias del Hombre-Dios

En la formación del Universo. Dios procedió gradualmente, y fue perfeccionándolo poco a poco. Cuando extendió los cielos inferiores, no los hizo perfectos desde un principio sino que primero hizo la luz y luego desplegó el firmamento, y por último crió el sol, la luna y las estrellas. Y cuando formó la tierra no la hizo perfecta desde el primer momento, sino que la fue hermoseando por grados, primero la cubrió de hierba, y después crecieron las plantas y árboles, y en otro día fue cuando la pobló de animales. Mas cuando el Señor fabricó las habitaciones para el ángel y para el hombre, no procedió por grados, sino que desde un principio las hizo perfectísimas: el Empleo fue completamente hermoso desde el primer instante de su creación; y el Paraíso desde el primer momento fue jardín perfecto con plantas floridas y con árboles que ya tenían frutos en sus ramas. Pues a la Virgen Maria la crió también el Señor desde un principio perfecta y santa: en el primer instante de su concepción apareció ya bellísima, llena de gracia y consumada en las virtudes: no fue el Señor santificándola poco a poco, porque no tenía mancha alguna de que que purificarse; antes bien en ese primer momento excedió en santidad a todos los ángeles y bienaventu-

rados juntos, como excede en belleza el Empíreo a todas las estrellas, y como excedía en hermosura el Paraíso a todo el resto de la tierra. Este privilegio de María se llama su CONCEPCION INMACULADA.

Entre las simples criaturas, María es la más perfecta de todas, ha llegado al ápice de la perfección, sobre ella no hay sino Dios. Todo el Universo: los cielos y la tierra son obra de los dedos de Dios, *opera digitorum tuorum*,—según dice el Salmista:—pero María es obra de la inteligencia y del amor divino, porque ella es como una palabra hermosa que primero se concibe en la mente y en el corazón, y después sale por los labios; así María desde toda la eternidad estuvo en el pensamiento divino como una idea muy bella, y en el momento de aparecer aquí en la tierra, cuando fue concebida, salió de la boca de Dios: *Ego ex ore Altissimi prodivi primogénita ante omnem creaturam*. Y cuanto exceden las obras de la inteligencia a las obras de las manos, así excede María en perfección y belleza a todo el resto de las criaturas. Y por esto la he llamado el jardín de las delicias de Dios, aplicándole aquel dicho del Génesis: «Desde un principio había plantado el Señor un jardín de sus delicias».

Las propiedades que principalmente llaman mi atención en el Paraíso, son el haber sido este jardín inaccesible al pecador, porque guardaba sus puertas

un Querubín con espada de fuego: también el haber estado exento este lugar de todos los males que afligen al resto del mundo, porque en él todo era felicidad y paz: y por último el haberse verificado en su recinto acontecimientos muy ilustres, sobre todo, el matrimonio de nuestros primeros padres. Contemplemos, pues, ahora, hermanos míos, a este nuevo Edén de la gracia, que es María Inmaculada, y veamos cómo ella en su concepción tuvo todas estas bellezas y privilegios del Paraíso, pero de un modo muy excelente y glorioso

Durante el viaje de los israelitas por el desierto, y antes de que llegasen a la tierra prometida, subió Dios a Moisés a la cumbre del monte Abarim, y desde allí le mostró a la distancia la tierra tan apetecida y deseada. Como quisiéramos también nosotros en el camino de nuestra vida encontrar un monte desde cuya cima se pudiese ver esta otra tierra florida y bendita del Señor, que es María Inmaculada. ¡Oh Espíritu Santísimo! que te complaces en levantar a las alturas a los pobres y humildes, *súscilans a terra inopem*, ved cuantos estamos reunidos aquí para celebrar la fiesta de María y deseosos de conocer su belleza, levántanos con tu inspiración para que la veamos y la saludemos siquiera a la distancia. Te lo pedimos por

intercesión de esta misma Esposa tuya, a quien amas con ternura. — Ave María.

Plantaverat Dóminus Deus Paradisum voluptatis a principio.

GÉNESIS, II, X 8.

I

No es una invención humana el comparar a María con el Paraíso, pues el Espíritu Santo en el Libro de los Cantares la llamó huerto, diciéndola: «Esposa y hermana mía, tú eres un huerto cerrado, y eres un huerto cerrado, y eres más bella que el Paraíso», *hortus conclusus, soror mea sponsa, emissiones tuae Paradisus». Hortus conclusus* quiere decir un huerto inaccesible, muy bien cercado y enteramente dividido de las otras posesiones. Así era el Paraíso terrenal: estaba plantado en la tierra, era parte de esta tierra que habitamos; pero después del pecado, el Señor le puso un cerco de ángeles, en sus puertas vibraba resplandeciente la amenazadora espada de un Querubín; y así

es cómo el Paraíso quedó separado del resto de la tierra y se volvió inaccesible para todo mortal; y por esto también las maldiciones con que fue maldita la tierra no cayeron sobre él, y quedó exento de las leyes generales con que se rige el resto del mundo. Esta propiedad del Paraíso representa muy a lo vivo los privilegios de la Concepción Inmaculada de María. Porque la Virgen es verdaderamente hija de Adán, pertenece a la familia humana, es parte de nuestra tierra, diremoslo así: pero es tierra privilegiada está exenta de los tributos y demás leyes que gravan a las otras heredades. Pues todos los hombres son como fundos o posesiones tributarias de vasallos rebeldes, porque apenas vienen a la vida Lucifer se posesiona de ellos por medio del pecado original. Mas la Virgen Santísima fue siempre tierra libre, nunca estuvo en poder del enemigo, desde el primer instante de su concepción la poseyó el Señor: *Dom-nus possedit me in initio*. Y Dios para distinguir de la otra, esta su tierra privilegiada, la cercó con el triple vallado de su omnipotencia, de su sabiduría y de su amor: porque el Padre Eterno defendió a María del pecado con omnipotencia, y el Hijo la enriqueció de gracias con su sabiduría, y el Espíritu Santo la embelleció con sus dones. Y con este cerco quedó María inaccesible a todo pecado y aún a toda tentación, y quedó conver-

tida en un jardín bellissimo de las delicias del Señor. ¿Cómo se hubiera atrevido el demonio a entrar en este nuevo Paraíso, cuando el centinela vigilante que lo guardaba no era un Querubín, sino la misma Beatísima Trinidad? ¡Ah no!. no entró en él, no lo manchó con el pecado original: antes bien, en las puertas de este jardín se le quebrantó y aplastó la cabeza, conforme a la maldición del Señor contra la serpiente: *Ipsa coneret caput tuum*. una mujer quebrantará tu cabeza. Y este triunfo de María sobre el demonio, se celebró en las puertas mismas del jardín. porque en las puertas es donde se recibe al vencedor que llega triunfante

El soberbio Holofernes venía por la tierra de Israel con un formidable ejército, después de haberse apoderado de cuantos pueblos había encontrado a su paso. Y cuando se acercaba ya a la ciudad de Betulia, patria de la hermosa y valiente Judit, esta joven salió de la ciudad y fue hacia el enemigo, y por medio de una sabia estratagemá puso en vergonzosa derrota a todo el ejército, y cortó la cabeza de Holofernes; y cuando ella volvía trayendo en sus manos los trofeos de la victoria, todo el pueblo salió a recibirla en las puertas de la ciudad, y la aclamaron diciéndola: *Tu gloria Jerusalem tu laetitia Israel, tu honorificentia populi nostri*. En sentir de la Iglesia, Judit es figura de María,

y Holofernes representa al demonio, porque María en el momento de su concepción venció a todo el ejército infernal y aplastó la cabeza de Lucifer: y entonces todo el pueblo del cielo, que son los ángeles, bajaron a recibir a María, a esta nueva Judit que entraba por las puertas de la vida, vencedora del demonio y del pecado y la aclamaron cantándole el himno del triunfo: TU GLORIA JERUSALEN, Tú eres la gloria del cielo. Tú la alegría de los ángeles, Tú la honra del género humano.

¡Cuán hermosas deben ser las puertas en donde se verificó este triunfo! Dice San Juan que las puertas de la Jerusalén celestial son hechas de una sola perla, es decir, que cada puerta es una perla preciosa, de modo que solamente estas puertas valen más y son más hermosas que todas las habitaciones del mundo. Así también la concepción de María, que son las puertas de este nuevo Paraíso, tiene mayor santidad y gracia que la virtud consumada de todos los otros Santos: *Diligit Dominus portas Sion super omnia tabernacula Jacob.* ¡Ah! Concepción de María perla preciosa! desde aquí abajo celebramos también tu triunfo, uniendo nuestras voces con las de los ángeles, y te aclamamos: Vida y esperanza nuestra, porque venciste a nuestro enemigo y nos libraste de su cautiverio: *Vita dulcedo et spes nostra, salve.*

II

En el recinto del Paraíso encerró Dios todos los bienes para la felicidad del hombre. Estaba regado por una fuente, que brotaba en medio del jardín, y cuyas aguas corriendo mansamente se dividían, durante su curso, en cuatro ríos caudalosos. El suelo estaba cubierto con flores muy bellas y con árboles de frutas muy regaladas: las flores no tenían espinas ni eran venenosas; y entre las frutas había una que contenía salud y vida perdurable, porque quien comía de ella no envejecía ni moría jamás. En ese jardín no había vientos impetuosos, ni aires pestilentes, sino que blandas y suaves brisas movían con su soplo los árboles y las plantas, haciéndoles exhalar exquisitos aromas. Allí, el cielo siempre plácido y tranquilo parecía estarse sonriendo con el hombre, no había la inconstancia de los tiempos ni la mutación repentina de los días; no eran conocidas las nieves del invierno ni el calor sofocante del verano, no había el otoño desolador, que desduda a los árboles de sus hojas; reinaba sí una primavera constante, símbolo de una juventud que nunca pasa, que nunca muere.

Estas bellezas del Paraíso eran una representación sensible de la felicidad del hombre inocente. Porque Adán era entonces un jardín de flores, era una tierra bendita y virgen que no producía aún las espinas de los pecados y de los remordimientos. era un cielo que jamás se alteraba con las negras nubes que después levantaron las pasiones. Así crió Dios al hombre, recto y feliz. La muerte y los dolores no fueron hechos por Dios: *Deus mortem non fecit*, dice el Sabio. Dios hizo la vida y crió todos los bienes. El hombre fue quien hizo la muerte y fabricó todos los males cuando cometió el primer pecado. El corazón del pecador fue el taller en donde se forjaron todos los dolores de esta vida. Así lo dice el Apóstol: *Per unum hominem peccatum in hunc mundum intravit et per peccatum mors*. Apenas pecó Adán cuando se le echó del Paraíso. Un Querubín fue encargado de sacarle, y habiéndole puesto fuera de las puertas, le aguijoneó con la punta de la espada hasta que se retirara muy lejos, y una vez alejado Adán perdió de vista el Paraíso; y aún perdió por completo la memoria de la región hacia donde quedaba este lugar de la felicidad, porque en novecientos años que le duró la vida no pudo encontrar jamás el camino que conducía al Paraíso. Adán salió infeccionado con la culpa, traía ya en su pecho fabricada la muerte y todas sus penas.

Y el mundo se contagió con la presencia de Adán: la primera en sentir el contagio fue la tierra, toda ella se alteró, empezó a producir abrojos y espinas, y a brotar por todas partes la muerte que venía escondida aun dentro de las flores más bellas y de las frutas más regaladas: el cielo dejó de sonreirse con el hombre y se puso sombrío y triste, como que le amenazaba con sus rayos: en fin, se corrompió toda la naturaleza, y el semblante funesto que tomó el mundo fue una representación sensible de todas las desgracias, que pesaban ya sobre el hombre.

Desde entonces la vida humana es una constante fatiga y un continuo dolor, porque siempre está desgarrada por espinas, conforme a la maldición de Dios: cuando el hombre cree recojer flores, sólo encuentra espinas, y si alguna vez encuentra flores a su paso, son engañosas porque ocultan mucho veneno. Y así pasa el hombre toda su vida prendiéndose siempre con espinas, hasta que consumido de dolores, se reduce su cuerpo al polvo de que fue formado, y va a descansar en el sepulcro. Por este aspecto que le dio el pecado, la vida nada tiene de apetecible, es preferible la muerte, y por esto dijo Salomón que él tenía envidia de los muertos y que reputaba por muy feliz al que nunca había venido a la vida: *Laudavi magis mortuos quam viventes, et feliciorum utroque judicavi qui necdum*

natus est. Sí, hermanos míos, esta vida que vivimos es una herencia que nos viene de nuestro primer padre: pero es herencia muy gravada con deudas, talvez más es lo que debe pagarse que el provecho que de ella se saca: cualquier bien de este mundo nos cuesta muy caro, mucho más de lo que vale. Preguntádselo a los que se llaman felices, y ellos os sabrán contestar si es verdad lo que os digo. Tales son las funestas consecuencias del pecado original.

Pero apartemos ya nuestros ojos de cuadros tan sombríos y tristes, y volvámonos a mirar a la que es nuestra esperanza y causa de nuestra alegría, a la que nos devuelve la felicidad que perdimos en el Paraíso, a MARIA INMACULADA. Ella no tiene la mancha del pecado original. Ella es más hermosa y limpia que el Paraíso. ¿Quién pudiera ahora descubrir su hermosura? Cuando nuestra tierra fecundada por las gracias del Altísimo brotó esta nueva flor de María, a la vista de su hermosura se conmovió de placer todo el cielo: la multitud innumerable de ángeles, como celestial enjambre de abejas, vino volando a la tierra a regalarse con la dulzura de esta nueva flor, dulzura que se derramaba de sus labios: *Diffusa est gratia in labiis tuis.* Toda la hermosura y gracia interior del alma no cabiéndole en el pecho a María, brotó hacia afuera por los labios, y de los labios se derra-

mó por todo el exterior de su persona. Era, pues, María hermosísima no solamente en el alma sino también en el cuerpo. No tenemos en el Universo hermosura con que compararla, ni con las flores que es lo más hermoso que produce la tierra, ni con las estrellas que es lo más hermoso que tiene el firmamento. *Cui comparabo te, vel cui assimilabo te, Virga filia Sion*, le diré con el Profeta. Pero la hermosura del Paraíso era una flor del Paraíso que no tenía espinas ni ocultaba veneno. Después del pecado la flor de la hermosura en la mujer, se volvió muy venenosa, mata a veces a la distancia a quien la mira solamente, y a quien ella dirige sus miradas. Como la Virgen Santísima no fue contagiada con la culpa, su hermosura no tuvo veneno, antes bien encerraba la salud y la vida para todo el que la miraba con amor; y ella también en sus ojos contenía raudales de gracias, que las derramaba por todo el ámbito en donde se tendían sus miradas. Y así le ruega la Iglesia: *Illos tuos misericordes oculos ad nos converte.*

Mas el Paraíso no era solamente hermoso; era también un lugar de felicidad y de paz. Y así mismo en el pecho de María estaban recogidos todos los bienes del cielo. La felicidad como un caudaloso río brotaba del corazón de la Virgen e iba corriendo mansamente por toda la extensión de su vida, y con el so-

nido de sus ondas la adormecía en un sueño de paz y de amor. ¿Quién pudiera descubrir la paz y tranquilidad de que gozaba la Virgen? Así como en el Paraíso no había días tristes ni turbios, sino una primavera perpetua, así en el corazón de María no hay la mutabilidad y contrariedad de afectos y pasiones que nos perturban a nosotros. La felicidad y paz del corazón se representa con el emblema de un niño que duerme en tranquilo sueño. Y yo me imagino la felicidad y paz de que gozaba María, como una virgen que ha quedado dormida en el Paraíso bajo la sombra del árbol de la vida, y que está recostada en un lecho de flores: las suaves brisas del jardín juegan con sus hermosos cabellos, los pajaritos con sus cantos van adormeciendo esa virgen, y el sueño se va haciendo cada vez más profundo: nada le perturba, porque no hay cuidados que le desvelen, ni vientos impetuosos que la despierten, ni estampidos de truenos, ni lluvias que interrumpen ese regalado sueño. Así me figuro la paz de María desde el primer instante de su concepción. El árbol a cuya sombra duerme es el Espíritu Santo, que le cubre con su amor: las flores que la sirven de mullido lecho, son las virtudes de su alma: los cabellos son sus pensamientos, y la brisa que con ellos juega es la inspiración de la gracia, que se complace en excitar y mover los pensamientos y

afectos de María: las avechitas que la adormecen son los ángeles destinados a su custodia: y por fin el sueño profundo y delicioso es su vida toda dedicada al amor y a la oración, que nunca fue interrumpida, pues de ella se dijo en los Cantares: *Ego dormio sed cor meum vigilat*. Tal es la felicidad de María.

A la luz de estas verdades, ¿cómo deben abrirse nuestros corazones a la esperanza! Porque debemos acordarnos que María es el Paraíso nuevo plantado por Dios para nosotros para que en ella encontremos la felicidad que perdimos. Un hombre fue la puerta por donde entraron todas las desgracias en el mundo; y ahora una mujer es la puerta por donde deben derramarse en el mundo todos los bienes del Paraíso. Adán en toda su vida no pudo encontrar el camino que llevaba al lugar de la felicidad, y nosotros hemos topado con sus puertas, las tenemos delante, en esa Virgen Inmaculada. ¿Por qué vamos pues a prendernos con las espinas desgarradoras de este mundo buscando la felicidad en donde no se la encuentra? Aquí tenemos abiertas las puertas de la felicidad, no nos apartemos nunca de ellas: *Beatus qui vigilat ad postes ostii mei* porque en ellas encontraremos la verdadera felicidad y la vida eterna: *Qui me invenerit inveniet vitam*.

III

Pero la mayor excelencia del Paraíso consistía en los acontecimientos que en él se verificaron. Apenas fue criado el hombre cuando se le puso en un jardín delicioso, y allí se le apareció Dios y le habló familiarmente: e hizo que todos los animales viniesen al Paraíso a rendir vasallaje a Adán y a recibir de su boca el nombre que cada uno de ellos debía tener. Y díjole después el Señor a Adán: todo es tuyo, las aves del cielo, las bestias de la tierra y los peces del mar, los árboles y hierbas del campo: te constituyo dueño y señor de la tierra y te pongo en posesión de ella. Pensó el Señor y dijo dentro de su corazón: no es bueno que el hombre esté solo, hagámosle una compañera semejante a él. Sorprendióle entonces a Adán un profundo y misterioso sueño y quedó dormido en ese hermoso campo: y mientras dormía sacóle el Señor una de las costillas del pecho, muy cerca del corazón, y de esa costilla fabricó a la mujer. Y Adán al despertar se encontró con Eva y dijo: esta es carne de mi carne y hueso de mis huesos. Aparecióse de nuevo el Señor y bendijo a Adán y a Eva, diciéndoles:

creced y multiplicaos y llenad la tierra. Y con esta bendición les unió con el sagrado e indisoluble vínculo del matrimonio. Y en virtud de este enlace fueron entonces Adán y Eva como una mata de flores plantada en el Paraíso, que debía a sus tiempos ir brotando las flores de la inocencia, que eran los hijos, no con la ignominia y dolor que después introdujo el pecado, sino con el donaire y las galas con que un árbol produce sus frutos y una planta sus flores: así se habría poblado el mundo de hombres, como un jardín se viste de flores. Y en tiempos determinados habrían bajado los ángeles para recoger estas flores del mundo y llevárselas al cielo. Entonces no era preciso salir de esta vida por las sombrías puertas de la muerte, sino que vivos habrían sido llevados los hombres a la gloria. ¡Qué felices fueron entonces nuestros primeros padres! Contemplemos en la flor de su juventud, hermosísimos en el cuerpo, santísimos en el alma, rebosando de felicidad su pecho. Vedlos concurrir juntos por las avenidas del jardín, a la sombra de aquellos árboles, y que van pisando ya el verde musgo, ya las vistosas flores. ¡Qué misterios tan hermosos se verificaron en el Paraíso!

Mas toda esta belleza sólo es una sombra, una página de la belleza de María. Porque si en el Paraíso terrenal se verificaron los misterios de la creación,

los Misterios de la Redención, que son mucho más hermosos, se verificaron en el seno de María, que es el Paraíso nuevo de la Gracia. Y ved cómo Adán inocente fue puesto en el Paraíso, que era una tierra hermosísima, y en la que no había ni aún la menor sombra de mal. Y el segundo Adán, Jesucristo, fue puesto en el seno de María, seno inmaculado y embellecido con todas las gracias del cielo, y en el que no había ni aún la menor apariencia de culpa: de otra suerte ese seno no habría sido Paraíso, ni habría entrado en él el Hijo de Dios, porque tiene sumo horror aún a la sombra del pecado. Del arminio dicen los naturalistas, que es un animal muy limpio y pulcro, y que basta ponerle barro en la entrada de la cueva para que no penetre en ella, y prefiere caer en manos de los cazadores antes que ensuciar su blanquísima piel. Pues el Verbo Divino, el arminio de los cielos, ¿cómo hubiera entrado en el seno de María si la puerta de entrada, que es la concepción, hubiese estado enlodada con la culpa original? ¡Ah! María fue enteramente limpia en su concepción, y por eso el Hijo de Dios entró en su seno y se hizo verdadero hijo de ella. Llevó Dios al Paraíso a todos los animales para que reconociesen a Adán como a dueño suyo. Y ahora en el momento de la Encarnación de su Hijo, hizo bajar del cielo a todos los ángeles, y que viniesen

delante del seno de María a rendir homenaje a su nuevo Rey, y a recibir de su boca las órdenes y mandatos que debían cumplir. Y entonces dijo el Eterno Padre a Jesús: todo es tuyo, los ángeles del cielo, los hombres de la tierra, y aún los moradores del abismo: todos doblarán la rodilla en tu presencia porque te constituyo dueño y Señor de todo el Universo, y el poder que yo tengo en todas las criaturas lo pongo en tus manos. Y así en el seno de María fue coronado Jesús por Rey de toda la creación

Pero el más excelente de todos los misterios del Paraíso fue el matrimonio de Adán y Eva; entre los Misterios de la Redención se cuenta también otro matrimonio especialísimo y divino: Para el primer matrimonio formó Dios a la mujer del cuerpo del varón; y para este segundo matrimonio formó Dios al varón de la sangre de la mujer. Si, el segundo Adán, Jesucristo, fue hecho de la sangre de María. Esta divina mujer en la anunciación del Angel quedó dormida, dirémoslo así, en un sueño místico de altísima contemplación, y, durante ese sueño, a impulsos del amor destiló su corazón algunas gotas de sangre, y de esa sangre formó el Espíritu Santo el cuerpo del Redentor, y cuando despertó de su éxtasis María, vio a Jesús en su seno y dijo: este es carne de mi carne y hueso de mis huesos. Bastaba, en verdad, Jesús para nues-

tra redención; pero no quiso tampoco Dios que el segundo Adán estuviese solo, y por esto le dio una compañera semejante a él. Y así unió Dios esas dos almas y esos dos corazones con un lazo como de matrimonio especialísimo, y les bendijo con una fecundidad asombrosa diciéndoles: creced y multiplicaos y llenad los cielos. Y en esta virtud todos los justos, todos los predestinados son hijos de Jesús y de María. Así como no hay hombre alguno en la tierra, que no sea hijo de Adán y Eva, así no hay justo ni santo alguno en el cielo que no sea hijo de Jesús y de María. Por la fecundidad del primer matrimonio ved cuán poblado está el mundo, y por la fecundidad de este otro matrimonio ved cuán poblados están los cielos. La primera mata de flores plantada en el Paraíso se marchitó, y sólo produjo espinos, que fueron los pecados; mas esta segunda mata de Jesús y de María es inmarcesible, y todos los días se cubre de flores flores que son llevadas por los ángeles al cielo. Porque los millones de mártires, que son las rosas de los jardines celestiales, y la innumerable multitud de vírgenes, que son las azucenas de los campos del Señor, y la inmensa muchedumbre de santos, confesores, monjes y anacoretas, que son las solitarias flores del desierto; y en fin, todos los santos, flores que son producidas

por esta divina mata, flores que adornan el tálamo nupcial de Jesús y de María.

Si antes nos complacimos en considerar la felicidad de nuestros primeros padres, que se paseaban juntos en el Paraíso, abramos los ojos de la fe y contemplemos a Jesús y a María unidos inseparablemente y que van juntos por todos los caminos de la gracia y de la gloria. Juntos vivieron aquí en la tierra andando las mismas sendas de la virtud: juntos estuvieron a la sombra del árbol vivificador de la Cruz. Y juntos están ahora en el cielo, no es posible separarlos, no se puede encontrar a Jesús sin María, ni a María sin Jesús. Vedlos como discurren juntos por las avenidas del cielo, que son los influjos de la gracia sobre el corazón de los hombres: no hay gracia alguna en la tierra que no venga de las manos de Jesús y de María. Y ellos van siempre pisando ya las hermosas flores, ya el verde musgo, porque debajo de sus pies están todos los espíritus bienaventurados, y aún los justos de la tierra les rinden sus corazones echándolos, como hierbecita de los campos, a los pies de Jesús y de María. He aquí, hermanos míos, dibujada a grandes rasgos la correspondencia que hay entre el Paraíso terrenal y la CONCEPCION INMACULADA DE LA VIRGEN.

* * *

Cada día lamentamos nuestra mala fortuna en haber perdido la felicidad que el Señor había preparado para el hombre, y nos quejamos de nuestra primera madre haciéndola responsable de que el Señor nos haya echado del Paraíso, que fue nuestra tierra natural, que fue la patria querida en donde hubiéramos sido felices: y por esto nos llamamos desterrados hijos de Eva, y al lugar de nuestro destierro llamamos valle de lágrimas. Dios compadecido de nuestras miserias, nos ha dado otra madre que nos devuelva todos los bienes que nos quitó la primera, que nos muestre el camino del Paraíso y nos abra sus puertas: nos ha convertido de hijos de Eva en hijos de María. Y esta Madre viene hoy, en el día de su fiesta a alzar-nos del destierro, a conducirnos del valle de lágrimas al valle de las delicias: Élla misma es el delicioso valle que brota la flor de nuestra felicidad, *ego flos campi et lilium convallium*. Ved pues, hermanos míos, este Paraíso que se presenta delante de vuestros ojos: ved a María Inmaculada. ¡Ay! cómo se alegra el desterrado que vuelve de lejanos países, cuando llega a po-

nerse a la vista de su Patria! Parece que los vientos de su tierra le traen junto con el olor de los campos, recuerdos de tiempos felices que pasaron ya, y entusiasmado con esos recuerdos apresura el paso, y aún antes de pisar su tierra la saluda a la distancia, la saluda con la mano, la saluda levantando la voz. Pues, alegrémonos también nosotros, hermanos míos, a la vista de María Inmaculada, que es la Patria de nuestras almas. Y saludémosla siquiera a la distancia, saludémosla con la mano de las buenas obras, saludémosla con la voz de nuestras alabanzas. *Omnes gentes plaudite manibus, jubilate in voce exultationis.* dice el Profeta: Todas las gentes den palmadas de gozo, todos los hombres den gritos de alegría, porque hemos divisado ya nuestra Patria, que es la VIRGEN INMACULADA.

¡ Ah! Paraíso bello, Madre Amada! nosotros te saludamos y caemos rendidos de amor en tu presencia. Que el viento de la gracia que sopla en tu pecho traiga hasta nosotros el olor de tus flores, para que fortalecidos con ese aroma divino prosigamos con valor y constancia el viaje de esta vida, andando siempre el camino de las virtudes, hasta que entremos por tus puertas en la tierra de los vivientes, en la mansión de la felicidad eterna. — Amén.

LA INMACULADA CONCEPCION

Hortus conclusus, soror mea sponsa, hortus conclusus.... Emissiones tuas, paradisus.

CANTARES, IV, N^o 12 y 13.

Huerto cerrado eres, Hermana y Esposa mía, jardín privilegiado.... Tu fragancia es propia del Paraíso.

Amados hermanos míos en Nuestro Señor Jesucristo:

Para morada del hombre inocente plantó Dios desde un principio el Paraíso de las delicias, que era un hermosísimo jardín en cuyo seno había toda clase de árboles y de plantas, de frutos y de flores, que recreaban la vista y embelesaban los sentidos. El lugar en que Dios lo plantó se llamaba el Edén, y estaba si-

tuado hacia la parte oriental, su cielo siempre era sereno y hermoso, y estaba exento de todas las vicisitudes de los tiempos, del frío y del calor, y de la inclemencia de los aires, en él reinaba una constante primavera. En medio del Paraíso brotaba una fuente de aguas puras que fecundaban ese dichoso suelo, y después dividiéndose en cuatro brazos, que eran cuatro ríos muy caudalosos, salían del jardín y regaban toda la tierra. Dos árboles muy hermosos entre los demás, se elevaban en la mitad del huerto, eran muy altos y frondosos, y proyectaban una espaciosa y agradable sombra; sus frutos eran muy hermosos a la vista y parecían ser muy sabrosos al paladar, el uno se llamaba el árbol de la vida y el otro el árbol de la ciencia. A este jardín delicioso bajaba de los cielos el mismo Dios para conversar familiarmente con nuestros primeros padres Adán y Eva, quienes paseándose por entre las flores o sentados a la sombra de los árboles, escuchaban las enseñanzas divinas, ellos eran los únicos reyes del Universo, la tierra era su palacio, y su trono estaba situado en el jardín de las delicias desde donde gobernaban el mundo con su dulce imperio. Ese huerto era el retrato o más bien el símbolo de la justicia original de nuestros primeros padres; porque esas flores del Paraíso revelaban las virtudes de su inocencia, y los frutos de los árbo-

les representaban sus obras de santidad, el torrente de aguas puras manifestaba el impetu de gracias que fecundizaban sus almas, y sus cuerpos desnudos y más hermosos que el jardín que habitaban no producían espinas de concupiscencia. estaban sí, vestidos con flores de modestia y castidad. ¡Oh! estado felisísimo a que nos levantò el Señor a todos los hombres en la persona de nuestros primeros padres. Pero quiso el Señor que esta dicha la comprase Adán para sí mismo y para sus hijos con el precio de su obediencia, y en esta virtud dijoles: de todos los frutos del Paraíso comerás, pero guárdate de tocar el árbol de la ciencia, que está en medio del Paraíso, porque en el día que lo comieres, morirás. Cuanto tiempo gozaron Adán y Eva de su primitiva, dicha no lo sabemos: pero cuenta la Escritura que envidioso el Diablo de la felicidad del hombre, se introdujo en el jardín por medio de una serpiente, y trabando conversación con Eva, que estaba a la sombra del árbol prohibido, la sedujo impulsándole a la desobediencia, y por medio de ella hizo también que Adán pecase comiendo el fruto prohibido. ¡Oh! serpiente astuta y antigua en tu maldad! Ya en el Paraíso del cielo, con tu formidable cola derribaste la tercera parte de las estrellas, que eran los ángeles, y ahora en el Paraíso de la tierra con tu venenoso aliento das muerte a todo el género humano!

Sí, hermanos míos, en el momento mismo en que nuestros primeros padres traspasaron el mandamiento divino, Dios les maldijo, quitándoles la gracia santificante con que les había criado, y arrancándoles los dones primitivos con que les había enriquecido, se hicieron enemigos de Dios, y quedaron sujetos a la ignorancia, a la concupiscencia y a la muerte; su corazón, que hasta entonces había sido un jardín místico de espirituales delicias, su convirtió con el pecado en una tierra maldita, que ya no produjo flores sino abrojos y espinas; mientras fueron inocentes vivieron tranquilos: mas, después de la culpa, les sobrevino el pavor y el miedo y buscaron la sombra de los árboles para huír del Dios a quién habían ofendido, y entretejieron las hojas para cubrir la desnudez que les avergonzaba. Cuando el amabilísimo Señor vino al Paraíso al soplo del viento de la tarde, como lo tenía de costumbre, en busca de sus descarriados hijos, éstos se obstinaron en ocultar su pecado, defendiéndose con vanas excusas, y no le quisieron confesar clara y humildemente como debe hacerlo el pecador. Entonces el rectísimo Juez pronunció sentencia inapelable contra los delincuentes y contra el tentador, y mandó a un Querubín, con espada de fuego, que ejecutase la sentencia echándolos del Paraíso, pero en el rigor mismo de su justicia se acordó de que era Pa-

dre, y conmovido su corazón divino, dio a los delinquentes el primer vestido con que debían salir para su destierro, y además les prometió el restablecimiento futuro a su primer estado, por medio de una mujer que con su inmaculada planta aplastaría la cabeza de la maldita serpiente. Este primer pecado que se cometió en la tierra se llama el pecado original, porque pasa a todos los descendientes de Adán; en el momento mismo de venir a la existencia el alma de todo hombre se ensucia con la mancha de esta primera culpa, y junto con la mancha le pasan también todas las penalidades anexas al pecado *Per unum hominem peccatum in hunc mundum intravit, et per peccatum mors*, dice el Apóstol, por un hombre entró el pecado en el mundo, y con el pecado entró también la muerte; y así como todos mueren de la misma manera todos pecaron en Adán. De suerte que este pecado es como un fermento que ha invadido a toda la masa del género humano, es como un diluvio de iniquidad en que se ahogaron todos los hombres. Mas así como en el diluvio universal perecieron todos, y sólo se salvó Noé dentro del arca para ser el segundo padre de la humanidad, y mientras más crecían las aguas del diluvio, el arca salvadora se levantaba más alto, hasta que enteramente libre reposó en la cumbre del Ararat; así también en este otro diluvio del pecado original sólo

se salvó Cristo, que era verdadero Hijo de Dios, para regenerar a los hombres, pero se salvó dentro de la otra arca, que es María Santísima, porque la Virgen tampoco se manchó con el pecado original, antes bien mientras los torrentes de maldición inundaban toda la tierra, la Virgen María se elevó sobre los más altos montes del cielo, que son los Angeles y Bienaventurados. porque fue superior en santidad a todos ellos, y absolutamente libre de pecado se sentó en la altísima cumbre de la Maternidad divina. Este singular privilegio de María, sin embargo de ser hija de Adán, es el que celebramos en la fiesta de hoy, su Concepción Inmaculada es la primera gracia en que se fundan todas sus grandezas, la primera piedra del cimiento sobre que se levanta el augustísimo templo de la santidad de la Virgen. Ahora me propongo, hermanos míos, explicaros cómo María Santísima por el privilegio de su Concepción Inmaculada, es el Paraíso de la inocencia, exento de la maldición, plantado para las delicias del mismo Dios, y cubierto con las flores de todas las virtudes y con los frutos de perfecta santidad. Mas ¿cómo hablaré yo de este Misterio, cuando por lo inefable de sus grandezas, es María un libro de Sabiduría Infinita, cerrado para toda razón humana y aún para toda inteligencia de Angel! Debería yo limitarme a llorar como San Juan en el Apocalipsis

cuando vio que el libro estaba cerrado, y que nadie fue encontrado digno de abrirlo ni en el cielo, ni en la tierra, ni en los abismos, hasta que el Cordero Inmaculado lleno de compasión lo abrió y explicó a los hombres. Si, hermanos míos, llore...os nuestros pecados para que el Señor nos haya la gracia, a mí de desatarme la lengua balbuciente con la ignorancia, y a vosotros de abriros el oído para que leamos en estos momentos en ese libro misterioso de la Virgen, el sublime dogma de su INMACULADA CONCEPCION.
— Ave María.

Hortus conclusus, soror mea sponsa, hortus conclusus.... Emissiones tuae, paradisus.

CANTARES, IV, Y 12 y 13.

Nuestro Señor Jesucristo es llamado en las Escrituras el segundo Adán porque regeneró al linaje humano, muerto por la culpa del primer hombre y dió origen a una nueva raza bendita, que es la de los cristianos, por esto le llamaron los Profetas: Padre del siglo futuro. Haciendo el Apóstol la comparación entre Adán y Cristo dice: *Primus homo de terra, terrenus:*

secundus homo de coelo coelestis, el primer Adán fue hecho de tierra, mas el segundo Adán fue hecho de cielo. En verdad, el cuerpo del primer hombre fue hecho de barro, que es la tierra mezclada con agua, pero este barro se formó antes de que la tierra estuviese maldita por el Señor, cuando todavía estaba íntegra, hermosa, fecunda, tal como había salido de las manos del Dios. no pesaba aún sobre ella la maldición de ningún pecado, y el agua con que se amasó esta tierra fue también purísima, porque salía de la fuente del Paraíso. Mas el cuerpo de Jesucristo fue formado de otro barro: la tierra fue la sangre de la Virgen María, y el agua con que se amasó esta tierra, fue la virtud del Espíritu Santo: y siendo Jesús infinitamente superior a Adán en fuerza y santidad, esta sangre de la Virgen debía ser tierra pura, inmaculada, sin la maldición de ningún pecado, y aún más dice San Pablo que no fue tierra sino cielo, porque así como el cielo es incorruptible e incapaz de mancharse, así lo fue la Santísima Virgen. De suerte que la Concepción Inmaculada de María fue necesaria, para que el Espíritu Santo formase de su sangre un cuerpo apto para el Hijo de Dios, y siendo el cuerpo de Cristo Hostia Santa, inmaculada, pan ázimo propio para el sacrificio, la masa de que se formó esta hostia, que fue la sangre de la Virgen, debía ser harina purísima sin el fermento

del pecado original. *Caro Jesu est caro Mariae*, dice San Agustín: la carne de Jesús es la carne de María; y siendo Jesús inmaculado y sin mancha alguna, sin mancha e inmaculada debía ser la Virgen.

Para la felicidad del hombre inocente crió Dios el hermosísimo Paraíso terrenal; y para las delicias del segundo Adán, que es Cristo, crió a María Santísima. Y si tan bello y delicioso era aquel primitivo huerto; cuánto más deliciosa debería ser la Virgen Inmaculada! a quién llama Salomón *hortus conclusus* huerto de privilegio y reservado para las delicias de Dios. Dice la Escritura: *Plantaverat Dominus Deus Paraisum voluptatis a principio*, había plantado el Señor desde un principio el Paraíso de las delicias. Y reflexiona San Jerónimo que esto debe entenderse, que desde un principio fue el Paraíso un jardín perfecto y completo, esto es, que el Señor no echó la semilla en la tierra para que después creciesen las plantas y germinasen las flores y fructificasen los árboles, sino que al momento de formarlo lo formó ya jardín perfecto con las plantas crecidas y con flores, con los árboles corpulentos y con frutos. Y esto fue un privilegio propio del Paraíso terrenal, porque todos los huertos y aun los de los reyes, y el del mismo Salomón que lo plantó para su recreo, antes de ser jardín, fueron tierra agreste, inculta, cubierta de malezas que debieron ser

arrancadas por mano del jardinero, y sólo después de mucho trabajo se convirtieron en deliciosos huertos. Esto es una hermosa figura de la Inmaculada Concepción de María, porque todos los Santos son huertos celestiales y paraísos de las delicias de Dios: sin embargo al principio de su vida, al ser concebidos en el seno de sus madres, fueron tierra agreste cubierta de la maleza del pecado original, y sólo con el agua del bautismo, el cultivo de los otros Sacramentos, y después de mucho trabajo, se convirtieron en Paraísos del Señor. Mas la Virgen Santísima desde un principio, esto es, desde el primer instante de su concepción fue Paraíso, nunca, ni por un momento fue tierra inculta cubierta de pecado original, sino que siempre fue delicioso jardín para Dios por la fragancia de las flores y la dulzura de sus frutos, y sin ningún trabajo, porque el Señor la crió Santa e Inmaculada. Cuando el Señor, enojado con la culpa de Adán, maldijo a la tierra volviéndola ingrata para el hombre, mandándole que produjese abrojos y espinas, esta maldición no cayó sobre el Paraíso, y aún cuando este jardín estaba plantado en la tierra, no fue maldito junto con ella, sino que fue preservado de la maldición y lleno de bendiciones. De la misma manera al ser maldita con el pecado original toda la raza humana, no se incluyó en esta maldición a María Santísima, sino que fue

preservada del pecado y llena de gracia, sin embargo de ser hija de Adán y engendrada como los demás hombres. Así, cuando el Apóstol dice que por un hombre entró el pecado en el mundo, no se comprende en la palabra MUNDO a la Virgen María, porque si los Apóstoles después de su conversión no eran ya del mundo, como dijo el Señor en el Evangelio, ¿cómo podría ser del mundo la Madre de Dios? No, no es del mundo sino del cielo: y aunque dice San Pablo que junto con el pecado entró también la muerte en el mundo, esto significa que todo pecador debe morir, pero no al contrario que todo el que muere es pecador: porque Cristo murió también, y sin embargo, ¿quién se atrevería a decir que Jesús era pecador? *Quis de vobis arguet me de peccato?*; murió por redimirnos, así también María murió de amor, no en pena del pecado original como mueren todos los hombres.

Preservado de la maldición, el jardín de la inocencia nunca produjo espinas ni hierbas inútiles, sólo se veían en él muy hermosas flores y toda clase de árboles vistosos y de regalados frutos, y el árbol de la vida destinado a producir la inmortalidad en el hombre, estaba en medio del Paraíso. La Virgen Inmaculada, según San Jerónimo: *Hortus est deliciarum, in quo consuta sunt universa florum genera et odoramaenta virtutum*, es un jardín delicioso en el que germinan todas las flores

y del que se exhala todo género de aromas, En el momento de la concepción, el alma de la Virgen era ya un Paraíso de las delicias de Dios en el que se encontraban todas las flores de las virtudes sin que le faltara ninguna: las encendidas rosas de caridad, los blancos lirios de pureza, la humilde violeta y la azucena virginal: y exhalaba ese corazón desde el primer instante de su vida un aroma tan delicioso como nunca lo había percibido el mismo Dios, de suerte que el Espíritu Santo dirigiéndose a las otras personas divinas les dice: *Quae est ista quae ascendit de deserto delicias affluens?* ¿Qué fragancia es esta que sube hasta nosotros desde el desierto de la tierra y nos llena de delicias? Los demás jardines a pesar del cultivo del hortelano, siempre producen espinas y malas yerbas que hay necesidad de arrancarlas diariamente para que se conserven limpios y hermosos. Y en esto ved otro símbolo de los privilegios de María. Porque la tierra maldita por Dios es el corazón del hombre, más ingrato al cultivo de la virtud que suelo material lo es al trabajo del agricultor: a los sudores y fatigas de la oración y penitencia corresponde con los abrojos y espinas de las malas inclinaciones. Y aunque los Santos son huertos escogidos de Dios, pero como están incluidos en la maldición primera del pecado original, junto con las flores de virtudes producen sus

corazones muchas espinas de pecado o al menos muchas hierbas malignas de imperfecciones: y la concupiscencia, que es la venenosa planta que en todos los corazones siembra el pecado de Adán. ¡cuántos abrojos produce! de pasiones vergonzosas que punzan y atormentan el alma de los justos en términos que San Pablo decía: ¡Quién me librará de este cuerpo de muerte? Y nuestro cuerpo es tierra tan maldita, que no sólo produce espinas que nos desgarran a nosotros mismos, sino que hieren también a los prójimos incitándoles a la culpa: pues santas eran las vírgenes que ahora reinan en el cielo y sin embargo su hermosura fue una agudísima espina que desgarró el corazón de quienes les miraban, porque su belleza incitaba a la concupiscencia carnal. Ved ¡qué efectos tan terribles produce el pecado con que fuimos concebidos! Mas venid a ver este prodigio que ha hecho el Señor sobre la tierra: un suelo que no produce espinas sino solamente flores: *Benedixisti Domine terram tuam*, tienes, Señor, un campo que es propiedad tuya, y lo has llenado de bendiciones, preservándolo de la maldición primera: *Avertisti captivitatem Jacob*, no permitiste que esta tu tierra elegida cayera bajo la cautividad del demonio. Este campo privilegiado es María Santísima: *Sicut Lilium inter spinas sic amica mea inter filias*, dice el Espíritu Santo: todas las hijas de Adán sin excepción

alguna producen espinas; mas mi amiga solo produce azucenas. Porque nunca cometió pecado la Virgen ni aún la más mínima imperfección: no tuvo concupiscencia y jamás fue molestada de tentación alguna; y lo que es más admirable, era hermosísima en extremo, y esta hermosura en todo el que tenía la dicha de mirarla producía un amor grande a la virtud y especialmente a la castidad: la belleza de su rostro bastaba para convertir los hombres. Todas estas dotes singulares que los Santos Padres unánimemente reconocen en la Virgen, son pruebas evidentes de su Concepción Inmaculada, pues tierra que no produce espinas ni hierba inútiles, claro está que no fue incluida en la maldición primera.

Entre los demás árboles del Paraíso, en medio del Edén se ostentaba hermoso el árbol de la vida, cuyos frutos estaban destinados a preservar al hombre inocente de los dolores y enfermedades de la vejez y de la muerte. Y ved en medio de este nuevo Paraíso, que es el seno de la Virgen, ¡cómo aparece divinamente hermoso el dulcísimo Jesús! pendiente de los brazos de María como de las ramas del árbol de la vida: Jesús es fruto de la vida eterna, porque Él ha dicho: quien come mi carne y bebe mi sangre tendrá la vida eterna, y el que come de este pan que yo le diere no morirá jamás. El árbol de la vida era único,

sólo se encontraba en el Paraíso y no en la tierra maldita: así también Jesús es nuestra única vida, para venir al mundo eligió sólo el seno de María: lo cual prueba que la Virgen es el jardín privilegiado que no fue maldito nunca. Nuestros primeros padres al verse desnudos se avergonzaron y corrieron a la sombra de los árboles para esconderse de Dios que los perseguía; pero no les valió esta sombra, porque el Señor airado les mandó salir de debajo del árbol, y los echó fuera del Paraíso ¡Ah! pecadores! despojados de la inocencia, y torpemente desnudos con el vicio! la justicia del Señor os persigue. ¿en dónde os esconderéis? venid corriendo a la sombra de este nuevo árbol plantado en el Paraíso de María el Señor no os mandará salir de debajo de esta sombra para castigaros, sino que dulcemente os perdonará: *Virga tua et bñculus tuus ipsa me consolata sunt*, decía el penitente David: ¡oh Dios mio! todo el consuelo del pecador es el árbol de la Cruz y la vara florida de la Virgen María, de este árbol y de esta vara me abrazo y debajo de su sombra me libro de tus iras. La cristalina y abundante fuente que brotaba en medio del Paraíso y lo regaba todo manteniendo siempre frescas las flores y con hojas y frutos los árboles, es una figura muy expresa de la abundancia de gracias con que era inundada el alma de María: el Espíritu Santo a quien la

Iglesia llama *fons vivus*, fuente de aguas vivas tenía su morada perfectamente en el corazón purísimo de la Virgen, y desde allí se derramaba sobre todas sus potencias y sentidos, santificándolos con gracias especialísimas, y este es el torrente delicioso del jardín de Dios profetizado por David: *Fluminis impetus laetificat civitatem Dei*, el armonioso murmullo de las ondas de este río resonarán siempre en el huerto celestial. Y dice Moisés que al salir del Edén la fuente que lo regaba, se dividía en cuatro brazos que eran cuatro ríos muy caudalosos, que corrían por toda la tierra arrasando en sus cauces oro y piedras preciosas que echaban a las orillas: y ved cómo esto se realiza también en María, pues Jesucristo a quien la Escritura llama fuente de Sabiduría, brotó primero en el seno de la Virgen, y saliendo de ella regó con su doctrina todo el mundo, fecundizando el corazón de los hombres con los cuatro Evangelios, que a manera de cuatro ríos corren por toda la tierra, llevando para nosotros el oro, las piedras preciosas y todas las riquezas infinitas de ciencia y santidad. Así pues, todas estas bellezas y singulares propiedades del Paraíso, místicamente, se encuentran en María Inmaculada. Pasemos a otras.

El Paraíso estaba plantado en el Edén, que, según la exposición de algunos Padres, era un lugar muy elevado de la tierra a donde no llegaron las aguas del

diluvio, de suerte que anegándose todo el mundo, el Paraíso quedó intacto, y así persevera hasta el día de hoy desconocido de los hombres por singular providencia del Señor, y habitado sólo por dos Santos que son el Patriarca Enoch y el Profeta Elías, quienes, en premio de sus virtudes, fueron arrebatados del mundo y llevados a ese jardín en donde duermen el dulce sueño de la contemplación. Según esta explicación de algunos Santos. ¡cuán bien se significan en el Paraíso las grandezas de María! Ella que plantada en la altura de un nuevo Edén que es la sublime santidad con que principió su existencia: *fundamenta ejus in montibus sanctis*, está fundada en las cimas de los montes, y montes llama la Escritura a los Angeles y Bienaventurados, y sobre la cumbre de estos montes fue plantado este nuevo Paraíso, esto es, María empezó su vida con el grado de gracia con que los Santos acabaron la suya, después de haber llegado a lo sumo de la perfección; su primera gracia del instante de la Concepción superó a la santidad consumada de todos los Bienaventurados juntos. Montes y collados eternos se llaman también las tres personas divinas de la Santísima Trinidad, y estar María fundada sobre los montes quiere decir que su concepción prodigiosa se apoya en la Omnipotencia del Padre, en la Sabiduría del Hijo y en el amor del Espíritu Santo; y estando asen-

tada sobre los sólidos fundamentos y en sitio tan elevado ¿cómo habría podido inundarle el diluvio del pecado original? No, no le llegó ni aún una gota de culpa, los muros que la defienden son fortísimos e incommovibles: *Deus in medio ejus non commovebitur*. Es también María un Paraíso oculto y desconocido porque mientras vivió aquí en la tierra conversando con las criaturas, nadie sospechó siquiera sus grandezas, aún su virginidad se hallaba oculta con el velo del matrimonio y del nacimiento de su Hijo; sólo el predestinado por Dios, su Esposo el Patriarca San José, era el confidente secreto de sus misterios; y aún ahora, todavía es la Virgen un Edén desconocido para el mundo, porque los hombres carnales no atinan con este nuevo Paraíso de María, sólo conocen sus grandezas y gozan de sus delicias los humildes y predestinados que muriendo para el pecado y para los placeres de la carne se entregan al dulce sueño de la contemplación.

Dice también el Génesis que el jardín de las delicias fue plantado hacia el Oriente, y el Oriente es el sitio de la luz de donde se levanta la aurora matutina. Todos son concebidos hacia el Occidente, que es el lugar de la noche y el sitio de las tinieblas, porque el alma de todo hombre al presentarse en la existencia, inmediatamente se oscurece con la sombra del pecado

original, y el rey de las tinieblas, que es Lucifer, está alerta para cubrirla con su infernal manto; aludiendo a este horror se lamenta Job diciendo: maldita la noche en que fui concebido, noche envuelta en tinieblas y oscuridad de muerte, saturada con amarguras de infierno, noche conturbada por el furioso torbellino de la culpa Mas la Virgen fue concedida hacia un Oriente de la gracia e ilustrada al punto con los apacibles rayos del Sol de Justicia El Diablo en esta vez quedó burlado en su esperanza, porque aguardaba a la Virgen hacia el Occidente, como a todos los hijos de Adán, y hé aquí que María apareció por el Oriente hermosa como la Aurora y cubierta con un manto de luz. Esta confusión del Diablo la profetizó también Job: después de haber maldecido la noche de su concepción, maldijo a Satanás diciendo: *espectet lucem et non videat, nec ortum sui gentis aurorae.* ¡Oh rey de las tinieblas! esperas a la luz que es Cristo y no lo verás, porque será concebido con pureza divina, no verás tampoco el levantarse de la Aurora, que es María, porque será inmaculada en su concepción y preservada del pecado. ¡Cuán hermosa y bella se presenta la Aurora en el Oriente! Con su apacible luz disipa las tinieblas de la noche y toda la naturaleza se regocija con su aparecimiento, porque las flores se empapan con el rocío de la mañana, y cantan las aves

en la alborada y huyen despavoridos los animales nocturnos al brillo de la nueva luz. Así también la concepción de la Virgen Inmaculada fue causa de alegría en los cielos y en la tierra, porque tras la dilatada noche del pecado que duró cuatro mil años, en el instante de la Concepción de María despuntó la alborada de la gracia; ella fué la Aurora del nuevo día de la redención, y luego apareció el Sol de justicia, Cristo Nuestro Señor, que debe brillar por perpetuas eternidades sin que haya noche que finalice este gracioso día. ¡Oh ángeles del cielo! vosotros cantasteis las glorias de la Virgen en el día de su Concepción, como cantan las aves a la primera luz de la aurora: *Quae est ista quae progreditur quasi aurora consurgens.* ¿Quién es ésta que se levanta hermosa como la aurora? dijeron en sus cánticos los ángeles al presentarse María en el mundo; y todas las flores del Paraíso que son las virtudes, se empaparon en el rocío de gracias que María destilaba de sus manos, y los demonios que andaban sueltos en la oscuridad de la noche del pecado, devorando las almas, al aparecer esta nueva luz huyeron despavoridos y se precipitaron en los abismos eternos. Consideremos la singular belleza de la aurora sobre todos los astros del cielo, porque con su esplendoroso manto apaga la claridad de las estrellas. ¿No habéis contemplado alguna vez la hermosura de los cielos en

una noche serena? ¡Qué magnífico espectáculo! Las estrellas como lámparas colgadas del firmamento; los planetas como ejércitos del Señor que marchan con orden y concierto; las estrellas fijas que guardan sus puertas como centinelas de Dios, de distinta gradación porque las unas son más grandes que las otras, pero todas tienen su brillo particular. ¿No podríamos decir que una noche tan bella no cede en hermosura al más claro día? sin embargo aguarda un poco: al aparecer la aurora, todas estas lámparas se extinguen, los planetas se ocultan y las estrellas se apagan ¡Qué figura tan bella de los privilegios de María! porque estrellas de los cielos son los santos, pero estos santos por admirables que sean desaparecen a la primera luz de la Aurora mística, que es María. Sí, cristianos, cuando yo considero a las Aguedas y Cecilias, a las Catalinas y Teresas, y a todo el ejército hermoso de vírgenes, me parece que nada puede competir con la grandeza de sus méritos: pero cuando me vuelvo a mirar a la Virgen Inmaculada mudo de sentir y exclamo: *Progréditur quasi aurora consurgens*. Cuando veo esa multitud innumerable de anacoretas, de religiosos y de confesores premiados en el cielo por sus vigiliis y ayunos, por sus penitencias y austeridades, quedo sorprendido de la inmensa gloria que les circunda; pero quedo mucho más admirado al ver que desapare-

ce toda esta gloria, desde que se la compara con la de María en el momento de su concepción: las palmas y coronas de los Mártires, y la sublime santidad de los Apóstoles no se aproximan siquiera a la primera gracia de María. De la belleza singular de esta Aurora habló David en sus Salmos, cuando dijo: *Adjuvabit eam Deus mane dilúculo*; Dios le ayudó con su gracia muy por la mañana, al despuntar el alba. La gracia de la santificación final la concede el Señor a sus predestinados a distintas horas del día de la vida: al buen ladrón le ayudó con esta gracia al ponerse el sol de la existencia, cuando ya iba a morir: a la Magdalena le llamó ya por la tarde, cuando había desperdiciado todo el día de su juventud: a otros ha llamado por la mañana, santificándolos desde niños: para el Bautista madrugó la gracia, santificándolo antes de que nazca, cuando todavía estaba encerrado en el seno de Santa Isabel, a los seis meses después de su concepción. Pero para la Virgen Santísima la gracia se apresuró, no sólo levantándose de mañana, si no aún antes de que amanezca, *mane dilúculo*, porque la previno en su concepción, santificándola antes de que contraiga el pecado original: *Tenebrae eam non comprehenderunt* podemos decir de ella, como de Cristo lo afirmó San Juan: las tinieblas del pecado no le dieron alcance. La primera obra de la creación fue la luz: *fiat lux*, di-

jo el Señor: hágase la luz y la luz fue hecha; *et vidit Deus lucem quod esset bona, et divisit lucem a tenebris* y vio Dios que la luz era muy bella, y la dividió de las tinieblas. En el orden de la gracia, la primera obra de la reparación humana fue la Inmaculada Concepción de la Virgen, en este primer día de la Redención, dijo el Señor: hágase la luz de la gracia, y María fue concebida y vio Dios que era muy bella, y para siempre la preservó de las tinieblas del pecado. He aquí lo que significa el Paraíso plantado hacia el Oriente.

En este hermoso recinto del Paraíso contrajeron matrimonio nuestros primeros padres, allí se ligaron sus corazones con vínculos de amor perpetuo: carne de mi carne y hueso de mis huesos le dijo Adán a Eva. Ya no somos dos sino uno solo, porque la omnipotente mano del Señor nos ha unido, y lo que Él liga no hay quien desate: y los ángeles bajaron del cielo al Paraíso, para festejar estos desposorios y los celebraron con cánticos de amor divino. En este místico Paraíso de la Virgen se celebró otro matrimonio celestial y eterno: cuando en el seno virginal, por virtud del Espíritu Santo, fue concebido Jesús, entonces el Verbo Divino se desposó con la naturaleza humana uniéndose inseparablemente con ella, de suerte que en Cristo ya no hay dos personas sino una sola que es el Hijo de Dios. Y en el momento de la En-



carnación en que se verificó este matrimonio divino, los ángeles bajaron del cielo para adorar al Dios hecho hombre en el seno de María. Y si ese matrimonio de Adán y Eva ha sido tan fecundo que ha poblado de hombres toda la tierra, este otro matrimonio del Verbo Eterno con la Humanidad de Cristo ha sido infinitamente más fecundo, porque ha poblado el cielo de ángeles y santos.

María también es un huerto de privilegio mejor custodiado que el Edén, porque si bien es verdad que Dios puso en las puertas del Paraíso un Querubín con espada de fuego para que impidiera la entrada a todo hombre; pero esto lo hizo después que en él se había cometido la primera culpa, cuando había entrado antes la serpiente engañadora. Mas la Virgen María está muy bien guardada, sin temor alguno de culpa, cerradas están las puertas de este jardín celestial, y su centinela es el mismo Dios: *Porta hacc clausa erit. Princeps ipse scdebit in ea*, dice Ezequiel. esta puerta se conservará cerrada, y el mismo Príncipe quedará de centinela. Dos puertas tiene la vida del hombre sobre la tierra, lá una por donde entra y la otra por donde sale, que son el momento de la concepción y el instante de la muerte, y ambas puertas son de tribulaciones porque están malditas por el Señor y gravadas con el impuesto de pesados tributos: en la entra-

da se mancha el hombre con el pecado original, que es un tributo que pesa sobre todos los hijos de Adán, y en la salida es oprimida de mil angustias y congojas, porque hay otro gravísimo tributo que pagar impuesto por la ley de Dios: *Pulvis es et in pulverem reverteris*, polvo eres y en polvo te convertirás. Mas dijo el Salvador en su Evangelio que los reyes no exigían tributo de sus hijos sino de los extraños *ergo liberi sunt filii*; si los hijos de los reyes están libres de los tributos, ¿qué deberemos decir de la madre del Rey? Los tributos impuestos a la humanidad no pesaban sobre María, porque gozaba de todas las exenciones y privilegios anexos a la maternidad divina: Élla entró y salió por las puertas de esta vida libremente y sin pagar tributo, porque en la entrada no se manchó con la culpa original, y en la salida tampoco su cuerpo se redujo a polvo, antes al contrario los ángeles le esperaban en estas puertas como un ejército celestial para tributarle los honores de Reina. Así lo tenía prefetizado el Salmista: *Domínus custodiat introitum tuum et exitum tuum*. Salve hermosa Virgen, el Señor está de centinela en tus puertas, custodiando tu entrada y tu salida. Y si la Virgen no hubiera gozado de este privilegio singular, ¿creéis que el Hijo de Dios se hubiera encarnado en su seno? Este resplandor de la gloria del Padre, esta luz eterna y candorosa que se

horroriza aún de la más mínima mancha de culpa, ¿habría por ventura entrado en el seno virginal, si María en su concepción se hubiera manchado con la culpa de Adán? ¡Ah! no, eso es imposible. El arminio es un animal naturalmente limpo, y cuya hermosa piel sirve para la vestidura de los Pontífices y de los Reyes: y dicen de él los naturalistas Plinio y Aristóteles que es tan aseado y tiene horror a toda clase de mancha, que si se le pone barro a la entrada de su cueva, perseguido por el cazador, antes prefiere caer en sus manos, que ensuciarse pasando por el barro. Y este arminio de los cielos, Cristo Nuestro Señor, ¿habría descendido al seno de María, si esta cueva virginal se hubiera manchado en su entrada con el lodo de la primera culpa? ¿El Verbo Eterno habría tomado para sí un cuerpo formado de sangre sucia con el pecado original, cuando este cuerpo era como la piel de arminio que iba a vestirse el nuevo Pontífice y Rey Divino? ¡Ah! semejante pensamiento repugna a la santidad de Dios *Hortus conclusus, soror mea sponsa, hortus conclusus* huerto cerrado para el Demonio y para toda culpa es mi amada Esposa, dice el Espíritu Santo, abierto únicamente para Jesús, que, como arminio, eligió este hermoso huerto, y en él hizo su morada. Por todas estas analogías y comparaciones, ved pues, hermanos míos, cómo en realidad es un Pa-

raiso de inocencia y de delicias sin la menor sombra de culpa original nuestra MADRE LA VIRGEN INMACULADA Y he aquí las glorias de la Concepción de María explicadas en mi grosero lenguaje.

Este Misterio que es ahora un artículo de fe para todos los católicos, es el más glorioso blasón de nuestra Orden Seráfica: porque antes que la Iglesia definiera este dogma, y cuando era combatido aún por algunas escuelas teológicas, la Religión de San Francisco hizo voto de profesarlo y defenderlo, y todos sus Doctores y Maestros consagraron sus talentos y sus plumas a la defensa de este hermosísimo misterio, hasta que el inmortal Pío IX, en 8 de Diciembre de 1854, nos dio a los Religiosos Menores la palma del triunfo, en este importantísimo punto de la Doctrina Católica, defendiendo como artículo de fe la CONCEPCION INMACULADA DE MARIA: fue singular providencia de la Virgen, haber elegido el brazo pobre de Francisco para la defensa y custodia del riquísimo tesoro de su Concepción. Cuando el Rey Balac trajo desde lejos al Profeta Balaam para que maldijera al pueblo de Dios acampado en las llanuras de Moab, no pudo el Profeta maldecirlo, y queriendo el Rey a toda costa que Balaam maldijese a Israel, llevólo a la cumbre de un monte desde donde se alcanzaba a ver todo el campamento de los Hebreos. Entonces el Profeta poseí-

do del Espíritu de Dios, que atajaba en su boca las palabras de maldición, y las mudaba en expresiones de bendición, exclamó: ¡Qué hermosos son tus tabernáculos ¡oh! Jacob! y tus tiendas ¡oh! Israel! Eres como un Paraíso de Dios plantado junto a la corriente de las aguas! No se ve ídolo en Jacob, ni se conoce simulacro en Israel: el Señor Dios está con este pueblo! Así, cuando la corriente de la Teología Escolástica impugnaba este Misterio, sujetando a la Virgen a la maldición del pecado original, mi sagrada Orden no pudo maldecirla: desde las alturas de la contemplación alcanzaba a ver a esta Esposa elegida del Señor, sin ídolo de pecado original, sin simulacro de mancha alguna, como Paraíso de Dios regado por las aguas de la justicia original: y así, siempre la bendijo, celebrando las glorias de su CONCEPCION INMACULADA.

Y ahora subid conmigo, hermanos míos, al elevado monte de la fe, y contemplad desde esa altura los prodigios que hace el Señor, engrandeciendo a María en su Concepción. Ved cómo se abre el mar Rojo del pecado original en que se ahogan los egipcios, que son todos los hombres, para que pase a pie enjuto su pueblo elegido, que es la Santísima Virgen: ved cómo se detiene el Jordán de la primera culpa, mientras pasa el arca de la nueva alianza, que es Ma

ría Inmaculada. Cantemos estas glorias con las palabras del Profeta: *Quid est tibi mare quod fugisti et tu Jordanis, quia conversus es retrorsum?* ¡Oh mar de la primera culpa! ¿Por qué huyes? y tú Jordán del pecado. ¿por qué te asustas y vuelves precipitado tus soberbias olas hacia atrás? ¡Ah! es que pasa de la nada a la existencia la Virgen María, enemiga capital del pecado y vencedora del infierno y por eso se detienen y huyen de su presencia las aguas de la culpa *Singulariter sum ego donec tránseam*. exclama gozosa la Virgen, y puesta ya en las orillas de la vida, como la otra María, hermana de Moisés, entona un cántico de acción de gracias al Señor que la ha librado: *Magnificat ánima mea Dñminum!* ¡Ah dulcísima María, echa una mirada de amor sobre nosotros miserables que celebramos ahora tus glorias y nos hallamos ahogados en el mar de nuestras culpas y con el torrente de nuestras pasiones, manda a este mar que se abra, y a este torrente que se detenga, y nos deje libres en las orillas de la gracia. Tú que eres el Paraíso del Dios vivo, ten compasión de nosotros pecadores, y mira el recinto de este templo cubierto de abrojos y espinas, que son nuestros corazones, casi no hay en él ni una sola flor. Jardinera de los cielos, ven y arranca de nuestros corazones las malas hierbas de los pecados y

planta las hermosas flores de las virtudes para que a imitación tuya seamos también nosotros jardines del Señor cultivados por tu purísima mano. — Así sea. —
¡GLORIA A MARIA!

LA INMACULADA

Vidi sanctam civitatem, Jerusalem novam descendentem de caelo a Deo.

APOCALIPSIS, XXI, V 2.

Vi que bajaba del cielo una ciudad santa, que es la misma Jerusalén edificada por Dios.

Amados hermanos míos en Nuestro Señor Jesucristo:

Cuando se dedicó al culto del Señor el templo fabricado por Salomón, la solemnidad se prolongó por siete días continuos; y en cada día solemnizaban la fiesta los diversos grupos de los hijos de Israel: y las diversas clases sacerdotales concurrían también por su orden en cada día, para cantar las alabanzas de Dios, y para tocar las trompetas sagradas.

En los siete días dedicados a solemnizar la consagración de esta majestuosa Basílica, en donde nos hallamos congregados, os corresponde en el día de hoy la solemnidad de la fiesta a vosotras, hermanas mías, que formáis la ilustre y santa Congregación de las Hijas de María. Y el sacerdote que debe tocar la trompeta sagrada de la predicación soy yo, indigno Ministro del Señor, e hijo de la Religión Seráfica del Patriarca San Francisco.

Mas ¿qué clase de sonido daré a mi trompeta? Debo hacerla sonar con una voz que esté en consonancia con vuestros oídos. Y a los oídos de vuestro corazón, ¿qué voz hará mejor consonancia, que el hablaros de las glorias de vuestra Madre la Virgen María? Y, de entre sus innumerables glorias, la más apropiada para la presente solemnidad es, a mi ver, el misterio de su Inmacula Concepción, porque hoy es la víspera de esa hermosísima fiesta de la Virgen, y con la observancia de su virgilia nos preparamos para celebrarla debidamente el día de mañana. Además es muy grande la analogía que existe entre la Concepción Inmaculada de la Virgen y la consagración de este nuevo templo. Y por último, mi sagrada Religión, desde que ella se fundó, ha tocado siempre esta trompeta ensalzando a la Virgen en el misterio de su Inma-

culada Concepción Hablemos, pues, de este misterio.

Las palabras del Libro del Apocalipsis que os he citado en el texto de mi discurso, yo las aplico a María Santísima en el primer instante de su Concepción. Ella es la ciudad santa, Élla es la Jerusalem nueva, que edificó el arquitecto divino, cuando crió el alma de María y la infundió en su cuerpo

¡Qué bella ciudad bajó de los cielos en el momento de ser concebida la Virgen! San Juan que la vió bajar, se empeña en describir su hermosura, y dice que la ciudad era riquísima y hermosísima, que sus calles y plazas eran de oro purísimo, que sus habitaciones eran palacios fabricados de diamantes, que sus puertas eran preciosas margaritas, y que el río que la bañaba alegraba con el murmullo de sus olas a esta ciudad de Dios. Yo veo en estas preciosidades, figuradas sensiblemente las excelsas virtudes y la sublime santidad de la Virgen Nuestra Señora en el momento de su Concepción.

Mucho antes que el Evangelista San Juan, había visto esta mística ciudad de Dios el real Profeta David: y viéndola exclamó en sus Salmos: *Gloriosa dicta sunt de te civitas Dei*, cosas muy gloriosas se han dicho de tí, ¡oh santa ciudad de Dios! Yo con mi lengua manchada con tantas culpas, ¿cómo podré decir estas gló-

rias de la Virgen? Y si por mi impericia en tocar la trompeta de mi predicación, da sonidos inciertos, ¿quién se aprestará para honrar a la Virgen con la práctica de las virtudes? *Si incertam votem del tuba quis parabit se ad bellum?* dice el Apóstol.

¡Oh espíritu divino! por el amor que tienes a tu Esposa la Virgen María, purifica mis labios con el fuego de tu caridad, y con el viento de tu inspiración haz sonar mi trompeta, de suerte que mis palabras animadas con tu gracia, resuenen en lo íntimo del corazón de mis oyentes, y les enciendan en el amor y devoción a la Virgen Inmaculada.—Ave María.

Vidi sanctam civitatem, Jerusalem novam descendentes de coelo a Deo.

APOCALIPSIS, XXI, Y 2.

I

San Juan llama a la Virgen Santísima ciudad santa y Jerusalén nueva. Primero ciudad santa.

La calidad que más engrandece a la Virgen y de que ella más se precia, es la santidad. Después de la de

Dios, la santidad más grande es la de María. Santo quiere decir limpio, inmaculado, muy apartado de la tierra, levantado sobre los cielos. Dijo Isaías que la ciudad de Dios, que es la Virgen María, estaría edificada sobre la cumbre de los montes: *in vértice montium*. ¿Qué montes son estos sobre los cuales debe edificarse la ciudad santa? En las sagradas Letras, a los santos se les da el nombre de montes por la excelencia de sus virtudes; y son más o menos altos según es mayor o menor la santidad de sus vidas. Pues encima de todos estos montes está la Virgen María. Los cimientos de esta ciudad descansan sobre la cabeza de esas altísimas montañas.

La vida humana es como un edificio cuyos cimientos se fundan en el momento en que es concebido un hombre, y cuya cubierta o cumbre se pone en el día de la muerte. Es decir, la santidad que adquieren los más grandes santos en el transcurso de sus vidas, y la consumaron en el día de la muerte, es inferior a la santidad que tuvo María en el primer instante de su Concepción. Ese primer instante de su vida fue santísimo, no pudo mancharse con la culpa original.

Cuando Dios castigó al mundo con el diluvio, las aguas sobrepusieron con quince codos a los montes más altos, todos ellos quedaron sepultados en ese inmenso piélagos de la justicia divina. Ese diluvio fue

figura del pecado que cometieron nuestros primeros padres, y en el cual se ahogó todo el género humano; ahogáronse los más grandes Santos, los Patriarcas y Profetas de la antigua Ley, los Apóstoles y todos los Santos de la Nueva, y notad que en ellos ha habido montañas altísimas de santidad, pero todas fueron cubiertas con las aguas del pecado. Mas la Virgen Santísima, que estaba encima de todos estos montes no pudo ser ahogada, ella no contrajo la mancha del pecado original. Estaba figurada en el Arca de Noé, que era llevada encima de las aguas: *Fercebatur super aquas*: y más bien fue levantada por ellas en alto sobre todos los montes: *Elevaverunt arcam in sublime a terra*. Así es la santidad primera de la Virgen

La santidad consiste en la unión con Dios. Dios habita en el corazón de los Santos; y sólo el pecado le hace salir fuera de esta habitación y abandonarla. Mientras Dios permanece en ella la persona es santa.

María es Santa con una santidad muy singular, porque Dios ha habitado siempre en ella desde el primer instante en que fue concebida. *Deus in medio ejus non commovebitur*. Dios está en el corazón de María y no se moverá jamás de ella. *Adjuvabit eam Deus mane dilículo*, la ocupó muy temprano, al despuntar el alba. Tal es el privilegio de santidad que tiene la Virgen. A algunos santos Dios les concedió una gracia muy

especial; y durante toda su vida jamás cometieron ni un solo pecado; a todos les amaneció la gracia muy temprano; y al Santo Bautista le amaneció aún antes de nacer, porque fue santificado en el vientre de su madre. Pero todos ellos, antes que les amanezca la gracia, estuvieron sumidos en la noche del pecado original. Mas para la Virgen Santísima no hubo noche; más bien Élla fue la Aurora que trajo la luz a la tierra, *mane dilícuto* y vino a disipar las tinieblas del pecado, porque Élla trajo al Sol de Justicia, a Cristo Nuestro Señor, quien produjo en el mundo el día de la gracia. Cantando las misericordias del Señor para con los hombres, decía el Profeta David: *Tu fabricatus es Auroram et solem*. Tú, Señor, has criado para nuestro consuelo a la Aurora y al Sol, es decir, has formado para la salud de los pobres pecadores, a la Aurora, que es la Virgen María, y al Sol que de Élla procede, que es nuestro Salvador Jesús.

La santidad está muy lejos del pecado y del demonio; y mientras está más lejos de estos enemigos, la persona es más santa. El demonio nos combate para tomar por asalto la ciudad de nuestra alma, dispara tiros muy fuertes de tentaciones para derribar la muralla que nos defiende, que es el amparo de la divina gracia. ¡Ay! de nosotros! si dejamos aporcellar, por nuestra cobardía esa fortaleza que nos rodea.

Entonces el demonio entra por el pecado en nuestra alma, y la saquea robándole los tesoros de la gracia. Pero María fue una ciudad privilegiada contra la cual no pudo el demonio disparar ni una sola saeta *nec misset in eam sagittam*, dijo Isaías: estuvo exenta de toda tentación: *Ponetur in ea murus et antemurale*, dijo el mismo Profeta: tendrá dos murallas que la defiendan, la una detrás de la otra: la primera la defenderá de todo pecado, y la segunda la defenderá aun de toda tentación. En castigo del pecado de Adán se nos cayó a nosotros la una muralla, y por eso sufrimos toda clase de tentaciones; mas la Virgen tuvo ambas murallas, porque no contrajo el reato del pecado de Adán, y por eso no padeció tentación alguna. Fue ciudad pacífica en donde jamás se oyó el ruido de armas que hacen dentro de nuestros corazones el mundo, el demonio y la carne. Por consiguiente fue santísima, porque estuvo muy lejos de toda culpa: no tuvo pecado mortal, ni venial, ni imperfección alguna, ni siquiera tentaciones. Envenenados con el pecado original porque el diablo nos ha mordido a todos en el instante en que fuimos concebidos sufrimos las consecuencias de ese veneno en las tentaciones que padecemos. Mas la Virgen Nuestra Señora en el primer paso de su existencia, pisó y aplastó la cabeza de la serpiente infernal, y toda su vida fue muy tranquila y pacífica.

Por medio de estas comparaciones que os he dicho, y de los pasajes de la Escritura que he aplicado a la Virgen María, habréis conocido, hermanos míos, que Élla es una ciudad santa bajada del cielo: *Vidi sanctam civitatem*

II

Pero también es la Jerusalén nueva. La mayor gloria que tuvo la antigua Jerusalén, fue su templo, en el cual estaba encerrada toda la Religión de los judíos. En él se conservaba perpetuamente el fuego que para consumir las víctimas, había llovido del cielo en el día en que se le dedicó al culto del Señor. En el templo estaba el arca de la alianza, que contenía todas las glorias del pueblo de Israel. Pero debía pasar la Ley de Moisés, y dar lugar a la Ley de Jesucristo. Debía por tanto desaparecer la antigua Jerusalén, que era una figura, y debía edificarse otra nueva que contuviese todas las glorias de la Ley de Cristo. Esta nueva Jerusalén es María, ciudad que se edificó en el momento de su Concepción Inmaculada. Élla es la Jerusalén que baja del cielo para dar principio a la Ley del Evangelio, Todas las glorias de la nueva Religión de

Cristo están encerradas en el seno de María. Ese su seno es el mejor templo edificado por el nuevo Salomón, cuyo altar es su corazón purísimo. Y en el momento de dedicarse el templo, que fue el momento de su Concepción, el Espíritu Santo, que es fuego consumidor, descendió al altar de su corazón, y en él se ha conservado siempre y no se apagará jamás, porque la Virgen Santísima desde que fue concebida amó a Dios con caridad muy intensa, caridad que fue creciendo siempre en todos los instantes de su vida, y volviéndola santa y santísima, porque la santidad consiste en la caridad. Tal es el fuego que arde en este nuevo templo y en este nuevo altar de su corazón

Pero ¿cuál es la víctima que debe ofrecerse en este altar? Cabalmente, hermanos míos, esta es la mayor gloria de María: el ser verdadera MADRE de Dios. El Espíritu Santo, de la sangre que circulaba en el corazón de María formó el cuerpo de Jesús: por consiguiente esa sangre fue purísima, exenta de toda mancha de pecado. Pues si el cuerpo de Adán fue formado de tierra inocente que aún no producía ni abrojos ni espinas, porque aún no había sido maldita por Dios en castigo del pecado, ¿qué pura y limpia debía ser la Virgen María, para que de su sangre fuese formado el cuerpo de Jesús? Sí, Élla fue tierra inocente que nunca produjo espinas de pecados y abrojos

de tentaciones: sólo brotaban en su corazón hermosas flores de virtudes.

La única y sola víctima de la Nueva Ley es Jesucristo Nuestro Señor, y el primer altar en que se ofreció esta víctima fue el corazón de María. Apenas fue formado en el seno de la Virgen, lo primero que hizo Jesús fue ofrecerse al Eterno Padre como víctima diciéndole: *Ecce venio* ya estoy aquí, Padre mío, para satisfacer por los pecados de los hombres. El precio que pagó por nuestra redención, fue su preciosísima sangre, ese fue el oro con que nos rescató, pesándole en la balanza de la cruz. Pero la mina de donde se extrajo ese oro, fue el corazón de María. ¿Cómo pudo estar manchado con el pecado original ese corazón que produjo la sangre, con que se habían de lavar los pecados del mundo? María es la nueva Jerusalén, de la cual dijo San Pablo, contraponiéndola a la antigua: *Illa quae sursum est Jerusalem libera est. quae est Mater nostra*: esta Jerusalén que baja del cielo está libre de todo pecado, ésta es nuestra Madre.

Os he dicho, hermanos míos, las glorias de María Inmaculada, mas, ¿qué provecho sacaremos de contemplar las grandezas de la Virgen, si no la honramos imitando sus virtudes? Estas flores desea Élla que las tomemos con las manos de nuestras obras, y las echemos a sus pies. Traedle, pues, violetas de hu-

mildad, y así no os ahogaréis en este diluvio de iniquidades, que consigo traen el lujo y la vanidad, y en el cual se ahogan los montes de la soberbia. Traedle azucenas de pureza y pureza virginal, que a vosotras os corresponde, fervorosas hijas de María: rodead vuestras personas con la muralla de la devoción a María, alejándoos para siempre de los bailes y diversiones peligrosas: y el diablo que todos los días derriba grandes murallas, no podrá derribar la vuestra, y conservaréis intacto el hermoso lirio de vuestro corazón. Traedle, en fin, encendidas rosas de caridad, frecuentando en honor de la Virgen la sagrada comunión, y así prenderéis en vuestras almas el preciosísimo fuego del amor divino, con el cual quedaréis convertidas en una Jerusalén nueva, que será una copia en miniatura de esta Jerusalén nueva que bajó de los cielos, de María Inmaculada.

III

Pero antes de terminar mi discurso os quiero decir, hermanos míos, que esta majestuosa Basílica, en donde actualmente tributamos los honores a la Virgen Inmaculada, es también una ciudad santa, una Jeru-

salén nueva bajada del cielo. Todos los templos son santos, y son una imitación de la Jerusalén celestial. Pero de esta Basílica se puede decir con más especialidad que ella ha bajado del cielo. Y ved por qué. Dios a quien están presentes en su eternidad todos los acontecimientos, con su providencia misericordiosa prepara con anticipación los remedios para los males que han de venir sobre la tierra, como preparó el arca de Noé antes que viniera el diluvio. Pues así inspiró a un ilustre Padre de la Compañía de Jesús que edificase en esta ciudad de Riobamba, un grandioso templo dedicado al Santísimo Corazón de Jesús. Este proyecto que parecía un acto de devoción ordinaria, era en la intención de Dios, el acta de reparación que Él preparaba para las ofensas atroces que se irrogarían a su Hijo en estas tierras. Él veía que esta ilustre ciudad sería el teatro en que los enemigos de la Religión habrían de profanar de una manera horrenda la Santísima Eucaristía, y que en su furor diabólico, después de consumado el sacrilegio contra el Sacramento del amor, habrían de acometer contra los Padres de la Compañía de Jesús, victimando a unos, y afrentando a todos atrocemente. Por esto, muchísimos años antes de que se consumasen estos crímenes, tenía ya el Señor dispuesto la fábrica de este suntuoso templo de reparación. Y pues los Padres de la ínclita Compañía

ña de Jesús habían de ser los compañeros de su Hijo en las afrentas de ese infausto día: ellos habían de ser también los elegidos para levantar al Santísimo Corazón de Jesús este magnífico templo, en desagravio de esas atroces injurias.

Sí, hermanos míos, la intención primaria de los que acaban de dedicar esta Basílica, es que ella sea un templo de reparación ofrecido al Santísimo Corazón de Jesús por los ultrajes públicos que ha recibido de parte de nuestra sociedad. Por consiguiente, todos los ecuatorianos debemos venir, siquiera con los afectos del corazón, a este templo, para llorar aquí nuestros pecados, pues ellos fueron la causa de que se ejecutaran semejantes atentados contra la persona de Nuestro Divino Redentor. No tenemos otra hostia de reparación que la misma Santa Eucaristía, que fue ultrajada. Por tanto, acompañemos con nuestros clamores, los que da desde ese altar la sangre del divino Abel, pidiendo perdón para los pecadores: perdónalos—dice—porque no saben lo que se hacen. Sí, Señor, le digamos también nosotros, no sabían lo que hacían porque fue un momento de furor diabólico que se apoderó de nuestros enemigos, cuando conculcaron el Cuerpo de tu Hijo. Fue una ceguera infernal que invadió la mente de nuestros Legisladores cuando dijeron en sus leyes: *Nolumus hunc regnare super*

nos, no queremos que la República esté consagrada al SANTISIMO CORAZON DE JESUS.

¡ Hermanos míos! nuestros pecados son muchos, y son grandes, y pueden con su malicia impedir que los clamores de la víctima divina lleguen a la presencia del Altísimo. Por tanto dirijamos nuestros clamores a la Virgen Inmaculada. ¡ Inmaculada María! Vos sois el refugio de los pecadores: a vuestras plantas nos postramos, pidiéndoos que interpongáis vuestro poderoso valimento, para que el Señor, sin tomar en cuenta nuestros pecados, nos conceda el perdón que su Divino Hijo le pide desde ese altar. Acordaos que Vos sois la Patrona de nuestra República: abogad en favor de ella para que el Señor acepte la reparación que en este templo deseamos darle. Y que el REY de las naciones, que es vuestro Divino Hijo, vuelva a reinar en la nuestra, y la conduzca por las hermosas vías de la paz, hasta que lleguemos a la Patria de la felicidad eterna. — Así sea.

LA VIRGEN DEL CARMEN

Pasce gregem haereditatis tuae.... in medio Carmeli.

MICHEAS, VII, V 14.

Apacienta tu grey escogida en los pastos del Carmelo.

Amados hermanos míos en Nuestro Señor Jesucristo:

La Palestina, que es la tierra prometida, abunda en bellezas naturales, y entre ellas se cuenta el monte Carmelo, que se levanta a orillas del mar. Es monte muy abundante en viñedos, y produce muchas flores y plantas aromáticas. Es muy vistoso, y desde su cumbre se ve la ciudad de Nazareth hacia el Oriente, y hacia el Occidente se extiende el inmenso mar, que

parece no tener límites. Tiene además el atractivo de la soledad, y por esto es muy a propósito para la oración y contemplación. Por la amenidad de su sitio y de su belleza incomparable, el Espíritu Santo ha tomado en las Escrituras el monte Carmelo como figura de un alma embellecida con la gracia. Este monte notable por sus bellezas naturales, lo es aún mucho más por la abundancia de gracias que en él se han derramado. En el Carmelo tuvieron su habitación los clarísimos Profetas del Antiguo Testamento Elías y Eliseo, quienes fundaron en este monte una escuela de Profetas, que eran unos varones santos, dedicados a la oración, y que habitaban en las ermitas o sea en las cuevas de este sagrado monte. Y parece que el Señor quiso desde los antiguos tiempos destinar este monte para que fuese el teatro de las glorias de María Santísima: porque en su cumbre fue donde el Profeta Elías vio levantarse del mar esa pequeña nubecilla que, convirtiéndose en abundante lluvia, secundó la tierra de Israel, que tantos años había estado estéril y seca sin recibir las lluvias ni siquiera el rocío de la mañana; mas esta nubecilla, en sentir de los santos Padres, fue una figura muy expresa de la Santísima Virgen María, porque ella debía traer consigo cuando viniese al mundo la abundancia de las gracias del cielo. Además la tradición de algunas iglesias del Oriente afir-

que San Joaquín y Santa Ana, entrados ya en años, y sin haber tenido un fruto de bendición en su matrimonio, fueron al monte Carmelo, como a lugar propio para la oración, y allí pidieron al Señor con instantes súplicas les diese el fruto tan apetecido; entonces oyóles el Señor, y les dió la hija que tanto deseaban, María Santísima, a quien en este sentido podemos llamarla la flor más hermosa del Carmelo. No es pues de extrañar que la Virgen Nuestra Señora tuviese una predilección especial para este sagrado monte. La misma tradición oriental enseña, que cuando María Santísima vivía en su pobre casa de Nazareth, que está cercana al monte Carmelo, iba algunas veces en compañía de su esposo San José a este solitario monte a orar al Señor: de suerte que José y María santificaron con su presencia el monte y sus oscuras cuevas o ermitas.

En el día de Pentecostés cuando bajó el Espíritu Santo sobre los Apóstoles, y éstos predicaron por primera vez la Religión de Jesucristo, los primeros en abrazar esta nueva Religión fueron los Santos Profetas habitantes del monte Carmelo. Ellos tuvieron la inefable dicha de ver en ese día con sus propios ojos a María Santísima, tuvieron la felicidad de conversar personalmente con la divina Señora y cobróle un encendidísimo amor. En ese día en que empezó la

vida de la Iglesia sobre la tierra, volviéronse ellos al monte Carmelo en junta de muchos otros que habían abrazado el cristianismo. Y para empezar la nueva vida de la fe edificaron un templo en honor de María Santísima: esta fue la primera iglesia que se levantó en honra de la Madre de Dios. Todos los días se reunían en ese templo para cantar salmos en honor de María: y este fue el primer oficio de la Virgen cantado en el monte Carmelo. A estos Santos, sucesores del Profeta Elías, el pueblo cristiano empezó a llamarles con el título de «Religiosos de la Virgen del Monte Carmelo», llamábanlos así ya por el lugar en que habitaban, y ya por la devoción entrañable que profesaban a María Santísima. Esta divina Señora veía aún sobre la tierra, les correspondió con afecto especial, les tomó bajo su protección cubriéndoles con el manto de su amor. Ella les mostró el hábito que habían de vestir, que estaba enriquecido con abundantes gracias. En una palabra, ella se constituyó en Madre especial de estos primeros hijos suyos. Tal es el origen de la santísima Religión del Carmen, la más antigua de todas las Ordenes, la primera Religión que apareció en la Iglesia de Dios. Y ¡cuántos beneficios ha hecho al mundo la Virgen Santísima por medio de esta Religión y de su santo hábito! Ciertamente esta

Orden es la nube, que vio Elfas, que con abundante lluvia ha fecundado todo el suelo de la Iglesia.

Para explicar estos grandes beneficios que ha hecho María Santísima a los hombres por medio de la Religión del Carmelo, necesito de las gracias del cielo: y, ¿quién me las alcanzará sino la misma piadosísima Virgen? ¡Oh Reina de los Angeles! Vos que quisisteis llevar el título de Santa María del Monte Carmelo, Vos que en este monte iluminasteis las mentes de los Profetas mostrándoles a lo lejos vuestras grandezas, iluminad ahora mi pobre inteligencia, y sobre todo, encended mi frío corazón para que hable con fervor a mis oyentes, mostrándoles lo que tenemos tan cerca, que es la excelencia de la devoción hacia Vos bajo el título del Carmen, para que yo les introduzca con eficacia a que todos os amen y os sirvan, vistiendo vuestro santo escapulario. Para conseguir esta gracia os saludamos con el Angel — Ave María.

Pascé gregem hæreditatis tuæ.... in medio Carmeli.

MICHEAS, VII, Y 14.

María es la madre de todas las Religiones, pero lo es con especialidad de la Monte Carmelo, porque se

fundó bajo sus auspicios cuando Élla vivía aún sobre la tierra. El Patriarca Jacob era pastor, y tenía muchas y distintas manadas de ovejas, y eligió como propiedad especial suya una manada de ovejas que tenían lana de color variado, *sparso vellere*, dice la Escritura, esto es, de color mezclado entre blanco y pardo. A todas las Ordenes Religiosas las podemos considerar como diversos rebaños de ovejitas de Cristo, que pascen en los hermosos campos de la Iglesia, y a María Santísima como a Pastora que les encamina a los eternos pastos de la gloria, porque todas las Religiones profesan especial devoción a la Virgen. Y cuánta diversidad de institutos religiosos! diversos en sus prácticas, en sus reglas, y aún diversos en el color del hábito que visten. La Religión del Carmen viste un hábito de color variado, porque tiene blanco el manto y parda la túnica, signo de que es la propiedad especial de María, que la escogió para cuidarla con mayor cariño y atención.

Esta sagrada Orden sufrió en siglos pasados muchas contradicciones, como sufren todas las obras de Dios. El amor que Jacob tenía a su hijo José, fue causa de que sus hermanos le tuvieran mucha envidia y le persiguiesen. La predilección de María por la Religión del Carmen fue también causa de que esta Religión sufriese una persecución muy larga de parte

de grandes personajes y de mucho poder. Pero María Santísima la defendió con prodigios y gracias singulares. Era entonces General de esta Orden San Simón Stoch; y en el mayor aprieto de la persecución oraba una noche en lo escondido de su celda el santo General, suplicándole con grandes instancias a la Santísima Virgen que defendiese su Religión del Carmen. Mira, piadosa Madre—le decía—somos perseguidos porque somos hijos especiales tuyos, Tú has fundado nuestra Religión, y nos has recibido bajo tu manto: danos ahora alguna señal en que todos conozcan que eres nuestra Madre y fundadora, envíanos del cielo unas letras patentes firmadas con tu mano y selladas con tu sello, que atestigüen nuestra filiación: eres la flor del Carmelo, defiende tu sagrado monte; eres la estrella del mar, calma la tempestad en que ya perecemos. En medio de esta fervorosa oración, sucedió que una luz extraordinaria iluminó la celda del santo religioso, y se le presentó la Virgen Santísima, acompañada de innumerables Angeles, que traía en sus manos una prenda del hábito del Carmen, que era el escapulario de la Orden trabajado en el cielo por las manos mismas de la Reina de los Angeles. He aquí, hijo mío—dijole al Santo—que te traigo el signo que me pides, en este escapulario están las Letras petentes escritas en el cielo, selladas con especiales gracias

concedidas a los Religiosos del Carmen, y aún a todos los fieles que vistan este santo escapulario, en él va empeñada mi palabra de que todo cristiano que lo lleve debidamente no padecerá el tormento del fuego eterno, sino que tendrá la salud del alma, tanto en vida como después de la muerte, y dicho esto, desapareció la visión ; Oh qué favor tan grande ! ¡ Oh qué predilección especial de la Virgen María por la Religión del Carmen ! Para manifestar el amor entrañable que tenía a su hijo José sobre los demás hermanos, el Patriarca Jacob le dió una túnica que sólo el hijo querido la vestía, la túnica polimita, que quiere decir de diversos colores Y este escapulario traído del cielo es la túnica con que la Virgen viste a su querida hija la Religión del Monte Carmelo. Además de esta aparición tan gloriosa al santo Carmelita Simón Stoch, se apareció también la Virgen al Sumo Pontífice que en ese tiempo regía la Iglesia, y le reveló las innumerables gracias que contenía su escapulario, y entre ellas el privilegio singular de que la Virgen en persona bajaría al Purgatorio el sábado siguiente inmediato a la muerte del que hubiese llevado su escapulario, para sacarle de esa cárcel y llevarle consigo al cielo. Esta gracia especialísima fue publicada en la Iglesia por medio de una Bula, que dio el mismo Papa que tuvo la revelación. ¡ Oh cristianos ! ¡ cuán bue-

na es María Santísima! y ¡cuán santa y gloriosa es la Religión del CARMEN, hija predilecta de tan buena Madre!

Dijo el Señor a Gedeón, ilustre Capitán del pueblo de Israel: no temas a los enemigos por ser mayores en número que los soldados que tú comandas, cuenta con mi protección, y en prueba de que triunfarás ejecuta lo que ahora te diré: deja por la noche en la era el vellón de la oveja que has esquilado, y todo el rocío del cielo caerá en la lana, mas el suelo de la era quedará completamente seco. Hízolo así Gedeón; y a la mañana siguiente al levantar de la era el vellocino, notó que todo el suelo estaba seco, y que el vellocino tenía mucho peso porque estaba empapado con el rocío de la noche; estrujóle sobre un vaso, y el vaso se llenó con las gotas del rocío. En este vellocino prodigioso los Padres de la Iglesia ven una figura muy clara de la Santísima Virgen María. El mundo está significado en la era, el rocío significa la gracia de Dios, y el blanco vellón de la oveja es la Inmaculada Virgen María. Todo el mundo está completamente seco, porque está privado de la gracia, y todo el rocío del cielo, que son las gracias de Dios, han caído únicamente sobre María, que es el milagroso velloncillo: ella tiene un peso inmenso de gracias, y si nosotros queremos conseguir alguna gracia del cielo, debemos

estrujar encima del vaso de nuestro corazón este blanco vellón de la oveja, es decir, debemos importunar con nuestros ruegos a la Virgen María, y entonces nuestro corazón se llenará de los dones celestiales. Veis pues que todas nuestras esperanzas están colgadas de la bondad de Nuestra Señora. Pero yo pasaré ahora a mi intento: en el vellocino de Gedeón, veo también figurado el escapulario del Carmen. Las manos de María que siempre destilan las más abundantes gracias tejieron este escapulario, y así como durante la noche cae el rocío sobre la tierra, así también bajó por la noche la Virgen María trayendo en sus manos este santo escapulario, que venía pesado con las innumerables gracias que contenía: este hábito que te traigo, dijo al Carmelita Simón, te será defensa durante la vida, y te será alivio después de la muerte.

Hermanos míos, estamos en guerra viva con los enemigos de nuestra alma; estos, para matarnos ende rezan todos sus tiros hacia nuestro pecho, para herirnos en el corazón. Los afectos desordenados, los sentimientos pecaminosos que todos los días experimentamos, tiros son lanzados por nuestros enemigos. ¡Ah si tuviéramos una coraza para nuestro pecho, en donde se embotaran todos los tiros del enemigo! ¡con cuánta seguridad pelearíamos las batallas de esta vida! La Madre de Dios, que también es nuestra Madre, in-

teresada grandemente en nuestra victoria, ha hecho esta coraza, que es el santo escapulario, y la ha traído al mundo para repartirla a los fieles, a fin de que no sean heridos con la mortal herida del pecado: esto quiso decir cuando afirmó que el escapulario sería nuestra defensa durante la vida. La verdadera devoción a María da grande fortaleza al alma para resistir a las mayores tentaciones. En medio del combate más vivo con el infierno, el acordarse de María, el pronunciar su dulce nombre es como la unción de un bálsamo divino con que se recuperan las fuerzas que estaban ya para rendirse; ¿Sabéis por qué pecáis? porque no le amáis a María. Y como el escapulario es un signo de la verdadera devoción a María cuando se lo lleva con las condiciones requeridas, de aquí proviene que esta santa insignia es una coraza, es un escudo impenetrable a los tiros del demonio. Esta prenda del hábito del Carmen no sólo sirve para no caer en pecado, sino también para salir del pecado una vez que se ha caído en él. ¡Qué hoya tan profunda es el pecado! y sobre todo la mala costumbre de pecar y la ocasión próxima del pecado es un abismo tan hondo, que casi no hay esperanza de que salga el que una vez ha caído en él. Es necesario una fuerza muy grande de la gracia, una gracia especial que eche Dios desde el cielo y que caiga en lo profun-

do del corazón del pecador: es menester que Dios haga uso de su omnipotencia misericordiosa, tirando hacia arriba al pecador con la dulce violencia de una gracia eficaz, para que este desgraciado salga de la ocasión próxima del pecado y deje la mala costumbre de pecar. Los enemigos del Profeta Jeremías con el fin de darle una muerte lenta y muy penosa, le arrojaron en una cisterna u hoyo profundísimo, le enterraron vivo. dirémoslo así, con la seguridad de que moriría sin remedio. Mas un ministro del Rey, compadecido del Profeta buscó unas cuerdas muy largas, que, añadidas unas a otras, pudiesen llegar al fondo, y así preparadas las echó en la cisterna, para que atándose con ellas el Profeta, le pudiesen sacar de ese hoyo: y con el fin de que no se lastimase las carnes al amarrarse con las cuerdas, le echó junto con ellas unos paños viejos y gruesos, que le sirviesen de reparo contra el duro apretar de los cordeles. Ved en este pasaje una figura de lo que hace María Santísima con el pobre pecador, convirtiéndole, sacándole del abismo de la culpa, por medio de su escapulario. Esos paños viejos y gruesos echados en el pozo, son el santo hábito del Carmen: son viejos porque la Religión del Carmen es muy antigua, es la primera de todas: son gruesos porque es una religión muy austera. Esas cuerdas largas añadidas unas a otras, que llegan al fon-

do de la cisterna, son las continuadas gracias que María concede por medio de su escapulario al pecador endurecido. ¡Ay hermanos míos! al desgraciado pecador de costumbre, al infeliz que está atollado en la ocasión próxima de tantos años, no le queda más remedio que invocar a María desde lo profundo de su desgracia, invocarla con frecuencia, para que la compasiva Madre le eche esas cuerdas largas que sólo Ella tiene, le eche esos paños de una grande gracia de que sólo Ella dispone. Sí, pobre pecador, aunque hace tantos años que estás hundido en los más grandes vicios, y aún cuando has hecho a veces grandes esfuerzos para salir de ellos, y sin embargo hasta ahora no has podido salir de tu perdición; no pierdas la esperanza, invócale a María con lágrimas en tus ojos, sé devoto de la Virgen del Carmen, y sentirás que te tiran hacia arriba, que se te vuelve fácil la conversión.

¡Cuántos pecadores endurecidos han dejado el pecado, vistiéndose el escapulario del Carmen! Ved si este santo escapulario no es la defensa del cristiano durante la vida.

Pero es también un alivio para después de la muerte. ¡Qué difícil es ir al cielo directamente sin entrar en el purgatorio! ¿Cuántas serán las almas felices que, al desprenderse del cuerpo sean tomadas por los ángeles y llevadas inmediatamente al Paraíso?

¡Muy pocas, poquísimas! Y por estas naderías de la tierra que nos hacen caer en nuestras faltas cotidianas, ¿cuántos años deberemos pasar en el purgatorio? Y el purgatorio es un hoyo profundo de la otra vida cavado por Dios en el centro de la tierra, en donde hay mucho fuego y atroces penas, y en donde caen las las almas para ser castigadas por los pecados veniales y aún por las más ligeras faltas. ¿Quién se acordará de nosotros y quién nos sacará de esa cárcel penosa, cuando estemos encerrados en ella? Los que quedan en el mundo muy pronto se olvidan de los muertos. del dolor que experimentan por la muerte de una persona querida muy luego se consuelan: hay tantas diversiones en esta vida que cicatrizan las heridas del corazón. Las personas de este mundo no nos aliviarán de nuestras penas. Mas la Madre del cielo si hemos sido devotos de Élla, será la única que no nos olvide, su corazón será el único que se apiade de nosotros. Verdad es que algunos Santos bajan también al purgatorio para sacar de él a sus devotos. Dios concedió a nuestro Padre San Francisco que bajara todos los años en el día de su fiesta al Purgatorio, y que sacara de él a todos sus hijos de las tres Ordenes que allí encontrase Mas la Reina del cielo ha prometido bajar todos los sábados, para sacar del purgatorio a todos los que encontrase vestidos con el santo hábito

del Carmen o con su escapulario ¡Qué alegría habrá los sábados en el purgatorio al entrar en él María Santísima? Todos los Carmelitas y los Cofrades del Carmen se pondrán de pie para mostrar a la Reina del cielo el hábito o el escapulario que han vestido durante la vida. Cuando San Pedro entró en la sala donde yacía el cadáver de esa piadosa mujer llamada Tabita, todas las viudas pobres rodearon al Santo Apóstol, y llorando le mostraban las túnicas que les había hecho la caritativa difunta, y pedíanle con grande instancia que la resucitase. Conmovido San Pedro con semejante espectáculo, dobló sus rodillas y suplicó al Señor que hiciese el milagro que pedían las viudas. Y después mandó a la difunta que volviese a la vida, y tomándole de la mano la entregó viva a las pobres que lloraban. Así, cuando María entre en el purgatorio, los Religiosos Carmelitas y todos los cristianos que hayan vestido el santo escapulario, le mostrarán a la Virgen ese santo hábito y le pedirán la vida de la gloria; y María tomándoles de la mano, volará con ellos a la gloria. ¡Cuánto vale un hábito religioso! ¡Cuán precioso es en el otro mundo un escapulario del que se hace tanto desprecio y tanta burla en esta tierra! ¿De qué servirán entonces los vestidos de seda y las joyas de oro? servirán de leña

para que se aumente el fuego y dure por más tiempo el incendio.

Estas son las gracias del escapulario del Carmen en vida y después de la muerte. Mas la Virgen Nuestra Señora al darnos esta prenda del cielo, no ha querido favorecer la pereza e indolencia de los cristianos, que tan sólo se contentan con el hecho material de vestir el escapulario, no: el intento de María es el excitar con el escapulario a la práctica de las virtudes. La coraza no le vuelve perezoso al soldado, antes le da brío para pelear con más denuedo: para salir del pozo es menester que el que ha caído en él aproveche de las cuerdas trabajando harto con los brazos. Así el devoto de la Virgen que viste su escapulario, ha de pelear con más brío contra los enemigos de su alma, mortificando sus pasiones, ha de mover los brazos de las buenas obras con mayor constancia y diligencia para salir del pecado o de la tibieza. Y la virtud que principalmente recomienda la Virgen a los devotos de su escapulario, es la guarda de la castidad, obligando para ganar los privilegios concedidos a que cada uno la guarde según su estado. Porque esta hermosa virtud tiene diversos grados, unos mayores que otros: el grado supremo lo tienen las vírgenes consagradas al Señor dentro de los claustros, y lo tienen también todos los Religiosos: después vienen las vírgenes que

viven en el siglo: en seguida las viudas: y el último grado lo tienen los ligados con el vínculo del matrimonio. Y cada cristiano para ganar las gracias del escapulario debe ser muy casto en el grado que le corresponde. Por esto dice el Evangelio que las vírgenes necias no entrarán en el cielo, porque a pesar de ser vírgenes, no guardaron la castidad en el excelente grado que les correspondía.

He aquí, hermanos míos, lo que con mis pobres razonamientos me he empeñado en explicaros: las excelencias de la devoción a Nuestra Señora del Carmen. ¡Ah Monte Carmelo! monte privilegiado, que logró recibir de la Virgen las innumerables gracias de que os he hablado. Cuando el Profeta Elías fue arrebatado al cielo, desde las alturas echó su manto sobre la tierra, que cayó sobre su discípulo Eliseo, que le clamaba con grandes voces, diciéndole: Padre mío: y en ese manto recibió el discípulo todo el espíritu de su maestro. Me figura que la Virgen al subir a los cielos, echó desde arriba el precioso manto de sus gracias, que cayó sobre el Monte Carmelo, y esta santa Religión del Carmen fue la heredera de ese manto precioso de la Virgen, que es su escapulario enriquecido con tan excelentes gracias.

Y nosotros que vivimos en tierras muy distantes del Monte Carmelo, ¿participaremos también de sus

gracias? ¡Ah! las lluvias que caen en los montes, descienden en grandes torrentes, y corren con ímpetu a bañar los más alejados valles y las más apartadas llanuras. Esta Religión del Carmen, descendiendo del monte de la Virgen, se ha extendido por todo el mundo, y sus gracias han bañado todas las playas, y aún han llegado hasta nuestro suelo: las religiosas que viven dentro de este claustro, son nuestro monte Carmelo, son para nosotros el precioso manto de la Virgen. Y ¿cómo hemos merecido este favor del cielo? ¡Ah! el Señor con una providencia especial, ha elegido la antigua casa de habitación de la Bienaventurada Mariana de Jesús, la Azucena de Quito, para convertirla en este monasterio del Carmen.

Quito le regaló al Señor una Azucena, y el Señor le correspondió a ese obsequio, plantando en esta bendita casa una mata de azucenas, que es esta Comunidad de Carmelitas, mata que siempre produce muy hermosos lirios, cuyo aroma lo percibimos desde afuera, en el buen olor de santidad que exhala este monasterio. Démosle gracias a Dios por este singular beneficio que nos ha hecho.

Y Vos ¡oh Virgen Santísima! que sois la encargada de cuidar de las azucenas de los jardines del Señor, regad con abundantes aguas de gracias este santo Monasterio, para que sus Religiosas se mantengan

siempre en la perfecta observancia de su Regla: y para que Vos vayáis siempre embelleciendo vuestro jardín celestial con las azucenas que trasplantéis de este monte Carmelo a ese otro monte de la gloria: y no os olvidéis tampoco de nosotros, pobres pecadores, que nos acogemos a la sombra de este monte para merecer vuestra protección. Con las gracias de vuestro escapulario, tiradnos siempre hacia arriba para salgamos del pecado y de la tibieza, y después nos elevemos todos los días en santidad, subiendo de virtud en virtud, hasta que en el día de la muerte nos entréis en la mansión de la eterna gloria. — Así sea.



LA PORCIUNCULA

predicado en la iglesia de San Francisco de Cali, el
2 de Agosto de 1896.



*Iste pauper clamavit, et Dominus
exaudivit eum.*

SALMO, XXXIII, V 7.

Clamó este pobre, y escuchóle el
Señor su petición.

Amados hermanos míos en Nuestro Señor Jesucristo:

Tesoro escondido debajo de la tierra llama el Evangelio a la gracia divina, porque no se la ve con los ojos, pues se oculta bajo los signos misteriosos de la Religión. Los que no son sabedores de un tesoro enterrado en el campo, pasan todos los días por encima de él, pisando las ricas joyas que lo forman. Mas

el que viene en conocimiento de su existencia porque se lo avisaron, dice el Evangelio que vende todos sus bienes y compra esa pedazo de tierra en donde se encuentra el tesoro para sacarlo y enriquecerse con él. Tesoros inestimables se guardan en este pequeñísimo campo de los templos católicos. Y la muchedumbre de los cristianos diariamente pasan y repasan por este sagrado recinto sin sacar provecho alguno. Pisa, sin saberlo, joyas de mucho precio, que son las gracias que el Señor ha depositado en esta heredad suya. ¡Oh! Si los cristianos avivasen la fe y trajesen a la memoria lo que Cristo les ha revelado! ¡Cómo darían de mano a todos los placeres del mundo! y dedicaríanse a cavar con obras de penitencia en este bendito suelo, para encontrar las perlas y diamantes del espíritu, que son los méritos de los Santos, nuestros antepasados, que nos dejaron enterrada en los templos esa rica herencia.

¡Pero qué! los mundanos aprecian sólo los bienes sensibles, mas los bienes del espíritu, que no se perciben con los sentidos, absolutamente no los estiman. *Animalis homo*, dice el Apóstol. *non percipit ea quae sunt Spiritus Dei*. Rebajado el hombre a par de los animales, por el goce de los placeres prohibidos, no percibe la belleza del mundo sobrenatural que le rodea. Pacen los animales en las hermosas praderas; pero sólo comen el heno; y huellan sin piedad las

flores que al paso encuentran, sin percibir su aroma, ni gozar de las gracias que la naturaleza ha derramado en esos verdes campos. Así también hombres hay que vienen a los templos sólo para recrear sus sentidos con la belleza artística del edificio, o con el esplendor sensible de las fiestas, o con la numerosa y bella concurrencia: pero esto es comer heno, porque *omnis caro foenum* todo lo carnal es heno. Y la hermosa flor del campo, y la cándida azucena de los valles, que es Jesucristo, *ego flos campi et lilium convalium*, está oculta en el Sacramento, desconocida y aún hollada de los pecadores, que no tienen ojos para mirar su belleza, no corazón para sentir las impresiones que producen en el alma estos místicos campos hermo­seados con la presencia del Salvador y perfumado con sus gracias.

Este nuestro templo hállase hoy perfumado con todas las gracias del cielo, porque ha abierto la mística azucena y ha exhalado toda la fragancia que contenía, quedando perfumado con su olor todo el ambiente de la casa: *Et domus impleta est ex odore unguenti*. A impulsos del amor ha abierto el corazón de Cristo, y se ha derramado la fragancia de sus virtudes, quedando impregnados de ella cuantos se le han acercado. Quiero hablaros de la indulgencia de Porciúncula, que es una gracia especial de nuestros templos.

Es como la esencia de la flor extraída por manos de María Santísima, y regalada a Nuestro Seráfico Padre, en premio de sus servicios. Ella es un remedio eficaz para las dolencias del alma, en los vivos y en los muertos: porque los unos se alivian de la enfermedad de sus pecados: y los otros sanan completamente de sus dolores. Pero ¿qué podré yo decir de gracia tan exquisita? ¡Oh! Virgen misericordiosa, Vos que extrajisteis del corazón de vuestro Hijo esta indulgencia copiosa, hacedla conocer a mis oyentes, para que adelante la estimen y trabajen por ganarla — Ave María.

Iste pauper clamavit, et Dominus exaudivit eum.

SALMO, XXXIII, V 7.

Nuestro Señor escogió a San Francisco, mi Padre, para reparador de la Iglesia. Y esto destino singular fuéle revelado al Papa Inocencio III, que era el Pontífice de ese tiempo, en una visión nocturna. Repre-tósele en sueños como la Iglesia de San Juan de Letrán, desplomadas sus paredes, venía precipitadamente al suelo, cuando vio que el pobre Francisco, y otros

pobres vestidos como él, arrimaron el hombro para sostener el templo que se caía; y éste se enderezó y quedó firme en sus cimientos. Despertó el Papa e ilustrado con luz divina, entendió que: la Catedral de Roma se venía al suelo, representaba a la Iglesia de Dios arruinada por los vicios, a la cual Francisco y sus compañeros la sostendrían con su predicación y virtudes. Venida la mañana hizo el Papa buscar en todo Roma al pobrecillo de Asís, a quien había despedido la víspera, sin querer escucharle sus peticiones. Trajéronlo a palacio, habló el Papa con él, y convencido de la verdad del sueño por la grande santidad de Francisco, aprobó su Orden que antes se había resistido a confirmarla por lo austero de su Regla.

La Iglesia en los tiempos de San Francisco, iba derrumbándose arruinada por la herejía y los escándalos. Un violento terremoto salido de los infiernos sacudió las columnas que sostenían el edificio de Cristo y las inclinó quedando en inminente peligro de ruina. Las tres virtudes Teologales y las cuatro Cardinales son las siete columnas sobre que edificó su casa la Sabiduría encarnada: *Sapientia aedificavit sibi domum, exiit columnas septem*. Pues bien, todas estas virtudes se habían conmovido y flaqueado en esos aciagos tiempos. La lumbrera de la fe estaba escurecida con las negras sombras del error. El amor del

mundo había cortado a la esperanza sus alas y ya no volaba a los cielos. El amor propio había echado el hielo del egoísmo sobre el fuego de la caridad, e iba ya a extinguirse. Igual suerte corrían las virtudes morales. En los actos de la vida humana sólo guiaba a los hombres la prudencia de la carne. Y la justicia había huido del mundo, en donde imperaba la ley del más fuerte. Mas la fortaleza la tenía únicamente el diablo que tiranizaba a los hombres vueltos débiles y cobardes por los vicios. Y la templanza había perdido el freno con que antes gobernaba a las pasiones con que ahora desbocadas corrían al precipicio.

En estas circunstancias apareció en el mundo San Francisco quien con el ejemplo de su vida, con portentosos milagros, con la predicación apostólica, con oraciones fervientes y con la fundación de sus Ordenes, enderezó y afirmó las virtudes cristianas, que estaban para caer en el desprecio y el olvido. Con su predicación y milagros deshizo las densas nubes de la herejía, que eclipsaban la esplendorosa luz de la fe. Enseñó a los amantes del siglo la felicidad eterna reservada en el otro mundo para los que sirven a Dios, y de este modo excitó en sus corazones la esperanza que olvidada del cielo volaba rastrera tras los caducos bienes de la tierra. Renunció a todos los bienes del mundo, y pidiendo a los hombres una limosna por

amor de Dios logró encender en sus pechos el fuego de la caridad. Por último enseñó prácticamente a los hombres el ejercicio de las virtudes morales con el ejemplo de su vida que fue un espejo de justicia, y el Evangelio puesto en acción. De esta manera consolidó las siete columnas del palacio de la Divina Sabiduría y cumplió la misión que tenía en el mundo de reparar la Iglesia de Dios.

Esta misión gloriosa la reveló también el Señor al mismo Santo en los principios de su conversión aún cuando él por entonces no la entendió. Oraba un día fervorosamente delante de un Crucifijo, pidiendo le manifestase en qué debía servirle para complacer su divina voluntad. Y sensiblemente desde la Cruz contestóle el Señor: *Vade, Francisce, repara domum meam quae labitur*¹: mi casa está en ruinas, vé, Francisco y repárala. El Santo entendió materialmente las palabras del Crucifijo, y las cumplió a la letra. Porque había en los arrabales de Asís una pobre y pequeña capilla dedicada a la Santísima Virgen, bajo la advocación de SANTA MARIA DE LOS ANGELES. Este santuario abandonado por mucho tiempo estaba en ruinas, y San Francisco emprendió en su reparación, para cumplir el mandato del Crucifijo, y por el ardiente amor que profesaba a la Virgen Nuestra Señora. Era tradición antigua de los habitantes de Asís que

esa capilla abandonada en la soledad de los campos resplandecía a media noche con luz celestial, y que los ángeles bajaban del cielo para cantar en ella alabanzas a su Reina, de suerte que los habitantes de la campiña todas las noches veían la luz y escuchaban la angelical melodía. Estos misterios nocturnos junto con la pequeñez de la iglesia y la soledad del campo impresionaron vivamente el corazón poético de San Francisco, quien encontrando la casa muy conforme con su alma contemplativa y solitaria, la eligió para morada suya, diciendo aquello del Salmo: *Hæc requies mea in sæculum sæculi. hic habitabo quoniam etigi æm.* Este será mi descanso sempiterno: esta mi habitación predilecta. Francisco, sencilla paloma de los cielos, errante y vagabunda en la tierra, encontró por fin un templo solitario en donde colgar su nido para criar sus polluelos. *Etenim passer invenit sibi domum et turtur nidum sibi ubi ponat pullos suos* La capilla de la Virgen fue el nido de la Religión Seráfica, allí se criaron los hijos de Francisco, y de allí salieron esas blancas palomas que anunciaron la paz por todo el mundo. A esta casa reparada por él, púsole el Santo el nombre de PORCIUNCULA, que quiere decir porcioncilla, por su pequeñez y pobreza, y la llamaba la tierra prometida de su Orden, porque en ella había corrido en abundancia la leche y la miel de las gracias y favores

especiales concedidos a su Religión En esta casa vivió San Francisco como en un paraíso de deleites, hablando sensible y familiarmente con Jesús, con María y con los Angeles. Y cuando se sintió próximo a la muerte, *in nidulo meo moriar*, repetía con Job quiero morir en mi nido, y se hizo trasportar desde las lejanas tierras en que se hallaba el convento de Porciúncula, y desde ese nido del Paraíso de la tierra voló su espíritu al nido del Paraíso celestial. Esta reparación material de la iglesia de Porciúncula fue una figura práctica de la reparación moral que efectuó el Santo en la Iglesia de Dios. Quedó, pues, cumplido enteramente el encargo que desde la Cruz le hizo el Señor a San Francisco de reparar su casa. Ahora sólo faltaba que el dueño de ella pagara el jornal a los trabajadores. Y Jesús dueño de esta casa recompensó a Francisco con una gracia muy singular, concediéndole la Indulgencia de Porciúncula.

Cuenta la Sagrada Escritura que Salomón edificó un grandioso templo en la montaña de Sion en cuya colina se extendía la ciudad santa de Jerusalén. Y para recompensarle sus servicios, vino Dios hacia él en sueños por la noche, y le dijo: Salomón, heme agrado de la casa que me edificaste, y en ella tendré puestos los ojos y el corazón todos los días para escuchar las súplicas de los que me pidan Y ahora,

pideme tú lo que quieras y te lo concederé. Díjole Salomón: Dame, Señor, sabiduría y un corazón grande y generoso para servirte a tí y gobernar a mi pueblo. Contestóle el Señor: porque me has pedido sabiduría, y no has tenido en cuenta las riquezas ni la gloria, he aquí que te concedo tu petición, y te vuelvo el más sabio de los hombres: y doyte por añadidura las riquezas y la gloria que no me pediste, y serás el más poderoso Rey de la tierra. Despertó Salomón y conoció que el sueño contenía verdad, porque se sintió mudado en otro hombre: fulguraba en su mente la luz de la ciencia, y palpitaba en su pecho un corazón noble y generoso. Y en verdad el poder de Salomón se extendió a países muy distantes cuyos reyes le pagaban tributo, y sus riquezas no tuvieron cuenta, porque, dice la Escritura, que tenía amontonados el oro y la plata como las piedras de la calle. Así pagó el Señor los trabajos de este Rey en edificarle el templo.

Muy semejantes a los de Salomón fueron los servicios con que honró al Señor mi Seráfico Padre: y así recibió en recompensa un favor también muy parecido al de Salomón, en la Indulgencia de Porciúncula. Dos veces se le apareció el Señor al Rey de Jerusalén mientras dormía por la noche, para darle el premio merecido. Y las Crónicas de nuestra Orden

cuentan que dos veces también bajó Nuestro Señor Jesucristo a la iglesia de Santa María de los Angeles para premiar los inmensos trabajos sufridos por Francisco en la reparación de su casa. Y ambas veces por la noche, mientras dormía el Santo el dulce sueño de la contemplación. La primera vez estaba en la celda, absorto en la oración, pidiendo con lágrimas, gracias para que se conviertan los pecadores, cuando a media noche se le presentó un Angel que le dijo: el Señor y su Santísima Madre quieren hablar contigo, y te aguardan en la iglesia. Salió el Santo en seguimiento del Angel y vió por de fuera la iglesia toda resplandeciente, como si la iluminara la luz de la gloria. Al entrar vio a Jesús y a María rodeada de millares de millares de ángeles. Se postró en tierra adorándoles con suma reverencia. Y díjole Jesús: Francisco, he venido aquí para concederte favores: pídemme cuanto quieras. Y respondió Francisco: pídotte, Señor, por los pecadores, que te apiades de ellos; y que me concedas la gracia de que cuantos entraren en este templo arrepentidos y confesados de sus culpas alcancen completa remisión de las penas que merecen sus pecados, de modo que puedan entrar en el cielo sin pasar por el purgatorio. Y rogó el Santo a la Virgen que apoyara con sus poderosas súplicas esta su pobre petición. Hizolo así la Virgen. Y díjole Jesús: cosa muy gran-

de has pedido, Francisco, pero te la concedo por el amor de mi Madre, y en premio de los servicios que nos has hecho a mí y a ella. Vé, pues, a Roma, y dí a mi Vicario que autorice con su palabra la Indulgencia que yo te concedo. Y desapareció la visión. Al día siguiente marchó Francisco a Roma, y el Papa aprobó la Indulgencia.

Dos años habían pasado de esta maravillosa aparición, y no estaba aún publicada la Indulgencia: ni señalado el día de ganarla. Cuando una noche oraba el Santo en su celda de Porciúncula, se le apareció Satanás, disfrazado de ángel de luz, con el fin de vencerle por medio de la astucia y el engaño: mas el Santo conoció la estratagema por la clase de tentaciones que sintió en su cuerpo. Para combatir con más brío y en campo abierto, salió de la celda y se fue al montecillo cercano, que estaba cubierto de nieve por ser noche de invierno, y allí había una grande y enmarañada zarza. Como diestro atleta se desnudó para la lucha, quitándose el pobre hábito, y acometió al enemigo, que era su cuerpo, revolcándose sobre la nieve y la zarza. Vencido, huyó el tentador. Mas la zarza instantáneamente produjo multitud de rosas blancas y encarnadas, como presentando las flores con que debía tejerse una guirnalda de inocencia y de martirio para ceñir la frente del vencedor. Los ánge-

les acudieron a cantarle la victoria y vistiéndole con un precioso ropaje blanco, le condujeron, como triunfador, por una senda entapizada con ricos bordados de seda y oro, al capitolio santo, que era la iglesia de Porciúncula, en donde le esperaban Jesús y María para coronarle de gracias. El Santo entró en medio de la procesión de los espíritus celestiales, llevando en sus manos doce rosas blancas y doce encarnadas de las que brotó la zarza. Se postró en tierra, y adoró al Señor de la Gloria y a la Reina de los Angeles, y dijo: Padre nuestro y Salvador de los hombres, dignese Vuestra Majestad señalar el día en que deba ganarse la Indulgencia que hace dos años me fue concedida. Quiero le contestó el Salvador—que sea el dos de Agosto contado desde las primeras Vísperas, con la noche siguiente y el día propio hasta la entrada del sol, porque es el día en que mi Apóstol Pedro salió libre de la cárcel quebrantando un Angel las cadenas con que le aprisionó Herodes. Y así también en ese día salgan los pecadores de la cárcel de sus vicios, y rómpanseles las cadenas de sus pecados. Y vé de nuevo a Roma e intima a mi Vicario esta mi voluntad; y en prueba de tu testimonio lleva algunas de las rosas que tienes en la mano. Inmediatamente cantaron el TE DEUM LAUDAMUS los Angeles, en acción de gracias por la Indulgencia especial que el Señor aca-

baba de conceder al santuario de su Reina. Y desapareció la visión. De nuevo fue Francisco a Roma. Y con el testimonio irrefragable de las rosas blancas y encarnadas, frescas en el invierno, convenció a los Cardenales que se le oponían. Y el Papa Horacio III en su calidad de Ministro del Rey de los cielos, refrendó con el sello de su autoridad la concesión de esta gracia otorgada por Cristo. Así quedó fija la Indulgencia en el día señalado. Más tarde la publicó el Santo de Asís con magníficos portentos. Y desde allí se difundió la fama hasta los confines de la tierra. Tal es la historia de la célebre Indulgencia de Porciúncula.

¡Qué admirable acontecimiento! y qué lleno de instrucciones para nosotros! En él se nos enseña a orar, y se nos muestra cómo oye Dios las oraciones del pobre, cómo le escucha aún los deseos del corazón: *Desiderium páuperum exaudivit Dóminus*. San Francisco lleva en el mundo el estandarte de la pobreza; y por esto el cielo se le abre, y se le franquean sus tesoros. El mismo Jesús le dice: Francisco, pídemme cuanto quieras, ¿Qué es lo que deseas? Si a alguno de mis oyentes le hubiese hecho el Señor esta oferta ¿Qué le habría pedido? ¿cuáles habrían sido vuestras peticiones, hermanos míos? ¡Misericordias de nosotros! que cuando oramos no sabemos lo que

pedimos. *Nescitis quid petatis*, contesta indignado el Señor a muchas oraciones que se le hacen, pidiéndole bienes de la tierra, porque casi no hay quien le pida la Sabiduría, que es la gracia de Dios. Mientras se pide con lágrimas, y aún con obras de penitencia la salud y vida de un enfermo que se agrava, o el consuelo en las desgracias de este mundo, ¿quién hay que pida con algún fervor siquiera, el perdón de los pecados o las gracias para hacer una buena confesión? San Francisco, despreciador de todos los bienes de la tierra, sabe pedir lo que conviene. Pide como Salomón la Sabiduría. Solicita del cielo gracias en favor de los pecadores, a fin de que se conviertan y se libren de las atroces penas que contra ellos están decretadas. Cuando Mardoqueo supo el peligro en que estaba su pueblo por un decreto del rey que le condenaba al exterminio, se vistió de un saco, se echó ceniza en la cabeza, y llorando a gritos fué a las puertas del palacio de la Reina Ester, y le rogó se presentara delante del Rey Asuero para interceder por sus hermanos. Y Ester obtuvo la revocación de la fatal sentencia. Así se libraron los israelistas, que al día siguiente murieran en el patíbulo si no fuera por Mardoqueo. Ved ahora a este Mardoqueo de la nueva ley. El pueblo cristiano estaba sentenciado a muerte por la justicia de Dios, y Francisco vestido

de un habito ceniciento, caída la cabeza, llorando lágrimas de caridad en el fervor de su oración, persevera en las puertas de la iglesia de Porciúncula, que es el palacio de la Reina de los cielos. Y allí ruega a María que obtenga del divino Juez un perdón completo para los pecadores, una indulgencia plenaria. Y María alcanza de Jesús esta solemne gracia.

Todas las indulgencias que concede la Iglesia son eficaces y dejan libre al pecador del reato de la pena, porque en el cielo se ratifica todo lo que hace la Iglesia, y el Señor suelta los vínculos que el Papa desata en la tierra. Pero esta Indulgencia alcanzada por San Francisco es singularmente eficaz, como lo son todas las obras que el Señor hace inmediatamente con sus propias manos. Así, por ejemplo, el mismo Dios es quien produce los frutos de la vid, mediante las fuerzas de la naturaleza, que los elabora con la savia de su planta. Mas cuando el Señor, en las bodas de Canaán, sin intermedio de sarmientos ni de uvas, produjo por sí mismo el vino, éste salió más generoso que el otro vino natural servido antes de la mesa. La Iglesia es la viña del Señor; y los Sacramentos, sacrificios, oraciones, son los racimos de uvas de donde los fieles extraen el vino de la gracia. Mas esta Indulgencia de Porciúncula no fue extraída de los racimos de la Iglesia, sino que fue hecha inmedia-

tamente por las manos de Cristo, como el vino de Canaán. Y por esto es gracia más generosa y eficaz que conmueve a poblaciones enteras. Desde muy remotas playas, caravanas numerosas de peregrinos se dirigen a Asís para visitar la iglesia de Nuestra Señora de los Angeles, en el dos de Agosto. Así se pone en movimiento la piedad cristiana. Se hacen un sinnúmero de confesiones y comuniones, se convierten muchos pecadores y se santifican las almas.

Esta Indulgencia propia del Santuario de Porciúncula, la extendieron después los Papas a todas las iglesias de la Orden Seráfica. Sucedió con ella lo que con la fuente de Mardoqueo, que, pequeña al principio, se convirtió después en caudaloso río que inundaba la tierra con sus aguas. *Parvus fons crevit et in aquas plurimas redundavit.* La Indulgencia de Porciúncula brotó de las fuentes del Salvador, que son sus llagas, y pasó por el canal de las manos de María Santísima en el altar de Nuestra Señora de los Angeles; y ahora convertida en impetuoso río que alegra con su sonido la ciudad de Dios, viene corriendo a través de los siglos y llegan sus aguas hasta nosotros, invitándonos con su frescura y claridad: y ¿no nos bañaremos en ellas? ¿Es acaso tan difícil lo que te ha mandado Eliseo, para que sanes de la lepra? le dijeron los criados a Naamán de Siria. Aunque fuera un remedio

muy amargo, debías tomarlo por interés de la salud, ¿cuánto más deberás cumplir la receta fácil y agradable que te ha prescrito el Profeta de lavarte siete veces en el Jordán? Y Naamán se bañó, y desapareció la lepra, quedando su carne tersa y limpia como la de un niño recién nacido. ¡Ah! leprosos pecadores! ¿Qué penitencias difíciles os ha impuesto San Francisco, para que sanéis de vuestras dolencias? Entrad en la iglesia de Nuestra Señora de los Angeles, os ha dicho, y quedaréis libre de las penas merecidas por vuestros pecados. Entrad en las iglesias de mi Orden, en donde corre el Jordán de la gracia, y cuantas veces entrareis, otras tantas conseguiréis perdón. Y vosotros, devotos cristianos, habéis cumplido con la receta, habéis entrado en nuestro templo y os habéis bañado en sus aguas. Ahora estáis en gracia de Dios, limpios de toda mancha, como niños recién bautizados.

¡Cuánto se habrían regocijado los Angeles! viendo limpias y puras las almas de todos los que han ganado la Indulgencia. ¡Cuánta habrá sido la alegría de los cielos! Porque hoy se ha abierto la cárcel del Purgatorio, y las almas benditas sueltas de la prisión de sus penas por la Indulgencia de Porciúncula, han volado una tras otra a la mansión de la gloria, cuyas puertas han estado abiertas todo este día. Ha sido co-

mo una bandada de blancas palomas que dejando las cavernas de la tierra volaban al nido de la inmortalidad. *Veni, columba mea, de foraminibus petrae. Veni, coronaberis.*

¡Ay! todos se salvan, todos se alegran! Y, tú solo, pecador, permaneces todavía en el lecho de tus culpas! Como el paralítico del Evangelio, que treinta y ocho años estuvo a orillas del estanque saludable, y no se bañó en sus aguas. Los demás enfermos volvían sanos y alegres a sus casas: él solo era el desgraciado que no alcanzaba a entrar en el estanque a tiempo que el agua se movía, que era el momento oportuno de recuperar la salud; cuando él llegaba había cesado ya el movimiento milagroso de las aguas: «No he tenido un hombre que me empuje y me eche al estanque, porque soy paralítico», contestó, cuando Jesús le preguntaba si quería sanar de sus dolencias. ¡Oh! pecador! ¡cómo he querido empujarte estos días, y echarte en la piscina de la penitencia y no has querido! No te ha faltado hombre, hate faltado voluntad de sanar. Mira que cesa ya el movimiento de esta gracia, termina la Indulgencia de la Porciúncula, porque entra ya el sol en el ocaso. Como quisiera tener virtud para decirte lo que Jesús al paralítico: levántate, toma tu lecho, y anda.

Pero lo que no puedo yo, lo podéis Vos, Madre de misericordia y refugio de pecadores! Compadeceos de todos los que han venido a este templo y bañadlos con el agua milagrosa de Santa María de los Angeles. Mandad que se levanten del lecho de sus pasiones y que les deje la parálisis de sus vicios, para que, con el alma sana y el corazón alegre, vayan corriendo por el camino de los mandamientos de Dios, hasta que entren en las moradas celestiales y eternas que a todos deseo. — Amén. — GLORIA A MARIA.

SAN LUIS GONZAGA

Erunt sicut angeli Dei in caelo.

SAN MATEO, XXII, V 30.

Serán como ángeles de Dios en el cielo.

Amados hermanos míos en Nuestro Señor Jesucristo:

Es una gloria grande para un hombre el decirle que es sabio como Salomón, ¿ qué será el decirle que es como un angel del cielo? Es la mayor alabanza que puede darse a un hombre que vive todavía sobre la tierra. Y esta es la alabanza merecida para el glorioso San Luis Gonzaga, cuya fiesta celebramos ahora.

Los ángeles del cielo son muy superiores a nosotros, nos aventajan en toda clase de bienes, porque viven en el cielo gozando de la vista de Dios. Y ¿quién de entre los mortales se podrá comparar con los ángeles del cielo? Contesta el Salmista: *innocens manibus et mundo corde* el que tiene el corazón limpio y las manos incontaminadas. Y el Evangelista San Juan nos dice en el Apocalipsis: *hi sunt qui cum mulieribus non sunt coinquinati*, los que no han manchado su cuerpo con el pecado

La grandeza y gloria de los ángeles consiste en que siempre están en la presencia de Dios alabándole y sirviéndole; y son espíritus puros sin mancha alguna de pecado. Y precisamente por estas dos cualidades el glorioso San Luis fué un ángel aquí en la tierra

Primeramente: siempre estuvo en la presencia de Dios. Desde muy niño se aficionó al trato con Dios en la oración mental, y muchas horas del día empleaba en este santo ejercicio, de suerte que después de poco tiempo ya no pudo olvidarse de Dios en ningún instante de su vida, la imagen de Dios la llevaba grabada en su mente y en su corazón, la tenía siempre delante de los ojos del alma. Los Prelados, creyendo que este pensamiento constante hacía daño a su salud, le mandaron pensar en otra cosa para distraerse, y el santo joven no pudo obedecerles, no estaba en su ma-

no el olvidar a su Dios. ¡Oh! grandeza de Luis! verdaderamente era un ángel del cielo. Cuando bajan a la tierra los espíritus bienaventurados, para ocuparse en el gobierno y cuidado de este mundo, no pierden ni un instante la vista de Dios: así el joven Luis empleado por sus Superiores en los asuntos de la casa, y otras veces en el cuidado de los enfermos en los hospitales, siempre tenía presente a Dios en sus ocupaciones: su vida fue una constante ocupación mental: era como la lámpara encendida en el santuario, que arde mientras hay aceite, así ardió San Luis de Gonzaga mientras le duró la vida.

En segundo lugar fue como espíritu puro, como si no hubiera tenido cuerpo: no sentía la rebeldía de las pasiones carnales que experimentamos todos los hijos de Adán. porque el joven Luis supo matarlas antes que nazcan. Como heredero del pecado original traía en su carne el germen de todas las malas pasiones: pero él, antes que éstas se despertaran o nacieran, procuró por medio de sangrientas mortificaciones, aplastarles la cabeza, y Dios en recompensa de sus virtudes, las mató completamente, lo cual es privilegio de muy pocos Santos.

Que los Angeles no tengan pecado es muy glorioso, pero también muy natural, porque no tienen cuerpo. Estos alicientes del mundo que nos rodean

por todas partes tentándonos, no pueden hacer impresión en ellos porque son puros espíritus: no tienen ojos corporales que vean estas bellezas materiales, ni oídos sensibles que perciban los sonidos agradables: ellos tienen otra clase de ojos y oídos que perciben los objetos celestiales, con los que conocen lo miserables y despreciables que son los bienes de este mundo. Y por esto digo que es muy natural que no se manchen con pecados.

Pero el hombre que además del alma espiritual con que vive, tiene también el cuerpo que encierra al alma, cuerpo vivo y sensible con cinco sentidos, que son cinco ventanas por donde entran al interior del alma todas las bellezas halagadoras de este mundo; que el alma del hombre se mantenga pura y sin pecado ante esta invasión formidable de los placeres sensuales, esto sí, no sólo es glorioso sino muy admirable. La nieve en la cumbre de los monte se mantiene muy blanca, pero no es de admirarse porque en esas alturas jamás llega a pisar ninguna planta humana; pero que se conserve blanca la misma que cae en las calles de la ciudad por donde pasan tantas gentes, eso es admirable, es un prodigio, es un milagro.

Este prodigio, este milagro se realizó en el glorioso San Luis, copo de nieve llovido en la casa del Marqués de Mantua, en donde había tantas ocasiones de

manchar el candor de esa nieve; copo de nieve llovido también en el palacio de la Reina de España, y que mantuvo su candor en esos lugares en donde pasan con frecuencia los enlodados pies de los demonios tentadores.

Mas el Señor hizo este milagro en recompensa de las virtudes heroicas que ejercitó San Luis. Nunca levantó los ojos para ver el rostro de la Reina, ni de ninguna otra mujer ni aún el de su madre. Mortificó su inocente cuerpo con sangrientas disciplinas y apretados cilicios, se rodeó con espinas su cándida inocencia, y por esto fue una blanca azucena en el desierto de este mundo, quitándole Dios por favor especial la inclinación natural que tiene la carne a los pecados propios de ella. En este tenor de vida perseveró el Santo hasta el momento de su muerte. Y como la lámpara que, al acabarse el aceite, da una grande llamarada y en seguida se ahoga; así el glorioso San Luis en el momento de morir ardió en el más grande amor de Dios, pidiendo a su Prelado que le hiciera bajar la cama al suelo, y que allí por última vez le dieran una fuerte disciplina. ¡Oh! glorioso Santo! ciertamente fuiste como un Angel del cielo: *erant sicut angeli Dei in coelo*. Fue mártir de amor, porque el amor de Dios le consumió la vida.

Los Santos son unos modelos que el Señor pone delante de nuestros ojos para que los imitemos, como

se pone en las escuelas muestras de escritura con letra muy bella, para que los niños imiten cuanto puedan la forma de esa letra; y aunque al principio sólo hacen los aprendices letra de forma muy mala e ininteligible, pero con la constancia en el escribir van mejorando la letra y a veces hay alguno que imita perfectamente la muestra y aún la supera. Así habéis de considerar, queridos niños, que la Santa Sede, que es el maestro universal, ha puesto en los colegios al glorioso San Luis como Maestro de santidad para que le imiten los jóvenes estudiantes, porque todos estamos obligados a ser santos en mayor o menor grado, de otro modo no entraremos en el cielo.

Sois aprendices de Santos, tenéis delante la muestra; empezad pues a trabajar todos los días con empeño para imitar en lo que podáis las virtudes excelentes de San Luis. Si trabajáis con empeño en la imitación, cada día iréis adelantando en la virtud. Empezad por poco y llegaréis a lo mucho.

Imitando a San Luis, tened a Dios presente en vuestra mente siquiera algunas veces al día. Rezad vuestras oraciones diarias de mañana y de noche, oíd la Santa Misa con devoción todos los días, practicad otras devociones diarias, y así os iréis acostumbrando a pensar en Dios con frecuencia.

Si no podéis ahora refrenar vuestros ojos de manera que no vean los objetos agradables, al menos empezad a refrenaros para que no vean las pinturas provocativas, para que no lean los libros prohibidos o novelas peligrosas o periódicos malos. Después pasaréis a ser más modestos en la vista, para ir acercándoos a la perfección de vuestro ejemplar San Luis. Si ahora no os sentís con fuerzas para hacer sangrientas mortificaciones, al menos empezad por sufrir con paciencia las penalidades de esta vida; acostumbraos a sufrir los trabajos que consigo trae el estudio de las letras. Y así al mismo tiempo adelantaréis en la ciencia y en la virtud.

Venid ahora a los pies de vuestro Santo Patrón y modelo para que le pidáis la gracia de imitarle. ¡Oh glorioso San Luis! que supisteis juntar la inocencia con la penitencia, la blancura de la azucena con lo encarnado de la rosa, con tu poderosa intercesión alcanzadnos del cielo la gracia de la pureza inmaculada o el restablecimiento en ella por medio de una fervorosa penitencia. Aquí tenéis delante, oh glorioso Santo, a estos tus devotos niños: que ellos sean el jardín de las delicias del Señor, azucenas de pureza, rosas de caridad, que perfumén el altar en que se ofrece la Hostia divina, y después sean trasplantadas al paraíso celestial — Así sea.



PANEGIRICO

DE

SAN ANTONIO

*Quasi flos rosarum in diebus vernis, et
quasi lilia quae sunt in transitu aquae.*

ECCLE. I, V S.

El es como una planta de rosas cubierta de flores en la primavera, como azucena plaptada en la corriente de las aguas.

Amados hermanos míos en Nuestro Señor Jesucristo:

Dícese que en las hierbas y en las flores escondió el Señor las medicinas para toda clase de enfermedades. Estas virtudes sanativas de las plantas, en gran parte son desconocidas y ocultas a los hombres. El ojo de la ciencia las va descubriendo con el estudio

y los experimentos. Y a medida que aparecen nuevas enfermedades, se descubren también nuevos remedios para la humanidad doliente.

En el mundo sobrenatural de la gracia hay también plantas y flores soberanas, que contienen medicinas para todas las enfermedades del alma. Dios ha plantado jardines espirituales para el alivio de las dolencias del corazón — Paraíso, es decir jardín, llama la Escritura al cielo de los Bienaventurados; y a los Santos los llama flores inmarcesibles, plantas arraigadas a orillas del río de la felicidad eterna.

Cuando la Iglesia canoniza a un Santo y le expone en los altares, entonces descubre una nueva medicina, nos avisa que en el jardín de la salud sempiterna ha brotado una nueva flor, que tiene virtudes especiales para sanar el alma de las dolencias del pecado. Si supiéramos escudriñar por medio de la oración las virtudes de los santos, cuyas fiestas celebramos, ¡cuánto aliviaríamos las penalidades de esta vida tan triste que vamos arrastrando por el mundo!

La felicidad, que es la salud y vida del corazón, tenía su asiento en la tierra antes del pecado; mas cuando el hombre cometió la primera culpa, ella desplegó sus alas y se remontó a los cielos. ¿Quién nos devolverá esa salud que perdimos? Los santos son los enviados, los mensajeros de Dios que nos traen de

la tierra de los vivientes parte de la felicidad que perdimos, cada uno la parte que Dios le encomienda, porque uno tiene virtud para sanar de una dolencia y otro tiene habilidad especial para sanar de otra. según el don de Dios, como explicó el Apóstol: *Unusquisque proprium donum habet ex Deo: alius quidem sic, alius vero sic.* (I. Cor. I.)

Entre las plantas medicinales de la tierra hay a veces alguna muy conocida del pueblo, y es la primera de que se echa mano en todas las enfermedades, porque tiene virtud medicinal para todas las dolencias, y por esto se las conserva en los jardines de todas las casas. Habiendo dicho yo que los Santos son las flores medicinales del alma, ¿no podré también decir sin temor de equivocarme, que el glorioso San Antonio de Padua es la flor más popular del mundo, la doméstica de todas las familias, que se la encuentra plantada aún en tierra de infieles, porque la experiencia ha manifestado que tiene virtud para socorrernos en todas las necesidades?

Sí, hermanos míos; el Pontífice reinante ha llamado por este motivo a San Antonio: Santo de todo el mundo. Sí, Santo que nos trae en sus manos el remedio de los males que actualmente afligen a la humanidad.

Esta gloria del Santo trataré de manifestarla en la presente solemnidad. Mas para reducir a términos cortos este pensamiento inmenso, le señalaremos límites con las manos mismas de San Antonio.

El buen sentido de los fieles y la práctica de la Iglesia añade a las efigies de los Santos algunos blasones suyos en los que se manifiestan las virtudes en que ellos sobresalieron, y las necesidades en que principalmente suelen socorrernos. Si nos fijamos en la imagen de San Antonio, veremos que tiene muy ocupadas las manos, parece que no le cabe más en ellas. En la una mano tiene una hermosa azucena; y en la otra, junto al corazón, tiene un libro y al Niño Jesús: Estos son sus blasones, en ellos están comprendidas todas las excelencias del Santo.

Al verle me figuro que de sus manos destila la mirra excelentísima con que se deben curar las llagas de la sociedad: *manus meae destilaverunt myrrham* Azucena, libro sagrado y Niño Jesús, son las tres porciones de mirra que cuelgan de las ramas de esta planta celestial.

Acerquémonos a recoger con gratitud y alegría este bálsamo del Paraíso. Mas para conocer debidamente su virtud, pidamos antes la inteligencia de ella a la Reina de los Angeles, que es la que nos envía del cielo este remedio soberano. — Ave María.

*Quasi flos rosarum in diebus vernis, et
quasi lilia quae sunt in transitu aquae.*

ECCLII., I, Y 8.

I

La ázucena, hermanos míos, es una flor simbólica de grandes excelencias y de muchos significados en el lenguaje de la Escritura. Nuestro Divino Salvador exhortando a los hombres a que se vistiesen de la santidad y justicia, les incitó a contemplar las azucenas de los campos: *Videte lilia quomodo crescunt*, considerad la belleza de estas flores, les dijo, es tal que ni Salomón con toda su sabiduría y riquezas pudo hacerse un vestido tan precioso como el que viste la azucena, por el cuidado que de ella tiene mi Padre celestial: así vestíos vosotros de la justicia, y después no tengáis cuidado del vestido material, porque mi Padre que viste de hermosura a las flores, con más solicitud cuidará de todo lo que necesitaren vuestros cuerpos. En este pasaje del Evangelio parece que el Señor tomó a

la azucena como un símbolo de doble significado: de la virtud que debe tener el hombre por una parte, y otra de la providencia especial que tiene el Señor de los justos que en Él confían.

Como símbolo de virtud, la azucena representa principalmente la castidad: *Lilium inter spinas*, azucena rodeada de espinas llamó el Espíritu Santo a las vírgenes sus esposas. En este primer sentido la azucena de San Antonio nos manifiesta su grande santidad y especialmente su pureza virginal.

El fue una azucena brotada en Lisboa, en el jardín ilustre de sus nobles padres. Muy pronto se abrió el cáliz de esta blanca flor, y llovió el cielo un rocío matinal sobre sus bellas hojas, porque a la edad de cinco años hizo voto de perpetua castidad delante de una imagen de María. La devoción a la Virgen y el amor a la pureza fueron las primeras gotas de gracia que cayeron en el corazón del niño Fernando,—este era su primitivo nombre,—y le volvieron azucena inmarcesible que nunca empañó sus candores con culpa alguna mortal.

Muy temprano encerró también su azucena en un cerco de espinas, porque en los primeros albores de la vida huyó del mundo y se acogió a la sombra de los claustros agustinos, en donde los rigores de la mortificación fueron las espinas que defendieron la castidad

y pureza de su alma. Más tarde buscó con afán la corona del martirio que es el cerco más glorioso y seguro de la virginidad; y creyendo encontrar en el huerto de la Religión de San Francisco esas espinas tan singulares y raras, trasplantó la azucena de su vida del pensil de los Agustinos al jardín de los Franciscanos, en donde tomó el nombre de Antonio.

Mas el Señor le tenía destinado para otro martirio más glorioso: la púrpura con que debía esmaltar la blancura de su inocencia no era el tinte de su sangre, era sí lo encendido del amor y de la caridad; y por esto contrarios vientos empujaron hacia las costas de Italia la nave que llevaba a Antonio al Africa, en busca del martirio.

Viendo frustrados sus proyectos, pasó el Santo a vivir en un convento desierto y solitario que tenía la Orden en Italia, en donde se ocupaba en los oficios más humildes de los legos. Era allí su vida a semejanza de una flor oculta en la montaña, que esconde su hermosura de las miradas curiosas para conservarse intacta y sin peligro: la humildad y el silencio eran la sombra que cubrían esta bellísima azucena.

Las flores pueden esconder la belleza de sus hojas; pero no pueden comprimir el suave aroma que de su seno se desprende, porque el calor del sol, el soplo de las brisas las traicionan y revelan. Así su-

cedió con Antonio: el ardor de la caridad, el soplo de la inspiración divina manifestaron al mundo esta bella flor oculta en las sombras de la humildad. Empezó Antonio a exhalar de su corazón por el cáliz de su boca, el exquisito aroma de todas las virtudes, de suerte que envolvió al mundo en la fragancia de su santidad.

Los insectos asquerosos se crían en los pantanos y muladares, y huyen de la cercanía de las flores porque mueren al percibir su aroma. Los pecados son también insectos de corrupción, y huyen del ambiente que rodea a los Santos. ¡Oh! cómo huyeron los demonios de la presencia de Antonio, por la fragancia de virtudes que exhalaba este humilde religioso!

En el siglo XIII, el mundo todo estaba corrompido con herejías y escándalos, estaba envenenada la atmósfera social, era espantosa la mortandad de almas que por millares descendían a los sepulcros del pecado y del infierno. El Padre de las misericordias, compadecido del mundo, para conjurar esa peste moral envió en ese siglo a San Antonio, como una sustancia aromática y desinfectante, y llevado en alas del Espíritu Santo volaba como una exhalación por todas las naciones de Europa. En donde él se presentaba quedaba purificado el aire moral de las costumbres, empezaba a respirarse el aire puro de la virtud. Con su

enseñanza volvieron a florecer las virtudes, que casi habían desaparecido del suelo de la cristiandad: con la fuerza de su ejemplo viéronse brotar en los huertos de las familias las azucenas de la virginidad, que generalmente estaban deshojadas y marchitas

Aun de su cuerpo exhalaba materialmente el Santo una virtud prodigiosa que ponía en fuga al demonio de la impureza: a un joven tentado del espíritu inmundo sólo con soplarle en el rostro, le dejó tranquilo y sosegado para siempre. Tales son, hermanos míos, las excelencias de San Antonio, significadas en la azucena que tiene en la mano.

Mas esta flor significa también la solicitud que tiene la Providencia Divina en vestir a los hombres. Así como el cuerpo se cubre con el vestido para evitar la vergüenza que le causaría la desnudez; así el alma tiene también su vestidura, que es la gracia santificante. Esta gracia para nosotros nace del cuerpo adorable de Nuestro Divino Redentor, viene a ser como el blanco vellón del Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo. Imitando las virtudes de Jesús es como se hila y teje esta preciosa lana—dice San Agustín—y se hacen vestidos proporcionados a la estatura del cristiano, es decir, se adquiere la santidad correspondiente al estado y condición de cada uno. Porque así como hay mucha variedad de vestidos para

el cuerpo, y distintos en las telas, en la forma, en los colores, y esta variedad sirve para distinguir las clases: así también hay muchas clases de santidad, distintas en las virtudes, en el heroísmo, en el sacrificio, y esta variedad constituye la diversidad de jerarquías en el cielo.

Ahora bien, un vestido aunque no sea precioso, es absolutamente necesario para cubrir la desnudez: y para evitar la vergüenza del alma, aunque no se tenga una santidad elevada, es de todo punto indispensable siquiera la castidad, que viene a ser como la lana blanca en estado natural, que sirve para el vestido del pobre que no tiene dinero con que adquirir la hermosura de los tintes. De suerte que un cristiano que no es casto, anda vergonzosamente desnudo; es un salvaje en el mundo moral

Pero ved que mientras los hombres buscan con mucha solicitud el vestido para el cuerpo, no sólo el conveniente, sino el lujoso y rico para ostentación de su soberbia, se han descuidado por completo de procurarse vestidos para el alma. No hay quien vaya en pos del Cordero Divino para conseguir su lana: no hay quien sepa trabajar esos tejidos preciosos de las virtudes, es muy difícil conseguir siquiera la blanca lana de la castidad, porque la fiera pésima del libertinaje ha hecho huir al Cordero de Dios del seno de la

sociedad y del hogar de las familias. ¿Quién vestirá pues 1 esta humanidad desnuda?

La Providencia Divina se vale de San Antonio para vestir de gracia a los pecadores y de castidad a los libertiros

La azucena que en su mano ostenta, es símbolo de la vestidura que nos trae del cielo, es la hierba medicinal que trae del jardín de la vida eterna para curar esta asquerosa llaga de la sociedad. ¡Oh qué favor y beneficio tan grande para el mundo!

Hermanos míos, acerquémonos todos a recibir de manos del Santo esa prenda preciosa de la gracia: los pecadores el perdón, los justos la perseverancia, las vírgenes su corona y los casados la santidad propia de su condición.

Uno de los remedios más eficaces para conservar la castidad en las familias, son los matrimonios santos y fecundos. Y por esto la Escritura llama corona de flores no sólo a la virginidad, sino también al matrimonio casto. Una buena esposa es corona con que Dios premia las virtudes de un hombre: y un esposo digno es una guirnalda de flores que hermosea las sienas de una joven cristiana: y los hijos buenos y santos son corona de gloria para sus virtuosos padres. Todo esto dice el Espíritu Santo por boca de Salomón. **Pero estas flores y coronas están escondidas y reserva-**

das para los que sirven a Dios. ¡Cuántos y cuántas se equivocan fatalmente en sus enlaces! Créense coronados de flores en el día de sus desposorios, cuando en verdad han rodeado sus cabezas con un cerco de espinas, que les atormentará toda la vida. Para no incurrir en tal desgracia, clamad a San Antonio, que sabe encontrar lo que está escondido y oculto.

Joven cristiano y devoto, ven a recibir de manos del Santo la esposa que te conviene, figurada en esta azucena. Virgen cristiana, acércate con confianza para que el Santo te ciña la frente con el hermoso ramo de flores, símbolo del esposo que el cielo te ha preparado. Y vosotros, unidos ya con el símbolo matrimonial, considerad que esa azucena significa también al hijo que habéis pedido a Dios, como corona de vuestro enlace y honra de vuestra familia: recibidlo, pues, que el Santo os lo trae del cielo. He aquí, hermanos míos, los diversos modos con que San Antonio cura esta primera llaga social.

II

Un libro es símbolo de la ciencia. Y libro de vida llama la Escritura a los justos, porque son como

volúmenes en que están escritas las virtudes cristianas: sus obras son páginas en que se lee y prácticamente se aprende la ciencia de la santidad. Pero principalmente es libro de vida un doctor de la Iglesia, un predicador del Evangelio, que con sus ejemplos y doctrina enseñan a los hombres las verdades de la Religión y la práctica de la virtud

Estos varones apostólicos son como unas ediciones nuevas del Evangelio, que se imprimen en las tipografías del cielo en pequeños volúmenes, y se envían al mundo para que en él difundan las luces celestiales. Por esto los días de la vida de un Santo sobre la tierra, son propiamente una época de progreso y civilización para la humanidad entera.

En el Apocalipsis (Cap. V, N 8) se habla de un libro misterioso y cerrado con siete sellos, muy dificultoso de abrirlo. Mas cuando Nuestro Divino Salvador, rompiendo los sellos, abrió el libro, hubo grande alegría en el cielo y mucha conturbación y grandes transformaciones en la tierra. Séame permitido, hermanos míos, reconocer figurado en este libro celestial del Apocalipsis al glorioso San Antonio de Padua, que fue un libro completo de virtudes y de ciencia adquiridas en el estudio de la oración y de las sagradas letras, e las cuales se dedicó desde la infancia, y favorecido por el silencio y soledad de los claustros hizo en

ellas progresos maravillosos pero ocultos. Su alma cándida y pura fue como blanco papel en que el Espíritu Santo, que se comunica a los humildes y castos, imprimió toda la ciencia sagrada. Este precioso libro estaba cerrado con las cubiertas de la humildad, y sellado con el sello del silencio y abnegación, no tenía título exterior que le manifestase ni estaba colocado en los estantes de la biblioteca sagrada, que son las cátedras y los púlpitos, estaba arrinconado en la cocina de un convento: dificultoso era, pues, encontrar este libro para abrirlo y leerlo. Mas Jesús, que se complace en ensalzar a los humildes, dispuso, en su providencia, que un prelado de la Orden acertase a mandar por santa obediencia al joven Antonio que predicase a los religiosos una plática análoga a las circunstancias en que se encontraban éstos. Obedeció el Santo, y todos quedaron admirados de la excelencia de la doctrina y de la sublimidad del espíritu del nuevo predicador. Así fue como se rompieron los sellos y se publicó el libro.

La noticia llegó a oídos del Seráfico Padre, quien escribió una carta gratulatoria a San Antonio, instituyéndole primer profesor de las sagradas letras en la Orden de Frailes Menores. Este hecho pone muy de relieve las glorias de San Antonio. Porque en virtud de este nombramiento, él viene a ser la primera fuen-

te de sabiduría en la Religión Seráfica. Religión que, a semejanza del Paraíso está regada por un río caudaloso de doctrina, que sale del corazón e inteligencia del Seráfico Doctor San Buenaventura, de Escoto el Doctor Sutil, y de otros innumerables sabios, que, en el transcurso de los siglos, han fecundado el suelo de la Religión con las aguas de su ciencia: río de sonido deleitoso, por los elocuentes sermones de San Bernardino de Sena, de San Juan de Capistrano y de otros predicadores sin número, que han hecho resonar la voz del Evangelio en los últimos confines de la tierra. Pues bien, la primera fuente de donde procede este majestuoso río, es San Antonio de Padua, porque fue el primer profesor de la Religión Seráfica, instituido por el mismo fundador de ella, por San Francisco.

Cuando por mandato de Jesús se abrió este libro de sabiduría, hasta entonces cerrado por la humildad: ¡cuánto gozo hubo entre los ángeles del cielo! y ¡cuánta mudanza en los pecadores de la tierra! Para comprender, en un simil, los prodigios de conversión que obró en el mundo con sus predicaciones San Antonio, bastará decir que fue un león que rugía en las selvas. Para ahuyentar a los animales fieros que viven en la espesura de los bosques, no tienen poder suficiente ni los lazos, ni los perros, ni las armas; porque mueren en verdad algunos pero la inmensa mul-

titud queda escondida en las cuevas, en los peñascos, en los riscos a donde no puede llegar el cazador. Mas si un león entra en la espesura y da terribles rugidos en ella, esos ecos repercuten en las concavidades más profundas, y temblando salen de ellas los osos, los lobos, todas las fieras y aún los animales más pequeños y emprenden una fuga definitiva. Tal fue Antonio de Padua en el siglo XIII.

La Europa era entonces una selva enmarañada en donde habitaban las fieras de todos los vicios y escándalos. Tiránías y guerras sangrientas desolaban a los pueblos: bandadas de ladrones infestaban los caminos públicos: adulterios y otras carnalidades eran el cáncer que devoraba a las familias: simonías y horribles sacrilegios eran los lobos que habían hecho sus cuevas en el santuario del Señor. Contra estos vicios habían clamado muchos predicadores, órdenes severas habían dictado muchos Prelados de la Iglesia; pero no desaparecían los males. Estonces vino enviado por Dios este robusto león, y desde la Cátedra Santa dio rugidos, que se oyeron en toda la Europa. Y los vicios y escándalos se asustaron y salieron de sus cuevas, que eran los corazones de los pecadores, en donde estaban escondidos como en profundas cavernas, y huyendo se precipitaron en el mar de la penitencia.

Veinte ladrones famosísimos estaban presentes por casualidad en un sermón de San Antonio, y todos ellos se convirtieron sinceramente e hicieron pública penitencia de sus escándalos. El famoso Ezelino, terror de los pueblos de Italia, por sus atroces tiranías, cayó rendido a los pies del Santo, y con una soga al cuello le pidió perdón de sus atentados. No había hereje que resistiese al poder de su elocuencia persuasiva, y por esto tomaron los herejes el partido de no asistir a sus sermones para no convertirse. Con el fin de apartarlos de su desatentada resolución, salió el Santo a orillas del mar, y predicó en sus riberas: al sonido de su voz se suspendieron las olas del mar y todos los monstruos marinos y los peces se levantaron del fondo y salieron a la superficie, y ordenados en grupos, y quietos como suspensos de los labios del predicador oyeron las alabanzas que éste decía de su Dios. Vieron esto los herejes y maravillados vinieron a echarse a los pies de Antonio y abjuraron de sus errores. Los poetas gentiles para significar el poder de la música, fingieron un artista que con su melodiosa voz suspendía los ríos y amansaba a las fieras ¿Qué diré yo de la elocuencia de Antonio? No es figura poética, sino en realidad suspendía las furias del mar y amansaba sus monstruos, que son más terribles que las fieras de la tierra.

Predicaba el Santo en las campiñas descubiertas, porque no había templos capaces para contener tanta muchedumbre de oyentes. Su auditorio ordinario era de veinte a treinta mil personas, y se le oía con claridad y distinción en el espacio de tres leguas a la redonda. A veces el sermón debía predicarse cerca de medio día, y desde la media noche anterior empezaban a llegar las bandadas de gente de todos los pueblos, para tomar asiento en la llanura y quedar cerca del predicador, para verle, para tocar y besar su santo hábito. Y acabado el sermón, los oyentes se quedaban dando alaridos, levantaban el grito hasta el cielo pidiendo perdón de sus pecados, golpeándose el pecho con duras piedras, y públicamente despedazaban sus espaldas con sangrientas disciplinas.

¡Cuánto gozo habría en el cielo con la predicación de Antonio, cuando los ángeles celebran con solemne fiesta la conversión de un solo pecador! Por eso os decía yo que veía figurado a Antonio en ese libro de la Apocalipsis, con la apertura de cuyos sellos hubo tanta alegría en el cielo y tan grande transformación en la tierra. He aquí, hermanos míos, las excelencias del Santo significadas en el libro que tiene en la mano.

Mas ¿cual de nuestras enfermedades viene a curar con ese libro? ¿qué remedio está significado en él?—

¡ Ah! La ciencia, el conocimiento del verdadero Dios vase acabando en el mundo. El siglo de las luces y del progreso en las ciencias naturales, ha sido también un siglo de tinieblas y de retroceso en la ciencia de la Religión. Ahora casi no hay quien lea la Sagrada Escritura. Los famosos libros de los padres de la Iglesia están empolvados en las bibliotecas. Las vidas de los Santos ya no dan gusto al paladar mundano. Apenas se conoce el pequeño catecismo que en las escuelas se enseña, si es que se ha aprendido. Si alguna vez se lee en esos grandes libros religiosos, no es para aprender lo que en ellos enseña, es para saborear la dulzura del estilo, para deleitarse con la belleza de la expresión. Puedo decir que la ciencia sagrada y religiosa es en el siglo actual un libro cerrado y sellado. Hase perdido el libro en el que leían los antiguos cristianos.

Ahora de las tipografías del infierno sale ese aluvión, dirélo así, de novelas, dramas, poesías, folletos, periódicos, hojas volantes en que se describen las dulzuras del amor, carnal y mundano; el placer de la venganza tomada de un enemigo; la felicidad de las riquezas, el poderío de la soberbia; libros en que se escarnea a la Religión y a sus Ministros, en que se enseñan las falsas libertades de los pueblos. Ahora no hay quien oiga, ni quien entienda la palabra de

Dios. Viénese a los sermones, no para aprender la virtud, sino para gozar la solemnidad de la fiesta, con el brillo de las luces, con la melodía de la música, con el buen estilo y agradable voz del predicador. Ahora no agradan ya los ruidos del león porque asustan, búscanse los cantos del ruiseñor porque deleitan. ¡Ah! estamos perdidos, hermanos míos, si no volvemos a leer y a estudiar en el libro de la Religión. Pero ese libro perdido ¿quién nos lo devolverá?

Mirad a San Antonio. El nos trae del cielo ese libro tan necesario y provechoso. Acerquémonos a recibirlo dándole las gracias. ¡Ea! Pobrecita joven, que gastas inútilmente los pensamientos de tu alma, los afectos de tu corazón y aún las lágrimas de tus ojos en la lectura de novelas y poesías, acércate y recibe de manos de San Antonio el libro que te conviene, el único que debes leer en tu vida, el libro de la Religión y de la piedad. Joven aficionado a las bellas letras, ven a recibir este libro que el Señor te envía del cielo con San Antonio; es el libro de la verdadera Religión. Mira no puede haber belleza donde no hay verdad. Los afeites cubren los defectos del rostro; pero no dan verdadera hermosura. La belleza natural campea sobre todos los artificios de la hermosura falsa. Deja pues los libros impíos, que hasta ahora te han fascinado con los engaños de una elocuencia vana.

Toma este libro de la verdad, y acostúmbrate a las bellezas soberanas de la Religión. ¡Oh! si los escritores públicos quisieran ponerse bajo el amparo y protección de San Antonio, ¡cómo se trocarían sus plumas, a veces empapadas en hiel, en plumas de oro resplandecientes con el brillo de la sabiduría y caridad cristianas!

Veis cómo en las manos de San Antonio se encuentra el bálsamo que debe curar esta grande herida social, herida tan sangrienta como lo son todas las causadas por la pluma.

Los gentiles que fingieron dioses para cada uno de los afectos del corazón, representaron al dios del amor en forma de un niño que disparaba saetas. Esta fábula vino a ser realidad en el cristianismo. Porque Dios, para reducir a los hombres a que le amasen, se volvió niño. y se presentó al mundo en brazos de la más pura y hermosa de las vírgenes, desde donde disparaba saetas de amor. Aún más, el mismo Niño era un dardo encendido de caridad; y los brazos de María eran el arco disparador de esta saeta de fuego. Era imposible escapar de las flechas disparadas por esta Madre del amor hermoso: *Ego mater pulchrae dilectionis*. Así se conquistó el mundo para el amor divino. ¡Ah! qué conquista tan bella! Al fin conquista hecha por Dios! Sus armas fueron un arco y

una saeta, es decir, el corazón de una Virgen y los encantos de un niño.

La vida entera del Salvador sobre la tierra fue un ejercicio continuo de todas las virtudes. Mas su infancia fuélo especialmente de la caridad. Porque en ese estado no hablaba todavía, no caminaba, no hacía aún otros portentos; pero sí amaba, su única ocupación y constante era amar a los hombres; por esto la imagen del Niño Jesús es símbolo de la caridad, del amor. Pues ¡qué felicidad, la de San Antonio de Padua, tener en sus manos al Niño Jesús.

Santo excelente en la castidad, cuya vida era como un jardín de azucenas: era natural que el Corderito de Dios, que se apacienta de flores, descendiese a la pobre celda de Antonio, como a su dehesa regalada, y allí diese saltos de alegría, como suelen hacer los corderillos cuando están contentos. Ora se le aparecía en la mesa, cuando escribía sus sermones: ora encima del libro cuando rezaba las alabanzas divinas: ora le saltaba a los brazos y le acariciaba en el rostro. ¡Oh dichoso Antonio, acariciado por el Dios del amor! El corazón del Santo estaba divinamente inflamado, en términos que era Serafín de amor, una lámpara de caridad: *Erat lucerna ardens et lucens*. Y el niño Jesús, como inquieta mariposa, revoloteaba al rededor de esta lámpara. A media noche veíase iluminada la

celda de Antonio extraordinariamente. Y los compañeros admirados y curiosos acercábanse a mirar por las rendijas de la puerta, y veían al Santo todo resplandeciente, y al Niño Jesús que le acariciaba. Una lámpara encendida por la noche es el atractivo de las aladas mariposas: y el corazón de Antonio inflamado de amor en la oración nocturna, era el atractivo del Niño Jesús, que venía volando de los cielos a recrearse con el resplandor de esta pura llama

Si tal es la deferencia que el cielo hace por Antonio, de modo que el Padre Eterno no vacila en entregarle su propio Hijo, y la Madre Virgen consiente en que su Hijo pequeñito pase de sus brazos a los de Antonio, ¿qué poder no le habrán dado sobre el mundo? Cuando Faraón exaltó a José y le dio el imperio sobre toda la tierra de Egipto, en signo de su exaltación se sacó el anillo de su dedo y se lo puso en la mano a José. El Niño Jesús es como un anillo precioso que llevan en sus manos el Rey de los cielos y la Reina de los ángeles. Véole a Antonio condecorado con esta prenda divina, y por ella conozco el grande poder que tiene en los cielos y en la tierra.

Ite ad Joseph, decía Faraón a los egipcios hambrientos que le pedían pan; y José dio pan a Egipto, en todos los años de la esterilidad. Así también, mientras vivía San Antonio, todos los que sufrían al-

guna desgracia, acudían a él pidiéndole consuelo; y el Santo remediaba las necesidades de todos. Abría los sepulcros, y llamaba a los muertos quienes, se presentaban vivos a obedecer sus órdenes. Para aliviar las desgracias, volaba Antonio no sólo en alas de los vientos, sino que con la ligereza del espíritu se transportaba a millares de leguas de distancia: predicando estaba una ocasión en una ciudad de Italia, y se quedó quieto y en silencio un rato en el púlpito como para descansar, y en ese momento pasó a Lisboa, en Portugal, y atajó un daño gravísimo que no tenía más remedio que su presencia, y atajado que lo hubo se fue a Italia y continuó su sermón con suma tranquilidad. En otra ocasión, el diablo enojado con sus sermones, y con el fin de impedirlos conturbó el aire y formó una tempestad de agua que se venía sobre el auditorio, que estaba en campo raso: el Santo detuvo la lluvia-en el aire de modo que las aguas formaban un hermoso pabellón cristalino sobre la cabeza de los oyentes. ¡Qué poder tan maravilloso!

La vara de su poder fue la caridad, vara florida que no se marchita ni aún después de la muerte: *Charitas nunquam exçidit.*

Hace ya cerca de setecientos años que murió San Antonio, y sus milagros continúan sin descaer; las flores de su sepulcro son inmarcesibles; continúan

dando pan a los hambrientos. Estas son las excelencias de San Antonio significadas en el niño Jesús que tiene en la mano.

Mas respecto de nosotros, ¿qué significado tiene ese Niño? ¡Ah!, hermanos míos, el amor a Dios y el amor al prójimo van desapareciendo sobre la tierra. La caridad es una virtud casi desconocida en los tiempos modernos: ni aún se sabe el significado de la palabra caridad, se ha tratado de sustituirla con la de filantropía porque los hombres no alcanzan a entender el significado misterioso y oculto de esta divina palabra. Amar a un hombre por sus buenas prendas personales, eso no es caridad. Amar a una persona por los bienes que de ella se han recibido o se espera recibir, eso tampoco es caridad. Amar con pasión amorosa, eso lo hacen también los animales. Pero amar a un hombre con pleno desinterés, aunque no tenga prendas para ser amado: amarle, aunque me haya hecho males y me los quiera hacer todavía: amarle, sólo porque es hijo de Dios y está redimido con la sangre de Jesucristo: amarle, porque Dios me lo manda, para contentar y dar gusto al Señor, eso si es caridad. Hecha esta explicación decidme ¿cuánta caridad hay en el mundo? Díganlo las disensiones domésticas, los odios de la política, las revoluciones de los pueblos, las guerras de las naciones. Dígalo, sobre

todo, la suerte que corren en el mundo los pobres y desvalidos. Mientras se gastan enormes sumas en el lujo y en los placeres, ¿cuánto se gasta en el alivio de las desgracias ajenas?

Ahora el amor de Dios es un resorte que ha perdido la fuerza: para mover a un hombre a compasión de su prójimo, hay que tocarle el resorte del amor propio, de la soberbia, del orgullo; a veces se apela a resortes más bajos todavía: se dan funciones de teatro dedicando su producto a los pobres: se organizan colectas recogidas por las jóvenes del bello sexo para que esa petición sea irresistible. — Así se consigue algún pan para los pobres. Pero ese es un pan desabrido, porque no está amasado con la caridad; es más bien un pan de penitencia para el pobre.

Un poco de fermento levanta toda la masa y la vuelve sabrosa. Un poquito de amor de Dios ¡cuánto levantaría la limosna y la haría muy provechosa para el pobre! Esta caridad perdida en el mundo nos la trae del cielo San Antonio, nos la trae en la mano en la persona del Niño Jesús, como un puñadito de fermento, para que con él sazonemos todos los actos de nuestra vida. Los servicios hechos al prójimo por interés solamente y sin caridad, son en la mesa de la vida como un pan duro, desabrido y fatal, que se come

sólo por el hambre, pero que no satisface la necesidad: produce sí muchas enfermedades.

Por otra parte. ¿qué cosa hay más desabrida que un corazón que no ama? El odio, la envidia hacen muy desagradable la vida del que se deja dominar de estas pasiones. la vuelven como un pan insípido y sin levadura, porque el único fermento que hace sabrosa la vida es el amor. Si queremos ser verdaderamente útiles a nuestros prójimos, si queremos vivir una vida, en cuanto se puede, agradable en este mundo: recibamos, hermanos míos. de San Antonio ese fermento divino, introduzcamos al Niño Jesús en nuestro corazón. para que todas nuestras obras adquieran el dulce sabor de la caridad

Ese Niño es el pan vivo bajado del cielo, y en manos de San Antonio representa el PAN DE LOS POBRES, que es una piadosa institución creada en nuestros días. ¡Oh pobres desvalidos! a quienes el mundo ha negado un mendrugo de pan, venid a recibir de manos de San Antonio el pan de la caridad que os lo trae del cielo con su milagroso poder. Ha obligado a los hombres a que os paguen a vosotros en pan, los derechos que a él le corresponden como a abogado y procurador en la corte divina, de las causas difíciles y casi perdidas en el mundo. Y con esto tenéis tam-

bién. hermanos míos, la tercera porción de mirra con que el Santo cura las llagas de la sociedad.

Tales son, a grandes rasgos, las glorias de San Antonio significadas en los emblemas que tiene en las manos. Estas son las riquezas contenidas en el arca del Nuevo Testamento, como le llamó al Santo el Papa Gregorio IX. Ahora, hermanos míos, *gaudeamus omnes in Domino, diem festum celebrantes*: regocijémonos todos en el Señor, celebrando la fiesta de San Antonio, en cuya solemnidad se alegran los ángeles, y alaban con nuevos cantares al Hijo de Dios.

Entre las bellezas del Paraíso, cuenta San Juan aquel árbol hermoso y fecundo plantado a orillas del río de la vida, que produce doce frutos al año, cada mes el suyo, y cuyas hojas contienen la salud de todas las gentes, esto es, el remedio de todas las enfermedades. En las riberas de ese río, y a la sombra de esos árboles se alegran los bienaventurados, cantando el aleluya eterno, el himno triunfal del CORDERO Eterno.

Las fiestas de la Iglesia son un bosquejo de la gloria. Aquí tenemos en ese altar, que es una figura del río del Paraíso, la imagen de San Antonio, que es para nosotros ese árbol fructífero y saludable. Doce frutos produce al año, cada mes el suyo. Esos frutos son las limosnas que mensualmente reparte el Santo a los po-

bres. Es árbol que contiene la salud de todos las gentes, porque todos vienen a buscar en él, remedio a sus males: díganlo, si no. esas hojas en que están escritas las peticiones que se le hacen y las gracias que él concede. Vengamos pues a la sombra de este árbol, a alegrarnos en el Señor, cantándole un himno de acción de gracias por habernos dado un Santo tan milagroso. Y tomemos de las hojas medicinales que contiene para aplicarlas a nuestras heridas.

¡Oh Santo glorioso! sana con tus virtudes la llaga de esta sociedad que ya se muere. Devuélvele la castidad, la religiosidad y la caridad. Y bendícenos a todos para que sanemos de nuestras enfermedades, y fuertes en esta vida con la gracia, lleguemos un día a ser compañeros tuyos en la gloria. — Amén.



SERMON

sobre la profesión solemne

DE UNA

RELIGIOSA CARMELITA

Amados hermanos míos en Nuestro Señor Jesucristo:

En el lenguaje de la Iglesia, la consagración de una virgen se llaman los desposorios de Cristo; porque hay un verdadero matrimonio espiritual contraído por Jesús con el alma virgen, matrimonio que se consuma y queda indisoluble en el día de la profesión religiosa. Dice el Espíritu Santo que el varón que ha tenido la suerte de encontrar una buena esposa, ha

conseguido una corona de gloria para su cabeza: y que de igual manera el buen esposo, es la corona de felicidad que ciñe la frente de la mujer que teme a Dios. Esta mutua coronación se verifica en el matrimonio místico de una virgen con Cristo, el cual es llamado corona de las vírgenes, *Jesu. corona virginum*; y las vírgenes son, a su vez, la guirnalda que ciñe aquella frente divina e inmortal; pues en el cielo y en la tierra siempre anda rodeado de vírgenes. En el cielo se apacienta el Cordero Jesús, como lo vio San Juan, en un monte sembrado de azucenas; y sólo las vírgenes suben a este monte, y, puestas a su derredor, formándole corona, le encierran en estrecho círculo de amor, y le cantan loores especiales de alabanza, que se llaman el Himno del Cordero: y este círculo y este coro son la corona gloriosa del Esposo divino *Qui pergis inter lilia — Septus chorcis virginum. Sponsus decorus gloria*. En la tierra vive Jesús, solo, en el monte eucarístico, y es intención y mandamiento de la Iglesia que rodeen este monte sólo las almas vírgenes y castas; y por esto se colocan los tabernáculos, y se edifican los templos al lado de los monasterios y casas sacerdotales; y los que de firme han de vivir en este monte y tratar estos misterios, deben estar desposados con Cristo por medio de la profesión religiosa o el vo-

to solemne de la castidad sacerdotal. Tres matrimonios de Cristo reconocen los Santos Padres. El primero se verificó en el día de su Encarnación, cuando el Verbo Divino se unió tan íntimamente a la naturaleza humana que resultó una sola persona, verificándose entonces el *jam non sunt duo, sed una*. El lecho en que se verificó este Matrimonio fue el seno purísimo de la Virgen María. *Lectulus noster floridus*. Se recostó dulce y suavemente en este castísimo lecho de azucenas, de donde se levantó en el día de su nacimiento para empezar su carrera de gigante. Este Matrimonio es eternamente indisoluble, porque la unión hipostática no terminará jamás: «*Quod semet assumpsit, nunquam dimisit*», dice el principio teológico. El segundo matrimonio se verificó en la cima del Calvario, cuando el nuevo Adán durmió su sueño de amor en el día de su muerte, y una lanza le abrió su divino corazón de donde se levantó viva, cual otra Eva, la Iglesia Católica, amadísima Esposa del Salvador, a quien le vivificó y purificó con el agua y la sangre que de su herida manaron. El lecho de estos desposorios fue el madero de la Cruz, enrojecido con la sangre de sus venas. *Lectulus noster floridus*: fue un lecho de purpúreas rosas. Y este matrimonio es también eterno e indisoluble, según su palabra. *Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consumationem saeculi*. El tercer

Matrimonio se verifica en el día en que una alma se justifica, ya sea por la primera vez en el bautismo o ya reconciliándose con el Dios, a quien ofendió, por la penitencia.

Estas bodas las festejan en el cielo los Angeles con dulces cantares de alabanzas; porque hay mucha alegría y gozo en el cielo—dice el Évangelio—por un pecador que hace penitencia. El vínculo de este Matrimonio es el de mutuo amor. Si alguien me ama—dice Jesús—mi Padre le amará también: y todas tres Personas vendremos a su alma y haremos morada en ella. El lecho de estos desposorios es el corazón del justo, florido con tanta clase de virtudes: porque en el momento de la justificación se le infunden junto con la gracia santificante las virtudes y los dones: queda tan embellecida el alma, que arrebató el Corazón de Jesucristo, quien la llama su paloma y su hermosísima esposa. Pero entre todas las almas justas, se desposa con especialidad con las vírgenes: porque todo buen matrimonio supone igualdad entre los contrayentes; y Jesucristo, Hijo de la Virgen, amigo y modelo de las vírgenes, vino para enseñar al mundo las virtudes, especialmente la castidad, hasta entonces desconocida; instituyó el estado virginal y lo sobrepuso a todos los demás, declarándole el más perfecto; y durante su vida mortal, si tuvo confianza y familia-

ridad íntima, fue solamente con los castos y vírgenes; cuando niño, su cuerpo divino sólo fue manejado por José y María; en su vida pública no abrazó sino a los niños, y al único a quien estrechó contra su seno fue a Juan, el Apóstol virgen, en la noche de la cena; como que a las vírgenes les ha concedido un derecho especial sobre su sacratísimo cuerpo: a la Magdalena sólo le permitió, en retorno de su mucho amor, el tocarle las plantas, y después de resucitado, ni aún esto se lo permitió. Hay, pues, unión especial entre Jesucristo y una virgen, más que con cualquiera otra alma justa. Por este tercer Matrimonio de que vamos hablando, aunque por parte de Jesús sea indisoluble, pues nunca desecha Él a el alma que una vez admitió a su gracia: pero no lo es por parte del alma que, desgraciadamente y con frecuencia, rompe estos sagrados lazos y despedaza este vínculo de amor, siempre que se mancha con la culpa y pierde la gracia divina. Y como es de esencia del Matrimonio la indisolubilidad, ha instituido Jesucristo el estado religioso, en que el alma por medio de votos perpetuos queda firme y establemente unida a Él. Por lo cual la virgen deja a su padre y a su madre y se une a Jesús, pasando a vivir en su casa, y ya no son dos corazones, sino uno solo, que se han identificado en el día de la profesión; y ya no hay autoridad humana sobre la tierra

que pueda deshacer esta unión; porque lo que Dios unió el hombre no puede separar. Es un verdadero Matrimonio sobre el cual recae el axioma del Salvador: *Quod Deus conjunxit, homo non separet*. Es un Matrimonio divino que tiene todas las ventajas del matrimonio natural, mas no sus inconvenientes. Los teólogos numeran tres bienes en el Matrimonio que compensan los tres inconvenientes que en él se encuentran: *Fides, proles, sacramentum*. La servidumbre perpetua del vínculo conyugal, queda compensada con la fidelidad que le debe el consorte obligado a amarle a Él solo. La disminución de las fuerzas y de la vida que consigo trae el Matrimonio, se compensa con la sucesión de los hijos que immortalizan el nombre del padre. Y la solicitud y continuos desvelos por el cuidado de la familia, se compensa por el puesto honorable que ocupa en la sociedad un padre de familia, y más que todo por las abundantes gracias del cielo, que produce el Sacramento. ¡Cuántos engaños en el matrimonio carnal! Antes de ligarse con el vínculo, no es la luz de la inteligencia la que dirige los pasos de los futuros contrayentes, es el fuego de la pasión que les impulsa. Una vez rota esta venda, se caen las alas del corazón, y marchitas ya las flores de la corona con que se ciñeron en el día de las bodas, no quedan sino las espinas que punzan la frente y en-

sangrientan el rostro. No así en los desposorios de una virgen cristiana con el Salvador Jesús. En ellos hay también su tiempo de prueba y de preparación para el futuro Matrimonio: son los amores del alma con Cristo; pero esta llama no se prende en la carne y en la sangre, sino en lo más elevado del espíritu, y por consiguiente no produce el humo que ciega la inteligencia, sino que aviva más la luz de la fe, que le descubre los inmensos campos del amor divino. No hay engaño ni ficción: Jesucristo le muestra a la virgen que le pretende todo lo áspero de su cruz, se manifiesta como esposo de sangre: al estrecharle le manifiesta las heridas de sus manos; al oprimirle contra su pecho, le hace sentir la herida de su corazón divino; y cuando en los transportes de amor, inclina su sagrada cabeza sobre la frente de su casta esposa, le hinca las espinas de su corona. Por otra parte el monasterio está encargado de probar durante un año a la futura esposa, manifestándole todo lo arduo de la Regla que pretende profesar, y sembrándole, de propósito de espinas el camino de su vida para conformarla con su amante, pues esposo de sangre, requiere esposa ensangrentada también. No hay, pues, lugar a engaño; y si algún desengaño hay después de la profesión, es en sentido favorable, cuando sienten que las heridas causan placer y la sangre embellece y las

espinas se convierten en flores con que queda alfombrado el camino de su existencia; sus pies ya no choorean sangre, sino que siente la suavidad de las flores que va pisando. ¡Cuán verdaderos y sin ficción son los amores de Cristo!

Pero pasemos ya a las bodas que se celebran en el día de hoy. Dice Isaias que prepara el Señor un gran convite en la cima de un monte, en que las viandas serán lo más granado y pingüe que produce la tierra; y la bebida, el vino más exquisito y puro, sacado de uva especial, plantada por su mano; y que invita a las gentes a asistir a este banquete, porque habrá alegría especial, en que enjugará la lágrima de toda mejilla, y tomando a la muerte, la precipitará en el abismo desde la cumbre de la montaña. Y el Real Salmista llama a esta montaña, monte de Dios y el más fértil del Universo, en el cual se agrada de habitar Dios: *Mons Dei, mons pinguis. Mons coagulatus, mons pinguis. Mons in quo beneplacitum est Deo habitare in eo.* (LXVII, 16). Por este monte se extiende la altura de la perfección evangélica en el estado religioso principalmente de las vírgenes. Y entre los montes que menciona la Escritura, ocupa un lugar preferente el Carmelo, situado a orillas del mar y tan hermoso y fértil, que no tiene rival en toda la tierra de Israel, cubierto de olivares y viñedos y abundante en las más

exquisitas flores, es un altar de perfumes que constantemente se exhala desde su cumbre al cielo. Lugar de preferencia de los Profetas de Israel, en donde tenían sus escuelas, especie de Monasterios de la antigua ley. En él hizo su residencia el celosísimo Profeta del Señor, el gran Elías, y en la cima se dio esa gran batalla con los profetas de Baal, a quienes derrotó y quedó triunfante la causa de Dios, y flameante desde entonces el estandarte divino en la cumbre de ese monte y definitivamente plantado en él para todos los siglos. Este sublime monte es una imagen sensible de la Sagrada Religión del Carmen, montaña mística y una de las más fértiles en la Iglesia de Dios; especialmente en sus flores, que son las vírgenes, no las tiene más hermosas ni fragantes ningún otro jardín del Rey Celestial: Teresa de Jesús puede competir con cualquiera de las vírgenes esposas del Cordero. Esta Religión es, pues, el monte descrito por Isaías en donde se hace el constante convite del Señor, en cuya cumbre habita el Cordero visto por San Juan en su Apocalipsis, y cuyas faldas están coronadas por las vírgenes que de cerca le siguen entonando su cántico. Este banquete continuo es en celebración de los desposorios que diariamente contrae Jesús con las vírgenes de esta montaña, como lo hemos visto en el día de hoy. Es tan grande la fiesta,

que en el cielo se oyen voces de regocijo: *Gaudeamus et exullemus. . . quia venerunt nuptiae Agni, et uxor ejus praeparavit se* (Apoc., XIX, v 7). Y entusiasmado un Angel, como con una belleza nunca vista, le dijo a San Juan: *Veni et ostendam tibi sponsam uxorem Agni.* (Apoc., XXI, v 8). Y las mismas palabras os repito ahora, hermanos míos, venid, subamos a la cumbre del Carmelo y os enseñaré a la esposa del Cordero, embellecida y ataviada en el día de sus bodas. Consideremos brevemente las grandezas y hermosura de este Matrimonio místico. La perpetuidad del vínculo en el matrimonio la llama servidumbre el Apóstol, y esta servidumbre está compensada con la fidelidad eterna que le debe el consorte. Mas en la profesión religiosa este vínculo no es servidumbre, sino dignidad real, no es yugo sino cetro que al hombro se lleva, no son esposas ni grillos, sino cadena de oro de tres vueltas que se lleva pendiente al pecho. Si servir a Dios es reinar, como dice San Juan, el desposarse con Cristo, es adquirir un derecho especial al reinado eterno; pues sabido es que la que con rey se desposa, reina es; y siendo Cristo el Rey inmortal de los siglos, la virgen que alcanza su mano, es superior a las demás criaturas, y aún ennoblece a su familia—dice San Jerónimo—pues la emparenta con Cristo. La fidelidad se encuentra con excelencia en estos des-

posorios: el corazón del Esposo nunca la traicionará, porque es veraz y fiel por esencia: *Fidelis est Deus*, pero exige de su esposa una fidelidad absoluta y sin mancha; porque es celosísimo—dice la Escritura—y se precia de serlo, no consiente ni la más ligera afición en el corazón de su esposa para con nadie. Y ves aquí, hermana mía, porque te hace morir completamente para el mundo. Aún en el matrimonio natural, una niña que se casa muere ya en todas las aspiraciones e inclinaciones afectuosas de su alma, y como a muerta deben considerarla los hombres. Mucho más sucede esto con una esposa de Jesucristo. Como Esposo celosísimo te encierra perpetuamente dentro de las paredes del Monasterio para que no veas más a los hombres; y no se contenta con esto, sino que además te echa un velo en el rostro como un signo de que eres su esposa, para quitarte aún la posibilidad de ver y ser vista. Eres ya muerta para el mundo; esta casa es el cementerio, y tu celda es el sepulcro, y tu hábito la mortaja, y tu velo es el sudario. *Sicut vulnerati dormientes in sepulchris, quorum non es memor amplius*. Has sido herida con saeta de amor, que te ha dado la muerte, y he aquí que duermes tu pacífico sueño en el sepulcro voluntario, y el mundo no se volverá a acordar de tí, al menos así es razón que suceda. Acuérdate pues, hermana mía, de la suma fidelidad

que debes a tu Esposo. El mundo te juzgará muerta, pero en realidad estás viva para el cielo: no es un sudario el que cubre tu rostro, sino que has subido al monte como Moisés para entrar en familiares coloquios con Dios, y tu cara echa rayos de divina luz, que no podrían soportar los hombres, y se ha hecho necesario el velo que te cubra, como sucedió con el Legislador de Israel: no es racional que los vasallos vean al descubierto la cara de la Reina. Fidelidad, pues, hermana mía, en los votos que acabas de hacer al Señor. La virginidad es fecundísima dice San Agustín; sus frutos son muy excelsos y sublimes. El matrimonio de los vírgenes José y María fructificó al primogénito de las criaturas. El Matrimonio de Jesucristo con la Iglesia produce diariamente hijos para el cielo, que nacen en las fuentes del Bautismo, y se vivifican por los otros Sacramentos. La virginidad es una fuente perenne de vida eterna: engendra hijos inmortales. Y por esto la Iglesia a sus Ministros, que son los padres de los fieles, les obliga estrechísimamente a la castidad para que sean fecundos en el espíritu. Así como el Matrimonio ha sido instituido para poblar el mundo de hombres, así la virginidad se estableció para poblar la Iglesia de santos, ¡Ay del mundo! si no hubiera vírgenes, se sumergiría de nuevo en los hondos abismos de la barbarie, porque no habría secun-

didad ni para la civilización ni para la virtud. Así, pues, hermana mía, en fuerza del voto de la castidad virginal con que te has ligado, de hoy en adelante te llamarán Madre: porque darás mucho fruto para la Iglesia y para el cielo. En primer lugar fruto de buenas obras, que serán la dulzura de tu alma y las delicias de Dios. Los Santos Padres te comparan a la abeja animal virgen, que sabe fabricar dulcísimos panales de miel. Colocada en este florido monte del Carmelo, irás revoloteando de flor en flor, y te posarás en las mejores y más bellas, para chuparlas todo el jugo de dulzura que en sí contienen y fabricar en tu alma el panal de las virtudes, trabajándolo dentro de tu celda. Sobre todo te recomiendo que con frecuencia te poses sobre el Sagrado Corazón de Jesús, que es la flor de los campos y el lirio de los valles, y chupes de él la mansedumbre y la humildad: pasa en seguida a recrearte con María Santísima, que es la única azucena brotada en el desierto de este mundo, y extráele su pureza virginal: después pásate por las flores de tu Monte, y extrae del corazón abierto de Teresa el amor apasionado por Jesús, y de Magdalena de Pazzis el amor a los trabajos: da vuelta por las flores de tu Monasterio y extrae de cada Religiosa, hermana tuya, la virtud en que más se distingue: de ésta, el silencio; de aquella, la obediencia, y así de las de-

más. Servirás entonces al Señor como Cecilia, de quien canta la Iglesia: *Quasi apís tibi argumentosa deservit.*

Pero no es esta sola tu fecundidad: estás destinada para poblar el cielo de Santos. Ora fervientemente y en silencio, porque para eso te has retirado a este Monte. Sí, ora por el triunfo de la Iglesia, por la extensión de la fe católica, por la conversión de los pecadores. Mientras los soldados de la Iglesia pelean los combates del Señor, esto es, mientras los periodistas y escritores católicos defienden con todas sus fuerzas la sana doctrina; y los Misioneros vuelan a remotas playas, llevando la fe de Cristo; y los sacerdotes se desvelan por volver al buen camino a las almas extraviadas, tú, como Moisés, en la cumbre de este Monte, ten siempre levantadas las manos al cielo, para que no desfallezcan los guerreros; entonces el triunfo será tuyo y a tus pies se pondrán como trofeos las palmas de la victoria. Todo esto en silencio, porque eres Madre verdadera, pero oculta, que no se atreve a aparecer en público. Mientras un Doctor se gloria de haber hecho triunfar la causa de la Iglesia, y un Ministro se goza, viendo el inmenso fruto que su palabra produce en el corazón de los hombres, y se cree Padre de tantos fieles, en realidad no lo es: esos son hijos de una pobre y humilde Religiosa, enteramente

desconocida, que en el retiro de su claustro, a fuerza de oraciones, inclinó el corazón de Dios para que envíe sus gracias y haga estos prodigios; y en el día de la revelación de los secretos, que es, en el día del juicio, el triunfo de las más bellas causas y la conversión de muchos reinos, se verá que son frutos de la virgindad de las Religiosas, entonces éstas se encontrarán Madres de muchos pueblos: *Filii tui de longe venient, et filiae tuae de latere surgent*. Entonces se cantará el cántico predicho por Isaías: *Lauda sterilis quae non parit: decanta laudem, hinni quae non pariebas quoniam multi filii desertae, magis quam ejus quae habet virum*. (LIV. X 1). Sí hermana mía, dedícate a la oración. Mira que es una vergüenza que habiendo tantos Religiosos y sobre todo tantas vírgenes, la Iglesia de Dios esté tan oprimida y humillada. Sé esposa fecunda de Cristo en buenas obras y en hijos espirituales para el cielo.

Muchos son los cuidados y solitudes que consigo trae el Matrimonio, en términos—dice el Apóstol—que el corazón está dividido entre Dios y el mundo. Este trabajo se recompensa con la honra que la sociedad da a una madre de familia y con las gracias que el Cielo envía para sobrellevarlo. Mas este tu Matrimonio te quita todos los cuidados de la vida, dejándote en completa paz para que atiendas sólo a las cosas del Cielo: tu corazón queda íntegro sólo para tu Esposo,

quien se ha comprometido a proveerte de todo, sin que te falte jamás cosa alguna por todo el tiempo de tu existencia. Tú has hecho voto de pobreza, y el Señor te ha hecho voto de que al presente te daría ciento más de lo que has dejado y después la vida eterna. No tienes que pensar más por lo que hace a tu porvenir y a tu persona, estás asegurada por la palabra de Jesús: reposa tranquilamente en su divino pecho: *Facta curam tuam super Dóminum*. Cualquiera inquietud por los bienes de la tierra, sería una injuria a tu Esposo, que es fidelísimo en cumplir sus promesas. No vuelvas a tomar ni la más mínima de las cosas de que has hecho sacrificio al Señor, no sea que se irrite como contra Acán, a quién mandó apedrear, sacándole de en medio de su pueblo, por haber sustraído ocultamente de entre los despojos de Jericó, una regla de oro y un manto de grana. Eres la más feliz de entre las esposas de la tierra, porque gozarás de la paz del corazón: en el mundo el corazón se divide, y la división del corazón siempre es dolorosísima de cualquier modo que suceda, de aquí tantas lágrimas y pesares sobre la tierra. Tu corazón ahora se arranca, pero sin dividirse, de entre los tuyos, y por eso sentirás ahora algún dolor; pero en adelante no tendrá que arrancarse, e íntegro permanecerá y sin dolor por toda la vida. Participas también de los bienes del

Matrimonio; porque ahora tomas posesión de un asiento noble y honorable, no sólo en la Iglesia, sino también en la sociedad: tomas mucha parte en la civilización del mundo, como te lo he dicho, y los hombres te van a ser deudores de grandes bienes. Si pasamos ahora a considerar las gracias que el Cielo llueve sobre tí, quedaremos admirados de tanta belleza y hermosura. Dicen los Santos que entre los favores celestiales, después del Bautismo, ninguno hay comparable a la vocación religiosa. Es un signo muy claro de predestinación. En el mismo momento en que se registra el nombre de la nueva profesora en los libros del Monasterio, los Angeles apuntan esa partida en el libro de la vida y queda inscrita en el número de los elegidos; porque hay certidumbre moral de que quien profesa y persevera en una Comunidad Observante, se salva. La profesión religiosa tiene tanta virtud como el Santísimo, dicen los Teólogos; pues perdona todos los pecados y toda la pena debida por ellos; la Religiosa sale de su profesión como el niño de las fuentes bautismales, en estado de ir inmediatamente al cielo si la muerte le sorprendiera entonces. Por esto se acostumbra mudarse el nombre por ser un segundo Bautismo. Además de estos favores excelsos, ¿con cuántas gracias y virtudes ha hermosado tu alma en el día de tu profesión? Eligiéndote su esposa,

sin mérito alguno de tu parte, fijando sus miradas amorosas en tí. que eras pobre y desnuda de virtudes, se ha encargado Él mismo de vestirte y adornarte como conviene a esposa de tan grande Rey. Ha abierto los tesoros de su gracia y ha sacado las mejores joyas para embellecerte; ha puesto en movimiento a todos los Ministros de su Corte, que son los Angeles, para que se ocupen en engalanarte en el día de tus bodas. Sobre todo el Angel de tu guarda está ahora de plácemes, todos sus compañeros le felicitan por la honra que le ha cabido en suerte de ser el tutor de una esposa de su Rey. Para tomarte por esposa te ha dotado con las riquezas de su misericordia; ha ceñido tu frente con el pudor virginal, que es la corona de las desposadas de Cristo. los pendientes de tus oídos son la docilidad de tu fe, *fides ex auditu*; la cadena de oro de tu cuello es la humildad en la obediencia; las joyas de tu pecho y de tus brazos, la simplicidad cristiana y las buenas obras, *pone me ut signaculum super cor tuum, ut signaculum super brachium tuum*; y ahora te pone el anillo en el dedo, como símbolo de la eternidad. Eres alma justa y tienes rectitud de juicio, y estás llena de las misericordias de Dios, y la lumbré de la fe en tí está muy viva, porque es un acto heroico de fe la profesión religiosa. Estas son las galas con que te ha dotado el Esposo, así lo anuncia por Oseas: *Sponsabo*

te mihi in sempiternum: et sponsabo te mihi in justitia, et iudicio, et in misericordia et miserationibus. Et sponsabo te mihi in fide (II). Así lo confesaba de sí Santa Inés, quien pretendida en matrimonio por el tirano, le contestó: «Ya otro amante me ha prevenido con tiempo, poniéndome el anillo al dedo, coronándome con su corona, y adornándome con toda clase de piedras preciosas, con su preciosa sangre ha dado un hermoso tinte a mis mejillas, ya estoy unida y comprometida con él; y yo le amo porque es purísimo e hijo de una virgen, y amándola soy casta y tocándola quedo limpia, y aceptándola quedo virgen; Éste mi Esposo es hermosísimo, a quien los Angeles le cantan y el sol y la luna le admiran». Esta virgen hizo su profesión en la hoguera, levantando sus manos al cielo y alabando a Dios en medio de las llamas. San Ambrosio dice que iba tan contenta y festiva al suplicio, como no marcha una desposada a sus bodas, todas lloraban y ella reía. He aquí tu modelo, hermana mía; para el mundo la Religión es un suplicio; y mientras todos lloran, tu marchas alegre al sacrificio.

Sí, hermanos míos, alegrémonos nosotros también; subamos en espíritu a la cumbre del monte para asistir a estas bodas del Señor, puesto que Él invita a todos a esta solemnidad. Y ya que los Angeles cantan sus cantares divinos, nosotros, míseros mortales,

alegrámonos por nuestra hermana, que ha sido sublimada a tan alto grado, y cantémosle el Epitalamio que nos enseña la Iglesia: *Jesu, corona virginum*. Si, Jesús es tu corona, hermana mía; flor inmarcesible que nunca te faltará *Quem mater illa concepit*. — *Quae sola virgo parturit* ¡Oh Jesús!, que tan amigo eres de las vírgenes, pues elegiste por Madre una Virgen, aquí tienes una nueva virgen, que hoy se te consagra *Haec vota clemens accipe*. Por el amor que tienes a tu Madre, dueña y protectora de la Religión del Carmelo, recibe a esta esposa en tus brazos, y acéptale benigno los votos que te ha hecho. — Amén.

DISCURSO

predicado con ocasión de la bendición de las torres
y del órgano de la iglesia de San Francisco
de Quito, el 2 de Febrero de 1893.

*Susceptimus, Deus, misericordiam tuam
in medio templi tui.*

SALMO, XLVII, Y 10.

Señor, recibimos los dones de tu misericordia en el recinto de tu templo.

Amados hermanos míos en Nuestro Señor Jesucristo:

El templo es la casa del Señor en la cual los hombres presentan sus dones a Dios, y en la cual a su vez reciben los dones de Dios. Los Profetas habían anunciado del famoso templo de Jerusalén que sería glorioso porque entraría en él personalmente el Mesías

Redentor. Y en la festividad de hoy se cumplen estas profecías. Porque la Virgen Santísima, en observancia de la ley, a los cuarenta días del nacimiento de su Hijo lo llevó en su regazo, y en compañía de su esposo San José, para presentarlo en el templo, llevando también dos tortolillas, que era la ofrenda que hacían las mujeres pobres en la ceremonia de su purificación después del parto. Puso a su hijo en manos del anciano Simeón, quien lo recibió en nombre de Dios, pues era Sacerdote. Entre todos los dones que los hombres habían hecho al Señor en ese templo, ninguno como el que le hizo María presentando a su mismo Divino Hijo como cordero que debía quitar los pecados del mundo. Como mandaba la Ley, María dio cinco siclos al Sacerdote como precio de redención, y el Sacerdote le devolvió a su Hijo, y en esa ceremonia se representaba cómo el Padre Eterno nos daba a su Hijo para que fuéramos dueños de Él, es decir, de sus méritos, pues que María le compraba para todos nosotros, dando el precio al Sacerdote representante de Dios. De suerte que en esta solemnidad podemos decirle verdaderamente al Señor: *Suscipimus, Deus, misericordiam tuam in medio templi tui.*—María no estaba sujeta a esta ley, pues que siendo virgen inmaculada en la concepción y alumbramiento de su Hijo, no tenía mancha alguna de que purificarse; pe-

ro se sujetó a la ceremonia para nuestra instrucción y enseñanza. Este largo viaje que hizo la Virgen desde el portal del nacimiento hasta el templo de Jerusalén fue una procesión gloriosísima y solemne, porque las jerarquías angélicas bajaron del cielo por mandato de Dios, para honrar a María y a su Hijo, que tan profundamente se humillaban. Los Angeles vestidos de blanco y con hachas encendidas en las manos y puestas a los dos lados formaban la larga hilera de la procesión, y al fin de ellas venían María y José. Venía esta Reina de los cielos y de la tierra vestida de la gala de las virtudes y con la verdadera hacha encendida en sus manos, que era su preciosísimo Hijo, quien es llamado por los Profetas resplandor de la luz eterna. Traía también las tortolillas inocentes y gemebundas. Toda la naturaleza se alegró en esa mañana. Aunque era tiempo de invierno, el cielo brilló claro y sereno, las auras soplaron suaves y blandas, meciendo la cabellera del niño, y la tierra brotaba flores en donde pisaba la Virgen, todas las gracias caminaban con ella. Y el Espíritu Santo impulsó a dos cisnes (en santidad), que fueran al templo para que cantaran himnos suavísimos en honor del Niño y su Madre apenas se presentaran en sus puertas. Dicese que no hay suavidad igual a la del cisne, que canta una sola vez en su vida, que es antes de morir. Y cabalmente cuando los An-

geles habían entrado en el templo y llegaban María y José con el Niño a las puertas, allí les aguardaban Simeón y Ana, estos ancianos venerables en santidad, cisnes blancos por su cabellera cana, que, conociendo por revelación las grandezas del Misterio, se pusieron a cantar con mucha suavidad, después de lo cual murieron. Fueron como un suavísimo órgano pulsado por el Espíritu Santo para celebrar las glorias del Hijo de Dios y de su Madre.

De la contemplación de este misterio podemos sacar muchas enseñanzas prácticas para nuestra vida. Yo me fijaré, por ahora, en aquella que es más conforme con nuestra solemnidad: el respeto y amor que debemos tener a los templos. Pero, para discutir con acierto y provecho, pidamos que la Virgen Santísima con el hacha encendida que tiene en sus manos nos ilumine e inflame.— Ave María.

*Suscepimus, Deus, misericordiam tuam
in medio templi tui.*

SALMO, XLVII, Y 10.

I

El hombre por su soberbia fue echado del Paraíso, en donde Dios le colocó para que viviera feliz, y le cerró las puertas para siempre, poniendo un centinela que defendiera su entrada. Mas la Virgen Santísima que no se manchó con el pecado original tiene entrada libre en el Paraíso. Y esta mañana viene con la llave para abrir las puertas y dar entrada franca a los pecadores convertidos. El Paraíso es el templo. La llave que abre sus puertas es el Divino Hijo. Y los pecadores purificados son las dos tortolillas. Dios Nuestro Señor es a la vez Juez y Padre; y por esto siempre se acuerda de su misericordia cuando castiga al pecador en esta vida: *Cum iratus fueris, misericordiam recordaberis.* Desterrado el hombre en este valle de lágrimas, quiso el Señor darle un consuelo y esperanza de que volvería a la Patria, edificándole templos que

le recordaran el Paraíso y le sirvieran de refugio y de alivio en las penalidades del destierro de esta vida. Si, el templo es un Paraíso místico que contiene todas las bellezas que deleitaban al hombre en el estado de inocencia. El árbol de la vida cuyos frutos debían inmortalizarle, lo tenemos en la Eucaristía. El árbol de la ciencia cuya fruta tan hermosa le estaba prohibido al hombre comerla y aún tocarla, para prestarle la debida obediencia a Dios, es la virtud de la fe, cuyos misterios no podemos comprenderlos ni averiguarlos, pero sí los creemos, obedeciendo al Señor que nos lo manda. La fuente de aguas vivas que con armonioso murmullo regaba todo ese suelo, es la palabra de Dios, que resuena en la cátedra santa, y fecunda el corazón de los oyentes. Los frondosos árboles y las hermosas flores, son los cristianos que en mayor o menor grado se santifican en el templo con obras de virtud. La temperatura agradable y el aura suavísima que soplaba en el jardín, son las inspiraciones de la gracia, que fortifican y producen tanto bienestar en el alma. Todo cuanto había en el Paraíso contribuía a la felicidad del hombre; y todo cuanto hay en el templo contribuye a la santificación del cristiano, que es la única y verdadera felicidad. En el de nuestro destierro hay también árboles de sabrosas frutas y bellísimas flores, y murmuradores arroyos, y

soplo de suaves auras; pero no tienen la virtud que recibieron de Dios estas mismas criaturas en el Paraíso, para beatificar el corazón del hombre. Estaban benditas por Dios, y de aquí procedía esa virtud admirable que tenían para producir la felicidad. Así también las bellas artes y todo cuanto sirve al ornato del templo queda santificado por la bendición de la Iglesia y tiene virtud para contribuir a la santificación del hombre. *Omnis creatura santificatur per verbum Dei et orationem*, dice el Apóstol. Fuera del templo, estos mismos objetos sirven muchas veces para la vanidad y aún para el pecado. El Diablo se sirve de esas criaturas, y habla por medio de ellas para pervertir al hombre y precipitarle en el abismo. La pintura, la escultura ¿no se ponen al servicio de la sensualidad en los grandes salones mundanos? La música ¿no sirve en el teatro para excitar las malas pasiones? Mas en el templo estas bellas artes se ponen al servicio de la virtud y sirven para alabar a Dios, y el Espíritu Santo se sirve de ellas para dar las voces de su inspiración en el corazón del hombre, y así santificarlo y llevarlo al cielo. El instrumento músico del santo Rey David, con el cual cantaba salmos a Dios, tenía virtud para contener a Saúl en sus negras y malas pasiones, y volverlo a juicio y razón. El templo es pues un verdadero Edén.

II

Ese jardín está reservado a la inocencia, no podía entrar en él ningún pecador. Y en recordó de esta verdad, mandó el Señor en la antigua Ley, que en el templo de Jerusalén no entrara ningún inmundo. Es decir, ningún leproso, ni nadie que estuviera tocado de enfermedad contagiosa, ni ninguna mujer que por cualquier motivo estuviera inmunda con flujo de sangre. Y por esto vemos que la Virgen Santísima se humilló confundiéndose con las otras mujeres, y ocultando su virginidad inmaculada, a purificarse en las puertas del templo a los cuarenta días de su alumbramiento. Y Cristo Nuestro Señor no fue al templo sino después de haber sido circuncidado. ¡Qué lecciones tan hermosas nos dan en este Misterio, Jesús y María del respeto que debemos tener en nuestros templos! Cuando la misma pureza quiso purificarse para entrar en el Santuario. El templo es una imagen del cielo, y en el cielo no entra nada manchado: *nihil coluquinalum introibit in eam*, dice el Apocalipsis. Esta imagen y representación no significan que los pecadores no deban venir al templo, sino al contrario que

vengan, pero con intenciones santas, para oír la palabra divina, para alabar a Dios, para tratar de convertirse, no para pecar en este lugar de la santificación. Esto quiere decir que el leproso y la inmunda no entren en el Santuario. Leproso es el que con sus escándalos contagia a los fieles que vienen a orar en el templo. La inmunda, mancha todo lugar a donde llega: y padece este flujo quien viene a desahogar sus pasiones en el recinto sagrado, quien viene a echar la sangre inmunda de sus vicios por los ojos y por todos los sentidos de su cuerpo y potencias de su alma. ¡Qué estrecha es la puerta del cielo!—decía el Señor en sus predicaciones—más fácil es que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico penetre por esas puertas. ¡Ea! camellos encorvados por los vicios y con enormes cargas de pecados de escándalo, acertad a pasar por esas puertas como es debido. ¡Ea! ricos dejad vuestras alas y soberbia en el atrio del templo, que la puerta del Santuario es también estrecha como el ojo de una aguja, adelgazaos como un hilo por la humildad y estad rectos por la intención para que podáis entrar debidamente al templo a conseguir el perdón y la gloria. Desde la cumbre del Sinaí dijo el Señor a Moisés: la tierra en que estás es santa, sácate los zapatos y llégate para que contemples este misterio admirable de la zarza que arde y no se

quema. Así dice también el Señor desde el fondo del tabernáculo a los mundanos y escandalosos, que llegan a las puertas del templo: echa afuera esos pensamientos malos y aficiones perversas en que está metida tu voluntad, y ven con tu corazón desnudo de pasiones consentidas, porque el recinto en que entras es santo. Pero ¡cuántas violaciones del Santuario contempla el Señor con sus santísimos ojos! En el jardín de la inocencia logró introducirse la serpiente infernal e hizo prevaricar a nuestros primeros padres; y Dios enojado, a la sombra del árbol de la vida, les condenó a muerte y maldijo a la serpiente. ¡Ah! serpientes astutas que venís a conquistar corazones en el lugar de la inocencia, ya bajará el Señor irritado y maldecirá a los pecadores; y a tí te dirá: te arrastrarás por el suelo porque has violado mi jardín, y no conseguirás tu deseo, sino que comerás tierra todos los días de tu vida, porque despreciaste este fruto inmortal de mi Sacramento. ¡Ah!, hermanos míos, Dios nos libre de semejante fatalidad! Para no incurrir en esta maldición hemos de acudir a María, para que aun cuando seamos pecadores, por el Misterio de su Purificación purifique nuestras intenciones siempre que vengamos al templo, y no nos abra las puertas de este Paraíso, sino para conseguir nuestra purificación y santificación completa.

III

Pero cuando os amonesto que no profanéis el templo con vuestra lepra e inmundicia, no es para que le cobréis horror, sino al contrario mucho respeto y amor. Porque cuando se vienen con intenciones santas y rectas, es él la piscina de aguas milagrosas que restituyen la salud a toda clase de enfermos y lavan toda clase de inmundicias. Si estáis enfermos, venid a curaros en el templo; y si sanos, venid a recrearos en el jardín de las delicias. ¿Quién no ama su Patria? ¿Quién no suspira por el suelo que le vio nacer? ¡Ah! este tiernísimo sentimiento se aviva sobre todo en el corazón del desterrado! La nostalgia que es la enfermedad de amor por el suelo natal que queda distante, la sufren aún los animales y las plantas. Los israelitas, insignes músicos, colgaron sus instrumentos en las ramas de los sauces que crecían a orillas de los ríos de Babilonia, y no querían cantar porque les era imposible contener el llanto siempre que se acordaban de Jerusalén. Y desde la tierra de su cautividad se consolaban siquiera con mirar hacia la parte del horizonte a donde quedaba su Patria, y aspi-

rar el aire que soplabá de ese lado, porque esperaban percibir el aroma de las flores de sus montes y sus valles. Preferían las habitaciones con ventanas hacia la parte de Jerusalén, y abriéndolas se postraban en el suelo orando al Dios de los padres y dirigiendo sus plegarias al Santuario de su Patria. ¡Ved cuánto es el amor del desterrado a la tierra de su nacimiento! La distancia no hace sino avivar este amor. Se espera con ansias noticias de la Patria, se corre a los despachos y oficinas públicas para recibir las comunicaciones de la familia y los socorros que el anciano padre o la adorada madre envían a su querido hijo ausente ya por mucho tiempo. Estos lugares de comunicación son la única casa que frecuenta el desterrado en lejanas playas. Pues, hermanos míos, acordémonos que somos peregrinos en este mundo, que nuestra Patria es el cielo, y que desterrados en este valle de lágrimas, quedamos muy distantes de ella. Dios misericordioso, para consuelo del hombre, ha puesto en la tierra un lugar de comunicación con el cielo, y este edificio público es el templo, remedo del Paraíso, pues que el Edén no era más que un jardín destinado para la comunicación entre el hombre inocente y Dios, mientras llegaba el día de ser transportado en cuerpo y alma al cielo, que su verdadera Patria. Debía el hombre estar en continua comunicación con el

cielo, pues que de allí espera todo su socorro. Traed, pues, las cartas de vuestras oraciones y plegarias, y dejadlas en este lugar. Traed las encomiendas de vuestras ofrendas y votos, y dejadlas en esos altares, que el despacho es muy activo y seguro, porque es casa edificada por Dios y con multitud de Ministros venidos del cielo, los Santos Angeles, que son los postas y correos que hacen la comunicación instantánea, con más velocidad que el rayo, como lo dio a entender el Señor al Patriarca Jacob en ese misterioso sueño en que vio la escala por donde subían y bajaban los Angeles, y al despertarse dijo: verdaderamente esta es Casa de Dios y puerta del cielo, y yo lo ignoraba. Aunque es muy bueno orar en todas partes, pero es más eficaz la oración que se hace en el templo, como es más segura la carta que se despacha por el correo, porque el templo está bendito y dedicado especialmente a este objeto, y la multitud de ángeles que aquí reside no tiene más oficio que el presentar las oraciones de las fieles en el acatamiento divino. Por esto se llama también casa de oración, porque todo cuanto encierra en su recinto incita a los fieles poderosamente a la oración; el silencio, la gravedad augusta de las ceremonias; los cánticos y melodías sagradas: la voz del Sacerdote; las imágenes de los Santos: los cuadros de las virtudes; la suntuosa ma-

jestad del edificio; la luz de las lámparas. Todas estas criaturas oran en el templo e incitan poderosamente a la oración. Y a los que no vienen a orar les dice Cristo: mi casa es casa de oración; y vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones. Venid no sólo a presentar vuestras plegarias, sino también a recibir las contestaciones del cielo, que os llegan por la voz del predicador que os enseña, del confesor que os amonesta, del Angel que os inspira. A cada momento llegan estas contestaciones. Y las encomiendas y riquezas que os envía vuestro Padre, llegan por la mañana al despuntar la aurora, cuando baja esa multitud inmensa de Angeles cargados de oro plata y piedras preciosas, que casi no pueden soportar tanto peso, acompañando al Hijo de Dios en el momento de la consagración del pan y del vino en los altares. Ese es el instante oportuno de recibir los favores del cielo, ¿por qué las desperdician entregando a la sensualidad las hermosas y ricas horas de la mañana? El anciano Simeón, personaje de la fiesta de hoy, recibió contestación del cielo de que estaba despachada su petición, pues vería con su propios ojos al Redentor del mundo. Y esta mañana recibe la encomienda preciosísima, pero la recibe en el templo, y quien la trae y entrega en su propia mano es María Santísima. Fue tan grande su felicidad, que, apretando al Niño contra su seno,

lloraba el pobre viejo, y decía: después de tan precioso regalo, nada más tengo que desear en esta vida la muerte. Señor, la muerte. ; Ah! si vosotros frecuentarais los y asistierais al Santo Sacrificio, cómo llegaría un día en que llorarais de felicidad recibiendo la contestación y favores del cielo que por tanto tiempo habíais esperado. Diríais al fin: *Suscepimus, Deus, misericordiam tuam in medio templi tui.* A la ceremonia de esta mañana podíamos aplicar aquel verso de los Cantares: *Vox turturis audita est in terra nostra*, se ha dejado oír en nuestra tierra la voz de la tortolilla. Esta inocente ave es amiga de los desiertos y soledades, y tiene por canto un tristísimo arrullo pro ió de la soledad. Es tan fiel compañera de su consorte, que cuando lo ha perdido no se junta con ningún otro, y anda por entre las peñas y los montes dando gemidos, llamando al compañero que se le ha ido: ella no sabe ni se da cuenta de que está ya muerto en manos de los cazadores, sino que le espera por la mañana y por la tarde, todos los días. huyendo de toda otra compañía. Es símbolo de la fidelidad en la viudez. El Espíritu Santo, Esposo de las almas, es esta ave celestial que anda volando por entre los árboles solitarios de este jardín místico del templo, y da tristísimos arrullos llamando a las almas de los pecadores que se le han ido, que han sido presas del cazador infernal.

y las espera todos los días y a cada hora, y estas ingratas compañeras no vuelven. ¡Cuántas veces se sube a las alturas esta tortolilla divina, y con la voz de la campana llama a los pecadores a la penitencia, sorprendiéndolas en medio de sus diversiones, y parece que les dice: *Surge, prospera, amica mea columba mea et veni.* ¡Ah tortolillas ingratas! oíd la voz de vuestro Esposo que os llama, y venid todos los días al templo para que le consoléis con vuestra presencia. Y el alma que ha perdido a su Esposo por el pecado, venga también a estos lugares, en donde Él hace su nido, y con los tristes gemidos de la penitencia obliguelo a que vuelva a posarse en su corazón, apartándose de toda mala compañía y ocasión. Y el alma justa que sufre nostalgia del cielo, venga también a este jardín a pedir con sus gemidos, a pedir la unión eterna con su Esposo, diciendo con el anciano Simeón: despide ya, Señor, de esta vida a tu siervo en paz. En fin, hermanos míos, fieles de Cristo, que sois tortolillas, o inocentes, o penitentes, no vayáis a poner vuestro nido en tierra extraña, porque todo lo perderéis. Es decir, no pongáis vuestra afición en los bienes de este mundo, porque este mundo pasa, y con él pasa toda su mentida felicidad. Cuando venga el momento de volar a la eternidad, os encontraréis sin nido y sin polluelos: perdida vuestra juventud: perdidas vuestras

riquezas: perdidos los afectos de vuestro corazón. Venid a colgar vuestros nidos en estos árboles y en estas rocas: es decir frecuentad el templo y poned en él las aspiraciones de vuestro corazón, diciendo con el Salmista: *Turtur invenit sibi nidum . . . altaria tua, Domine virtutum*, esta tortolilla encontró su nido, que son vuestros altares, ¡oh Señor de las virtudes! Aquí encontraréis vuestro Esposo, que os haga felices. Ved como estos dos ancianos de la fiesta de hoy, Simeón y Ana, desde su juventud se encerraron en el templo, cual tortolillas que encuentran un precioso nido, y esta mañana vuelan al cielo, muriendo en paz y cantando himnos al Señor. Ved como estos religiosos, dejando su Patria y la casa de sus Padres han venido a colgar su nido en los claustros de este convento, en estas apartadas regiones de la América; y aquí esperan la muerte en paz. ¡Ah! cuán amable es un templo para una alma cristiana! Sí, hermanos míos, respetad y amad los templos del Señor, porque son, en la tierra, el Paraíso de la felicidad para el hombre.— Así sea.

NUESTRA SEÑORA DE LA NUBE

*Et signum magnum apparuit in caelo:
Mulier amicta sole.*

APOCALIPSIS, XII, V 1.

Y un gran prodigio apareció en el cielo:
Una mujer vestida del sol.

Amados hermanos míos en Nuestro Señor Jesucristo:

Celebramos hoy la fiesta de Nuestra Señora de la Nube, fiesta que nos recuerda un prodigio de la Santísima Virgen María en favor del pueblo que le pedía con instancia la salud de un enfermo que se moría. El Obispo de Quito, muy amado de su pueblo, hallábase en artículo de muerte, y para prolongarle la vida,

se hacía una rogativa pública por las calles de la ciudad, en que se cantaba el Santo Rosario. Y mientras se rezaba, levantando los ojos al cielo vieron una hermosísima imagen de la Santísima Virgen con el Divino Hijo en su mano izquierda, y con un cetro formado de azucenas en la mano derecha. La imagen estaba formada de una nube blanca y resplandeciente, que por algún espacio de tiempo se mantuvo en la región del aire a la vista de todos. Y en el momento que apareció la Virgen sanó el moribundo por cuya salud rogaba el pueblo. Este prodigio sucedió hace doscientos ventidós años. Una imagen de María pintada en lienzo por un hábil pintor arrebató los corazones, ¿qué sería de esa imagen dibujada en el azul del firmamento por los ángeles, sirviéndoles de pintura las nubes del cielo?

El prodigio que celebramos en esta fiesta, a mi ver, nos enseña que debemos levantar los ojos al cielo, para encontrar allí, por medio de María, el remedio de todas nuestros males. ¿Por qué vivimos siempre con la cabeza inclinada, mirando esta tierra en donde no hay sino miserias y quebrantos? ¿Qué peso tenemos sobre nuestras espaldas, que así nos inclina y agobia? *Levate capita vestra* nos dice el Señor: hombre acuérdate que has sido creado para el cielo, vuelve los ojos hacia arriba, mira la Patria, que es el cielo y alégrate;

mira que se te abren las puertas de la felicidad eterna: María es la puerta del cielo, y Ella te llama.

Para exhortaros a que echéis de vuestros hombros el enorme peso que os oprime y os impide ver el cielo. necesito de las gracias del Señor, pidámoslas por intercesión de María. — Ave María.

*Et signum magnum apparuit in caelo:
Mulier amicta sole.*

APOCALIPSIS, XII, V 1.

El Señor crió al hombre recto, dice la Sagrada Escritura: recto, esto es, con los ojos puestos en alto, para que pueda mirar al cielo. Esta estructura del cuerpo manifestaba las inclinaciones del alma: el alma fue criada con inclinaciones al bien, y no a cualquier bien, sino al Sumo Bien, a la posesión del mismo Dios en el cielo. Y esta rectitud del alma se mantuvo en el hombre mientras vivió en el Paraíso, en el estado de inocencia. Mas, cuando el pecado original, el diablo dio un gran golpe en la cabeza de toda la humanidad, que es nuestro primer padre Adán, ya desde entonces quedamos agobiados mirando a la tierra, y nos cuesta mucha dificultad el mirar al cielo;

es decir, todos nacemos mal inclinados, buscando los placeres prohibidos y los falsos bienes de este mundo, y nos disgustan la virtud y los verdaderos bienes del cielo. A esta torcedura del pecado original, añadimos nosotros los pecados propios, con que nos torcemos mucho más: esos pecados vienen a ser como una carga que nos abrumba; *Sicut onus gravatae sunt, et non potuit ut viderem* decía el Salmista: una carga enorme me oprime, no puedo levantar la cabeza para ver el cielo.

Y en efecto, todos los hombres buscan con grande afán los bienes de la tierra, y no se acuerdan jamás de Dios y de los bienes celestiales. Buscan la felicidad en este mundo y no la encuentran. Y, ¿cómo la han de encontrar? cuando la tierra está maldita del Señor, y a causa de esa maldición no produce sino abrojos y espinas que punzan y desgarran el alma y el cuerpo.

Locura es fatigarse en cavar el suelo para encontrar un tesoro que se sabe de cierto que no está allí escondido. Y mucha mayor locura es, cuando se ve al ojo que todos han cavado y nadie hasta ahora lo ha encontrado ¿Por qué nos fatigamos, hermanos míos, durante toda la vida, con tan necio trabajo? *stulto labore consumeris*. Y así agravamos nuestros males, porque crecen nuestros quebrantos con la multitud de

pecados que se cometen, en el afán de buscar la felicidad aquí en la tierra. Y a esta causa, el cielo para nosotros, se vuelve enemigo nuestro, porque en vez de las nubes provechosas que habían de llover la felicidad sobre nosotros, no tienen sino nubes llenas de rayos y tempestades para nuestro castigo.

Nuestros pecados manchan la tierra, y por esto dijo el Señor a Caín; ¿qué has hecho?, la tierra manchada con la sangre de tu hermano, me está dando voces repetidas, pidiendo venganza contra tí! Los pecados son unas charcas o lagunas fétidas de donde suben vapores que forman en el cielo nubes negras cargadas de rayos, destinados para caer sobre nuestras cabezas. Las guerras, el hambre, la peste, en fin, todos los males vienen del cielo a causa de nuestros pecados. Nosotros enviamos allí esas nubes que descargan rayos sobre nosotros mismos.

¡ Ah ! hermanos míos, pongámonos rectos, levantemos los ojos al cielo. Pero para eso es preciso echar de nuestras espaldas, la enorme carga de nuestros pecados que nos oprime, hacernos violencia con la gracia de Dios, para enderezar esta cabeza tanto tiempo há torcida y agobiada. Mirad al cielo y ved esas nubes hermosas esparcidas en el firmamento que contiene el agua de la verdadera dicha, que ha de llover sobre nosotros si nos volvemos a servir a Dios.

¡Oh! hombres, allá arriba está la felicidad, no aquí en la tierra.

Mirad sobre todo esa grande y hermosísima nube puesta por Dios en el cielo, y que contiene en su seno todo cuanto bien podemos desear. Esa nube es María Santísima, Madre de Dios y Madre también de nosotros pecadores, que tanto padecemos en la tierra. Todas las gracias que Dios quiere darnos están recogidas en esta misteriosa nube. La gracia más grande que Dios ha podido hacernos, es darnos a su Hijo santísimo; y no sabéis como ese Hijo salió del seno de María para venir a nosotros! Por esto clamaban en la antigüedad los Profetas: *Nubes pluant justum*. ¡Oh nubl llueve pronto al justo, es decir, ¡oh María! dad pronto a luz a vuestro Divino Hijo para que venga a justificarnos, a quitarnos esta carga de nuestros pecados, para que veamos el cielo y contemplemos vuestra hermosura, ¡oh María! Sí, hermanos míos, en María está todo nuestro bien.

Refiérese en la Escritura un prodigio singular hecho por Dios para infundir confianza en el pecho de un hombre desconfiado. Era una noche de verano, y estaba limpia una espaciosa era en cuyo centro hallábase amontonado el vellón de unas ovejas a las cuales se les había cortado la lana en el esquila. Dijo el Señor: toda la era quedará en seco, y el rocío de la

noche caerá sólo en el vellón. Y en efecto, a la mañana siguiente el vellón estaba muy pesado, porque todo el rocío del cielo estaba recogido en el vellón, y la era toda estaba seca, y con este prodigio en el corazón del hombre desconfiado le infundió mucha confianza y valor.

¡ Ah! hermanos míos, toda la confianza de nosotros pecadores está apoyada sólo en la Virgen María. Ella es la prueba que nos da el Señor de que tendrá misericordia de nosotros si acudimos a la protección de María. Ella es la ovejita blanca del cielo que contiene en sí todas las gracias y favores que Dios hace a los hombres. No hay más rocío de gracia para esta nuestra tierra seca, que el que se contiene en el corazón de la Virgen. La anchura de los cielos es la espaciosa era, y el blanco vellón es la Virgen de la Nube dispuesta a llover sobre nosotros las gracias que necesitamos. ¡ Salve esperanza nuestra! le canta la Iglesia: *Spes nostra salve!*

¿ Qué otra esperanza de salvación nos queda sino la Virgen María? La Virgen de la Nube que nos invita a que levantemos la cabeza y mirándola la invoquemos con confianza. Dormía el Patriarca Jacob en un sitio muy desacomodado, el lecho era el duro suelo y la almohada una grande piedra. A media noche vio una visión, se abrió una puerta en el cielo y apareció

una escalera grande que de la tierra llegaba al cielo, y el Señor desde arriba, del extremo de la escalera, le hablaba amorosamente, anunciándole todos los bienes que tenía resuelto darle, y entre ellos le anunció que de su descendencia nacería el Redentor. Pasada la visión, despertó el Patriarca y exclamó: ¡ah! aquí está la puerta del cielo y yo no lo sabía! ¡Ah!, hermanos míos, talvez estáis dormidos con el profundo sueño del pecado, y estáis muy desacomodados, porque el pecado es muy duro lecho para dormir. Aquí está la puerta del cielo y vosotros no lo sabéis. La puerta es María Santísima, es esa blanca nube de pureza, y vosotros seguís durmiendo. ¡Ah! durante vuestro pesado sueño, abris los ojos de la fe, porque al fin sois cristianos aunque dormidos, y con esos ojos mirad que se abren las puertas del cielo, que María Santísima en figura de nube se os aparece invitándoos a subir. Despertad, despertad dejando el pecado. Pero no os habéis de contentar dejando el pecado, es preciso servir a María, tenerla verdadera devoción

La puerta del cielo está abierta para aquel que deja el pecado y se convierte a Dios. Pero el cielo es muy alto, ¡cómo subiremos a él! ¡cómo arrimaremos una escalera a esa puerta del cielo! ¡en dónde encontrar esa escalera! La verdadera devoción a María, las obras de virtud que se practican por amor a la Virgen

son esa escalera grande que de la tierra llega al cielo: los verdaderos devotos de María ciertamente se salvan. Rezad el Rosario en familia, rezadlo con devoción, esa devoción es una escalera muy firme por la cual muchos han subido al cielo. La Virgen de la Nube se apareció en el cielo de Quito, cuando el pueblo rezaba el Rosario en las calles de la ciudad. Y ahora determinando una devoción propia vuestra, os diré que el templo que en esta colina de vuestra ciudad se está edificando en honor de la VIRGEN DE LA NUBE, es la escalera que se está trabajando para subir por ella al cielo. Por la escalera que vio Jacob, bajaban y subían Angeles, y por este templo de la Virgen de la Nube subirán los Angeles llevando vuestras peticiones al cielo y bajarán los mismos Angeles trayéndoos del cielo las peticiones ya concedidas. Será este templo una plaza de mercado celestial, como lo es todo templo, a donde vosotros traeréis el trabajo de vuestras manos, y en donde recibiréis el precio de vuestro trabajo que el Señor os pagará con abundantísimas gracias del cielo. Hagamos una torre que llegue hasta las nubes del cielo, dijeron los primeros habitantes de la tierra, y lo dijeron con soberbia, y por esto Dios les confundió. Y nosotros pobres pecadores, con el corazón humillado hemos de decir: hagamos un templo a la VIRGEN DE LA NUBE para que Ella sea

glorificada, y su nombre y advocación se perpetúe en las generaciones venideras.

En fin, aprovechémonos del tiempo de vida que Dios nos concede, para servir a la Virgen y asegurar nuestra salvación. Si durante la vida no hemos hecho la escalera con nuestras buenas obras, después de la muerte ya no podremos subir al cielo, porque entonces ya no se puede trabajar en ninguna obra: *Venit nox quando nemo potest operari.*

En el día del juicio, cuando todos los hombres resucitados estén reunidos en el Valle de Josafat, se abrirán las puertas del cielo y vendrá Jesucristo sentado en una majestuosa nube, entonces, dice el Evangelio, los infelices pecadores puestos a la izquierda darán grandes alaridos de temor viendo al Juez a quien han ofendido y que viene a castigarlos. Mas los justos que estarán a la derecha cantarán himnos de alegría viendo a su Redentor que viene a premiarles. ¿Cuál será nuestra suerte entonces? ¿a qué lado estaremos?

¡Ah! ahora no es el día del juicio, es el día de la misericordia, no estamos en el Valle de Josafat, sino en el sitio en que se va a levantar el templo de María. Levantad los ojos y ved no al irritado Juez sino a la dulcísima María, que viene traída por una hermosísi-

ma nube. Levantemos nuestras voces para cantar himnos de alabanzas a la Virgen de la Nube.

¡Oh!, dulcísima María, que te apareciste en el cielo de nuestra Patria formada de una nube, y con este símbolo nos diste a entender que tomabas bajo tu protección a esta nuestra pobre República. Mira y compadécete del estado lamentable en que nos encontramos: la luz de la fe va extinguiéndose, parece que vamos a quedar envueltos en las tinieblas de la incredulidad; el calor de la caridad va disminuyéndose y vamos a quedar incapacitados para hacer obras buenas, ateridos con el frío de los vicios. ¡Oh Madre virginal!, llueve sobre este suelo que te pertenece, lluvia de luz, de fe y de fuego de caridad, para que vuelva a florecer la religión, que antes florecía en este suelo y vuelva a llamarse nuestro Ecuador la República del Sagrado Corazón, la Patria del Inmaculado Corazón de María.

Con este fin edificamos este templo en honor tuyo: danos gracias para llevar a cabo esta preciosa obra. Y al mismo tiempo que edifiquemos el templo material, queremos edificar con nuestras buenas obras un templo espiritual cuya cumbre llegue a los cielos y sea la escalera por la cual subamos a la Jerusalén eterna. — Así sea.

PLATICA

pronunciada en el templo de San Francisco, de Quito, el 30 de Junio de 1895, con motivo de la Procesión solemne salida de dicho templo.

Quae est ista quae progr ditur.... terribilis ut castrorum acies ordinata?

CANT. RES, IV, X 9.

¿Quién es ésta que marcha terrible como un ejército ordenado en escuadrones?

Amados hermanos míos en Nuestro Señor Jesucristo:

Nuestra República es la predilecta viña del Señor trasladada de Egipto y plantada en la tierra de promisión; pues Él nos sacó de la barbarie de la idolatría, y nos ha preservado hasta hoy del contagio que invade a todas las naciones, de la apostasía de la fe en las

leyes e instituciones politicas Ha cuidado del suelo de nuestra Patria con aquel esmero que pondera Isaias tuvo el dueño, de su viña plantada en lugar fértil, quitándole las piedras, edificándole una torre, haciéndole un lagar, cercándole con muros. Porque nos ha dado Magistrados como no los ha tenido el mundo en el siglo actual, que con pecho valeroso, cual muro de bronce rodearon a la República, preservándola del error. Y nos concedió Prelados vigilantísimos que, como atalayas en la torre, han dado la voz de alarma cuando se acercaba el enemigo: unos mansos como paloma, otros fuertes como leones, que con sus rugidos ahuyentaban a los lobos. Y fueron verdaderos pastores de sus pueblos, que dieron la vida por sus ovejas, muriendo en el combate; ya envenenados en el caliz de la vida, ya herido el corazón con una persecución sorda y alevosa. Con cuidado tan diligente, la savia de la cepa principal, esto es, la virtud del Santísimo Corazón de Jesús, empezaba a difundirse y a vivificar todas las ramas y hasta los últimos sarmientos. El espíritu católico se manifestaba por todas partes, ya en los círculos católicos de la juventud, ya en las publicaciones por la prensa, ya en los Congresos Eucarísticos, y en el Voto Nacional de la Basílica. Yo os podría decir: *Videte lilia quomodo crescunt*: ved cómo han crecido y se han propagado las Comunidades Re-

ligiosas que, a manera de jardines de blancas y bellas azucenas, son los vergeles en que se recrea y apacienta el Cordero, Esposo de las vírgenes. *Ídete regiones jam alboe sunt*: ved multiplicadas las congregaciones de los simples fieles, que, a manera de espaciosos campos sembrados de ricas mieses, alegran alegran el corazón del dueño de la heredad con la fundada esperanza de recoger en lo futuro y encerrar en los graneros celestiales numerosas gavillas de trigo de los elegidos Mas ¡ay de nosotros! ahora se prepara en las nubes una tempestad, que, si llega a descargar, acabará con su pedrisco los viñedos y los trigales que sólo están en ciernes, deshojará la flor de tan bellas esperanzas.

- *Capite nobis vulpes parvulas quae demoliuntur vineas*, dice el libro de los Cautares. Las pequeñas raposillas destruyen las viñas. Y en nuestra República, hace algún tiempo que estos astutos animalejos han hecho sus madrigueras; y por ser muy pequeños no se ha tenido cuidado de perseguirlos y exterminarlos. Ha habido alguna negligencia y debilidad, y ellos se han multiplicado, y ahora amenazan destruir completamente la viña. Hojas volantes, periódicos, diarios en que poco a poco se ha venido desprestigiando al clero, a los Prelados, y aún se ha hecho burla de los misterios más tiernos y venerandos de nuestra Santa

Religión: círculos liberales; sociedades de artesanos ilustrados, como ellos se llaman, asociaciones filantrópicas, han sido las cuevas en que se han criado estas raposas, y aún tienen una cueva más oculta y profunda: las logias masónicas establecidas ya en nuestra República y aun en el seno de esta capital. Y para que nada falte, a fin de asolar la viña, no sólo raposillas, raposas grandes, es decir, hombres públicos, políticos astutos, han prendido fuego en nuestros campos. Satanás salido de los infiernos, o algún emisario suyo salido de las logias, dividió el único partido católico que había en la República; y valiéndose del artificio de Sansón, prendió con una tea infernal el fuego de la discordia en esos corazones antes tan patrióticos; y ved que las raposas, revolcándose en nuestra heredad con el corazón encendido en odio y venganza, han incendiado todas nuestras instituciones. Y el demonio y sus secuaces ahora se alegran de su obra, y al fulgor de este incendio bailan y cantan, porque se acerca—dicen ellos su hora; es decir, la hora del poder de las tinieblas. Tiranos como Nerón, que después de incendiar a Roma se retiró de ella, y coronado de flores tocaba la lira y bailaba en las azoteas de su castillo, divirtiéndose con el fuego desolador.

Y ¡qué! ¿terminará para nosotros el reinado del Corazón de Jesucristo? ¿ya no beberemos más el vino delicioso de esa viña sacrosanta? ¡Ah! se nos va a retirar la copa de oro, y el copero que nos la servía va a ser encarcelado! Y en cambio se nos presenta esa mujer mala del Apocalipsis, que viene sentada sobre una bestia roja, y que trae en la mano una copa de oro también, pero llena de las abominaciones e inmundicias de todos los pecados; y el oro de la copa ha sido un atractivo con el cual ha engañado y hecho pecar a todos los reyes de la tierra. Esta es la impiedad que viene a nuestra República traída en hombros del Liberalismo: viene prometiéndonos la civilización y las riquezas; pero en realidad lo único que tiene en su vaso, es el veneno de todos los vicios y errores, y la muerte de la sociedad. Y si no, ved a las naciones que bebieron de la copa de esta mujer seductora. Les prometió riquezas, y con este fin arrebató los bienes de la Iglesia y robó las propiedades de los nobles: mas los bienes sagrados y los mal habidos, son una maldición para los que los poseen: y ahora se mueren de hambre, y hay poblaciones de menesterosos que piden pan, el pan que antes encontraban en las porterías de los Monasterios, y hoy no lo encuentran en los atrios de los palacios. ¡Ah! pobres artesanos, gente sencilla, no creáis en las promesas que os hacen los

enemigos: experimentad en cabeza ajena, y no recibáis el golpe en la propia. Padeceréis no sólo el hambre del pan material, sino, lo que es más horrible, el pan de la palabra de Dios. Bajo el imperio de vuestro Rey Divino, todos los días habéis recogido en vuestro seno el maná de las gracias, llovido del cielo, ya en la predicación de los sacerdotes, ya en la participación de los Misterios santos. Pero a los pueblos ingratos el Señor les amenaza por boca del Profeta Amós, con que les retirará este pan del cielo, y con que, hambrientos, irán buscándolo de uno a otro mar y del Aquilón al Oriente, y no lo encontrarán. Pues la fe, aun cuando no puede perecer en todo el mundo, sí se puede acabar en determinados pueblos. Ved ahora sin pan divino a esos pueblos en otro tiempo tan ricos y abundantes. Silenciosas están ya por muchos siglos las cátedras desde las cuales clamaron los Crisóstomos y los Basilio, los Gregorios y los Ciprianos. Las iglesias del Asia y del Africa, que en los primeros siglos tenían abundancia de pan, ahora están arruinadas; pues por los fraudes y engaños de algunos herejes apostataron de la fe y obediencia que se debe a la cátedra apostólica, desterraron a sus Obispos y despreciaron a sus Sacerdotes; y Jesús les despreció a ellos, dejándoles, y talvez para siempre. La fe de esos pueblos trasmigró a Europa. *Migremus hinc, diris*

talvez el Salvador, como lo dijo al abandonar la Nación de los Judios. ¡ Ah! pobre Ecuador! mira la suerte que te espera, si el Liberalismo te domina! Quedarás como Babilonia, hecho el oprobio de las gentes en medio del desierto, y convertido en habitación de fieras, en donde saltarán los demonios como cabros y ahullarán buhos infernales. *Ibi saltabunt pilosì et respòndebunt ululac.* (Isaías). ¡ Ay qué grandes males nos amenazan!

Hermanos míos, nos ha sucedido lo que a Jonás: un gusano ha mordido la yedra que nos hacía sombra. En el desierto del mundo, todos los pueblos han sufrido los ardores de la pasiones que consigo trae el Liberalismo, y por predilección del Señor para con nosotros había germinado en nuestro suelo una yedra que se levantó sobre nuestras cabezas para protegernos con su sombra; y es el Corazón Santísimo de Jesús, a quien se consagró la República, y con quien se ligó por medio de un voto público y solemne que le hizo de levantar una Basílica en su honor. Mordida la raíz por el gusano roedor que anda bajo la tierra, por las sectas masónicas que han corrompido al pueblo, empieza a secársenos la yedra. ¡ Qué haremos! Ah! busquemos ese gusano para destruirlo!

¡ Cómo hemos de entregar la heredad que nos dejaron nuestros mayores? Achab propuso a Naboth

que le vendiera su viña, ofreciéndole un precio muy alto por ella; y el israelita contestó: Guárdeme Dios de semejante atentado; no dejaré nunca la herencia de mis antepasados; seré pobre, pero conservaré mi viña. Y la defendió hasta el fin: sólo entraron en posesión de ella cuando le mataron á pedradas en el campo de Jesrahel. ¡Israelistas de la Nueva Ley! Ciudadanos del Ecuador ¿cómo queréis ceder pacíficamente vuestra viña? ¿como queréis entregaros en manos de la revolución sin resistencia? Os ofrecen un precio muy alto de libertad, riquezas y progreso. Sed más bien pobres, pero conservad la herencia de la fe que os dejaron vuestros padres. No! no entrarán en posesión de nuestra República, mientras no hayamos muerto todos en los campos del honor, o en los campos del deber. Resistiremos hasta el fin, o con la espada de acero, o con la espada de nuestra lengua y de nuestra conciencia. Resistirán las débiles mujeres y los inocentes niños. Y, cuando hayamos muerto todos, nuestras almas en el cielo rodearán el trono del Altísimo para pedirle con cánticos celestiales que libre a nuestra Patria de la opresión y dominio del Liberalismo. Desde la eternidad defendéremos todavía al Ecuador. Levantémonos, pues, ahora como un solo hombre contra nuestros enemigos, contra los que pretenden arrebatarnos la fe y quitarnos la

Religión. Pero seamos soldados diestros, demos golpes certeros en la cabeza del enemigo: no demos golpes en el aire, que son golpes perdidos.

El primero y más fuerte enemigo a quien debemos matar somos nosotros mismos, porque nuestros pecados son los gusanos que mordieron la raíz y marchitaron la hermosísima yedra que nos hacía sombra. ¡Ay! mi pueblo elegido me persigue! fue la queja que exhaló del fondo de su corazón el Divino Salvador delante de una esposa predilecta suya. Porque dijo que las ingraticudes de las personas que le estaban consagradas le herían con más crueldad. Y estando nuestra República consagrada al Divino Corazón, somos su pueblo elegido; y por lo mismo nuestros pecados le causan más dolor. Y ¡cuántos pecados, Dios mío! ya ocultos, que son la persecución sorda: ya públicos y escandalosos, que son la persecución violenta que de nuestra parte sufre el Divino Salvador! Pecados en el hogar doméstico, por los malos matrimonios y la pésima educación de los hijos. Pecados en la vida de sociedad, por los fraudes, opresiones, hurtos, usuras. Pecados en la vida pública, por los juramentos falsos, las sentencias injustas, los abusos de autoridad ^{oprimiendo} a los desvalidos y arrebatando los bienes de la Nación. Pecados en el

templo, por las irreverencias, profanaciones y sacrilegios más grandes todavía.

Diez justos requería el Señor para salvar á la Pentápolis, y no los encontró. Justísimo Juez, que escudriñas los corazones al través de los velos de la hipocresía ¡cuántos justos encontraréis en nuestras poblaciones! *Nihil mihi conscius sum, sed non in hoc justificatus sum*, decía el Apóstol, ¿qué deberemos decir nosotros? Las tempestades se forman en el cielo, de los vapores que exhalan los charcos y lagunas estancadas en la tierra: esos fétidos miasmas se convierten en rayos que caen sobre la cabeza de los hombres. Y para evitar esas tempestades desoladoras no hay otro medio que desaguar las lagunas y secar los pantanos. Pues bien ¿queremos disipar la tempestad moral que amenaza destruirnos con sus rayos? Secad esos charcos de inmundicia, esos pantanos impúdicos que existen dentro de las paredes de vuestra casa. Cesen ya los escándalos, que son la causa de esas fiebres palúdicas morales que nos van consumiendo. Este es el primer enemigo a quien os pongo delante, para que le matéis con la espada de la penitencia. Muerto este enemigo, este gusano roedor de la yedra, débese perseguir al otro, que son las raposas que destruyen la viña, atacándolas en sus madrigueras. Los que tienen autoridad para ello, con brazo firme han de disolver las so-

ciudades masónicas y liberales: y con la espada de su autoridad, pues no la llevan en vano, han de herir de muerte las publicaciones por la imprenta en que se ataca ya directa ya embozadamente, la fe, la moral, el respeto debido a los Prelados y superiores! Y los que no tienen esta autoridad, han de servirse del prestigio e influjo de que gozan en los diversos círculos sociales, para dar muerte al liberalismo. Prohíban entrar en sus casas las publicaciones liberales, y despedacen cuantas puedan haber a las manos: opónganse a las doctrinas y dichos de los liberales: ya refutándolos, y si esto no es posible, siquiera con la indignación y el desprecio. En cuanto puedan rompan sus relaciones de amistad con estos enemigos de nuestra fe, y procuren persuadir con todo empeño que vuelvan al buen camino cuantas gentes sencillas se han dejado engañar, descubriéndoles sus tramas y artificios. Esto será perseguir a las raposas en sus cuevas y matarlas moralmente para echarlas fuera de la viña. El diablo, que es el incendiario de la Iglesia, como os he dicho, se ha servido de las zorras políticas para prender el fuego de la discordia entre los ciudadanos católicos. Y ved aquí cómo casi todos los corazones arden en odios y venganzas personales y de partido. Están divididas las familias, rotas las amistades; y muchos prefieren que venga el Liberalismo

a sentar sus reales en esta capital, antes que ceder un punto de su capricho y encono; y estando la Patria en peligro no tienen tanto empeño en defenderla, como en acabar con sus enemigos políticos. Esta es una de las peores desgracias que ha podido acontecernos, porque todo reino dividido quedará assolado; y una casa caerá sobre otra, dice el Evangelio. ¡Ah! murmuradores, chismosos, cesad ya de enredar y no continuéis soplando; porque, mirad que el incendio y la humareda llegan ya hasta el cielo. Y vosotros, hermanos míos, tomad en grande abundancia de las fuentes del Salvador el agua de la caridad, y echadla sobre todos los que arden, para que se apague el incendio. Valeos de vuestro influjo, de vuestra amistad para que estos buenos ciudadanos y caballeros que no disienten sobre ideas religiosas, se unen y formen un solo partido, el de la Iglesia, el gran Partido Católico del Ecuador. Esto requiere grande humildad y sacrificio; pero a grandes males grandes remedios. Sólo a fuerza de sacrificio y de virtud puede salvarse la Patria. Una vez empleadas estas medidas morales, han de emplearse también las medidas materiales, auxiliando al Gobierno con dinero, con influjo y aún con la persona si fuere necesario. Y entonces no temáis al enemigo material. Los contrarios son en muy corto número y cobardes. Hombres sin moral, sin con-

ciencia y aún sin talento, ellos huirán. Sólo por castigo de Dios podrían triunfar sobre la mayoría de los ciudadanos.

Pero el medio absolutamente necesario para nuestra salvación en todo orden de cosas, es la oración. Porque Dios es quien, para castigar al pecador, usa de todas las criaturas, como de flagelos; y si le vencemos con las súplicas, habremos triunfado de todos nuestros enemigos. Cuando Jacob tenía miedo de su hermano Esaú y del ejército que le acompañaba, hizo el Señor bajar un Angel del cielo, para que luchando con Jacob le enseñara a vencer a sus contrarios. Porque si has sido fuerte con Dios, le dijo el Angel al despedirse, ¡cuánto más lo serás con los hombres! En este pasaje bíblico se nos enseña la virtud de la oración. Es una batalla campal entre el pecador y Dios, y Dios se da por vencido, y el pecador queda triunfante con la fuerza de las súplicas y de los ruegos. Y desarmado el Señor ¿quién nos podrá herir? *Si Deus pro nobis, quis contra nos?* Y por esto vemos en el pueblo de Israel victorias espléndidas obtenidas con la fuerza de la oración. Ya es Moisés, que, en la cumbre del monte, con las manos levantadas, vence a Amaleón que en el valle prevalecía ya contra el pueblo elegido. Ya es la casta Judith o la delicada Ester, que, con ayunos, cilicios y plegarias, cortan la cabeza a Holofernes, y sus-

penden en una horca al soberbio Amán. Ya es el ínclito Josué, que, sólo con el clamor de las trompetas y con presencia del arca, pasa a pie enjuto un invadable río, y se apodera de una ciudad muy bien fortificada. Ahora, pueblo católico, usad también este modo de pelear, salid al combate contra vuestros enemigos, tomad el arca santa de la fe y la trompeta de la oración: vamos a destruir los baluartes y echar abajo las murallas que defienden al enemigo. Haced pública manifestación de vuestra piedad por esas calles y esas plazas; id en silencio y óigase sólo el clamor de la oración, como iba el ejército de Josué cuando quería tomar por asalto a Jericó. Salga también el arca santa de María, y sea llevada por las calles de los filisteos, a quienes en secreto les herirá de muerte, y les herirá vergonzosamente como sucedió en Azoth y Accarón, cuando exclamaban los sátrapas: la mano del Dios de Israel es muy pesada con nosotros, no le podemos resistir; y vieron a su ídolo Dagón postrado en tierra, cortada la cabeza y las palmas de las manos. Así pierda ahora el Liberalismo su caudillo y córtense sus manos, que son sus ejércitos. Ilustrísimo señor y santos sacerdotes, vosotros sois el Moisés que va a levantar esas manos consagradas para obtener el triunfo de nuestra causa. Sexo devoto, haced el oficio de Esther y de Judith, llevando en vuestro cora-

zón una castidad inviolable y rodeando vuestro cuerpo de la mortificación de Jesús. Pueblo piadoso, ordenaos en escuadrones, cada uno bajo su bandera y su jefe, porque vamos al combate ¿Quién os resistirá? *Quae est ista progreditur, ut castrorum acies ordinata!* ¡Ah! los enemigos temblarán ante una población que se levanta para manifestar su fe. ¿Quién se burlará de vosotros, o quien os podrá maldecir? Balaam quiso maldecir al pueblo de Israel que, desfilaba por el desierto en ordenadas tribus, que rodeaban el arca: e iba cada una con su estandarte y su Jefe; y mirándole desde la cima de una montaña, no pudo maldecirle; sino, y a su pesar, prorrumpió en bendiciones, diciendo: ¡qué hermosos son tus estandartes y pabellones, oh Israel! Eres majestuoso como un valle sembrado de altos cedros, bello como un jardín regado por copiosas aguas, fuerte como un león en el desierto, que se echa sobre su presa y con sus rugidos ahuyenta las fieras. Si Dios te bendice, cómo te podré yo maldecir! Que no haya cobardes entre vosotros que se dejen vencer del respeto humano o de alguna innoble pasión: Según las leyes de Israel, cuando los ejércitos se aprestaban para el combate, e iban ya a entrar en acción, debía un pregonero, por orden del General, pasar por todos los escuadrones y decir: *Si quis est formidolosus revertatur in domum suam.* Ahora

os doy el mismo pregón. Si hay algún cobarde, es decir, alguien que no haya venido con piadosa intención, sino por vanidad o curiosidad mala, vuélvase a su casa, porque no es de los nuestros, es un traidor que talvez nos haría perder la acción.

A las procesiones de la tierra, acompañan también invisiblemente, procesiones que salen del cielo. No vamos solos. Brillantes escuadrones del Dios de los Ejércitos salen ahora de los cielos para acompañarnos, y se ordenan volando encima de nuestras cabezas.

¡Oh! Mariana de Jesús, hija de esta ciudad, ven en nuestra ayuda con un escuadrón de vírgenes: mira que llevamos tus reliquias, como llevaban los israelitas los restos del casto José en sus procesiones y jornadas por el desierto. ¡Brillante ejército de los mártires, venid a enseñar a este pueblo cómo se derrama la sangre en defensa de la fe! ¡Antonio de Padua, hermano mío, martillo de los herejes, ven a destruirlos! ¡San Francisco, mi padre, alférez de los Ejércitos de Dios, que llevas el estandarte de la cruz impreso en tus miembros, ven a proteger la ciudad de que eres patrón. Domingo, padre mío, trompeta del Evangelio, ven a dar la voz de combate y a dirigir estas huestes sagradas. José, patrón de toda la Iglesia, ven a defender a este pueblo niño, a quien Herodes

busca para matarle! Virgen dolorosísima, que al pie de la cruz aplastaste la cabeza de la antigua serpiente, ven y destruye la cabeza de la revolución que quiere engullirnos. Y Vos, Salvador Santísimo, a la sombra de vuestro divino Corazón se ha puesto la República: levantaos y favorecednos. *Exurgat Deus et dissipentur inimici ejus.* Levántese el Señor y huyan sus enemigos; disípanse como humo y desháganse como cera en presencia del fuego. Toda nuestra confianza y fortaleza la ponemos en Vos que nos dijisteis: *Nolite timere, ego vici mundum.* No temamos a nuestros enemigos, triunfaremos de ellos, ciñendo nuestras sienes con corona de inmortal victoria. — Así sea

ALOCUCION

PRONUNCIADA EN LA BENDICION Y JURA DE
LA BANDERA DEL BATALLON N° 7, EL
12 DE JUNIO DE 1910.

Ilustres Soldados de la Patria:

Os habéis reunido en este templo, delante del altar del Dios de los ejércitos, con el fin de obtener para nuestro glorioso estandarte la bendición de la Iglesia.

Un pontifice de ella, en medio de los cánticos y ceremonias sagradas, le ha bendecido, invocando el nombre de Dios, que es el Señor de los cielos y de la tierra, y esta bendición será muy fecunda en resultados.

La tierra que pisamos y que nos sustenta con sus frutos, toda su virtud y fecundidad la recibe de los cielos, que están encima de nuestras cabezas. El suelo regado con el sudor de la frente del labriego ¿qué frutos produciría, si el sol no fecundase ese suelo con su calor y su luz y si las lluvias y el rocío no lo regasen con sus fecundantes aguas? Todo el trabajo del agricultor quedaría infructuoso sin la cooperación de esos agentes del cielo.

Las leyes del mundo material son una representación de las leyes que rigen el mundo moral, porque no sólo de pan vive el hombre: es decir, el corazón humano pertenece a otro mundo mucho más noble y que también se rige por leyes muy superiores.

Vosotros vais a regar la tierra con la sangre de vuestras venas, con el fin de obtener el tan deseado fruto de la honra Nacional y de la integridad del territorio de la República; pero si el sol y la lluvia del auxilio divino no concurriesen con vuestros heroicos esfuerzos, ¿qué fruto habríamos de alcanzar? La suerte futura, así de los individuos como de las naciones, está en las manos de Dios. Él tiene en su poder todos los elementos del mundo, y le es indiferente dar la victoria en los campos de batalla, ya sea por muchos soldados, ya sea con poquísimos guerreros.

Habéis hecho una obra verdaderamente patriótica en venir a este lugar santo, a pedir al Señor que bendiga vuestros esfuerzos, porque esto significa la bendición de vuestro estandarte. La Iglesia ha elevado sus oraciones; y el Señor que está atento a escuchar, habría resuelto ya enviaros del cielo auxilios poderosos, para que alcancéis el triunfo de nuestra causa. Marchad con la confianza de que el Dios de los Ejércitos os favorecerá en todo caso. Peleáis por una causa justa, cumplis con un deber estricto, el de defender los derechos de nuestra queridísima madre, la Patria Ecuatoriana. Os he dicho que el Señor favorecerá en todo caso: si triunfáis en los combates, a Dios habéis de agradecer de la victoria que os concede; y si sucumbis en los campos del honor, esto es también un favor de Dios, porque entre las glorias temporales ¿qué mayor gloria que la de morir por la Patria, defendiéndola en sus justos derechos? ¿qué honor comparable al del ejército que no rinde la bandera, antes bien prefiere morir al rededor de la insignia que representa a la Patria? Ya sea que triunféis, ya sea que muráis gloriosamente, siempre es una bendición de Dios.

Una nube bajada del cielo acompañaba siempre al ejército de Israel. Durante el día cubríale con su sombra, defendiéndole de los ardores del sol en el de-

sierto; y por la noche se convertía en un gran foco de luz que iluminaba todo el campamento. ¡Ah, soldados de la Patria! ¡cuántas son vuestras fatigas! Yo deseo que esta bandera, que lleva las bendiciones del cielo, sea para vosotros a manera de esa milagrosa nube que os defiende de los ardores, y os ilumine en las tinieblas.

Los ardores del desierto son las grandes penalidades sin cuento que afligen el cuerpo del pobre soldado: para esto lleváis en vuestro estandarte bendito una sombra que mitigará estos ardores: que la mano poderosa del Señor dé salud y robustez a vuestros cuerpos. La oscuridad de la noche son las aflicciones que oprimen el corazón del guerrero, el recuerdo del hogar querido, la incertidumbre del éxito de las batallas, y tantos otros negros pensamientos que se agolpan en la mente: para esto lleváis la bendición de la Iglesia, que será el foco de luz que os iluminará en vuestras dudas, y os consolará en vuestras penas.

Mientras vosotros peleáis con valor vuestros combates, nosotros, pobres religiosos, habitantes de la soledad, alzaremos las manos al cielo, como lo hacía Moisés en la soledad de la montaña, cuando le pedía a Dios que favoreciese a sus soldados que actualmente combatían en el valle extendido al pie de esa montaña.

Ahora, el monte es ese altar, y el valle es el campo del honor que vais a combatir.

Todos los días levantaremos nuestras manos llenas con el mérito del sacrificio de la Eucaristía, y le pediremos con instancia al Señor que os conceda la victoria, para que la Patria corone vuestras frentes con los laureles segados en el campo del honor, segados con esa espada hasta ahora siempre victoriosa.

Y si Dios os concede el triunfo, cuando volváis victoriosos: que esa bandera que ahora lleváis sea el signo de paz para la República. Porque esa bandera tiene los colores del iris; y el Señor puso en el cielo ese arco iris precioso para significar la paz que Él quería gozasen los hombres en toda la extensión de los siglos. Paz que aún actualmente la deseo para nuestra Patria y para todos vosotros.

DISCURSO

pronunciado en el Coro de San Diego delante de la
Comunidad, el 24 de Diciembre de 1886.

*Gloria in altissimis Deo, et in terra pax
hominibus bonae voluntatis.*

LUCAS, II, N 14.

Sea dada gloria a Dios en las alturas, y
tengan paz en la tierra los hombres de buena
voluntad.

RR. PP. y hermanos míos:

Entre todos los bienes de que puede gozar el corazón humano, ninguno hay comparable a la paz, que es la quietud y descanso del alma en la posesión de la felicidad. Por esto el Señor al invitarnos a aceptar su yugo, nos propone como el móvil más poderoso para

nuestra voluntad la consecución de la paz. Y, en verdad, ¿quién no la desea en este mundo? Cree el avaro hallar su descanso en los bienes de fortuna, y el disoluto en los placeres de la carne, y el soberbio en las honras y dignidades: todos se mueven en torno de la paz, como al rededor de su centro, porque todas las acciones humanas se encaminan a conseguirla. Le ha quedado al hombre un sentimiento vago de la felicidad que gozan en el Paraíso: porque la paz consiste en la rectitud y en el orden, y Dios crió al hombre recto y perfectamente ordenado en su alma y cuerpo, es decir, le crió en paz; porque en los orígenes del mundo había perfecta consonancia en el Universo: el hombre obedecía a Dios, y todas las criaturas terrenas, al hombre; y dentro del mismo corazón humano, las pasiones estaban sujetas a la razón y el cuerpo al alma.

¡Oh hermosa edad de oro en que tan universal y perfectamente reinaba la paz! ¡Quién hubiera alcanzado tus felices tiempos! Ahora no nos queda sino un recuerdo, porque Adán prevaricador introdujo, junto con la muerte, la guerra en el mundo; extendiendo su mano al fruto prohibido empuñó las armas de rebelión contra su Criador, y a la vez todas las criaturas se armaron contra él, terminando en ese momento el hermoso imperio de la paz, y principiando

el estado de guerra a muerte a que fue condenado el hombre. De suerte que la espada, que en sus manos tenía el Querubin puesto a las entradas del Paraíso, era el símbolo de la guerra universal declarada al género humano. Si desde ese momento seguís paso a paso la marcha de la humanidad sobre la tierra, no encontraréis en verdad vestigio alguno de paz, sino huellas de sangre por todas partes, porque se dejó dominar por las pasiones, que son el origen funesto de toda clase de guerras: *¿Un'le bella et l'les in volus?*, dice el Apóstol Santiago, *¿nonne ex concupiscentiis vestris?*: pues bien, la concupiscencia era la señora del mundo, porque *omne quod in mundo est, concupiscentia carnis est, et concupiscentia oculorum, et superbia vitae*: estas tres concupiscencias, a manera de un monstruo de tres cabezas, dominan el Universo; la luz de la razón estaba casi apagada las pasiones divinizadas, el mundo se ahogaba en un diluvio cuyas aguas cubrieron la cumbre de las más altas montañas, porque estos males alcanzaban a las inteligencias más elevadas que produjo el paganismo.

Pero Dios había prometido un reparador de todos los males, que se llamaría, como lo anunciaron los Profetas, el PRINCIPE DE LA PAZ, y haría revivir la edad de oro de los primitivos tiempos: *Orietur in diebus ejus justitia et abundantia pacis*. Este Príncipe era

la ESPERANZA DE LAS NACIONES. En efecto, el mundo fatigado con tan penosa guerra volvía sus miradas por todas partes a ver si aparecía el DESEADO DE LAS GENTES, como lo había dicho el Profeta Ageo: *Movebo omnes gentes, et (tunc) veniet Desideratus omnibus gentibus.* Bien así como Noé, que, cansado de su encierro y navegación en el arca, y deseoso de saber si había cesado el diluvio, hizo varias experiencias hasta que conoció que llegaba el tiempo de la paz, cuando vio venir a la paloma trayendo un ramo verde de olivo; así ahora, el mundo deseoso de la tranquilidad del corazón bien puede regocijarse ya, porque si con atención mira, notará que otra candidísima paloma le trae no sólo el anuncio sino la misma paz. *Columba mea in foraminibus petrae:* ¿qué otra cosa es, en efecto, la gruta del Belén en la solemnidad de hoy, sino el hueco de la peña anunciado en el Libro de los Cantares?: en ella se alberga la hermosísima paloma del Señor, María Santísima, que trae en sus brazos al Unigénito de Dios en la forma de tierno Niño, cual verde ramo de olivo que anuncia la terminación del diluvio moral en que se ahogaba el mundo, y la coronación del PRINCIPE DE LA PAZ profetizado por Isaías: por esto los ángeles del Cielo entonan sobre el pesebre el cántico de la paz anunciando al mundo días felices y venturosos. Sí, RR. PP. y hermanos

míos, en el establo de Belén. se nos restituye la paz perdida por el pecado de Adán, y termina el reinado de la triple concupiscencia, que hasta entonces había dominado en el mundo! Este será, pues, el pensamiento que, con el favor de la Santísima Virgen, procuraré desarrollar en el presente discurso.

En el Misterio del Nacimiento celebramos los desposorios del Verbo Divino con la naturaleza humana, a la cual se unió perpetua e indisolublemente en la Encarnación, formando una sola persona; y en la festividad de hoy se nos manifiesta por primera vez en Belén este nuevo Esposo saliendo en medio de la noche de su tálamo nupcial, que es el seno de María, *tanquam sponsus procedens de Thalamo suo*.

Ahora, habiéndome cabido a mí en suerte la dicha de cantar su epitalamio, esto es, de celebrar sus fiestas nupciales, ¿de dónde tomaré yo palabras para asunto tan sublime y sagrado? Escuchadme Una de las figuras más brillantes del Salvador, en el Antiguo Testamento, es el potentísimo y sabio rey Salomón, cuyo reinado en Israel fue abundante en paz y prosperidad: Jesús en su Evangelio hablando de sí mismo, se comparó a este príncipe, cuando dijo: *Ecce plus quam Salomón hic*. Ahora bien, se dice que el Rey

Salomón en el día de sus bodas se vistió con tanta riqueza y esplendor, como hasta entonces nunca lo había hecho. Traía pendiente de sus hombros un riquísimo y cándido manto bordado con azucenas de oro; y singularmente resaltaba en sus sienes el brillo de la diadema que le había preparado para esta fiesta su madre la reina Behtsabé. Estaba con estas insignias tan majestuoso y agraciado, que las hijas de Jerusalén se invitaban mutuamente las unas a las otras a salir de sus casas para ir juntas a gozar de tan bello espectáculo: *Egredimini et videte filiae Sion, regem Salomonem in diademate quo coronavit illum mater sua in die desponsationis illius.* Aún más, su mismo padre el Santo Rey David, al contemplar la gracia y majestad de su hijo en día tan solemne, se entusiasmó en tal grado que vino entonces, según los intérpretes, sobre él el numen profético del cielo, y cual si fuera su lengua, pluma manejada por hábil escritor, y su garganta cítara pulsada por Angel, entonó el Salmo: *Eructavit cor meum verbum bonum.* en el cual celebra las glorias de Salomón en el día de sus desposorios: llamándole el más hermoso de los hijos de los hombres, el más poderoso rey por la espada que traía al cinto, el más pacífico porque dominarla con la gracia y hermosura derramada de sus labios, y su reinado el más próspero en sabiduría, mansedumbre y justicia; *propter verita-*

tem, et mansuetudinem, et justitiam Mas el Espíritu Santo, que movía la lengua del real Profeta, intentaba con esas alabanzas describir bodas más sublimes y gloriosas: las del Hijo de Dios con la naturaleza humana en el día de su nacimiento. Así que para celebrar yo las grandezas de este Misterio, me bastaría repetir con todo el entusiasmo de mi corazón los encomios y de aquel Salmo. Según esto, los elogios del Niño Jesús los reduciremos, pues, a la diadema con que viene coronado para reinar pacíficamente en el mundo.

Y entrando en materia, os invitaré con las hijas de Jerusalén: venid y ved a este nuevo rey Salomón, que es el Niño Jesús, con la diadema con que le ha coronado su madre en el día de sus desposorios, esto es en el día de su nacimiento. Y esta diadema no es otra cosa que su cuerpo infante saturado de dolores y rodeado de pobreza y miseria. Porque la diadema ciñe la cabeza de los reyes; y aquí la Humanidad ciñe a la Divinidad, que es la cabeza de este nuevo Rey, pues dice el Apóstol: *Cáput Christi Deus*, que la cabeza de Cristo es Dios, e Isaías llama a este Niño: *Verbum Abbreviatum*, porque el Verbo Divino en él se ha abreviado, esto es, se ha ceñido a manera de preciosa diadema con ese cuerpo de párvulo: y helo aquí que sale hoy coronado por manos de su Madre, porque María le dio el ser de hombre. Esta diadema, que es

el cuerpo de Jesús, nunca ha resplandecido, ni se ha manifestado tan hermosa y amable a nuestros ojos como en el pesebre. Por ella conocemos que nos aguardan días de paz y de felicidad, pues la corona en la cabeza de los reyes es un símbolo de su autoridad, y a la vez un anuncio de las propiedades de su reinado, porque así como el laurel adorna las sienes del rey guerrero, así el olivo ciñe la frente del rey sabio y pacífico. Ciertamente entre todos los misterios de la vida del Redentor, ninguno hay que respire tanta paz como el de su Nacimiento: ¿quién más pacífico que un niño? aun en el mundo si en alguna parte se halla de asiento la paz, es en la cuna del recién nacido a quien no atormentan los remordimientos del pasado ni preocupan las contingencias del porvenir, cuyo sueño es el más hermoso símbolo de la tranquilidad y paz del corazón. ¡Con cuánta exactitud indica, pues, su reinado de paz el Niño Jesús en el pesebre! Nacido en la época más tranquila del mundo, bajo el imperio de César Augusto; en la hora de mayor sosiego cuando el silencio de la media noche mantenía en quietud todas las cosas, como lo había profetizado el Sabio: celebrado por el canto de los ángeles de paz: adorado por hombres de tanta mansedumbre como son los pastores; reconocido por dos mansos animales, pues un buey que a prisa vino de los campos se

unió con el jumento que estaba dentro de la cueva, y juntos adoraron al Rey de paz.

Sí, RR PP. y hermanos míos, todo es paz en el Misterio del Nacimiento. Los antiguos Patriarcas y Profetas comparan al Niño de Belén con el rocío y con la flor, cuando dijeron: *Rorati coeli desuper, Apariatur terra et germinet Salvatorem*; y entre las lluvias del cielo ninguna más pacífica que el rocío que cae en el silencio de la noche sobre la hierba del campo, y entre las producciones de la tierra ninguna más hermosa que la flor, que brota sin ruido y se abre en silencio. Ahora se ha cumplido, pues, el vaticinio del Profeta: *Posuit finis tuos pacem*. Jesucristo ha establecido la paz en todos los confines de la tierra, degollando con invencible espada al gigante de la triple concupiscencia que domina el mundo, y esta espada no es otra que las penalidades de su infancia, porque *Sermo Dei est efficax et penetrabilior omni gladio ancipiti*, la palabra de Dios es eficaz y más penetrante que una espada de dos filos; y como el Niño Jesús es el Verbo Eterno, todas sus acciones y padecimientos son palabras divinas y eficaces, que producen lo que significan con más prontitud que una cortante espada degüella al enemigo. Y así bastará fijarnos en las circunstancias del Nacimiento para conocer que el tirano de la triple concupiscencia ha sido vencido y decapitado en

el pesebre, y devuelta la paz al mundo; pues en la cuna de Jesús todo es castidad y mortificación, pobreza y humildad que consideramos brevemente y en conjunto, por no permitir otra cosa la naturaleza de este discurso.

La humanidad era un fétido cadáver en disolución por las pasiones vergonzosas a que con furor se había entregado: Dios, en castigo de su soberbia, le abandonó a la ignominiosa servidumbre de los impúdicos deseos de su corazón, como dice el Apóstol: Venus y Cupido eran las más bellas deidades del paganismo. El mundo exhalaba, pues, un hedor pestilencial que provocaba las venganzas divinas: y las iras de Dios se aplacan, según la Escritura, con sacrificios que suban hasta su trono, en olor de suavidad, como se aplacó después del diluvio, con el suavísimo perfume del sacrificio de Noé, dándole por prenda de paz el hermoso arco-iris de los cielos. Pero nunca subió desde la tierra al Empireo un perfume más exquisito como el que se exhaló desde el pesebre en la noche del Nacimiento. Si bien es verdad—dicen los Doctores—que el sacrificio de la cruz fue aceptísimo al Padre, porque entonces se rompió el vaso de alabastro que contenía el unguento preciosísimo, que era el cuerpo de Jesús, y llenó con su buen olor toda la casa del mundo; pero en el Misterio del Nacimiento,

brotó y se abrió en el altar de Belén, a media noche, la divina flor de José, que estaba sostenida en un vaso de purísimo alabastro, que era el seno de María; y vaso y flor despidieron aromas tan celestiales y divinos, que hicieron desaparecer toda la pestilencia del mundo, y Dios, aplacado en su ira se apresuró a esas horas de la noche a vestir sus cielos con los hermosos colores del arco-iris: *Claritas Dei circumfulsit illos.* ¿Qué acontecimiento más puro y casto en verdad que el Nacimiento de Jesús concebido por virtud del Espíritu Santo en el seno de la más pura de las vírgenes, y exento aún de las ordinarias pensiones de la naturaleza? La impureza del mundo quedó pues vencida en el pesebre.

El Sabio nos cuenta que los hombres se apresuraban a gozar de todos los placeres de la vida, diciéndose unos a otros: venid y coronémonos de rosas antes que se marchiten, vayamos dando gritos de alegría por la verdura de los prados, de manera que todas las llanuras queden estampadas con las huellas de nuestro placer ¿quién sabe lo que será el día de mañana? nadie ha vuelto después de la muerte a decirnos que hay otra vida tras el sepulcro. Tal era el lenguaje de los hombres. Mas ved a este Niño que viene de los confines de la eternidad: *A summo coelo egressio ejus*, no en busca de rosas, sino de espinas para formar de ellas

su corona, no dando gritos de alegría, sino modulando los acentos del dolor, que expresan sufrimiento y pena. Pues un niño por la delicadeza de sus miembros tiene un cuerpo más sensible que los otros hombres, una impresión grave le puede quitar la vida; y el cuerpo de Jesús era el más sensible y delicado de todos los cuerpos humanos por su suma perfección, en tal extremo que hay teólogos que dicen que la parte más insensible de su cuerpo santísimo era tan delicado como las niñas de nuestros ojos; además estaba formado expresamente para el dolor, que le vino a ser tan connatural que fue como su constitutivo, pues definiéndole el Espíritu Santo, le llama: *Vin dolorum*. Juntando todas estas consideraciones, calculad, si podéis, cuánto sería la intensidad del dolor que padecía este Niño. Era la noche más fría del invierno en que probablemente caía la nieve a torrentes como lluvia; el establo era un lugar abierto a toda intemperie: la cuna eran las pajas del pesebre. María ha hecho todo lo posible para que el Niño no sufra: le ha envuelto en pañales: le ha estrechado contra su corazón: los animales se han acercado para calentarle con el aliento de sus bocas; pero no es posible: inclemencias y rigores que habían doblegado al hombre más robusto, no podían menos que martirizar el cuerpo de Jesús; y el Niño llora por la intensidad de su padecer,

y no hay quien le pueda quitar la causa de su dolor. ¡ Ah ! con estos sufrimientos echa por tierra el reinado de los placeres ; y en el pesebre queda vencida la loca alegría del mundo con las lágrimas de Jesús.

Si pasamos a considerar la pobreza y desprecio en que nace, quedaremos no menos convencidos del brillante triunfo que obtiene sobre el mundo avaro y soberbio. Cuando Jesús subió a los cielos, dice la Escritura que los ángeles salieron a recibirle en triunfo, aclamándole por rey poderoso y triunfante en las batallas, y que los porteros celestiales estaban de gala para cumplir con su oficio, abriendo las puertas eternas para que entre el REY DE LA GLORIA. *Attolite portas, principes, vestras, et elevamini portae aeternales, et introibit rex gloriæ.* Mas ¡cuán diversa es su entrada en la tierra! Mendigo aun antes de nacer, iba golpeando de puerta en puerta, en todas las casas de Belén, buscando un techo bajo cuyo abrigo pudiera venir al mundo ; y la tierra que a nadie rehusa recibirle, ni en su nacimiento, ni en su muerte, proporcionándole cuna o sepulcro, parece se niega con respecto al Salvador, pues todos le despiden sin compasión, las puertas del mundo no se abren para Él, y rechazado por los hombres se asila en el pesebre para nacer entre animales, únicos que le admiten en su compañía. *In propria venit, et sui eum non receperunt.*

Mientras los reyes de la tierra hacen entradas triunfales y pomposas, el verdadero Rey del Universo viene tan oculto y disfrazado, que sólo el ojo de la fe puede conocer. Y, en efecto, yo busco al Verbo Eterno del Padre, que es la palabra viva de Dios, que hace estremecer el desierto y troncha los cedros del Líbano, y no oigo sino los acentos lastimeros de un niño que mueven a compasión. No encuentro en Él indicio alguno de la suprema autoridad del tan prometido y esperado Rey de los Judíos: en lugar de palacio veo un establo: sus guardias de honor son dos viles jumentos: los áulicos de su corte, una humilde virgen y un pobre artesano: el trono en que se asienta, un pesebre: no está vestido de púrpura sino envuelto en pañales: no distingo más diamantes en su corona que las lágrimas que vierten sus ojos ¿en dónde está, pues, este terrible rey de las naciones? *Quasi absconditus vultus ejus, et despectus, unde nec reputavimus eum*: ha escondido su gloria, y se ha vestido de traje tan humilde, que los hombres sin sospechar siquiera quién es, le desprecian por pobre. Toda la fortaleza de David estaba oculta bajo el humilde traje de pastor, de modo que el gigante filisteo ni sospechaba con quien se las había, y despreciaba altamente la tierna edad y las viles armas del futuro Rey de Israel: sin embargo, el joven pastor venció a Goliat y le decapi-

ti. En el Niño de Belén está oculta toda la virtud de Dios bajo el manto de la pobreza y humildad. Se ha envuelto en esas nubes misteriosas para vencer la soberbia y arrogancia del mundo, y levantar a la humildad despreciada! *Abcondisti haec a sapientibus et prudentibus, et revelasti ea parvulis.* Sólo los pastores de Belén saben el Misterio, porque sólo ellos fueron encontrados dignos de que se les revele, por su pobreza y humildad; sus voces fueron las únicas que pudieron alternar en el canto con los ángeles, porque la oración del pobre y humilde es el acento más armonioso que la tierra hace resonar en el cielo. Así pues, ved en el pesebre a la avaricia y soberbia vencidas por la pobreza y humildad del Niño Jesús

En conclusión, la mortificación, la pobreza y humildad son tres diamantes engastados en la diadema del nuevo Salomón, a la contemplación de cuya hermosura os invité con la Esposa de los Cantares: *Videte Regem Salomonem in diademate quo coronavit illum mater tua in die desponsationis illius*

Ahora pues, RR. PP. y hermanos míos, ¿queremos gustar de los suavísimos frutos del Nacimiento del Salvador? ¿deseamos para nuestro corazón la paz que Él trajo al mundo? Sigamos sus pisadas, porque escrito está: *Disciplina pacis nostrae super eum*; en Él tenemos la enseñanza de nuestra paz. Oigamos la lec-

ción que nos da en el pesebre; y aunque difícil, procuremos con todo empeño aprenderla porque en ello va nuestra felicidad. *Inquire pacem, et perseguere eam*; ya sabes en donde se encuentra la paz, vete en seguimiento de ella. El Religioso Menor es el llamado en primer lugar a disfrutar de esta paz que anuncian los ángeles, porque la Religión Seráfica profesa a la letra las enseñanzas del Niño de Belén, hasta en el nombre que da a sus hijos, pues MENOR tanto quiere decir como niño. Nuestra Regla por la pobreza y humildad y mortificación que prescribe, parece escrita en el pesebré, y bajo la inspiración de la música angelical de la noche del Nacimiento, que anunciaba la paz a los hombres; pues la Iglesia, en todas las festividades de Nuestro Padre, nos repite aquellas palabras de bendición del Apóstol: *Quicumque hanc regulam sequi fuerint, pax super illos*. Y, en efecto, el Seráfico Patriarca bajando de la gruta del Monte Colombario, con la santa Regla en las manos, ¿no os parece que es la paloma que trae el verde ramo de olivo, prometiendo la paz a todos los que están asilados en su arca? Si en alguna parte debe encontrarse la paz, es en los claustros del Patriarca de Asís, que amonestaba a sus hijos que sean pacíficos, mansos y humildes, y que anuncien la paz por todo el mundo, debiendo ser esta su salutación ordinaria: la paz sea con vosotros; para

que en ellos se verifique la bellísima descripción que de los Apóstoles hace el Profeta Isaías: *Quam speciosi pedes evangelizantium pacem*. Para mayor abundancia, la Providencia ha dispuesto que la gruta de Belén, en tierra de infieles, estuviese bajo el amparo y tutela de los hijos de Francisco, como para indicar que a ellos les pertenece más de cerca en virtud de su profesión, pues por su pobreza y humildad se asemejan a los pastores, y por su castidad a los Angeles, que fueron los que en aquella noche cantaron las glorias del Niño Jesús.

Esta es pues nuestra fiesta, RR. PP. y hermanos míos, porque todo aquel a quien anima el espíritu seráfico no puede menos de regocijarse en tan solemne día, como de ello nos dieron ejemplo Nuestro Padre y los más grandes santos de la Orden. Así pues termino, repitiéndonos las palabras del Evangelio del Nacimiento: *Anuntio vobis gaudium magnum*; os he hablado de un Misterio que debe llenar de gozo vuestro corazón — Amén.

DISCURSO DEL CAPITULO GUARDIANAL

pronunciado en San Francisco de Quito, en el Capítulo celebrado en 31 de Agosto de 1891, para la elección de Guardián y Discretos.

*Collocavit ante Paradisum voluptatis
Cherubim, et flammam gladium atque ver-
satile, ad custodiendam viam ligni vitae.*

GÉNESIS, III, N. 24.

Puso el Señor delante del Paraíso un Querubín que hiciese centellear una espada de fuego para guardar el camino que conducía al árbol de la vida.

RR. PP. y hermanos míos:

El Rey Salomón para precaverse de las delicias peligrosas del mundo, buscó un recreo inocente y sensible en las flores y en los árboles; y con este objeto plantó muchos huertos, jardines y viñas, cargándolos

con altos muros y cultivándoles con diligente esmero. En esos dilatados y silenciosos campos, se entregó profundamente al estudio de la Sabiduría, y llegó a tener tal conocimiento de la naturaleza, que disputó de las propiedades de las plantas, desde el cedro del Libano hasta el hisopo, que se cría en las paredes. Su ciencia, cual exquisito aroma, voló en alas de la fama desde el recinto de los jardines hasta las más apartadas regiones del Universo; de suerte que de todos los pueblos venían los sabios y a veces los mismos Reyes de Jerusalén, para escuchar la sabiduría de Salomón. Este sabio Rey representa a N. S. Jesucristo, verdadero amante de las flores místicas, que ha plantado para su recreo este espacioso huerto de la Iglesia Católica, en el cual tiene muchos jardines de escogidas flores que son las Comunidades Religiosas; y entre ellas se distingue el hermosísimo vergel de la Religión Seráfica, que, a juicio de los Pontífices Nicolao III y Clemente V, es el jardín de la inocencia plantado por el mismo Jesucristo, separado del mundo con altísimas murallas de regular observancia, limpio de las punsadoras espinas de las riquezas y de las duras piedras de los escándalos, labrado con la mortificación y sembrado con la más preciosa simiente del Evangelio. En este jardín místico tiene sus delicias el Hijo de Dios, que, cual otro Salomón se recrea en el estudio de las

propiedades secretas de estas plantas, esto es, de las virtudes que se ocultan en el pecho de los Religiosos justos, desde el eminente sabio que descuella como cedro y sale del Claustro para sentarse en la Cátedra Apostólica, hasta el humilde lego, que, como hisopó, vive por obediencia pegado a las paredes de su oficina. Y desde el recinto de nuestros claustros ha volado por toda la redondez de la tierra el buen olor de Cristo, llevado en alas de la predicación de los Misioneros y del buen ejemplo de los Religiosos, olor que ha convertido a muchos pecadores y ha reducido a muchos paganos al conocimiento de la verdadera fe.

Mas la Escritura nos cuenta que Salomón padeció un gravísimo desengaño en el placer que encontraba en sus jardines: pues el mismo Rey nos dice en el Eclesiastés: cuando después de algún tiempo me volví a mirar los huertos que había plantado, vi que todo era vanidad y aflicción de espíritu, y que nada había permanente bajo el sol y me entró tedio de la vida. ¿Que aconteció, pues con esos jardines, para que así se lamentara el sabio Rey? Ahí vinieron las inclemencias de los tiempos, sopló el frío Aquilón, cayeron las nieves, se descuidaron los hortelanos; y así cuando menos lo pensaba el Rey, estaban agostados los árboles, marchitas las flores, inutilizado todo el trabajo y perdido el huerto. Y nuestro Divino Je-

sús ¿no ha tenido también que devorar estos pesares en el cultivo de sus jardines? ¡Cuán floreciente era la Iglesia en los primeros siglos! ¡y cómo se encuentra ahora! ¡Cuán bella fue la Religión de los Menores en los primeros tiempos de su fundación! ¡Pero nada hay permanente bajo el sol! vino la estación de los hielos, sopló el viento frío de la soberbia, descuidáronse de sus deberes los Prelados; y así vió también Jesús perdido todo su trabajo, inutilizadas todas sus fatigas; y se afligió su divino corazón viendo que el hombre siempre es vano e inconstante en todo, pero mucho más en la virtud. ¡Cuán bien merecido teníamos por nuestras ingratitudes que el Señor nos echara del vergel de la Religión, como lo hizo con el primer prevaricador, Adán, que con su desobediencia violó el Paraíso del Edén, y lo hubiera arruinado por completo si la Providencia Divina no hubiera ocurrido a este mal haciendo bajar de los Cielos un Querubín, que con espada flameante echara fuera al prevaricador, e impidiera la entrada de los pecadores en ese jardín de la inocencia, a fin de que no fuera profanado el árbol de la vida, y de que se conservasen intactas todas las flores y bellezas en ese huerto. Yo, Reverendos Padres y Hermanos míos, en esta historia del Génesis descubro un tipo que nos instruye en los deberes de nuestra Profesión. Cada convento de la Or-

den debe ser un Paraíso, y el árbol de la vida es la Regla del Seráfico Padre, cuyos preceptos, a manera de hermosos frutos, deben producir en nosotros la vida inocente e inmortal. Ese Querubín Guardián del Paraíso, representa el Prelado, y la espada de fuego que tiene en la mano, es un símbolo de Autoridad. En esta virtud descubrimos brevemente las principales cualidades que deben tener nuestros Superiores, estudiándolas en este tipo original.

¿Por qué eligió el Señor un Querubín para este oficio? ¿Ne bastaba, por ventura, para desempeñarlo un Angel del último coro? ¡En esta elección está contenida una grande enseñanza! De entre todos los coros angelicales, al de los Querubines se atribuye la ciencia, pues el nombre Querubín significa plenitud o exceso de ciencia que se derrama en los coros inferiores. El Prelado debe ser también hombre de ciencia, como lo exige el Apóstol: *Ut potens sit exhortari in doctrina sana, et eos qui contradicunt arguere* (Tit, I, X 9). Pues, según el Concilio de Trento, es obligación impuesta por el Derecho Divino a todos los Pastores de almas, la de alimentar a sus ovejas con el pasto de la doctrina. Y así como los súbditos deben obediencia y reverencia a su Prelado, así éste les debe de justicia el pan de la instrucción. Hace a este respecto lo que refiere Isaías (III, 6, 7) que el pueblo de Israel, an-

gustiado por las circunstancias, aprehendió a un hombre, rogándole encarecidamente: *Princeps esto noster*, sé nuestro Príncipe, mas éste se excusó diciendo: *In domo mea non est panis . . . nolite constituere me principem populi*, no tengo pan en mi casa, por favor no me constituáis príncipe del pueblo. Y aquí preguntan los Santos: buen hombre, ¿no sabes que al Príncipe se le pagan tributos?; pues el no tener pan en tu casa es razón para aceptar el Principado. Y, sin embargo, no lo aceptó, dicen, y justísimamente, porque le faltaba la ciencia, que estaba simbolizado en el pan. Para cumplir con el sagrado deber de instruir a los súbditos, no hay duda de que se necesita de ciencia, y ¡ay! del Prelado que no la tenga, y por eso enmudezca! será como los perros mudos de que habla Isaías, *non valentes latrare*, y que dejan robar la casa. Por otra parte, seríamos dignos de compasión nosotros, Misioneros de los pueblos, si predicando a los demás no hubiera quien nos predicase a nosotros, porque somos también pequeñitos que necesitamos de pan y nuestro Padre es quien debe dárnoslo. Ved, pues, como el Superior de una Comunidad debe ser un Querubín por la ciencia, no por la ciencia vana y de hojarasca que el viento se lleva, sino por la ciencia sólida de las sagradas letras. Y el Prelado no puede excusarse delante de Dios alegando ignorancia, por cuanto una de

sus principales obligaciones, es el conocimiento exacto de todos sus deberes. Además la ciencia da firmeza y solidez al Gobernante. *Per me Reges regnant.* dice la Divina Sabiduría; y Salomón para aceptar el Reino, lo primero que le pidió al Señor fue la Sabiduría, y Dios se la dio tan abundante como la arena de la mar, *sicut arenam quae est in littore maris*, dice la Escritura. Pero ¿qué semejanza tiene con las playas del mar—preguntan los intérpretes—para que con ellas haya comparado el Señor la sabiduría de un Rey? La arena de las playas es el dique en que vienen a estrellarse las embravecidas olas del océano, porque reconociendo en ella la sentencia escrita por el dedo de Dios: *Usque huc venis, et non procedes amplius*, se abajan humildes en la playa y reverentes se retiran. Así también la ciencia del Prelado es el dique en que vienen a romperse todos los ataques contra la Religión, ya de parte de los Religiosos inobservantes, ya de parte de los enemigos exteriores que la impugnan, porque debemos convencernos que la Doctrina Sagrada es una arma poderosa para contener todos los desórdenes, es como la espada de Goliat que se guardaba en el tabernáculo y de la cual dijo David a Achimelech, dámela porque no hay en todo Israel una espada semejante a ésta, Mas ¿cómo adquirir esta sabiduría tan necesaria al Prelado? El método fácil y sencillo de conse-



guirla es el amor a la oración y a la virtud. *Doctus doctricę gratia.*—*Doctus experientia*, canta la Iglesia en el Oficio de Nuestro Padre. El, en verdad, se llamaba idiota e ignorante, y sin embargo fue muy sabio, porque tuvo por Maestra a la Gracia y por Directora a la Experiencia. Y así, Reverendos Padres Electores, elegid a un amante de la oración, y que, por otra parte, tenga experiencia. No vayáis a poner en la Prelacia a algún sacerdote tibio o a algún joven bizoño. Elegid un Pontífice que pueda compadecerse de nuestras miserias, que haya pasado por muchas pruebas y sepa lo que es obedecer, que haya sido buen súbdito para que conozca por experiencia propia las dificultades de las cargas que trate de imponernos. *Nemo repente fit summus*, dice un adagio, y así no es fácil que sea buen Prelado quien no haya adquirido antes experiencia en el desempeño de algún Oficio de la Orden. Si os equivocáis en este negocio de la elección qué ruina para la Comunidad. Podríamos entonces aplicaros aquello de los Salmos: *Posuisti tenebras et facta est nox: in ipsa pertransibunt omnes bestię silvę*, habéis puesto en el candelero de la Prelacia no una antorcha, sino tinieblas de ignorancia y de inexperiencia, y he aquí que se ha producido la noche en el campo de la Religión, a favor de estas sombras entrarán las bestias infernales y demolerán nuestra viña.

Elegid, pues, a un sacerdote sabio formado en la escuela de la oración y de la experiencia. Y aquel que sea llamado o escogido por Dios, acuérdesese como Salomón de pedirle al Señor sobre todas las cosas esta ciencia necesaria para el régimen de los súbditos. Pídale con confianza, como dice Santiago (I, X 5): *Si quis vestrum indiget sapientia. postulet a Deo qui dat omnibus affluenter . . . Postulet in fide nihil haesitans.*

Pero el Querubín tiene una espada en la mano para cumplir debidamente con su encargo de guardar el Paraíso. Esa espada es símbolo de la fuerza que tiene la Autoridad para hacerse obedecer. No le bastan al Prelado las luces de la ciencia, es necesario que se ciña también de fortaleza para que a aquellos a quienes no contiene el ojo de la sabiduría, les contenga el filo de la espada. *Nen enim sine causa gladium portat*, dice el Apóstol San Pablo; no lleva el Prelado vanamente la espada, porque es Ministro de Dios, vengador en ira santa contra aquel que obra mal. Acuérdesese, pues, que no es suya la Autoridad que tiene ni se la han dado los súbditos, sido que le es comunicada por el mismo Dios, y en consecuencia hágala respetar y venerar, mirando por los intereses del Señor a quien representa. Con esta espada guarde las puertas del Paraíso; y, sobre todo, cuide vigilantisimamente del árbol de la vida. Guárdanse estas

puertas, cuando se impide el ingreso a la Orden de pretendientes sin vocación, siendo éste uno de los más esenciales deberes, y debiendo en semejantes circunstancias manejar la espada sin miramiento humano ni falsa compasión *Capite nobis vulpes parvulas quae demoluntur vineas*, dice el Esposo en los Cantares (II, X 15): aún en los tiernos años de los pretendientes pueden ocultarse la torcida intención y la astucia de la zorra, VULPES PARVULA, y semejantes zorras destruyen las viñas. No se fie solamente de la edad tierna, exija una verdadera vocación, y si no la tienen, CAPITE NOBIS VULPES PARVULAS, echo fuera esas pequeñas zorras, porque más nos importa a los Religiosos ser corto número pero de buen espíritu, antes que ser en gran número si se afloja el espíritu de la Religión, porque sucede con ésta lo que con el cuerpo humano, que cuando desarrolla más de lo debido, proporcionalmente se debilita. Esta puerta del Santuario debe estar bien guardada. ¡Qué responsabilidad para el Prelado si ensancha la puerta! siendo así que el ingreso en Religión es la puerta del cielo, de la cual exclamaba Cristo: *¡Quam angusta porta est arta via! . . . pauci sunt qui inveniunt eam* (Math, VII, X 14). Custodie, pues, bien su Paraíso, para que después no diga desesperado: *Posuerunt me custodem in vineis: vineam meam non custodivi* (Cantares, I, X 5). —

El Señor puso la espada en manos del Querubín principalmente para precaver que el hombre criminal violase el árbol de la vida, deshojandolo o marchitándolo con su impura mano. En nuestro Paraíso místico, el árbol de la vida es la Regla del Seráfico Padre escrita por inspiracion divina, como nos lo refieren las Crónicas. Quien come de este árbol, es decir, quien cumple sus preceptos, vivirá eternamente, y vivirá feliz en el estado religioso: porque así como Adán tenía en el árbol de la vida vinculados todos los privilegios de la inocencia, así el Religioso Menor tiene aseguradas en su Regla todas las dichas de la Religión, y si no decidme. ¿cómo se hicieron Santos los Antonios de Padua, los Bernardinos de Sena, y toda esa innumerable falange de Bienaventurados que ahora son la aureola de nuestra Orden? ¿Cómo adquirieron la ciencia los Escotos y Buenaventuras, y toda esa inmensa pléyade de sabios que son la gloria de nuestra Escuela? — Comiendo de los frutos de este árbol. Pues este árbol ha de ser el objeto de un cuidado muy sólido de parte del Prelado, exigiendo de los súbditos una exacta observancia de todos sus preceptos, y sirviéndose de la espada para castigar sus infracciones, sea quien fuere el que la quebrante. Acuérdesese que el precepto principal es el de la pobreza; y así persiga con su espada a las riquezas, a los propietarios y al di-

nero como a nuestros más encarnizados enemigos. Y aun cuando todos los súbditos se levantasen contra el Prelado en defensa de los quebrantamientos de la Regla y Constituciones, él debía exclamar con firmeza: *Non timebo millia populi circumstantis me.* Debe revestirse de fortaleza, si quiere ser buen Superior, como dice Salomón: *Noli fieri iudex nisi virtute valeas irrumperé iniquitatem* (Eccli., VII, X' 6). Escarmiente en cabeza del desgraciado Helí, de quien dice la Escritura que era muy anciano, y en consecuencia, de carácter débil, que oyendo la pública fama de las atrocidades que sus hijos cometían en el Santuario, no tuvo valor de cortar esos escándalos con su espada sacerdotal: y por esto el Señor se enojo gravísimamente, y murió el infeliz Sacerdote de improviso cayendo de su silla, pero de cerebro, que es símbolo de la caída de los réprobos que caen de espaldas sin ver el abismo en que se precipitan ¡Ah! cuán grave es la obligación que pesa sobre el Superior! y a la vez ¡cuán inminente el peligro en que pone su salvación, si no cuida con solitud de la observancia regular!

Pero al hacerle presente estas sus obligaciones, no caiga de ánimo el Prelado, por cuanto Dios nunca falta con su gracia. Las obras divinas son perfectas y completas, y cuando Dios impone obligaciones graves y heroicas, da también auxilios especiales y extraor-

ordinarios, reservados para esa persona, y que no los comunica a los demás. ¿Habéis observado las molestias y trabajos anexos a la maternidad? ¡Pobre mujer, ella padece enfermedades mortales en el nacimiento y crianza de su hijo: su vida está llena de solicitud y congoja: desde que es madre se le cerró el horizonte de la vida y se le acabaron todas las ilusiones del mundo: nunca deja de padecer, y todas las penas las sufre con gusto con tal que sus hijos sean dichosos. ¿Quién ha dado tanta fortaleza a una débil mujer? ¿Cómo en el corazón de una joven antes vanidosa y egoísta, se encuentra ahora tanta abnegación y sacrificio? ¡Ah! es que las obras de Dios son perfectas: así como en esos pechos, antes áridos, se ha abierto una fuente de leche para el alimento de su hijo; así en ese corazón, antes vano, salta ahora un torrente de amor puro y heroico. Pues el orden de la gracia es más perfecto que el de la naturaleza. Y la paternidad espiritual lleva consigo un inmenso caudal de fortaleza y de gracias que no se agotarán jamás, si el hombre coopera. Y esto se significa en ser de fuego la espada que tiene en sus manos el Querubín, porque el fuego es el símbolo del amor. Abrácese, pues, el corazón del Prelado en las purísimas llamas de la caridad: y entonces sobrellevará todos los trabajos y vencerá todas las dificultades, porque el amor es fuerte

como la muerte y duro como el infierno. El Divino Maestro antes de conferirle a Pedro la Prelacia Universal le examinó primeramente sobre el amor. *Simon Joannis diligis me plus his* (Joan. XXI), porque conocía Jesús que sin mucho amor era imposible e intolerable la pesada carga de la Iglesia ¡Ah! muy grande el amor de San Pedro, como lo manifiesta el hecho que precedió inmediatamente a este examen del amor. Estaban siete discípulos pescando en el lago de Tiberíades cuando se les apareció Jesús en la ribera; y conociéndole San Juan dijo: *Dominus est*. A esta expresión inmediatamente se echó al agua San Pedro, porque no le sosegaba el corazón hasta no llegarse a Cristo, mientras que los otros discípulos lentamente se acercaron en la nave. Este hecho prueba con evidencia que San Pedro amaba a Cristo más que los otros Apóstoles, porque como dice San Agustín: *Amor meus pondus meum*, el amor es el peso del corazón; y así como una piedra pesada cae con más velocidad que otro objeto liviano, así el corazón de San Pedro estaba muy pesado con el amor, tanto que le hizo caer en el agua en seguimiento de Cristo. Pues a pesar de esta manifestación excelente de amor, para confiarle el cuidado del rebaño todavía quiso Jesús asegurarse más de la caridad de Pedro examinándole tres veces sobre el amor: *Diligis me me plus his*, para enseñarnos con es-

to que la Prelacia ha de ir fundada en caridad, porque entonces todo se hace fácil. Ved a este Apóstol cobarde en la noche de la Pasión hasta el extremo de jurar que no conocía a Cristo, cuando recibe la Prelacia Dios le informa con la caridad comunicándole una fortaleza tan excelente, que de caña débil, doblegada por la voz de una criada, se convierte en una piedra firme contra la cual nada pueden las puertas del infierno: ¡así son perfectas las obras de Dios! Mantenga, pues, el Prelado vivo en su corazón el fuego del amor, atizándolo con la constante oración y el sacrificio, y este fuego le dará fortaleza de Angel y ciencia de Querubín. Será entonces el Buen Pastor, que está dispuesto a dar la vida por sus ovejas, llevando sobre sus hombros a las extraviadas, y acariciando en su regazo a los tiernos corderillos. *Tatis decet nobis—* repetiré ahora con el Apóstol—*ut Pontifex esset sanctus, innocens, segregatus a peccatoribus, et excelsior coelis factus.* (Heb, 7, N 26). Esto nos conviene, Padres y hermanos míos, tener un pontífice santo, inocente, immaculado, segregado de los pecadores y ensalzado sobre los cielos. Y cualidades tan excelsas sólo puede producirlas la caridad, porque *Charitas omnia suffert, omnia sustinet. Charitas nunquam excidit.* (I. Cor. XIII, N 7).

Pero ¿en dónde encontraremos un varón tan excelente? *Quis est hic? et laudabimus eum,* me diréis,

Venerables Padres y hermanos míos? Manifiéstanos semejante hombre, y, al punto, lo aclamaremos. Ah! plegue al cielo abriros los ojos con la luz de su inspiración para que no erréis en un asunto de tanta importancia. Murmuraban en el desierto los malos súbditos contra el Sacerdote Aarón, y no creían que el Señor le había elegido para el Pontificado Supremo que otros indignos ambicionaban. Díjole entonces el Señor a Moisés: manda que todas las tribus de Israel presenten una vara en la cual esté escrito el nombre del Príncipe de la tribu, y tomando tú todas las varas las colocarás en el tabernáculo de la alianza en frente del propiciatorio; y allí te resolveré yo las dudas y atajaré las murmuraciones del pueblo, porque será Pontífice aquel cuya vara floreciere. Habiendo cumplido Moisés esta orden del Señor, al día siguiente entró en el Tabernáculo, y a vista de toda la multitud halló que la vara de la tribu de Leví, en la cual estaba escrito el nombre de Aarón, había germinado en hermosos botones de flores y dilatadas hojas, y aún pendían de ella sabrosos frutos de almendro. Este hermoso portento sea también para vosotros, Reverendos Padres, el signo que os dirija en la elección del Prelado: examinad en el Santuario de vuestra conciencia a los Religiosos capaces de la Prelacia: y elegid a aquel cuya vida religiosa ha sido, delante de la Comunidad,

una vara florida en virtudes, con frutos de santidad y hermosas hojas de sabiduría. Y para la solución de nuestra duda entremos ahora en el propiciatorio divino, por medio de la oración, y pidámosle al Señor que nos haga ver cual es la vara que florece. Repitámosle la oración de los Apóstoles congregados capitularmente en el Cenáculo, cuando trataban de elegir a un nuevo Apóstol: *Tu, Domine, qui corda nostri omnium, ostende quem elegeris.* (Act. I, v. 24). Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, manifiéstanos a quien has elegido en tus decretos justísimos y eternos. *Et cecidit sors super Mathiam*, y la suerte recayó sobre Matías; lo cual explican los intérpretes y dicen que esta elección divina se conoció por una voz que vino del cielo y decía: este es mi Apóstol a quien tengo yo escogido; y al mismo tiempo una blanca paloma se posó en la cabeza de Matías. ¡Oh! paloma purísima del Espíritu Santo que te escondes en el pecho de los humildes, y te asientas en la cabeza de los justos, dirígenos en nuestra elección! *Sonet vox tua in auribus nostris*, haz resonar en nuestros oídos el tierno arrullo de tu inspiración para que conozcamos el corazón prudente que deba regirnos. Manifiéstanos a tu elegido, haciéndonos ver con la luz de tu gracia extendidas las blancas alas de tus purísimos dones sobre la cabeza de aquel que debe gobernarnos. — Amén.

PRIMERA DOMINICA

DE

CUARESMA

Amados hermanos míos en Nuestro Señor Jesucristo:

La tentación entra «como elemento» principal en los designios de Dios sobre la suerte de los elegidos: todos deben pasar por la prueba, porque la virtud ha de entrar en la tentación, como el oro en el crisol, para salir de ella más resplandeciente y pura. No podemos vivir en la tierra sin tentaciones—dice San Agustín—; para ser conocido es preciso ser probado, para merecer la corona es necesaria la victoria, y

para vencer es menester combatir, y en donde hay combate hay un enemigo que nos ataca. Buena señal es el ser tentado, cuando el enemigo golpea la puerta del corazón—dice San Francisco de Sales—es evidente que aún no ha entrado todavía, pues nadie pelea para tomar una fortaleza de que ya está en posesión. Los más grandes Santos han sido tentados; y principalmente el Santo de los Santos Jesucristo Nuestro Señor, quiso también ser tentado aunque esto con tentación exterior, porque a su alma sacratísima no podía llegar sugestión alguna del demonio, para darnos ejemplo a nosotros y enseñarnos como hemos de vencer al enemigo. Adán sucumbió a la tentación, y puesto en el crisol, como paja fue consumido, junto con todo el género humano; para reparar estos daños fue necesario que el segundo Adán representante del género humano fuese tentado a su vez, y entrase en el crisol como oro para que toda la humanidad quedase restablecida en su primitivo esplendor. Así—dice San Ambrosio—la victoria de este segundo Adán sobre el diablo, ha reparado la derrota del primero, y todo se ha restablecido a su primitivo estado, la gloria de Dios ultrajada por la caída del primer hombre ha sido restablecida por la obediencia voluntaria de Jesucristo. Toda la vida del Salvador puede ser considerada como un combate perpetuo contra Satanás: pero la

historia evangelica nos señala particularmente dos circunstancias de su vida en que esta lucha parece concentrarse con todas sus fuerzas para obtener un resultado definitivo, al principio y fin de su vida pública. Ahora después del Bautismo es armado por su Padre a orillas del Jordán, ungido como atleta con el óleo de la virtud divina, ha sonado el clarín de guerra en la voz del cielo, (y corre Jesucristo al desierto a buscar a su enemigo, va a cazarlo con anzuelo, como dice Job) y es nombrado General de todos los que quieren alistarse bajo las banderas de Dios, este es mi Hijo muy amado—dice—escuchadle a Él

Jesús acaba de recibir en el Jordán su consagración pública y solemne de Sumo Pontífice, Rey y Profeta de la nueva alianza: fue consagrado por su Padre celestial, quien abriendo los cielos derramó el óleo divino del Espíritu Santo sobre la cabeza de Cristo, dando público testimonio de Él, declarándolo su Hijo muy amado en quien tenía sus complacencias, y obligando a los hombres a escucharle y obedecerle. En los primeros siglos del mundo había dicho, me arrepiento de haber criado al hombre a quien puse sobre la tierra; mas ahora hay un hombre amabilísimo y que forma las delicias de su corazón. Adán privilegiado por Dios en dones excelentes de naturaleza y de gracia, puesto en el Paraíso de las delicias, conversa-

ba familiarmente con el Señor, quien tenía también sus complacencias en este Rey y Padre de todo el género humano. Pero el tentador envidioso de tanta felicidad ocultóse entre las flores de aquel jardín y acometió a la parte más flaca, que es Eva, introdujo en su corazón la desconfianza haciéndole dudar de la palabra de Dios, come de esa hermosa fruta—le dijo—porque entonces serás como Dios sabedora del bien y del mal: con deseo de tanta grandeza y fiada en la promesa del padre de la mentira, cayó miserablemente en la tentación: y aquí tenéis al Pontífice degradado, al destronado Rey, y a toda la humanidad sujeta al duro yugo de Satán. Dios, en su misericordia, prometió un Redentor que quebrantaría el poder de ese enemigo nuestro, aplastándole la cabeza, y burlando sus artificiosos engaños. Según este designio de la Providencia, toda la vida de Cristo fue un no interrumpido combate contra el demonio, quien le presentó batalla campal concentrando todas sus fuerzas, principalmente en dos ocasiones, al principio de su vida pública, después del Bautismo, y al fin de ella en el día de la Pasión; y en estas dos acciones el poder del demonio fue enteramente destruido, despedazadas sus armas, destrozado su ejército, arruinados sus planes de emboscada; ahora ya no es sino el objeto de burla de los soldados de Cristo; pues como

reflexiona San Juan Crisóstomo, entonces se cumplió la profecía de Job de que el formidable dragón sería cazado con anzuelo, porque la virtud y fortaleza de Dios iba oculta bajo la humildad de la naturaleza humana de Cristo, como el aguijón del anzuelo va oculto debajo de la carne para engañarle al pez y clavarle en las entrañas el acero mientras él come la carne; y ¡qué acero el que se le clavó al demonio! el Verbo del Dios vivo, que es espada finísima y de doble filo, que penetra hasta las junturas del alma y del espíritu, que es el arma con que se hierre a los espíritus, mientras el demonio pensaba habérselas con un simple hombre y lo tragaba en la cruz, la espada del Verbo Divino le atravesó y le mató. De él había profetizado David: *Draco iste quem formasti ad illudendam et.* Este dragón a quien formaste para hacer burla de él.

Consideremos, hermanos míos, este primer combate en que entran en batalla el Espíritu de Cristo, que es el Espíritu Santo, el mismo de la Iglesia Católica, contra el Espíritu del mundo, que es Satanás príncipe de este mundo, espíritu de tinieblas, de error y de mentira; y no seamos simples espectadores, sino aprendamos a combatir contra este enemigo nuestro, a vencerle y a conocer sus mentiras y vanas emboscadas.

Adán había caído en el Paraíso, a la sombra del hermoso árbol, junto a la fuente de la vida, en medio del suelo esmaltado de odoríferas flores: este lugar lleno de encantos y de hermosura no había sido propicio para las armas. El Espíritu de Dios impulsa al nuevo Adán a un horroroso desierto sin árboles, flores ni frutas, sin más compañía que las fieras de la soledad. Este lugar era propicio para sus armas, no porque el Hijo de Dios necesitara de lugar para vencer, sino para darnos ejemplo a nosotros sus soldados: ¿cuál es el lugar que hemos de elegir cuando seamos provocados al combate?, no el lugar de las flores y de los placeres, sino el inmenso campo de la soledad y del desierto, del ayuno y de la penitencia, porque así se retemplan las fuerzas del espíritu, se doman los bríos de la concupiscencia, se ilustra el entendimiento, y aprende en la meditación, compañera de la soledad y del ayuno, la palabra de Dios, que es la única arma ofensiva y defensiva en los combates de nuestra vida: pues enflaqueciéndose la carne se envalentona el espíritu, y huyendo del bullicio de las pasiones, se percibe claramente la voz de Dios. ¡Oh! dichosa soledad que ha germinado como azucena, poblando de Santos a la Iglesia, de Monjes y Anacoretas, a quienes llama San Jerónimo flores del desierto. ¡Oh! invencible fortaleza del ayuno, pues al cuerpo de Da-

niel extenuado por la abstinencia, le respetaron los dientes de los leones, y a la presencia de Judith embellecida y fuerte con el ayuno, huyó todo el innumerable ejército de Holofernes. ¡Oh! sublimidad del desierto y del ayuno: que ilustró a Moisés elevándole a hablar con el mismo Dios y a recibir de sus divinas manos la Ley Santa y resplandeciendo su rostro con rayos de luz divina.

Sí, hermanos míos, este es el lugar elegido a donde nos impulsa el Espíritu de Dios, la meditación que es la soledad del espíritu, y el ayuno que es la mortificación de la carne. Pero en el lugar donde triunfan las armas del enemigo, son las diversiones y placeres del mundo, son los regalos y delicias de la carne: bajo las flores y entre las hojas de los árboles se esconden las serpientes, en la hermosa fruta está sentada la muerte: en las escarpadas rocas y áridas montañas, bajo el aspecto triste y sombrío del desierto, vive el Espíritu de Dios. Ved pues cuán distinto es el instinto que dan a sus adeptos estos contrarios espíritus. El mal espíritu instigó a Adán a comer la fruta del árbol, y el Espíritu Santo inspira a Cristo un ayuno de cuarenta días y cuarenta noches con abstinencia completa y absoluta de toda comida y bebida. Él no tenía pecados que expiar, pero ayuna para expiar los nuestros que indujo la intemperancia de Adán. ¡Qué

vergüenza para un cristiano llevar una vida delicada y sensual cuando Jesucristo ayuna por él!. dice San Ambrosio: Jesús tan delicado y tierno y más sensible que la más tierna doncella soporta un ayuno tan riguroso, y hombres y varones fuertes se creen bastante delicados para poder tolerar el ayuno de la Cuaresma, soldados indignos de llevar el nombre de cristianos y militar bajo los estandartes de nuestro Divino Jefe. Él ayuna para darnos ejemplo de como hemos de combatir contra nuestros enemigos, sujetando la carne y ennoblecendo el espíritu. porque el ayuno—dice San Basilio—sirve de alas con que vuela la oración y penetra hasta los cielos: él es el sostén de las familias, el padre de la salud, el ayo de la juventud, la corona de los ancianos y el guardián de la castidad.

Después de un ayuno tan prolijo, el Salvador sintió hambre, y este fue el sebo con que atrajo al maligno espíritu; con esta carne débil se ocultaba el Verbo Divino, pues conociendo satanás que padecía hambre, entró en duda de que no seria el Hijo de Dios, pues era flaco como los demás hombres, y aunque tenía recelos muy grandes, fue tan imprudente que se acercó a tentarle para salir de sus dudas; ¿quién estará libre de las asechanzas del demonio, cuando no respeta ni a este hombre de quien sospechaba que era el Hijo de Dios? Como lo hizo con Adán, empezó por infun-

dirle Jesconfianza en la palabra de Dios. Ya ves—le dijo—como se han abierto los cielos, y el Señor te ha declarado su Hijo dilectísimo y el objeto de sus complacencias; si eres Hijo de Dios, ¿cómo tienes hambre? si eres Hijo de Dios, todo está bajo tu poder, convierte estas piedras en pan, para que satisfagas tu necesidad. Jesucristo humilde y manso no se dio a conocer, ni le impuso al tentador con todo el poder que tenía, sino que modestamente le hirió de muerte con el Verbo, o sea con la palabra Divina, respondiéndole con aquella sentencia de la Escritura: *Non in solo pane vivit homo. sed in omni verbo quod procedit de ore Dei.* Ved qué dureza del demonio. El mismo era piedra endurecida por el pecado que cometió en el cielo, ya no podía convertirse en pan, porque estaba condenado para siempre.

Jesús, había venido, sí, a convertir a las piedras en pan, es decir, a los hombres pecadores, en justos, pero no le descubrió este secreto al diablo. ¡Ay! a cuantos tienta de la misma manera, haciéndoles desconfiar de la Providencia Divina que nos dice: no estáis solícitos, pensando en vuestro corazón que comeremos o con que nos vestiremos buscad primero el reino de Dios y todo lo demás se os dará por añadidura; pero el tentador introduce la desconfianza, haciendo que los hombres no busquen el cielo, sino que

conviertan todos sus pensamientos a la tierra, a su comida y vestidos: parece que les dice: convertid estas piedras en pan, y el hombre instigado con esta sugestión, con una actividad infatigable, a fuerza de sudores y desvelos, convierte el suelo árido de su trabajo no solo en pan para su alimento, sino en oro para su avaricia; y aquí tenéis los adelantos del siglo XIX. ya no hay piedras en el desierto, todo está cubierto de mieses, todo está convertido en oro, y el demonio ha triunfado con su tentación. porque azuzado con esta hambre, no tiene el hombre tiempo de levantar los ojos al cielo, para buscar el reino de Dios, y mientras con su trabajo convierte la tierra en pan, el verdadero pan del cielo, que es su propio corazón, se convierte en dura piedra del desierto, porque su alma queda estéril de virtudes.

¡ Ah! , hermanos míos, respondámonle al demonio no sólo de pan vive el hombre, sino sobre todo de la palabra de Dios. Jesucristo era el mismo pan bajado del cielo, no tenía necesidad de buscar pan por otros medios. Nosotros tenemos también este pan que por los pecados se ha convertido en piedra para nosotros, dejemos por un momento los trabajos de la tierra y trabajemos con el espíritu hasta que lleguemos a saborearnos con las dulzuras inefables de este pan de los cielos, de esta palabra viva de Dios. No

perdamos la confianza en la Providencia, todo se nos dará por añadidura.

El diablo quedó herido con la respuesta de Jesucristo, pero no cejó en su propósito de descubrir si en verdad era Hijo de Dios, pues su soberbia le impulsaba poderosamente y tomando al Salvador voló con él a la santa ciudad de Jerusalén y al augusto templo de Dios, y púsole en lo más elevado de su cumbre, cuya altura era tanta que se oscurecía la vista y desvanecía la cabeza al mirar a la profundidad del suelo, y díjole: SI ERES HIJO DE DIOS ÉCHATE ABAJO PORQUE LA ESCRITURA DICE QUE LOS ÁNGELES TE TOMARÁN EN SUS PALMAS PARA QUE NO TOQUE TU PIE EN EL SUELO O EN LA PIEDRA: respondióle Jesús: LA ESCRITURA DICE TAMBIÉN, NO TENTARÁS AL SEÑOR TU DIOS, es decir, no le pedirás milagros sin necesidad, y teniendo yo ahora como bajar naturalmente de esta altura por la escalera del templo ¿por qué exigir a Dios que envíe a sus ángeles para que me tomen en sus manos? ¡Oh! sabiduría y mansedumbre de Jesús que tolera ser llevado por los aires en alas del espíritu infernal, como cualquiera otro hombre, ocultándole su secreto para darle la segunda herida con otra palabra de Dios!

Y ¡oh! ceguera y soberbia presuntuosa de Satanás que no teme acercarse y tomarle al mismo de quien recela ser Hijo de Dios y volar al lugar santo

en donde era adorado el Dios de los cielos, porque su ira le ciega y para su soberbia no hay lugar inmune ni persona privilegiada; y su presunción llega a tanto que aún echa mano de las palabras de la Escritura para disimular su tentación. Cuando no consigue el demonio inclinar a un hombre completamente a la tierra buscando el pan de su sustento, por el desahogo que tiene en su fortuna, porque no es tan apegado al oro o porque tiene poderosa inteligencia para espaciarse por el campo de los conocimientos humanos; entonces lo toma en alas de su soberbia y vuela con él a las fantásticas alturas del templo de la gloria humana, en donde le ofusca y le desvanece, y trata de precipitarlo engañándolo. Es propio de su carácter satánico el elevar para precipitar, pues siendo él el más encumbrado Serafín del Paraíso, la soberbia le desvaneció y le despeñó en los abismos eternos. Entrando en el Paraíso terrenal, levantóle a Adán muy alto, serás como Dios le dijo y enseguida le precipitó en los abismos de la culpa de cuya caída hemos quedado muy mal parados todos sus hijos.

¡Oh! poderosos de la tierra!, ¡oh! grandes del mundo!, el diablo os lleva en sus alas y trata de despedazaros! ¿No veis, hermanos míos, cómo se ha apoderado de los reyes, de los Jefes de los pueblos, y de todas las naciones modernas y los lleva en las so-

berbias alas de la libertad, lisonjeándoles como a dioses, haciéndoles creer que son superiores a la Iglesia, repitiéndoles que el hombre es libre, que el pueblo es soberano? ¡y cómo apoya su aserto en las palabras de la Escritura, en las enseñanzas del Evangelio! y ellos temerarios se echan abajo emprendiendo la loca tarea de destruir la Iglesia bajo la fe de que no tropezarán sus pies con esta enorme piedra y formidable roca plantada por Dios en el mundo en la persona de San Pedro. ¡Ay! se han envanecido y vuelan a su ruina, tardan porque el abismo a donde deben llegar es muy profundo; pero al fin no sólo tropezarán sino que se harán pedazos contra esta incommovible piedra del Catolicismo. ¡Ah! suspended vuestra caída, repetid-le al demonio, escrito está no tentarás al Señor tu Dios, sabemos que Cristo es piedra angular y que todo el que en Él tropieza se despedaza; bajad de las alturas de la soberbia, dejad los fantásticos templos de la gloria, reconoced el poder de Dios y de su Iglesia y no le tentéis, porque el momento menos pensado se encenderá su ira y ya no habrá remedio para nuestro mal. El demonio entiende mal o pretende que los hombres entiendan mal las palabras de la Escritura, dice solamente aquellas con que puede engañar, y calla las otras en las que puede ser conocido, pues en el mismo pasaje en que se dice que los ángeles tomarán

al justo en las palmas para que no tropiece, inmediatamente añade la Escritura, que el justo andará sobre los áspides y basiliscos y que con sus plantas conculcará al león y al dragón, es decir, que pisará al demonio, y esto lo calló porque hablaba contra él.

Y así veréis a los herejes, sobre todo a los modernos, que hablan solamente de la Redención de Cristo, que vino a liberrar al hombre, a engrandecerle devolviéndole los derechos de su perdida libertad por el pecado, y omiten por completo aquellas enseñanzas divinas del Evangelio en que obliga el Señor a que todos obedezcan a su Iglesia y respeten a sus ministros, diciendo el que a vosotros oye a mí me oye y el que a vosotros desprecia a mí me desprecia: toda potestad viene de Dios, y el hombre debe vivir siempre sujeto a toda autoridad legítima: no temáis a los que matan al cuerpo, mas sobre todo debéis temer al que tiene potestad de matar al alma mandándoos a los infiernos: y todas las sentencias de humildad y mortificación como contrarias a ellos, no las citan. Es que el espíritu de las tinieblas los ha cegado a los pretendidos sabios de este siglo.

Nosotros católicos defendamos estas impugnaciones con la Escritura entendida y explicada por la Santa Iglesia. Huyamos sobre todo del espíritu de soberbia y vanagloria, que quiere precipitarnos, no

tentemos a Dios exigiéndole milagros sin necesidad. ¡Ayl cuantas veces la soberbia se apodera del corazón humano y en alas de la fantasía le lleva a las doradas cumbres de una gloria aparente para precipitarle en seguida a las miserias de la triste realidad. ¿No es llevada por este espíritu la imaginación loca de la juventud desvanecida con la lectura de las novelas y poesías que todo el día vuela por estas regiones de la vanidad hasta que se precipita en el fétido cieno de los vicios, despedazando su honor y perdiendo su castidad? ¿no es llevado, por ventura, por el mal espíritu, la persona que abraza un estado únicamente por miras temporales de carne y de sangre. sin consultar a Dios?

Cuando arde el fuego de la pasión, el diablo es quien conduce a la joven a las serenas cumbres de la dicha, y después le dice, échate abajo, nada te ha de acontecer porque los ángeles cuidarán de ti, y la insensata le cree y se precipita, y después llora sin remedio su ruina, y el diablo se ríe de ella, ¡ahl debía haberle contestado, escrito está, no tentarás al Señor tu Dios poniéndote en ocasión peligrosa o abrazando un estado para el cual no tenías vocación. ¿No engaña este mismo espíritu a aquellos que pasan toda su vida en el pecado y pretenden convertirse en la hora de la muerte? El diablo los toma, y toda la vida los

lleva en sus alas con la falsa esperanza de que no tropezarán, sino que Dios los ayudará, hasta que los deja en la cima de la hora postrera, entonces les dice échate abajo y desciende como piedra a los infiernos. Ah! hermanos míos, no tentemos a Dios, Él hace milagros para salvar a los justos, pero nunca para favorecer a los temerarios. Seamos humildes. volemos siempre en alas del Espíritu Divino, que es espíritu de mansedumbre y humildad.

El diablo se precipitó por soberbia queriendo volar más arriba de Dios: mas Jesucristo bajó del cielo y se humilló haciéndose hombre, y por esto fue exaltado este hombre hasta sentarse a la diestra de Dios.

Herido otra vez el diablo con esta segunda palabra divina, no cejó tampoco en su propósito, se alucinó por completo, viendo que a pesar de sus instigaciones, Cristo no había hecho ningún milagro, creyó habérselas con un simple hombre aunque muy santo, e impulsado de su coraje le volvió a tomar y voló de nuevo con Él al desierto a la cima de una alta montaña, y quitándose la máscara y deponiendo todo artificio, le declaró simplemente que era el demonio: yo soy le dijo—el príncipe de este mundo, y extendiendo su mano le mostró todos los reinos de la tierra, y empleando su falaz elocuencia le ponderó la gloria y riqueza de ellos, y como padre de la mentira, todo es-

to es mío—le dijo—y lo reparto a mi voluntad, y lo doy a quien quiero: todo te lo regalo si cayendo a mis pies me adoras.

El diablo estaba entonces agitado en el grado más alto de la pasión del orgullo y de la soberbia, acordábase de aquel día en que levantando el estandarte de la rebelión en el cielo, quiso ser como Dios, y le disputó las adoraciones al Unigénito del Padre: vencido entonces por Miguel, pero no convencido continuó en el loco proyecto de exigir adoraciones, entra en el Paraíso, prométele al hombre la ciencia completa del bien y del mal, a condición de que le crea y obedezca, y el hombre le cree, y con la caída del hombre toma posesión del mundo y establece la idolatría en que él era adorado bajo el símbolo de los ídolos: sabia, por otra parte, que el Mesías arrancaríase este Reino de sus manos y lo convertiría a él, y de aquí su cuidado solícito de tener bien ligados a los hombres bajo su obediencia, halagándoles y engañándoles con los falsos placeres de la vida.

El diablo era dueño del mundo por usurpación revolucionaria, y lo dominaba con el imperio de las malas pasiones, no disponía de sus destinos, pues esto es propio de solo Dios, pero sí aprovechaba de las inclinaciones perversas del hombre para conservar su imperio. El conoce el precio de una alma, y por con-

quistarla es capaz de poner todo un mundo, si lo pudiera, a sus pies: por otra parte la aborrece de muerte. y quisiera privarle aun de los mentidos y sucios placeres del mundo, si de otra manera pudiera seducirle; y para conciliar estos sus encontrados intentos, como padre de la mentira trata de engañarle prometiéndole mucho. y después que el miserable hombre ha caído a sus pies, no le cumple nada, o sólo le da a probar el placer gota a gota para atormentarle y tenerle siempre cautivo, con promesas y esperanzas de mayor dicha en lo futuro. ¡Ah!, hermanos míos. ¿por cuánto habéis vendido vuestra alma? no por un mundo: por un pedazo de pan o por un manojo de cebada, dice el Profeta; y después de todo ¿os ha cumplido el diablo sus promesas? ¡qué vergüenza! ¿a qué bajezas os ha obligado? ¿qué fruto habéis sacado—dice el Apóstol—de las inmundicias y crímenes de que ahora os avergonzáis? orgullosos, no quisisteis doblar la rodilla ante Dios, y en secreto la dobláis ante el diablo cometiendo las vilezas que vosotros solos sabéis. ¡qué ídolos tan infames habéis adorado! Ambicioso, ¡cuánto te costó aquel destino!, sacrificaste las ideas, manchaste tu conciencia, te salieron los colores a la cara; pero el diablo te dijo, todo te daré si me adoras, ¿te lo cumplió? has quedado deshonrado, notado aun en el mundo por vil; debías haberle con-

testado con Cristo, retirate Satanás, escrito está, al Señor adorarás y a Él solo servirás; pasado tu tiempo de prueba, los ángeles del cielo habrían venido a servirte y socorrerte. Y tú, avaro, ¡qué vilezas comes adorando a tu ídolo de oro! ¡cómo te rebajas y haces cosas tan vergonzosas para aumentar tu fortuna! pareces un mendigo, todos te lo notan y te apuntan con el dedo, y por todo pasas porque el tentador te ha engañado, todo te lo daré si postrándote me adoras. Si arrancarás de tu corazón el amor al dinero, e hicieras limosnas a los pobres, aún el mundo te alabara y todos te honrarian, porque así paga Dios a sus adoradores, ahora el mundo mismo te desprecia, y el diablo de ti se ríe. ¡Ay! joven, delante de quien has ido a doblar la rodilla! ¡en qué altar has ofrecido las primicias de tus años! tú que no quieres arrodillarte en el templo, y que te consideras afrentado si te ven en las funciones religiosas, ¿qué abominaciones has cometido en secreto? bien claro me lo dicen tu mirar triste y sombrío, la frescura de tu rostro marchito antes de tiempo, el diablo te ha engañado, te ha hecho caer a sus pies ante los más infames y sucios ídolos, y sin embargo, no te ha cumplido sus ofertas, antes te ha quitado hasta el honor y la vergüenza. ¡Ah!, hermanos míos, no os dejéis engañar, imitad a Cristo, que irió al diablo por tercera vez con la palabra divi-

na, y definitivamente lo venció en este combate, pues, hasta entonces con singular mansedumbre había oído las propuestas del tentador, mas al oír la última tentación de cosa tan vil y directamente contra Dios, se indignó Jesús y haciendo brillar en su rostro un rayo de su majestad, vete de aquí Satanás,—le dijo—y vete a los infiernos. porque yo no adoro sino solo a Dios, pues escrito está; al Señor adorarás y a Él solo servirás. Esta herida fue de muerte: Satanás huyó avergonzado y se precipitó en lo más profundo del infierno sin poder resistir a la palabra de Cristo

Entre tanto, los ángeles moradores de aquel desierto habían estado retirados e invisibles al diablo, contemplando desde lejos la destreza y majestad de su Rey y Señor, cuando el diablo se apartó, ellos se acercaron y entonaron el himno de la victoria y de la paz que en otro tiempo cantaron en Belén, y en seguida poniéndole la mesa, le sirvieron manjares celestiales, con que terminó su ayuno nuestro Capitán y Rey. Tales son las tentaciones del demonio, y tal el ejemplo que nos ha dejado Cristo del modo como hemos de vencer.

Ahora en este santo tiempo de Cuaresma nuestro Jefe por medio de su esposa la Iglesia ha tocado la trompeta de guerra, indicando a sus hijos que se pongan en son de combate, tomando las armas de la pe-

nitencia y ciñéndose sobre todo con la ley del ayuno, que es la mejor preparación para vencer al diablo, como nos lo indica el ejemplo de Cristo. Nada hay tan temible para el tentador—dicen los Santos—como el ayuno, él se espanta de la palidez ocasionada por la abstinencia; y delante de la flacura y debilidad del ayuno, siente que su valor desmaya y languidecen sus fuerzas, porque sabe que bajo la austeridad del ayuno está vivo el Espíritu de Dios, que es el anzuelo que lo mata. Como león rugiente—dice San Pedro—da vueltas al rededor de los hombres, buscando a quien devorar, y tiene de su parte a nuestro cuerpo revolucionario contra el espíritu, que le suministra armas y está en connivencia con él; es preciso oprimir con el rigor del ayuno a este traidor doméstico para que no nos venda al enemigo; yo sé que todas las penitencias son buenas y debilitan al cuerpo; pero ninguna lo es tanto como el ayuno preceptuado por la Iglesia, las otras mortificaciones como cilicios y disciplinas son a manera de remedios exteriores, como emplastos para curar la enfermedad interior. mientras que el ayuno, a manera de bebida, entra en lo interior y directamente obra sobre el mal; y como el demonio sabe su eficacia, a ninguna penitencia se opone tanto, como a la del ayuno, inventando miles de especiosos y falsos pretextos para alejar a los cristianos de medicina tan

eficaz, y por eso a casi todos los tiene tragados esta bestia cruel, libremente anda por el mundo porque no hay quien ayune. ¿Quieres saber la fuerza que tiene el ayuno y cómo nos libra de los dientes del enemigo? dice San Ambrosio. Mira a Daniel echado en el lago de los leones con el rigor de la abstinencia sus miembros habian adquirido la solidez del diamante, de modo que en su cuerpo no hubo lugar para las mordeduras de estas fieras: el ayuno del Profeta a manera de cadena tenia cerradas las bocas de los leones, estos no se atrevían a tocar un cuerpo santificado por el ayuno.

El ayuno es guardián de la castidad, porque seca este pantano de los vicios, que es nuestro cuerpo, no hallan combustible en él las llamas de la concupiscencia; y si no,—dice el mismo Santo—mira a los tres jóvenes israelitas echados en el horno de Babilonia cuyas llamas se levantaban a cuarenta codos de altura y devoraron a los caldeos que estaban inmediatos; mas el cuerpo de los jóvenes, santificado por el ayuno, no sufrió lesión alguna, no se les quemó ni un solo cabello de la cabeza, sino un rocío divino les refrescó y consoló en medio del voraz incendio. Mira a Moisés en la cumbre del Sinaí, que humea, y mientras el pueblo estaba aterrorizado y temblando, él fortalecido con el ayuno entra con confianza en la nube, en medio de las tempestades y los truenos, y recibe la ley

del Señor en las tablas de piedra, ley alcanzada por la abstinencia y despedazada en las faldas del monte por la intemperancia del pueblo. A Noé el ayuno le mantuvo vivo en el arca, y la embriaguez lo desnudó en su tienda. Mira a este mismo Moisés, los prodigios que ejecuta en el desierto, fortalecido con el ayuno, hace llover el maná del cielo y saltar agua de las piedras; y cuando los israelitas apetecieron carnes, mientras las tenían aún en la boca, se encendió la ira del Señor, y les picaron serpientes de fuego

El ayuno ha fortalecido aún al sexo débil, Esther y Judith embellecidas por el ayuno vencieron a los más formidables enemigos de su pueblo, cortando la cabeza a Holofernes, que dormía su embriaguez, y colgando de la horca a Amán, que se lisonjeaba de estar invitado a la mesa del Rey. ¡Ah! fuerza del ayuno, —concluye San Ambrosio— todas las leyes de la naturaleza se han inclinado ante su poder! él ha extinguido los ardores del fuego, ha cerrado las bocas de los leones, ha consolidado las olas del mar, y ha resuelto las rocas del desierto en fuentes de aguas vivas. No os animáis, cristianos, a que estos prodigios se verifiquen en vuestras almas? ¡Ah! si el mundo actual está perdido, es porque no hay espíritu de penitencia, no hay sino sólo vida de carne y de voluptuosidad, todos se dispensan de la sagrada ley del ayuno, hasta las

personas virtuosas, pero yo os aseguro en nombre de Dios que no podéis santificaros de otra manera; es una virtud flaca, una ilusión de virtud vana y efímera, todo podrá ser la persona que del ayuno se dispensa, pero santa, no será. Yo no digo que peque si tiene causa para excusarse, lo único que aseguro es, que no es santa; y si no tiene causa legítima, sino mucha delicadeza, peca sí, y gravemente.

En cuanto a los pecadores, nunca salen de sus vicios, sus conversaciones son todas vanas y aparentes en la Cuaresma por falta de ayuno. Los ninivitas desarmaron al Señor que iba a castigarlos, convirtiéndose; y probaron ser verdadera y firme su conversión, publicando un ayuno solemne en que incluían aún a los niños y a las bestias. ¡Ah! conversiones de este tiempo! ¡ah! santidades y revelaciones del siglo XIX, yo no os creo. En otro tiempo cuando resonaba la trompeta sagrada en el Miércoles de Ceniza, indicando el ayuno cuadregesimal, ya no se veían bodas ni festines, no había partidas de caza y de placer, ni paseos de diversión, los baños quedaban prohibidos, los palacios que siempre abundaban en gente, quedaban desiertos, las ciudades parecían grandes casas de penitencia. Y ahora, ¿notamos diferencia entre el tiempo de Cuaresma y el resto del año? ¿nos queda siquiera la sombra de penitencia de los antiguos tiem-

pos? Y sin embargo nosotros somos más pecadores que los primitivos fieles; y la ley del Evangelio no varía, es necesario tomar la cruz de la mortificación y la penitencia para entrar en el cielo. Yo convengo contigo ; oh hombre! en que tu trabajo es pesado y te exime de la ley de la Iglesia ; y contigo ; oh joven! en que todavía no te alcanza la ley, por falta de edad requerida ; pero ¿ estaréis, por ventura, exentos del derecho natural que manda someter la carne al espíritu, y de la ley del Evangelio que prescribe reprimir los movimientos de la concupiscencia? No tenéis fuerzas para ayunar, pero sí las tenéis para pasar en el juego y en la diversión hasta avanzadas horas de la noche, o tal vez toda ella, y esto por días seguidos y durante largas épocas, que ciertamente destruyen la salud más que el ayuno de la Cuaresma. La edad y la ocupación no os impiden entregaros a groseras disoluciones que abrevian los días de vuestra existencia más que lo que podían hacerlo austeras mortificaciones. Lo que ha debilitado a la generación presente es la falta de mortificación ; los antiguos tenían más robustez y salud, porque ayunaban mejor.

El ayuno, preservándonos de los vicios, es a la vez, el padre de la salud, el engendrador de las fuerzas físicas del cuerpo humano, pues, mientras la glotonería y la sensualidad han llevado a innumerables

hombres al sepulcro, el ayuno y la abstinencia han prolongado admirablemente los días de la vida humana, volviéndose a la vez tranquila y pacífica, como es de ver en los Anacoretas de los desiertos y en los claustros de los Monjes.

Desengañémonos, el ayuno no hace mal a nadie, sino al demonio y al pecado, al hombre le ennoblece, le vivifica y le alegra. Mientras Adán ayunó se conservaba en el Paraíso, la glotonería le echó fuera de él. ¡Oh! nobleza del ayuno! Dios ligó el estado feliz de la inocencia al ayuno de nuestros primeros padres en el Paraíso. Todavía no se habían publicado en la cumbre del Sinaí los diez preceptos del Decálogo, y ya la ley de la abstinencia se había promulgado con toda solemnidad en el Paraíso, Es la primitiva y primordial ley de la felicidad humana.

SEGUNDA DOMINICA

DE

CUARESMA

Amados hermanos míos en Nuestro Señor Jesucristo:

Jesús ocultaba las bellezas de su gloria bajo la humildad de su cuerpo, y en todo aparecía semejante a los demás hombres, excepto en el pecado. Desde el momento de la Encarnación el alma santísima del Salvador gozaba de la visión intuitiva de la Divinidad, era bienaventurada, y esta bienaventuranza debía trascender al cuerpo con las doyes gloriosas de la vida celestial; mas por dispensación divina toda la gloria se

contuvo en la parte superior, en el espíritu de Jesucristo, impidiéndose su redundancia en el exterior para que se cumplieran los oráculos relativos a su Pasión y Muerte. Verdad es que a veces, según San Jerónimo, se escapaban de su divino rostro algunos rayos de su gloria divina e interior, eran golpes de luz que debían abrir los ojos de los mortales para que le reconozcan por su Redentor. En esos felices momentos no había quien resistiera al ímpetu de sus miradas y a la majestad de su semblante, sus enemigos huían despavoridos, y los pecadores se revolvían en lágrimas.

Así, chispeaban sus ojos con torrentes de luz divina cuando tomando un látigo echó del templo a los profanadores que eran en gran número y muy poderosos, y nadie se atrevió a chistarle siquiera una palabra. Así, su voz sonaba con majestad divina cuando en el huerto respondió a los que venían a prenderle, yo soy, y todos ellos cayeron de espaldas y sin sentido. Así, su rostro resplandecía con la luz celestial en la oscuridad de la noche, cuando los verdugos vieron obligados a echarle un velo encima. Y así también fue tanta la dulzura celestial que brotaba de sus ojos, que con una mirada cautivó a la Magdalena y con otra redujo al Apóstol que le había negado, convirtiendo esa piedra en un estanque de lágrimas. Pero esto su-

cedía muy raras veces que levantase un poco el velo que encubría su majestad, era lo ordinario tener enteramente oculto el brillo de su gloria.

Mas acercábase el tiempo de su Pasión que había de ser la piedra de escándalo para los hombres, en que aun sus mismos discípulos tropezarían titubeando en la fe de su Divinidad; y para precaverles de esta caída, y afirmarles cuanto era posible en la firmeza de la fe, escogió a tres de sus Apóstoles para revelarles en secreto la gloria de su Divinidad, a Pedro, a Santiago y a Juan, que eran los que más se distinguían en su amor y servicio, los mismos que debían acompañarle y ser testigos de sus dolores y agonías en el huerto de Gethsemaní. Estos Apóstoles debían ser las columnas de la Iglesia, como les llama San Pablo, y por eso el Salvador quería solidarles en la virtud: Pedro por la firmeza de su fe, Juan por lo encendido de su amor, y Santiago por la energía de su celo que fue el primero de los Apóstoles que dio la vida por Cristo, siendo martirizado por Herodes; ellos representaban las tres virtudes teologales, que son el fundamento firme del reino de Dios, Pedro la Fe, Santiago la Esperanza y Juan la Caridad.

Eligió, pues, a estos tres Apóstoles y los condujo a ellos solos, separadamente, a lo alto de una montaña que no nombra el Evangelio, pero afirma la tradi-

ción que fue el Tabor, monte de la Galilea siempre cubierto de verdura y vestido de flores, que embalsaman el aire, y él solo se levanta en medio de una llanura inmensa, desde cuya cumbre se puede registrar casi toda la tierra Santa. Habiendo subido a ella, Jesús se apartó para orar, y probablemente el objeto de su oración fue el Misterio de la Redención del género humano, en la cumbre del Tabor se ofreció de nuevo a su Eterno Padre como víctima por los pecados de los hombres. Mientras oraba, un cambio súbito se verificó en su exterior. Se transfiguró delante de los Apóstoles. Su rostro resplandeció como el sol y sus vestiduras aparecieron brillantes de luz y blancas como la nieve con blancura tal que ningún fabricante o batanero en la tierra podría igualarlos. La bienaventuranza de su alma se manifestó en su cuerpo, el brillo oculto de su majestad divina se exteriorizó, su cuerpo quedó glorificado y resplandeciente de luz como el de los bienaventurados. Este debía ser el estado natural de Jesucristo: propiamente hablando la Transfiguración no era tanto un milagro, cuanto la cesación de un milagro, porque es más sorprendente a los ojos de la fe ver al Hijo de Dios viviendo sobre la tierra en humildad y abatimiento, que verlo glorioso y trasfigurado, Él es el esplendor de la gloria del Padre y la figura de su sustancia, el sol de justicia y la

luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene a este mundo.

Como en otro tiempo el Capitán de Israel, Gedeón para vencer a los enemigos escondió una hacha encendida dentro de una cántara de barro, así nuestro Salvador la luz de su gloria la ocultó dentro de la humildad de su cuerpo, para vencer al enemigo en el momento del combate, despedazando esta su cántara de la Cruz y dando un gran clamor, y haciendo aparecer en seguida la luz de su Divinidad en su gloriosa Resurrección. Este secreto no impedía que Dios y los ángeles se recrearan en las bellezas interiores de Jesucristo, contemplándolas al través del velo de su cuerpo sacratísimo. Este mi amado, exclamaba la Esposa, es cándido y rubicundo como la nieve y el marfil, elegido entre millares y todo él es digno de amor, *totus desiderabilis*; y el Profeta Rey cantaba en sus Salmos, es el más hermoso de los hijos de los hombres, sus labios destilan gracia y atraen las bendiciones del cielo, lleva la espada al cinto porque es poderosísimo, y con su hermosura y donaire cautiva a las gentes y reina en los corazones: es la flor inmarcesible de la eternidad—dice San Pedro—cuya hermosura desean contemplar los ángeles, marchita en el invierno de esta vida, he aquí que florece por un momento en la cumbre del Tabor, *flores apparuerunt in terra nostra*, en esta

tierra que no brota sino espinas ha aparecido una flor, no es esta la tierra de las flores porque está maldita por el Señor, las flores nacen en el Paraíso en la tierra de los vivientes, pero Jesús ha querido confortar a sus Apóstoles y regalarlos con una pequeña muestra de las hermosuras del cielo.

Si los verdugos hubieran sabido que Jesús era la flor de los cielos, no la habrían deshojado y marchitado en el día de su Pasión. ¡Ay!, hermanos míos, esta flor de los cielos se ha vuelto entre nosotros flor de los campos y lirio de los valles en el adorable Sacramento de la Eucaristía. Aquí, mucho más que en su vida mortal, de treinta y tres años, está oculto bajo un doble velo que no nos es dado levantar, pero sabemos también que ahora esta flor está en todo el apogeo de su hermosura porque está glorioso y resucitado; y sin embargo ¡cómo le tratamos! esta flor vive marchita y deshojada en los tabernáculos, abandonada de todos, despreciada de muchos y conculcada por algunos, a su rededor nacen espinas que le punzan, cumpliéndose el dicho de Salomón, *lilium inter spinas* por los pecados que se cometen en los templos y en los altares. Vamos, dicen los hombres, vamos por el mundo, y coronémonos de rosas antes que se marchiten, porque luego pasan los días de la juventud y después viene la muerte. ¡Insensatos! van en

busca de flores efímeras que no tienen siquiera la vida de un día. Si vinieran al altar en busca de felicidad; talvez el Señor durante su adoración se les transfigurara mostrándoles toda la hermosura de la virtud, y recogerían flores para su corona, la castidad y la humildad, la paciencia y la caridad, flores que tienen vida eterna y no se marchitan jamás, y que son el mejor adorno de la frente del anciano y del joven, de la viuda y de la virgen; pero para esto es preciso subir al Tabor avivando la fe y frecuentando este divino misterio.

Pero sigamos la relación Evangélica. Mientras que Jesús oraba y se transfiguraba, Pedro y sus dos compañeros fatigados del camino en la ascensión de la montaña e incitados de las sombras de la noche se rindieron al sueño. Al despuntar la aurora, despertándose, vieron repentinamente a Jesús en su gloria en medio de dos hombres que estaban de pie conversando con Él, y eran Moisés y Elías, y la conversación versaba sobre el Misterio de la Redención de los hombres en virtud del sacrificio de Jesucristo que debía consumarse en Jerusalén sobre el Calvario. Aparece Jesús en medio de una guardia de honor, de los dos personajes más notables de la Antigua Ley, el legislador Moisés, que en la cumbre del Sinaí y bajo la oscuridad de una nube, recibió las tablas del Decálogo de

las manos de Dios, y el Profeta: Elías de celo ardiente, de valor indomable, que fue transportado en carro de fuego al Paraíso; y todo el Antiguo Testamento, en persona de estos dos varones, viene a rendir homenaje al Hijo de Dios, reconociéndole por el Mesías prometido y figurado en las sombras de la ley y en los oráculos de los Profetas. Todo se resume en Jesucristo, Él es el complemento de las antiguas revelaciones. Se presenta como Juez de vivos y muertos, pues trae a Moisés muerto, desde el seno de Abraham; y a Elías vivo, desde las delicias del Paraíso para que den testimonio de Él.

Los judíos le acusaban de violador de la ley y de blasfemo; y aquí están el autor de la ley, y el Profeta más celoso de la gloria de Dios que hizo bajar fuego del cielo y abrasó a los blasfemos; y estos confunden las calumnias de los enemigos de Jesús. Aquí están los caudillos más valientes que expusieron su vida por la libertad del pueblo, el uno en la corte de Faraón y el otro en la de Achab, afrontando las furias de Jesabel, y vienen ahora a honrar al verdadero libertador que dará su vida por el género humano, departiendo sobre hazaña tan herioca en el transcurso de los siglos. Vienen a atestiguar que Jesús no es Elías ni Jeremías ni alguno de los antiguos Profetas como lo sospechaba el pueblo, sino el verdadero Mesías Hijo de

Dios Vienen finalmente a enseñar a los Apóstoles que en el ejercicio de su Ministerio junten la mansedumbre de Moisés tolerando los insultos de un pueblo insubordinado e ingrato, con el zelo de Elías; que libremente entraba en la Corte y profetizaba contra el Rey.

Los Apóstoles con esta vista maravillosa cayeron en una especie de éxtasis, sus almas quedaron inundadas de delicias espirituales, y por un momento se creyeron transportados a la mansión celestial. Pedro siempre pronto a manifestar los sentimientos que ocupaban su corazón, fuera de si mismo, ebrio de placer y sin saber lo que decía, en el momento en que, al parecer, Moisés y Elías se despedían de Jesús, exclamó: SEÑOR, BIEN ESTAMOS AQUI, CONSTRUYAMOS TRES TABERNACULOS, UNO PARA VOS, OTRO PARA MOISES Y OTRO PARA ELIAS, ¿para qué hemos de bajar de esta montaña, a vivir entre hombres que nos tienen preparadas crueles persecuciones? Sí, santo Apóstol, bueno es estar con Jesús en lo alto de la montaña, porque cerca de Él se encuentra la única felicidad verdadera, en Él se halla la solución de todas las dudas, la fuerza contra las tentaciones, y el consuelo de todas las penas.

Pero no sabía lo que decía porque es una locura querer gustar siempre de los consuelos celestiales so-

bre la tierra, no se nos dan sino de paso, son frutos de otra mejor tierra, que no se producen en este valle de lágrimas. La debilidad humana querría encontrar el cielo sobre la tierra, triunfar sin combates, gozar sin haber sufrido, ir a la gloria sin subir por la escalera de cruz; pero esto es imposible, porque se han de sembrar lágrimas para cosechar gozos, se han de plantar espinas para recoger flores, se ha de derramar la sangre para poseer la vida eterna. ¡Oh! Pedro muy largo camino te resta todavía para fijar el tabernáculo que pides, vuelve a la tierra a vivir con los hombres que te persiguen, Satanás te ha pedido para zarandear-te como trigo, pero tú debes perseverar en la fe para confirmar a tus hermanos, debes ir a Roma a predicar a Cristo en el palacio de Nerón, a sentar los cimientos de la Ciudad Eterna, consolidándolos con tu sangre, dando la vida a manos de este cruel perseguidor de la Iglesia, siendo crucificado como tu Maestro; entonces cuando hayas depuesto este tabernáculo terrestre de tu cuerpo, sólo entonces hallarás el tabernáculo eterno de la gloria; ahora no es tiempo todavía. Sí, hermanos míos, es preciso resignarse al sufrimiento para merecer la gloria. Bien está que el alma se deleite con el pensamiento de la grandeza de los premios eternos—dice San Gregorio—pero no debe atorrarse tampoco con la consideración del trabajo del

combate, porque a grandes premios no se llega sino por grandes trabajos, diciendo el Apóstol, no será coronado sino el que haya peleado un buen combate.

¡Animo! si a Pedro le saca de juicio y le anega en placer un momentáneo destello de la gloria de Cristo en la cumbre del Tabor, ¿cuál será el torrente de felicidad que embriaga a los bienaventurados en la Sion celestial, en esa montaña eterna, en que se descubre Cristo con toda la luz de la gloria, en medio de millares de ángeles! ¡Oh! levantemos el pensamiento, desprendámonos de la tierra y trabajemos por plantar el tabernáculo eterno en la cumbre de la gloria. Mas ¡oh dolor! el hombre ciego por sus pasiones, se ha aficionado de tal manera a este mundo, que siempre quisiera vivir en él, desearia que el tabernaculo de su cuerpo fuese eterno, porque en medio de sus placeres exclama: ¡oh qué bien estamos aquí! quisiera fijar mi vida siempre en la tierra, y cuando ve que los años pasan, y la juventud se marchita y el sepulcro se entreabre, se desespera no tanto por el mundo a que va sino por el que deja. ¡Oh! el avaro contemplando sus tesoros dice en su corazón, qué bien estamos aquí; y el joven a quien el mundo sonríe, ebrio de placer y felicidad, exclama también, qué bien estamos aquí: no saben lo que dicen, la pasión les ha dejado ciegos, arrancándoles los ojos de la fe.

¡No!, no está bien el hombre en el mundo, porque no es su patria, es tan solo un lugar de peregrinación.

Mientras decía estas palabras el Apóstol San Pedro, una nube luminosa envolvió a Jesús y a los Profetas y los sustrajo a las miradas de los Apóstoles; estos tuvieron gran temor cuando vieron aparecer la nube y de esta salió una voz que decía: ESTE ES MI HIJO MUY AMADO EN QUIEN TENGO TODAS MIS COMPLACENCIAS, es decir, yo aquí delante de vosotros le proclamo como Supremo Legislador y Profeta que habla a los hombres con la autoridad de Dios, y a quien debéis fe y obediencia, escuchadle pues. San Pedro había pedido hacer un tabernáculo para Jesús, y Dios le contestaba enviando una nube que era el tabernáculo con que había protegido a su pueblo de las inclemencias de los tiempos, durante el virje de cuarenta años en el desierto, pues la gloria de Dios siempre se manifestaba en la oscuridad de una nube a los antiguos Profetas; mas ahora es una nube luminosa que significa la claridad del Evangelio y la gracia del Espíritu Divino, que es el verdadero tabernáculo que protege y hace sombra a los miserables en el camino de esta vida y los establece en la eterna, esta sombra le prometió el Arcángel a la Santísima Virgen cuando le dijo: *Virtus Altissimi obrumbrabit tibi*, esta refresca y apaga el ardor de las pasiones que son como

los arenales del desierto; y no es un tabernáculo hecho de mano de hombre como nuestro cuerpo, que, al decir de un Profeta, es como cabaña de pastor que se desarma y arrolla a la entrada de la noche, este es tabernáculo eterno incommovible y perfecto, que se apoya y fija en la fuerza del mismo Dios. Tales enseñanzas recibió el Apóstol en la aparición de la nube.

En el Bautismo del Jordán, la Beatísima Trinidad dio un testimonio pleno de la misión de Jesucristo declarándole por verdadero Mesías; y en la cumbre del Tabor se repite esta aparición declarándole por el verdadero Doctor de las gentes e imponiéndose a todos el precepto de escucharle y obedecerle. El Espíritu Santo se manifestó la primera vez en figura de paloma y ahora en la claridad de una nube. Si escuchamos a Jesucristo porque es la única voz autorizada, para nosotros es nuestro Doctor y Maestro, condecorado pública y solemnemente por Dios con las insignias del Magisterio Divino. En donde quiera que brilla la verdad, allí está la voz del Maestro Jesús, Él es quien habla en la Ley y los Profetas, y yo no creería al Antiguo Testamento si no hubiera sido confirmado por sus divinos labios: él es quien habla en la Iglesia por boca de los Pastores, no creáis a otros maestros ni aceptéis otra doctrina aunque os lo enseñen los ángeles—dice San Pablo—porque no tenéis sino un Maes-

tro, que es Cristo Jesús: Él habla también en lo íntimo de la conciencia con secretas inspiraciones. Si tuvieramos oídos para escuchar sus palabras, corazón para conservar con amor y voluntad para practicarlas. La palabra de Jesús es la fuente perenne de la ciencia y de la verdad, los demás Santos y Doctores de la Antigua y Nueva Ley no son sino vasos de oro o de plata que toman de las aguas de esta fuente para darla a beber a los pueblos.

Los discípulos oyendo estas palabras quedaron heridos de un gran temor y cayeron su rostro contra la tierra, porque la naturaleza humana es impotente para soportar la presencia y el brillo de la Majestad Divina. Mientras que sonaba la voz, Jesús se encontró Él solo, para que fuera indudable que a Él solo se dirigía la voz del Padre, llamándole Hijo muy amado, porque Él únicamente es Hijo por naturaleza, y los demás justos como Moisés y Elías lo son solamente por adopción. Jesús se aproximó mansamente á los Apóstoles y tocándoles con dulzura les dijo: levantaos, no temáis; entonces reanimados con esta dulce voz, levantaron sus rostros, y ya no encontraron sino sólo a Jesús en un estado ordinario: la visión maravillosa había desaparecido. Ved como se cambia el gozo de San Pedro en un súbito terror causado por la nube y por la voz que simbolizaba a la Divinidad,

porque nadie puede ver u oír a Dios y quedar vivo decían los antiguos Israelitas, y cuando el clamor de la trompeta, que solamente es símbolo de la voz divina resonó en el Sináí, todo el pueblo temblaba de pies a cabeza y estaba horrorizado ¡qué potente es la voz de Dios! no hay espíritu que la resista, a su solo eco tiemblan las potestades del cielo, y se doblegan las más altas columnas del firmamento. Para templar la fuerza de esta voz, se ha revestido de carne humana en la persona de Jesucristo, escuchadle a Él, nos dice, porque esta voz no aterroriza, es dulce y suave como la expresión del más bueno de los corazones, es balido de cordero, que más bien mueve a compasión.

Háblanos tú, decían a Moisés los israelitas, pero no nos hable Dios, porque vamos a morir de espanto. Así sucedió con los Apóstoles, al sonido de la voz del Padre cayeron en tierra como muertos; pero al acercarse Jesús, la dulzura de su voz y la suavidad de su tacto les volvió a la vida. Así sucederá también con nosotros, la sentencia del Padre pronunciada en el Paraíso contra el linaje humano, nos hace caer a todos en tierra en la hora de la muerte; mas el amable Jesús en el último día del mundo se acercará a nuestro sepulcro, y llamándonos suave y amorosamente nos redimirá de la muerte tocando nuestras cenizas con su benéfica mano, pues Él lo ha prometido, el que come

mi carne y bebe mi sangre no morirá eternamente, y yo le resucitaré en el último día. Pero el que no cumple con esta condición no le resucitará Jesús, sino el sonido espantable de la trompeta, que interrumpirá su sueño de muerte, y se levantará temblando de su sepulcro, asustado. porque esta voz será terrible más que la primera que lo condenó a muerte. ¡ Ah! hermanos míos, ahora escuchemos la voz de Jesús, si por ventura estáis caídos en tierra con el rostro en el polvo, en este momento Jesús os toca y os llama a la vida de la gracia.

Pecadores, todos estáis caídos ¡ cuántos años hace! vuestros ojos pegados en la tierra no son capaces de contemplar las hermosuras del cielo, habéis afeado vuestro rostro, imagen hermosa de Dios con el polvo y con el lodo de vuestros pecados, Jesús con mucha dulzura y suavidad os llama a penitencia. Levantaos muertos, venid a juicio, os dice, no al juicio riguroso de la justicia, sino al juicio de misericordia en el tribunal de la confesión, ¿ por qué lo resistís? levantad los ojos y le veréis a Él solo, no está su Padre, ni la nube aterradora, ni la ley del temor del Antiguo Testamento, sólo impera la ley del amor del Evangelio expresada en la mansedumbre y dulzura de su rostro: pero levantaos pronto porque si no, viene la nube y

envolviendo a Jesús lo quita de vuestra presencia, y sólo queda la terribilidad de la voz divina.

Vueltos los Apóstoles de su terror, cuando bajaban de la motaña, Jesús les dijo: no descubráis a nadie la visión que habéis visto hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos. Ved la humildad del Salvador, no quería que sus glorias se publicasen entre los hombres antes de tiempo, porque no habría producido ningún efecto, antes los habría escandalizado más que en el día de su Pasión; y como Él no buscaba el aplauso de los hombres, sino el fruto de las almas, quiso que esta visión quedase oculta hasta un tiempo oportuno, que era su Resurrección, el día de sus glorias. Porque todo ha de ser dicho a tiempo aun la verdad: la prudencia debe ser la compañera inseparable del celo. Y así San Pedro reveló este secreto en tiempo oportuno, en su segunda Epístola, cuando dice os predicamos a Jesucristo no apoyados en vanas fábulas, sino porque hemos visto su gloria en el mundo y oímos la voz que salió de la nube. ¡Oh humildad profunda del Salvador! Para manifestar su gloria escoge un monte, y lugar secreto, y pocos testigos, y a éstos condena a perpetuo silencio mientras vive; y para morir con ignominia escoge un monte, y lugar público; para esta transfiguración dolorosa espera el día de mayor concurso, presentándose con el

rostro acardenalado, y desnudo, cubierto sólo con sus heridas y su sangre, no entre Moisés y Elías sino en medio de dos ladrones, no da testimonio de Él el Padre, sino al contrario, se queja de que su Padre le ha abandonado, no están sus discípulos anegados en gozo, sino que todos han huído, y los que le acompañan están sumidos en un mar de amargura, sus enemigos hacen burla de Él negándole que sea Hijo de Dios. Es decir, la transfiguración del Tabor fue oculta, la del Calvario fue pública. ¡Qué ejemplo para nosotros! que nos empeñamos en publicar nuestras glorias y en ocultar nuestras ignominias. Queden ocultas nuestras glorias para después de la muerte, que es el tiempo oportuno de alabar a los hombres. Gloriémonos en el Señor, porque no queda aprobado el que se alaba a sí mismo o a quien alaban los hombres, sino a quien alaba Dios en la muerte diciéndole: *Fuge serve bone et fidelis*, bien está, siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor, transfigúrate en Dios.

Para esto abracemos públicamente la cruz de los desprecios, huyamos de las vanidades de la vida, y entremos con resolución en el camino áspero de la penitencia, que a esto nos invita la Iglesia en este santo tiempo y con la lectura del presente Evangelio, a huír del mundo, y a subir al monte del retiro y la oración para transfigurarnos en gracia. Desengañámonos, la

conversión no será verdadera si no es concebida en el retiro y en la oración, porque en medio del bullicio de las criaturas no se percibe la voz de Dios. El retiro es un paraíso—según San Jerónimo—, porque produce las flores de todas las virtudes. Estas para brotar necesitan de riego superior e inferior, es decir del rocío del cielo, que son los dones de la gracia, y del agua de la tierra, que son las lágrimas del corazón, y ambos riegos manan con abundancia en el desierto, porque en el alma solitaria y alejada siquiera por unos días. del mundo; privada por algún tiempo aún de sus placeres lícitos, habiendo dejado esta comida ordinaria del bullicio y tráfico de los negocios, llueve el maná del cielo, como en otro tiempo en el desierto cuando a los israelitas se les acabó el pan que sacaron de Egipto; y a medida que es más grande el retiro, es más abundante la gracia.

Las palomas son amantes de la soledad y hacen su nido en la hendidura de una desierta roca, y allí cantan con gemidos tristes, que resuenan en los peñascos solitarios; así la paloma divina, que es el Espíritu Santo dirige su vuelo con preferencia al hombre de la soledad y en ese corazón pone el germen de las virtudes, haciéndole oír la triste voz de la penitencia, hablándole en el interior con gemidos inenarrables. El arrullo de esta ave no se percibe en el bullicio, mas

óyese claramente en el silencio, como decía la Esposa, *vox turturis audita est in terra nostra*, esposo mío, desde que hemos salido al campo la tortolilla ha dejado oír su encantadora voz, y ya las flores cubren el suelo de nuestro jardín *flores apparuerunt in terra nostra*, y esto prometió el Señor por Oseas diciendo: llevaré yo el alma a la soledad y allí la hablaré al corazón. A su vez el hombre inocente o que desea recuperar el estado de la inocencia, debe como paloma extender sus alas y volar a la soledad, como lo deseaba David: ¡oh quien me diera alas como de paloma para volar y alejarme a la soledad! Sí, el riego superior de la divina gracia es abundante como lluvia en la soledad del desierto. La vena oculta del riego inferior, que son las lágrimas, se descubre también en la soledad, en el desierto se encuentran estas aguas termales que dan la salud al alma; *invenit aquas calidas in solitudine*, como dice el Génesis: aquí están los pozos cavados por los Patriarcas en donde se abreva el rebaño de Cristo; en estos arenales se hallan las rocas prodigiosas que al contacto de la vara se convierten en fuentes de agua viva ¡Ay! el aire que corre por el mundo es muy frío y congela estas aguas de la penitencia, el corazón del mundano se aprieta como hielo y queda insensible a las ternuras de la gracia. El cuidado y solicitud de los bienes exteriores que abruma al espíritu, es

tierra con que se ciegan los pozos. Pues el único remedio de resolver este hielo, de descubrir estos pozos, es el retiro, el dejar por unos días las ocupaciones ordinarias para entender en los negocios del espíritu; y así, aún cuando el pecador sea tan duro como una piedra, trasladado al desierto se resolverá en lágrimas.

Flores del desierto llama San Jerónimo a los Anacoretas. jardines escogidos de la Iglesia son las soledades de la Tebaida y el silencio de los claustros, en ellos ha recogido el Esposo las más hermosas flores de las virtudes. Si ahora el mundo está tan estéril para producir santos, es porque se va extinguiendo el espíritu de la soledad, se desechan a los Santos contemplativos, la única virtud aceptable a los hombres es la que aparece en público y trabaja visiblemente por el progreso de la sociedad, no se aceptan más Ordenes Religiosas que las de vida activa, y los Monasterios de vida contemplativa y perfecta clausura son mirados de reojo como inútiles; han variado los tiempos, se dice, y la Iglesia debe conformarse con el adelanto del siglo, suprimiendo tales Institutos: siendo así que Jesucristo, verdad eterna que no puede equivocarse, y cuyo espíritu no está sujeto a la mudanza de los tiempos, dijo: María ha elegido la mejor parte que no le será quitada, dando así la preferencia a la vida contemplativa sobre la activa. He aquí una de las enseñanzas

prácticas que nos da el Misterio de la Transfiguración que se verificó en la soledad de un monte, y lejos del bullicio del siglo.

Para que esta soledad sea fecunda ha de ir acompañada de la oración, pues el retiro sin la oración es una culpable ociosidad; y así vemos que Jesucristo llegando a la cumbre del Tabor inmediatamente se puso en oración, como también los Apóstoles, aunque éstos por flacos y rendidos se durmieron mientras oraban, y durante la oración se transfiguró el Señor, enseñándonos, así, que nuestra transfiguración espiritual, es decir la conversión, ha de ser fruto de la oración.

No basta, pues, el retiro de algunos días, el encerramiento en ejercicios: si no se ora, la conversión es falsa; y esta es la parte más esencial, porque las ocupaciones absolutamente necesarias pueden talvez impedir el retiro material, mas entonces se hace del alma un desierto por medio de la oración mental: sin ésta no se consigue la gracia y sin la gracia es absolutamente imposible la conversión. Por medio de la oración se aclaran los ojos del alma y se alcanza a conocer y ver lo que antes no se percibía. Mientras se anda en el mundo, distraída la mente en pensamientos de la tierra, se conoce en verdad por la fe a Jesucristo pero muy superficialmente, sólo al exterior y en bulto, cubierto con su vestido ordinario, como lo

veían los Apóstoles en lo bajo del monte. Así el cristiano que tiene fe, pero no ora, sabe que Jesucristo es Hijo de Dios y de la Virgen María, que padeció y murió por nosotros, que ahora está en el cielo resplandeciente de gloria a la diestra del Padre, conoce todas las grandezas que la fe enseña de Jesucristo pero lo ve de un modo ordinario que no le causa impresión porque ya tiene mucho trato familiar de estas verdades. Mas cuando sube al monte de la oración, con la continuación de este ejercicio es de ver como se le transfigura Jesucristo, su rostro divino echa rayos de luz celestial, y sus vestiduras ordinarias quedan más blancas que la nieve, y el alma cae en delirios de amor contemplando la hermosura hasta entonces desconocida del Divino Jesús, y muchas veces exclama: ¡qué bien estoy aquí! ¿quién me fijara un tabernáculo perpetuo de oración y contemplación! Ve con claridad proporcionada al grado de su oración las verdades de la Escritura, como todo el Testamento Antiguo, la Ley y los Profetas confluyen admirablemente en Jesucristo. Estas verdades o palabras de la Escritura, son como las vestiduras del Salvador, pero vestidura ordinaria. Los Padres y Doctores de la Iglesia, los Predicadores de la palabra Divina, son como los bataneros que se empeñan con su ciencia en dar lustre y brillo a este vestido ordinario de la enseñanza evangélica, y

en mayor o menor grado, lo consiguen, según los dones de Dios, de modo que los fieles ven resplandecer y aclararse las verdades ordinarias de la doctrina cristiana

Pero supuesta esta enseñanza, nada tiene tanta fuerza para aclarar las verdades como el trabajo de la oración; así lo insinúa el Evangelio cuando dice que las vestiduras de Cristo quedaron tan blancas, que no había batanero sobre la tierra que pudiera igualarlas.

La predicación sola no basta, es trabajo de batanero que hará resplandecer algo, mas la oración aclarará por completo la enseñanza de Cristo. Y así vemos que personas ignorantes, pobres idiotas dados al ejercicio de la oración, conocen prácticamente a Cristo mejor que grandes letrados. La oración nos presentará a Cristo transfigurado; pero a la vez nos transfigurará también a nosotros, y muchas veces sin que lo sepamos, el mundo se admira de vernos cambiados, como sucedió a Moisés, que, conversando con Dios en la altura del Sinaí, su rostro resplandecía con rayos luminosos, y él no lo sabía, en tanto que el pueblo se encandilaba con la abundancia de la luz que arrojaba su rostro.

Los cristianos son también vestidura de Cristo, pues toda la Iglesia o congregación de fieles se llama la túnica o manto real de nuestro Redentor; pero mi-

rando cada uno su conciencia, encontrará que es vestido muy ordinario, tal vez sucio y muy manchado, de modo que Jesucristo parece un mendigo vestido de harapos, avergonzado delante de su Padre ¿qué manchas tan horribles las del pecado, sobre todo de impureza? ¿Qué hacer para lavar esas vestiduras y dejarlas blancas como la nieve? El medio más poderoso de blanquearlas, es la oración. Otra vez el predicador es batanero que pretende con los golpes de la palabra evangélica limpiar las almas de los fieles; las mortificaciones, el ayuno son también golpes de batán con que se purifican las conciencias, y sobre todo el confesor es el principal lavadero que con la yerba amarga de la penitencia y con la sangre del Cordero contenida en el Sacramento, lava la estola de Cristo, es decir, el corazón de los fieles, hasta dejarla blanca como la nieve: pero si el penitente sube a la cumbre del Tabor por medio de la oración, allí se transfigurará su vida, quedando esta vestidura de Cristo, tan blanca y resplandeciente, que no hay batanero en la tierra que pueda igualarla, porque ni el predicador, ni el confesor, ni las austeridades de la penitencia alcanzan a purificar una alma en el grado que lo consigue la oración, transformándole casi en Angel, quitándole aún las menores manchas de los pecados; porque en la oración, así como en la Eucaristía, corre a torrentes

el vino de la caridad, y está profetizado en el Génesis que el Redentor lavará su estola con vino y su manto con sangre de uvas.

Los propósitos prácticos que habéis de sacar de la consideración del Evangelio de hoy, es pretender vuestra conversión sólida, preparando vuestros corazones con el retiro y la oración. Sí, hermanos míos, levantaos del cieno de vuestros vicios, ascended al Tabor a donde os llama Jesús en estos días, para que se purifiquen vuestras conciencias, para que el suelo de la Iglesia se cubra de flores, pues este tiempo de Cuaresma es la primavera espiritual de las almas, y pueda el Esposo Divino coronarse de rosas y azucenas y vestirse del manto imperial de su gloria, que sois vosotros.

TERCERA DOMINICA

DE

CUARESMA

Amados hermanos míos en Nuestro Señor Jesucristo:

Le presentaron a Jesús un endemoniado, que era a la vez ciego, sordo y mudo. Echó al demonio del cuerpo de este infeliz, y le sanó de sus males de modo que hablaba, oía y veía.

Las turbas quedaron estupefactas con semejante prodigio; mas los escribas y fariseos incitados por el odio que le tenían, dijeron, este es un falso Profeta poseído del demonio, tiene dentro de sí a Belzebub

que es príncipe de los demonios, y en su nombre hace este prodigio de echar a los demonios. Esto lo dijeron dentro de su corazón, y no con los labios para no irritar al pueblo. Mas Jesús, que leía sus interiores, contestó a sus pensamientos, diciéndoles: es un axioma, confirmado por la experiencia de los sabios, que todo reino donde penetra la división y la guerra, corre a su ruina, y que toda ciudad o casa dividida contra sí misma, perece. Si, pues, como vosotros lo pretendéis, Satanás echa a Satanás, si Satanás combate contra sus propios siervos, está dividido contra sí mismo, ha entrado la guerra en su imperio, y no puede subsistir.

Además, ¿cómo decís esta blasfemia contra mí? Vosotros tenéis también exorcistas de vuestro pueblo que echan a los demonios en nombre del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, y si yo echo a los demonios en nombre de Belzebub, vuestros exorcistas ¿en cuyo nombre los echan? ellos serán pues vuestros jueces para condenar vuestra blasfemia. Pero si yo, como debéis confesarlo, echo a los demonios con el dedo de Dios, ciertamente el Reino de Dios ha llegado y está en medio de vosotros, y me debéis reconocer por el verdadero Mesías, pues vengo a echarle al demonio y quitarle el imperio que tiene sobre el mundo. Cuando un hombre fuerte y bien armado guarda

la entrada de su casa, todas sus riquezas están bien seguras; pero si viene otro más fuerte que él, y en leal combate le vence y le quita las armas en que confiaba, se apodera de sus riquezas. Así sucede conmigo y el diablo, y en esta guerra que yo le he declarado, no es posible la neutralidad; el que no está conmigo, está contra mí. Y el pecado que acabáis de cometer murmurando de mis milagros, es gravísimo porque habéis murmurado contra el Espíritu Santo, atribuyendo sus obras al espíritu maligno, y esta clase de pecados no se perdona ni en esta vida ni en la otra, porque es moralmente imposible que el tal pecador se convierta.

Entonces los fariseos corridos, y aparentando imparcialidad, le dijeron, creeremos en tí si haces un milagro en el cielo; y Cristo, contestó, esta generación pide un milagro en el cielo, y no se le concederá sino en las profundidades de la tierra, porque así como Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre de la ballena, así el Hijo del hombre estará en el seno de la tierra; y esto lo dijo aludiendo al futuro milagro de su Resurrección.

Jesús terminó su discurso con una parábola en que bajo la imagen del endemoniado que acababa de curar, reveló a sus enemigos el castigo que les aguarda. Cuando el espíritu inmundo—dijo—ha salido de un hombre, va errante por lugares áridos, por las so-

ledades y desiertos, y no encontrando reposo, dice, volveré a mi casa de donde salí y volviendo a ella la encuentra desocupada, barrida y adornada. Entonces va, toma consigo otros siete espíritus peores que él, superiores en poder y malicia, y volviendo a entrar en este hombre, fijan en él todos su morada; y este último estado del infeliz es peor que el primero. Así sucederá con esta generación perversa.

Mientras que Jesús confundía así a los judíos, una mujer sencilla del pueblo llena de entusiasmo levantó la voz y exclamó: dichoso el seno que os ha concebido y dichosos los pechos que os amamantaron; Jesús repuso: y dichosos los que oyen la palabra de Dios y la cumplen. ¡Qué consuelo de importantísimas lecciones en este pasaje del Evangelio! Ved como el pueblo sencillo que cree a Jesucristo, es naturalmente más sabio que los grandes letrados, porque su juicio no está perturbado con la preocupación y con las pasiones del odio y la envidia, sin necesidad de grandes discursos se convence de la verdad que tiene a la vista, acepta como divinos los milagros de Jesucristo, pues para él es evidente que con solo el poder de Dios se puede echar a los demonios. Es tan franco y espontáneo en sus alabanzas que, mientras los enemigos del Salvador se secaban de ira y agitaban sus entendimientos buscando como contestarle, una

simple mujer que por su sexo mismo debía ser tímida, a voz en cuello alabó a Jesús y a su Madre en presencia de todos. Sí, este es el pueblo del Redentor, son los pobres, sencillos e ignorantes, los que arrebatan el reino de los cielos. La alabanza perfecta saldrá de la boca de los párvulos para confundir a los enemigos de Dios, había dicho David, y yo te glorifico. ¡oh! Padre mío, dijo una vez el Salvador, porque ocultaste estos Misterios a los prudentes y sabios de este siglo, y los descubriste a los sencillos y párvulos.

Hermanos míos, no pretendamos con arrogancia y soberbia impugnar las verdades conocidas de la Iglesia Católica, ni nos dejemos llevar por el viento de la vanidad, queriendo sujetar a nuestro miserable juicio los bien probados dogmas de nuestra Santa Religión. Hay pruebas evidentes de todo lo que creemos con las que el pueblo sencillo se convence sin que jamás le venga duda de que lo contrario pueda ser verdad. A los argumentos de los enemigos contesta con la pobre mujer, alabando a María Santísima, es decir, a los escritos liberales opone no el raciocinio y la disputa, sino el rezo del Santo Rosario. ¡Oh! pequeña grey, de vuestra parte nada hay que temer, porque como simples ovejitas sabéis seguir al Pastor, conocéis ya su voz, y él os conoce también a vosotras. Si no hubieran existido los pretendidos sabios de Je-

rusalén, el pueblo judío subsistiría aún y estaría muy floreciente tal vez como ningún pueblo; pero la soberbia y ambición de los enemigos de Jesucristo lo desoló completamente de modo que ahora anda vago sin lugar fijo, sin patria, sin leyes, sin magistrados, sin sacerdocio; porque sus Maestros y Jefes le dirigieron mal, le arrancaron del corazón el aprecio natural que sentían por el Salvador, contrariaron las enseñanzas del Divino Maestro, repitiendo a cada momento a los oídos del pueblo, que Jesús era un endemoniado, que su doctrina era falsa, perseguían de muerte a todos los que creían en sus palabras, echándoles de las sinagogas, y prosiguieron su propósito hasta el extremo de hacerle gritar, en frente del balcón de Pilatos, la sangre de este hombre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos. ¡Terrible imprecación que pesa y pesará sobre el pueblo antes predilecto del Señor!

La ambición y la soberbia de unos pocos, ciegos de odio para con Jesucristo logró arrancar la fe del pueblo, y así lo arruinó para siempre: tropezando en la piedra angular, que es Cristo, se despedazó, y reducido a menudo polvo fue aventado por todo el haz de la tierra, cumpliéndose el axioma del Evangelio de hoy: todo reino dividido será desolado; y aquel otro: la blasfemia contra el Espíritu Santo no se perdonará jamás. Sí, esos Maestros introdujeron la división en

el pueblo, con su ciencia llena de soberbia torcieron la inteligencia de la ley, que hasta entonces había sido única, desfigurando las profecías que hablaban del Redentor, pintándole como un conquistador terreno que daría abundancia de bienes materiales a su Nación; todas las glorias espirituales del Mesías las tomaron en sentido temporal, se materializaron. Creyéndose sabios se volvieron necios y desvanecieron en sus pensamientos, y por esto cuando vino el verdadero Mesías, humilde y pobre, no quisieron conocerle; engañaron al pueblo diciendo que su doctrina era sediciosa y que siguiéndole se exponían a que los romanos destruyeran su Nación por los avances de este hombre, que la salvación del reino estaba en la muerte del sedicioso, porque convenía que muera uno para que no perezca la multitud. La humildad los habría salvado, la soberbia los perdió, porque introducida la división en el reino, éste se precipitó en su ruina.

Estos sabios del pueblo judío, en su pensamiento pretendían reedificar a la Nación porque la encontraron caída bajo el yugo de un poder extranjero, y deseosos de libertad civil y política, emprendieron el camino de negar las verdades de la Religión con tal de no reconocer por Mesías al hijo de un artesano, o



π un ciudadano de Nazareth, porque de Galilea no podía salir nada bueno.

Jesús es la piedra angular cortada en la cantera del Padre Eterno, sobre la cual debe levantarse todo edificio para que llegue a su perfección y quede solidamente construido; esta piedra se les presentaba a las manos de los fariseos, que trataban de reedificar a su Nación, pero le reprobaban desechando su doctrina *lapidem reprobaverunt edificantes*, su obra la asentaron sobre la vanidad de la soberbia, y el edificio se vino abajo, cuarenta años más tarde no quedaba piedra sobre piedra de la ciudad ni del templo. Ellos miraban a los gentiles como a inmundos y bárbaros: y bien, estos pueblos se convirtieron con la predicación de los Apóstoles, aceptaron a Jesucristo, fundaron sus instituciones sobre su doctrina, y ved a los bárbaros civilizados porque tomaron por piedra angular de su edificio a la piedra reprobada de los judíos *lapidem reprobaverunt edificantes, hic factus est in caput anguli*. Sí, hermanos míos, la prosperidad de los pueblos está en la unidad de las creencias religiosas, porque si en esta materia entra la división, aún la más mínima, cae por tierra el edificio social, no importan los bienes materiales, éstos sólo sirven para hacer más ruidosa e irreparable la caída. Y los Magistrados y Legisladores, que son los que levantan el edificio de la Nación, han

de apoyar las instituciones políticas en Cristo para que queden firmes esas instituciones.

El que presume desunir al pueblo, de Cristo o sea de la Iglesia Católica, es enemigo de la Patria, porque introduce división, y la peor de todas, en el reino. Según esto ved que juicio hemos de formar de los malos escritores, de los propagandistas del Liberalismo, que se jactan de ser los más ardientes patriotas cuando solapadamente tratan de corromper las ideas del pueblo. ¡Ah! los verdaderos católicos, para oponerse a este mal, han de estar firmemente unidos sin la más ligera discrepancia en los principios religiosos que condenan al Liberalismo en todas sus fases, acordándose de que el reino que se divide se desbarata, ¡cuántos son responsables delante de Dios, de mal tan grave, por su cobardía o su soberbia! No es posible la indiferencia e impassibilidad en esta guerra, porque Jesús ha dicho, el que no está conmigo está contra mí; y el diablo aunque consumado en toda malicia, se declaró incapaz de pelear contra los suyos propios. Aunque enemigos de la paz y de la unión, los demonios se unen entre sí y obedecen fielmente a su Príncipe, para dividirlos a los hombres y dañarlos; cuando se trata de hacer el mal, de combatir los designios de Dios, forman una falange bien unida y obstinada. Y ¡qué desgracia! el Reino de Dios,

que es de perfecta unidad, se divide por la malicia de los hombres. *Unus Dóminus, una fides, unum Bap-tisma* es el lema de la Iglesia; pero las pasiones y los intereses particulares son muchos y andan divididos, y así la causa de la Iglesia en muchas partes se pierde por falta de unidad en sus defensores, los demonios olvidan el sumo odio que mutuamente se profesan para unirse y defender su causa; pero los hombres prefieren sus intereses a la causa de Dios. Todos, hermanos míos, como un solo hombre, profesando un solo principio de adhesión invariable al Jefe de la Iglesia, combatamos por la causa de Dios en el presente siglo, cada uno sea soldado valiente y leal y use de las armas que están a su alcance para que reine el espíritu de Dios, el escritor con su pluma, el hombre de estado con su prestigio e influencia, el simple fiel con la oración, los padres de familia imbuyendo buenos principios en sus hijos y desterrando del seno de sus familias los escritos perniciosos. Este es el verdadero patriotismo, en esto está cifrada la prosperidad nacional.

El otro crimen con que los Doctores de Israel perdieron a su Nación, fue la blasfemia contra el Espíritu Santo. Este pecado consiste en negar caprichosa y tenazmente la verdad conocida, cerrando los ojos a la luz del cielo. Ellos tenían un odio infernal

contra Jesús, únicamente porque les superaba en sabiduría y popularidad, este crimen de ser apreciado por el pobre pueblo no le pudieron perdonar jamás. Veían claramente y sin poderlo dudar que todas las profecías tenían cumplimiento en él, y por cólera negaban esta verdad e interpretaban las Escrituras a su arbitrio, por no reconocer a su enemigo. Le veían ejecutar innumerables prodigios en confirmación de su doctrina ¡qué hacer! esto no lo podían negar ni explicar por causas naturales, acudieron a la blasfemia y dijeron que era un hechicero que por operación diabólica verificaba esos prodigios. Jesús trataba de persuadirles adivinándoles el pensamiento que tenían oculto en sus corazones, lo cual es obra de solo Dios, y ellos no reconocen, piden un milagro en el cielo, y Jesús se enoja: generación adúltera—les dice—eso no lo verás, porque igualmente podréis blasfemar de cualquier otro prodigio. En fin, llegó a tanto su obstinación que vieron con sus ojos resucitado a Lázaro, en el Calvario sintieron estremecerse la tierra, oscurecerse el cielo, despedazarse las piedras, rasgarse el velo del templo, poco después innumerables testigos, los mismos guardas del sepulcro daban testimonio de la Resurrección de Cristo; y ellos siempre endurecidos en su odio cerraron completamente los ojos a la luz y no

quisieron nunca confesar a Cristo. ¡Oh! estado deplorable y fatal a donde conduce la herejía!

Los magos de Faraón, en Egipto, con prodigios menos portentosos se vieron obligados a confesar el poder de Moisés, diciendo, el dedo de Dios está aquí. El dedo de Dios es el Espíritu Santo, porque la Divinidad es una sola esencia, así como es uno solo el cuerpo del hombre; y como del cuerpo procede el brazo, así del Padre procede el Hijo, que se llama diestra de Dios; y como del brazo procede la mano o sea los dedos, así del Padre y del Hijo procede el Espíritu Santo, llamado Jedo de Dios, porque en ninguna parte del cuerpo humano se presenta tanta división como en los dedos, así los dones del Espíritu Santo son muy diversos y Él los divide entre los hombres, siendo uno de ellos el poder de ejecutar milagros y sanar las enfermedades; por esto decía el Señor, con el dedo de Dios echo yo a los demonios. Pues esta era la blasfemia contra el Espíritu Santo que dijeron los fariseos. Antes que reconocer a Jesucristo quisieron más bien engrandecer la potestad del diablo atribuyéndole las maravillosas obras propias solamente del dedo de Dios.

Este crimen a que indujeron a todo el pueblo no les será perdonado: diez y nueve siglos han pasado ya desde que se cometió, y Dios todavía persigue a la

nación judía rea de blasfemia contra el Espíritu Santo. Negaron los siete dones del Espíritu Divino, y en castigo siete espíritus infernales se han apoderado de ese pueblo, como lo profetizó el Señor en su parábola; porque Dios echó al demonio de en medio del pueblo judío, cuando sacándole de Egipto le hizo su pueblo especial dándole sus leyes. Hasta entonces le había poseído el demonio de la idolatría: el dedo de Dios, con la vara de Moisés y escribiendo el Decálogo lo echó fuera, y el demonio se acogió al pueblo de los gentiles, en donde andaba como en lugares áridos y desiertos destituidos de las lluvias de la gracia. Mas cuando vino Jesús, el dedo de Dios por medio de los prodigios, lo echó del pueblo de los gentiles; entonces dijo el diablo, volveré a mi casa de donde antes fui echado, y yendo a Jerusalén la encontró desocupada porque no habían querido recibir al Mesías, y muy bien barrida por las ceremonias exteriores y la afectada virtud y austeridad de los hipócritas fariseos, fue al Averno y trajo siete espíritus peores que él y entró en Jerusalén y en el pueblo, incitándoles no sólo a la idolatría, como antes, sino al horrendo deicidio, y el crimen último que cometieron los judíos dando la muerte al Redentor, les hizo más aborrecibles a los ojos de Dios que cuantas abominaciones e idolatrías cometieron antes apedreando a los Profetas.

Pues bien ¡qué castigos están reservados para las naciones civilizadas de hoy! ¿no han cerrado también ellas los ojos a la luz? ¿diariamente no blasfeman contra el Espíritu Santo? ¡cuántos escritos impíos que niegan los milagros y se burlan de lo sobrenatural! El demonio que fue echado de Europa y de América cuando estos pueblos aceptaron la predicación del Evangelio, vuelve ahora con siete espíritus peores que él a recobrar sus antiguas posesiones, y la fe de Cristo se arranca de estos pueblos ingratos y pasa a buscar otros, convirtiendo a los infieles, civilizando a los bárbaros, y el demonio con sus secuaces entra en las naciones modernas que las encuentra desocupadas de las prácticas de la Religión, muy barridas por el lujo, la elegancia y las prácticas mundanas; pero no dejará piedra sobre piedra, todo lo asolará, y este crimen no les será perdonado jamás a las naciones. ¡Ah, hermanos míos, nosotros que formamos el último pueblo de la tierra contentémonos con nuestra humildad, que teniendo la fe católica todo lo tenemos, defendamos sí este precioso tesoro para legarlo íntegro a las generaciones futuras, y creedme que en él está contenida la futura grandeza de la Nación. Los otros pueblos grandes y poderosos se arruinarán destruidos por los siete espíritus, el nuestro humilde y sencillo con la fe católica se conservará y progresará.

Mientras que los reinos e imperios más florecientes insultan a Cristo en la persona de su Vicario y blasfeman contra el Espíritu; la República ecuatoriana como esa pobre mujer del pueblo, levante su voz sin miedo y alabe a Cristo y a María, diciendo: **DICHOSO EL SENO QUE TE ENGENDRO Y LOS PECHOS QUE TE ALIMENTARON**, y así confunda a los actuales enemigos de la Iglesia.

Esto por lo que hace a los intereses públicos: vengamos ahora a los intereses particulares de nuestra alma, y para ellos saquemos enseñanzas del presente Evangelio. Este endemoniado ciego y mudo es figura del pecador. Por el pecado mortal entra el demonio en el alma y se apodera de ella, le arranca los ojos del espíritu; y éste queda en una oscura noche de densísimas tinieblas, nada ve ni el estado horroroso de su conciencia ni el peligro en que está de condenarse, ni la espada de Dios que vibra sobre su cabeza, y el infeliz se ríe y goza cuando está en la cima de un precipicio; le impide el demonio también la lengua y le oprime los labios, le aprieta la garganta para que no hable ni siquiera haga ruido; y así es que el desdichado nunca ora, ni piensa siquiera en confesarse; además es sordo, no oye las inspiraciones de la gracia, los clamores de la conciencia ni la voz de Dios que de tantas maneras le llama. El diablo está en tranquila posesión

de este hombre, y como en lugares áridos y secos no halla descanso, lo humedece con las aguas de la concupiscencia, revolcándolo en el cieno de las más inmundas pasiones. Es el lugar apetecido por él: *sub umbra dormit, in secreto calami, in locis humentibus* esta fiera cruel duerme con sosiego a la sombra de una conciencia tenebrosa, en lo secreto del cañaveral bien escondida bajo las apariencias de una honradez fingida, en los lugares húmedos de la liviandad. Este es el enemigo fuerte que guarda muy bien las entradas de su casa, porque confía en sus armas, se apodera de los sentidos y de la imaginación, que son las entradas del alma, y lo trae al pecador embelesado con las vanidades del siglo, cuida mucho de que la palabra de Dios no resuene en el corazón sino únicamente en los oídos en donde trata de apagarla, le aleja en cuanto es posible de los lugares sagrados y del trato de personas piadosas, le impide la oración, poniéndole obstáculos para toda práctica piadosa: y así guarda solícita y diligentemente los atrios de su morada. Para curar a este endemoniado se necesita del dedo de Dios que eche fuera a Satanás, para que vea el ciego y hable el mudo. Nuestro Señor más fuerte que el diablo viene a los atrios de esta casa por medio de la predicación, de los buenos ejemplos y consejos, de las inspiraciones internas, y allí se traba la lucha entre el dueño de

casa que la defiende y el varón más fuerte que ha sobrevivido.

Es de ver los últimos y desesperados esfuerzos que hace el diablo para mantener su posesión. Se dice que la serpiente se encanta con la melodía de la música; por el oído le entra el contraveneno con que se ablanda su natural fiereza; mas dice la Escritura que hay una serpiente especial llamada áspid, que es sorda, y que, además, cuando ve al encantador modulando sus aires, aprieta la oreja contra la tierra para que no haya la posibilidad siquiera del encantamiento, y esta serpiente es venenosísima *sicut aspidis surdae et obturantis aures suas*. Así procede el diablo, que es la antigua serpiente, defendiendo la posesión del alma pecadora. Regularmente por el oído entra la salud al pecador. Los sacerdotes son estos encantadores que tomando en sus manos las Sagradas Escrituras, que son el instrumento melodioso del Espíritu Divino, tratan de encantar a la serpiente para que se convierta el pecador; Jesús que por sí mismo es una dulcísima melodía, se acerca también con el encanto de sus inspiraciones al corazón del pecador; pero el áspid se defiende apretando la oreja contra la tierra, porque convierte toda la afición del hombre a los placeres terrenos; éste no alcanza a percibir la armonía de las verdades celestiales: los más hermosos misterios como

la Eucaristía, la Pasión del Salvador, la pureza de la Virgen, son para él tan secos y desahridos porque esa oreja está oprimida contra la tierra; mientras que las poesías eróticas, los romances y novelas, las voces IGUALDAD, LIBERTAD Y FRATERNIDAD, son melodías que le encantan y le llevan hasta el exceso del entusiasmo, y las ásperas y desentonadas voces de los vicios es lo único que puede percibir porque su oído está vuelto a la tierra

Pero cuando Jesús se compadece del alma y quiere absolutamente la conversión del pecador y éste no pone obstáculo, ¿qué demonio ni qué Belzebug podrá resistirle? Entra en los atrios de la casa, amarra al fuerte que la poseía, le quita las armas en que confiaba, le despoja de las riquezas, y el enemigo vése obligado a huir exclamando, el dedo de Dios está aquí; el pecador queda libre, abre los ojos a la luz de este mundo que es Cristo, abre sus oídos a la palabra de la verdad eterna y suelta su lengua en las alabanzas divinas y en la humilde confesión de sus pecados.

Regularmente el Señor imponía sus manos sobre los enfermos para sanarlos de sus dolencias: a los sordos les curaba metiendo sus divinos dedos en los oídos, a los mudos tocándoles la lengua, a los ciegos pasándoles suavemente la mano sobre los párpados. ¡Ah! manos de tanta virtud. Esos dedos significaban

los dones del Espíritu Santo, y a ellos no podía resistir el espíritu de las tinieblas. Había llegado el reino de Dios y se destruía el poder de Satanás, hasta que al fin se destruyó por completo, prevaleciendo el reino de Cristo; y si fue vencido, ¿cómo reina todavía? Fue vencido y puesto en cadenas—dice San Agustín—este perro rabioso, ya no puede hacer mal; pero no deben acercársele porque no ha perdido su natural fiera; puede ladrar, puede incitar, però no puede morder, si reina todavía es sólo sobre los que se le acercan y le dan ocasión de ser vencidos.

¡Ea! pecador! ven a la presencia de Jesús, encantador de las almas, déjate tocar por sus dedos, no cierres los ojos ni aprietes los oídos endureciéndote en el pecado como áspid venenoso. Oye sus palabras, medita sus verdades, suelta tu lengua en una dolorosa confesión, y sentirás como los suavísimos dedos de Jesús entran en los oídos de tu alma, huye el demonio, desaparecen todas las dificultades que se te oponían y se establece el Reino de Dios en tu corazón, que no es comida ni bebida—dice el Apóstol—sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo. Así lo haces todos los años en la Cuaresma, pero poco te dura la salud, porque el diablo vuelve con otros siete espíritus peores, y se apodera de nuevo de tu alma, porque no has tomado las precauciones necesarias, y así

cada vez te vas volviendo más duro, este año es peor que el pasado, y sin duda llegarás a la impenitencia final. Oye la instrucción que te da el Salvador: cuando el espíritu inmundo es botado de una alma, va errante por lugares áridos y secos, buscando reposo, y no lo encuentra. Cuando salió de la casa de Tobías en fuerza del conjuro el demonio Asmodeo, tomóle el Angel Rafael y lo ligó en el desierto del Egipto superior. Así cuando sale del pecador, el Angel de la Guarda lo amarra para que no haga más daño; pero hambriento y furioso, en cadena, nunca está quieto sino que siempre procura librarse de la prisión haciendo todo esfuerzó; de la misma manera, el demonio nunca duerme ni sosiega en su oficio de tentar, trabaja con una asiduidad inconcebible; mientras dormimos, él vela; mientras estamos descuidados, él asecha; persigue con una tenacidad propia de un espíritu obstinado, verdad es que no puede dañarnos si no queremos. En los lugares áridos y secos, él no encuentra reposo, esto es, en los corazones castos, en los cuerpos enflaquecidos por la penitencia, en las almas áridas con relación a las flores de este mundo, no encuentra reposo, porque no encuentra en ellos su comida ordinaria, que son los pensamientos inmundos, y los santos no le dan también reposo, porque apenas le sienten que se acerca con la tentación, lo

echan, le espantan con la oración, el ayuno, las obras buenas. ¡Qué lección tan importante para nosotros, este aviso que nos da el Salvador de las inclinaciones del diablo! ¿Queremos ahuyentar al enemigo? pues, quitémosle los alicientes que le atraen, como insecto de putrefacción él vuela a los pantanos, pues seque-mos nuestro cuerpo de las humedades del siglo: quítate, ¡oh! niña, las flores de la cabeza, los afeites del rostro, el buen olor de los perfumes, el lujo que resplandece en la seda y oro, pues por lo mismo que eres flor mundana, los insectos diabólicos te persiguen, tienes buen olor para el diablo y sus secuaces, que andan a seguirte como moscas, mientras que para el Espíritu Divino tienes olor de muerte, nunca se acerca a tí.

Ved a las vírgenes consagradas al Señor, el diablo en verdad les tienta, pero no puede asentarse en ellas, no tiene en donde, es lugar seco, la aspereza del hábito, las huellas de la mortificación le espantan; y el Espíritu Divino viene volando a estas flores de la Iglesia y vive de asiento en ellas haciendo un dulcísimo panal de ellas.

El diablo siempre persigue al alma de donde una vez fue expulsado. Volveré a mi casa—dice—de donde salí, y la observa con cuidado: cuando la ve barrida, desocupada, entonces va a buscar siete espíritus

más fuertes que él para dar el último asalto, cuando la ve barrida con mala escoba—dicen los intérpretes—; porque la escoba mala no saca el polvo sino que destruye el pavimento; así es el mal examen y la confesión descuidada; sabes ¿por qué recaíste tan pronto en la Cuaresma pasada? porque el diablo después de la confesión te acechó y te encontró mal barrida por la poca preparación, más fue el ruido, porque el dolor y el propósito no sacaron fuera todas las raíces de los pecados, el examen no pasó por todos los rincones del alma; al encontrarte así barrida, el diablo se alentó, y fue en busca de los siete espíritus. La otra causa de la vuelta del demonio, es encontrar la casa desocupada aún cuando esté bien barrida, es decir, aunque esté en gracia, pero se descuida de practicar obras buenas, se contenta con la confesión y comunión anual, mas, después, no persevera en las prácticas piadosas de la oración, mortificación; y así el alma queda vacía de virtudes aún cuando limpia, es como una casa desamueblada cuyas piezas están solitarias porque no se prestan a la habitación, y la misma falta de habitantes le arruina por no haber quien la cuide y haga en ella las pequeñas reparaciones cotidianas: no habiendo quien viva en una casa, ésta se destruye. Pues lo mismo pasa con el hombre cuya alma ha sido formada por Dios para que sea morada de las virtudes:

éstas sostienen la santidad y reparan a la vez las pequeñas averías de los pecados veniales, son los huesos del alma—dice la Escritura—, porque así como los huesos sostienen el cuerpo, y son como el cimiento de esta casa de carne, y solo un hueso sufre gran lesión en el cuerpo, así las virtudes son el sostén del alma, y una sola virtud que se pierda, es una gran lesión en la vida espiritual.

Por esto estaba profetizado que a Jesucristo no le quebrantarían ni un solo hueso, en figura de que tenía todas las virtudes sin que le faltase una sola. Si después de la confesión, asegurándose del estado de gracia el hombre se descuida de practicar las virtudes, esto solo le precipita en la ruina del pecado, porque queda débil, sin sostén, poco a poco se le van quebrantando estos huesos del espíritu; ese corazón está vacío como una gran sala sin muebles, porque en él no hay caridad, ni cuidado alguno de las virtudes. Esta vista y conocimiento le alienta al diablo, porque está seguro de su triunfo, pero para no arriesgar una empresa tan importante, se precave acompañándose de todos los vicios que se significan en el número siete, ya para impugnarla con más fuerzas, ya porque es casa muy grande y para ocuparla bien necesita muchos habitantes, la universalidad de los vicios: ¿qué defensa podrá oponerle un hombre cuyos huesos están

quebrantados, una casa que no tiene habitantes? Así, hermanos míos, no os aseguréis con las confesiones y con los días de ejercicios, esto sólo no basta, practicad las virtudes, insistid en la oración, en la lectura espiritual, en la limosna, en la asistencia al templo, tened siempre bien ocupada el alma; el día en que empecéis a aflojar, u omitir o disminuir las buenas prácticas, tened miedo que el diablo os asecha porque os ve desocupados y ya va en busca de sus compañeros para recuperar su antigua morada. Y el estado del hombre que recae es muy miserable porque en lugar de un diablo que antes tenía, le entran los siete vicios capitales. Esta infamia es la mayor vergüenza que se le hace pasar a Cristo Nuestro Señor, pues Él es el fuerte que guarda las entradas de las casas, es decir, la posesión del alma que está en gracia, el Espíritu Divino con sus siete dones habita en esta morada; como valiente capitán se encastilla en el corazón del hombre, y allí es entregado por traición a su enemigo. Jesucristo es infinitamente más fuerte que el demonio, y le ha ganado en todos los combates.

Calculad la vergüenza y confusión de un general sobre quien triunfan las armas de un enemigo cobarde y mil veces vencido, que lo gana la batalla a traición conquistando al centinela del castillo! Tal es la situación de Jesucristo en el corazón del que recae en

el pecado; no tiene más armas para defenderse que la voluntad del hombre ayudada de la gracia, y esta voluntad se le niega en el momento del conflicto; pudiera como Sansón esperar que los enemigos ocupen la casa y en seguida derribarla con la muerte súbita del pecador, hundiéndolos a todos en los abismos; y algunas veces así lo hace, pero no siempre, porque aunque es fuerte y valeroso, es muy manso y amante de los hombres, prefiere su vergüenza a la condenación del alma; y así pacíficamente desocupa el castillo, retirándose Él con todos los dones del Espíritu de Dios, y exclamando: *Curavimus Babylonem et non est sanata, derelinquamus eam*, hemos tratado de defender esta alma, no lo ha querido, retirémonos.

De lejos ve la ruina de la ciudad santa tomada por el enemigo, que todo lo lleva a sangre y fuego, ve levantarse muy arriba el fuego de la concupiscencia y el humo de las pasiones, ve caer todo el edificio de la vida cristiana sin que quede piedra sobre piedra; y como otro Jeremías metido en su cueva del sagrado Tabernáculo, llora las ruinas de la Patria con tristes endechas como el Profeta de Israel. Sí, mientras el pecador se divierte y goza, Jesucristo padece dolores indecibles en su corazón; el pecador ciego no ve lo que pasa en su alma, mas el Salvador lo ve y por eso llora; llora la ruina del templo y de la ciudad: *Nesci-*

tis quia templum Dei estis. decía el Apóstol a los cristianos de Corinto. ¿por ventura ignoráis que vosotros sois templo de Dios? pues todo el oro de este templo es abrasado con las llamas, el altar es derribado y las puertas quemadas, porque el corazón es ocupado por el diablo y los sentidos arden con la concupiscencia: como en una casa incendiada el fuego sale por las ventanas y las puertas, el humo se levanta, así el fuego impuro que devora al pecador sale en grandes llamaradas por los ojos y se manifiesta en todo su exterior, y la razón se turba con el humo de este fuego, y él no lo conoce: así queda, pues, establecida la abominación de la desolación en el lugar santo: y el último estado de este hombre es peor que al principio. Cuando Jesucristo vivía en esa alma por medio de la gracia, como buen Pastor recogía las ovejas de ese rebaño, que son las potencias y sentidos, llamándoles con su dulce voz y guiándolos a los pastos de la oración, y encaminándolos a los pastos eternos: mas cuando entra el lobo dispersa el rebaño, disipa las potencias y sentidos, los mata y conduce a la eterna muerte. Y para que su posesión sea perpetua, el diablo hace ocupar esta espaciosa casa del corazón humano con siete espíritus que dan verdadera muerte al alma; el diablo puede tentar pero no matar, mas los siete vicios capitales peores que el diablo no sólo tientan sino que ma-

tan. Por estos siete espíritus se entienden no sólo los siete vicios, sino los siete demonios opuestos a los siete dones del Espíritu Santo.

El Espíritu del Señor habita también en esta espaciosa morada del corazón con sus siete compañeros, que son: el dón de sabiduría, de entendimiento, de consejo, de fortaleza, de ciencia, de piedad y de temor de Dios, que son el complemento de la santidad, y estos siete dones son como el purísimo aroma de los cielos que exhalan las flores de la Iglesia, con más o menos suavidad, según sea el grado de virtud. Al entrar el pecado en el corazón, asustada la paloma divina se retira con sus siete polluelos: pierde toda su fragancia la flor, y se convierte en una abominación que exhala todo el hedor pestilencial del infierno.

Al espíritu de sabiduría sucede el espíritu de necedad, porque nadie hay tan sucio como el pecador; al espíritu de entendimiento, el espíritu de vértigo y de locura; al de consejo, el de temeridad; al de fortaleza, el de inconstancia y temor; al de ciencia, el de estupidez; al de piedad, el de impiedad; al de temor de Dios, el de desprecio y odio de Dios. Y así se hace muy difícil la nueva conversión de este pecador; porque a un hombre necio, torpe, temerario, inconstante, a quien le atacan vértigos de locura, impío y despreciador de las cosas santas, ¿qué medio le queda

para la conversión? Por esto el Señor nos exhorta a que nos guardemos de la reincidencia, haciéndonos ver la astucia de Satanás, y amenazándonos con que los efectos de la recaída, serán peores que los del primer estado del pecador.

No se le perdonará ni esta vida ni en la otra, porque cayendo y recayendo—dice San Gregorio—, la última caída le dará en el infierno de donde no se levantará jamás. Para librarnos de esta desgracia levantemos la voz con la mujer del Evangelio y alabemos a María: **BENDITO SEA EL SENO QUE CONCIBIO A JESUS Y BENDITOS LOS PECHOS QUE LE ALIMENTARON.** Pues, Madre Santísima líbranos de los males de la culpa, llevándonos en tu seno y alimentándonos con la leche virginal de tu gracia, con ella criaste a nuestro Redentor, y con ella nos convertirás y harás que crezcamos en las virtudes. — Amén.

CUARTA DOMINICA

DE

CUARESMA

Amados hermanos míos en Nuestro Señor Jesucristo:

Nuestro Señor para evitar las emboscadas de Herodes asesino de los Profetas, y para proporcionar a sus Apóstoles, que volvían de una larga misión, un lugar de retiro y descanso, pues era mucha la gente que acudía donde ellos, de modo que no les quedaba tiempo ni aún para comer, se retiró al desierto, a una montaña llena de pastos incultos al otro lado del lago de Genezareth. Pero en vano intentó escaparse de

las multitudes que le seguían sin cansancio, ávidas de verle y oírle por los milagros que hacía curando a los enfermos. Cuando vió Jesús esta inmensa multitud que le seguía, se movió con ternura su corazón, porque los consideraba como ovejas sin pastor. Subió pues a lo alto del monte, y allí se sentó con sus discípulos para hablarles del Reino de Dios. Esto pasaba algunos días antes de la fiesta de Pascua.

Era ya tarde, y el día comenzaba a declinar; se acercaron los doce Apóstoles a Jesús, y le dijeron: este lugar es desierto y alejado de las poblaciones. es avanzada la hora, despide al pueblo para que cada uno vaya a las aldeas y lugares vecinos a buscar posada y alimento. Jesús dijo, no hay necesidad de despedirles, dadles vosotros de comer. Levantando los ojos Jesús y viendo que era muy grande la multitud que se acercaba donde él, díjole a Felipe, ¿en dónde compraremos pan para saciar a esta multitud? Esto le decía para probar su fe y confianza, porque Él ya sabía lo que debía hacer; Felipe le contestó, aún con doscientos denarios de pan no habría lo suficiente para que cada uno tomase un poco. Jesús repuso, ¿cuántos panes tenéis?, vedlo; respondióle Andrés hermano de San Pedro, Señor hay aquí un niño que tiene cinco panes de cebada y dos peces: pero ¿qué es esto para tanta gente? Jesús dijo: traédmelos aquí; y habiéndo-

doles ordenado que hiciesen sentar a la gente sobre la verde yerba, que era abundante, arreglándoles en grupos de cincuenta y ciento, tomó los cinco panes y los dos peces y levantando los ojos al cielo dio gracias a su Padre, los bendijo, dividió, y dio a sus Apóstoles, quienes, a su vez, los repartieron al pueblo. Todos comieron a su satisfacción y quedaron saciados

Por un prodigio admirable los panes y los peces se multiplicaban en las manos del Salvador a medida que los repartía, como también en manos de los Apóstoles cuando los pasaban al pueblo: como en otro tiempo el Profeta Elías había multiplicado el aceite y la harina de la viuda de Sarepta. Terminada la comida, y estando todos satisfechos, Jesús dijo a sus discípulos: recoged el sobrante para que no se pierda. Recogieron y llenaron doce canastos de pedazos que habían sobrado de los cinco panes de cebada. Y el número de los que comieron, fue de cinco mil hombres sin contar las mujeres y los niños. A la vista del milagro de que acababan de ser testigos, estos hombres exclamaron: este es verdaderamente el Profeta que debe venir al mundo, el Mesías libertador en quien se cifran todas nuestras esperanzas; y habiendo querido proclamarle Rey, en la montaña, Jesús lo rehusó.

En este Evangelio se manifiesta la bondad, sabiduría y omnipotencia de Jesucristo, porque los milagros son signos que nos llevan al conocimiento de las profundidades de Dios. Siendo Jesús el Verbo o palabra del Eterno Padre, todos sus hechos son para nosotros como palabras escritas que contienen un significado. No basta que admiremos el milagro, es preciso entenderlo para que fructifique en nuestras almas. No nos detengamos solamente en la forma exterior, pasemos al interior. Los que no saben leer—dice San Agustín—admiran la bella forma y elegancia de la letra, y allí se quedan, saben que hay un pensamiento escrito que calcularán será muy importante por la belleza exterior de la forma; pero no pueden conocerlo; mas el letrado admira en verdad la belleza de la escritura, pero pasa más adelante porque comprende el pensamiento, que es más hermoso que el bello perfil de la letra. ¡Qué letra tan bien formada la de los milagros! al fin como de la mano de Dios. Pero con esta letra se expresan enseñanzas y doctrina muy profunda, y aún cuando se lean todavía queda que leer más; no sucede como en los escritos de los hombres, que todo el que sabe leer entiende esos pensamientos. En estos escritos de Dios hay diversas clases de lectores: los simples fieles, que leen el sentido que salta a la vista, el más superficial: los Doctores Católicos y

Maestros, que leen más profundamente el pensamiento que está debajo del primero: los Santos Padres, que penetran mucho más adentro leyendo el sentido más profundo y oculto; y al fin, el único que puede leer correctamente dándole todo el sentido, es Cristo Nuestro Señor, que escribió la obra.

Los incrédulos, que no tienen fe, no saben leer: y solamente admiran lo sorprendente de la obra, la bella forma exterior del discurso, miran el Evangelio como un libro sublime, a Jesucristo como un filósofo o político inimitable, como el más sabio de los hombres. Estos creyéndose sabios, son en realidad insensatos, sin letras en el espíritu, sin conocer siquiera los primeros rudimentos de la ciencia divina, pues no saben leer en el libro de Dios. Nosotros a quienes el Señor hizo la gracia de darnos los ojos del alma junto con la lumbre de la fe, leamos su libro siquiera en el primer sentido natural, ya que las fuerzas de nuestra virtud no pueden penetrar más adentro.

Ved primeramente la amabilidad de Jesús. Poblaciones enteras, familias completas con mujeres y niños dejan sus ciudades, cierran sus casas sin preocuparse de las necesidades ordinarias de la vida, porque nada llevan para el camino, hacen un largo viaje al desierto, no les son un obstáculo ni las olas del mar de Tiberíades, ni lo elevado del monte de Bethsaida, se

olvidan de comer, se olvidan de vivir por ir tras de Jesucristo encantados en su doctrina, atraídos por sus milagros. Lo ven en la cumbre del monte, y todos suben a ella hasta los niños. Estaba próxima la fiesta de la Pascua, que era de gran solemnidad entre los judíos, y no se acuerdan de ir a Jerusalem para celebrarla, solemnizaban en el desierto, porque para ellos su Pascua era Cristo. ¡Qué fuerza de atracción ejerce Jesucristo sobre los hombres, es el imán de los corazones, les atrae hasta el desierto, hasta la cumbre de la montaña! Cuando yo fuere levantado de la tierra, dijo Él hablando de su Pasión, todo lo atraeré hacia mí. Es capaz de levantar las piedras del desierto y amansar las fieras de las selvas. Aún cuando una alma fuera dura y fría como el hierro, este imán divino la levantaría. Los únicos a quienes no levanta son los condenados del infierno, porque allí no llegan sus atractivos, y los fariseos, porque han pecado contra el Espíritu Santo y oponen resistencia diabólica a la influencia del Salvador. ¿Qué os parece, hermanos míos, si hubierais vivido en aquellos dichosos tiempos, si hubierais conocido de cura al Señor? ¿le habrías seguido? ¿no habrías como Mateo dejado el dinero en la mesa, y sin oídar de recogerlo, no hubierais ido en pos de Jesús? ¿no habrías como la joven Magdalena quedado desconcertados al solo mirar de sus ojos? y

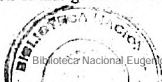
¿no habrÍais, como ella dejado las vanidades, corrido a poneros bajo los pies de Cristo? No envidiemos aquellos tiempos que pasaron, mejores son los nuestros. *ecce nunc tempus acceptabile, ecce nunc dies salutis*, pues el Señor ha dicho: *Beati qui non viderunt et crediderunt*, más dichosos son los que creen que los que vieron, porque la fe es un dón superior a la vista material de los ojos. Abrid los ojos del corazón avivando la fe, y sentiréis el influjo que ejerce Jesucristo sobre vuestra alma sin que la podáis resistir.

Jesús, en esta nuestra vida presente, ha huido materialmente de nosotros, pasándose al otro lado del lago y a la cumbre de la montaña, en la Santa Eucaristía, en donde vive alejado de los vaivenes de este siglo y oculto en la cumbre del misterio. Y sin embargo, ¿qué influencia ha ejercido y ejerce sobre los que le conocen con fe viva! ¡Cuántos cercando sus casas, separándose de sus familias, dando un eterno adiós al mundo, han venido a buscarle en el desierto de la Religión! y han subido la áspera montaña de la penitencia, para acercarse a Jesucristo ¡cuántas vírgenes llenas de los encantos y gracias que sabe apreciar el mundo, y a cuya vista se presentaba un dichoso y halagüeño porvenir, como un extenso campo cubierto de las flores de la primavera, cerraron también las puertas de su fortuna, y rompiendo los lazos más tier-

nos del alma, atravesaron los mares y cruzaron por desconocidas playas, siguiendo a Jesucristo en la persona del pobre, del enfermo y del ignorante! Esa inmensa multitud de Mártires que dejaron la tierra y casa de su cuerpo y subieron a la altura de las ruedas y potros, y dieron su vida en los tormentos, por seguir al Salvador! Esta fuerza de atracción que ejerce Jesucristo a través de todos los tiempos, y en todos los lugares, ¿no es una prueba terminante de su Divinidad? ¿qué otro que Dios puede influir tan poderosamente en los corazones?, ¿qué otra hermosura puede resistir al transcurso de los siglos sin perder sus encantos, sino la hermosura siempre antigua y siempre nueva de Dios? Cuando una alma ha llegado a conocer a Jesucristo, y ha gustado una vez de sus dulzuras, ya no puede soportar su ausencia, y no encuentra reposo sino a sus pies: aún cuando tenga que practicar caminos ásperos y difíciles, y subir a la cima de escarpadas montañas, nada le detiene; es el más furioso y loco de los amores el amor a Jesucristo; pues Él primero se volvió loco por nosotros, abrazándose con la locura de la cruz. ¡Ah! vosotros los que no amáis al Salvador, no tenéis corazones de hombres sino de fieras, *cor feræ datum est ei*, la soberbia os ha convertido en bestias de campo como a Nabucodonosor, y hace más de siete años que lleváis esta vida paciendo

heno como buey y perdida la figura de hombre por el pecado. Levantad los ojos de la fe y mirad a la cumbre de la montaña eucarística en donde vive Jesucristo, para que os infunda un corazón humano que sepa amarle

Cuando Jesús levantó los ojos, para mirar a la multitud de gente que se le acercaba, su corazón se movió con gran ternura, considerándolos como ovejas sin pastor, y resolvió, dentro de sí, hacer un portentoso milagro para manifestarles su amor. Hermanos míos, no hay corazón más tierno y sensible que el de Jesucristo. Él levanta los ojos y nos mira a cada uno de nosotros, penetrando hasta el interior ve todas nuestras necesidades y miserias sin que se le escape ninguna, y se mueve a compasión aún antes que le pidamos, y prepara ya el remedio para aplicárnoslo cuando nos lleguemos a él. Desde lo alto del Tabernáculo os mira ahora a todos vosotros que habéis venido a buscarle en este templo, os considera uno por uno, y se compadece viéndoos como ovejas sin pastor, porque vais errantes buscando el pasto de los placeres del mundo, sin dirección en los caminos de vuestra vida, os habéis desviado del recto sendero, y ahora, casualmente, os encontráis junto a él. Conoce el hambre que padecéis, y ha resuelto remediar vuestra necesidad con el más grande de los prodigios, sólo es-



pera que os acerquéis. Y todo os invita a que lo hagáis pronto.

Muy bello era el lugar en que Jesucristo multiplicó los panes, todo contribuía para la solemnidad del milagro: la montaña que se elevaba a orillas del mar; la soledad de los campos, la época de primavera, el caer de la tarde, la verde y mullida hierba en que se sentaron los convidados, los grupos de personas que comían el pan de milagro al aire libre, la proximidad de la Pascua. ¡Qué bellos son también los campos de la Eucaristía! Estamos a la orilla del inmenso mar de la misericordia del Señor cuya profundidad no alcanzamos a medir. Esta es una región de perpetua primavera, cuyo suelo siempre está cubierto de hierba y hermosas flores, porque es la fuente de la vida que riega el Paraíso de Dios y que da eterna juventud a las almas, coronándolas con las flores de todas las virtudes. Es un desierto y una alta montaña a donde no llega el ruido del mundo, porque las especies sacramentales son el límite divisorio entre el tiempo y la eternidad, que no puede ser atravesado por ninguna acción del hombre, está muy defendido el Señor, de los Herodes que pudieran perseguirle, pues toda su furia se estrellaría en los accidentes de pan y vino, sin que llegue en lo más mínimo al cuerpo de Jesús; sólo es accesible a la fe y a la caridad de

sus amigos. Es el caer de la tarde porque es la última edad del mundo, y cada uno de nosotros nos vamos acercando al sepulcro: durante todo el día de la vida tal vez no hemos comido, estamos lánguidos y desfallecidos en el espíritu. Ved pues la necesidad que tenemos de un milagro místico semejante al de la multiplicación de los panes. ¿Qué rico por poderoso que sea no se hubiera asustado al ver llegar a sus pies una inmensa muchedumbre hambrienta, pidiéndole pan? Y sin embargo el pobre Jesús, que no tenía ni un dinero, queda tranquilo, pues ya sabía lo que debía hacer. Los Apóstoles débiles en la fe entran en desconfianza: despáchales, Señor, dicen, para que puedan ir a las poblaciones vecinas. La Virgen María estuvo en igual caso en las bodas de Canaán, pero llena de fe no dijo: despacha a los convidados, sino simplemente; mira, no tienen vino, porque sabía quien era su Hijo. Moisés entró en igual desconfianza en el desierto cuando el pueblo le pedía carne; por un mes, le dijo Dios, les daré yo de comer carne; pero ¿cómo Señor?, le replicaba el Profeta, aún cuando el desierto se llenara de reses, ¿bastarían para seiscientos mil hombres? ¡cuán corto es el entendimiento del hombre para juzgar de la omnipotencia divina! ¿Y con cuántos panes alimenta ahora Dios a todo el género humano?, pregunta San Agustín, ¿quién ha da-

do fecundidad a la tierra para que con pocos granos de semilla se cubra el suelo de abundantes mieses? y ¿esas manos que formaron la tierra han perdido acaso su fecundidad y omnipotencia? ¡mayor milagro es que la tierra multiplique los granos que el que las manos de Jesús multipliquen los panes!; sólo que este último por ser desusado llama la atención, mientras que el primero, por ser usual y constante, se ha envilecido a nuestros ojos

Si estas turbas alabaron con entusiasmo al Salvador por la comida del desierto: ¡cuánto debemos alabarle nosotros a quienes alimenta con mayor prodigio! Y nadie pierda la esperanza de conseguir el alimento, por pobre que sea, pues las manos del Señor son su hacienda y sus campos y éstas tienen más fecundidad que todas las tierras del mundo. En las circunstancias más difíciles de escasez y pobreza, levante los ojos al cielo y mire las manos de Dios: los campos de los ricos están sujetos a las heladas y contrariedades de los tiempos; las manos de Dios no se hielan jamás. A esta confianza nos invita el Señor en el Evangelio.

Verdad es que a veces pone a prueba la fe de los hombres, tentándoles como ahora a Felipe y a Andrés, con el fin de que manifestaran su confianza; pero estos discípulos cortos en su juicio contestaron, el

uno: doscientos denarios de pan no serían suficientes para esta multitud; y el otro: ¿qué son cinco panes de cebada y dos peces que aquí tiene un niño para tanta gente? Jesús indirectamente reprende la poca fe de estos Apóstoles, mandándoles que hagan sentar a la gente sin tener nada preparado para darles, como si les dijera: hombres desconfiados, tardos para creer, que se sienten a la mesa de la Providencia, y ahora veréis quien soy yo. Levanta los ojos al cielo de donde viene todo dón perfecto y a donde deben mirar todos los que tienen hambre, bendice los cinco panes así como bendijo a la tierra en el día de su creación, y dividiéndolos los multiplica. Trábase entonces una lucha—dice un expositor—entre el pan y el que lo come, crece el pan en las manos y entre los dientes de los convidados, mientras más comen más se multiplica, y al fin venció el pan, faltaron los comensales, no faltó sino sobró el pan, siempre sobra la Providencia para las necesidades del hombre. Mientras más se dividía el pan más se multiplicaba; y así ¡oh! hombre, sigue el consejo del Profeta: *frange exurienti panem tuum*. parte tu pan y dalo al que tiene hambre, y así se multiplicará el pan de tu casa y tu familia, porque la limosna es una bendición de Dios que aumenta sin tasa los bienes de fortuna, mientras más limosnas des, más te aumentará el Señor, y de pobre te

hará rico, porque está comprometido su honor en la lucha que con Él trabas, considéralo en los Apóstoles, ellos tampoco tenían pan y estaban con hambre, y sólo por haber repartido al pueblo pasándolo de la mano del Señor, quedaron con pan para muchos días, pues cada uno recogió una canasta de los fragmentos que habían sobrado.

El hombre da con medida, y Jesús da sin tasa porque su generosidad es invencible. Pongamos, hermanos míos, toda nuestra confianza en el Señor.

Pero la menor de las necesidades que padece el hombre, son las relativas a su cuerpo: tiene necesidades más imperiosas en el espíritu, el hambre del corazón es mucho más urgente, la sed de la inteligencia es devoradora: pero Dios es también más solícito y hace mayores prodigios en esta clase de bienes. ¡Cuántas son las necesidades de vuestra alma! Unos necesitan la luz de la fe, del pan de la doctrina; otros buscan alivio para sus penas, paz para sus familias, gracia contra sus pasiones, perdón de sus pecados, conversión para sus allegados; en fin, son tantas y casi infinitas las dolencias de vuestra alma, que yo podría exclamar como los Apóstoles, ¿en dónde hallaremos pan, Señor, para saciar a esta multitud?, ¿qué es este pan de cebada, este pobre pan de mi palabra sacerdotal, para tantas necesidades espirituales que tiene

mi auditorio? Pero esperad en el Señor; por mandato de él, sentaos sobre la hierba del campo, mortificad vuestro cuerpo, que es como heno de la tierra: *Mortificate membra vestra quae sunt super terram* para que así os hagáis dignos de recibir los dones de Dios.

Mirad, como explican los intérpretes; el género humano padecía hambre devoradora antes de la venida del Salvador: tenía hambre y sed de conocer al verdadero Dios, de saber los destinos de la vida futura y eterna, de entender la verdadera ley moral y conseguir una perfecta civilización; fue a pedir a los filósofos y políticos que satisficiesen esta su necesidad, ¡vana y hueca filosofía! estaba rodeada de tinieblas, agitada de dudas, rastreaba miserablemente por el suelo, no podía edificar, y amontonaba ruinas. Platón, Aristóteles y los más sublimes genios del Paganismo no pudieron satisfacer los justos deseos del hombre.

Sólo había un niño que tenía cinco panes de cebada, pero él no comía sino que los cargaba en vano, ni daba de comer a los otros: y, además, ¿qué era esto para todo el mundo? La cebada es grano muy fuerte que tiene cubierta la sustancia con paja muy dura y difícil de separarla. Este niño era el pueblo de Israel, que guardaba los cinco libros de la Ley de Moisés, que contenían la doctrina del cielo, las enseñanzas del mismo Dios, pero cubierta y escondida con

sombras y figuras que ellos mismos no acertaban a explicar, y aún ahora—dice San Pablo—, cuando los judíos leen la Escritura tienen un velo encima que les impide ver la sustancia de su Ley, porque no quieren conocer al Mesías, que es la verdadera sustancia y alimento contenido en las antiguas figuras. Vino, pues, Jesús y rasgó esos velos, como se rasgó el velo del templo de su muerte, hizo manifiesta la sustancia de la doctrina de Moisés, tomó esos cinco panes de cebada del niño, porque no vino a destruir la antigua Ley sino a explicarla y perfeccionarla dándola cumplimiento, dividió esos panes explicando minuciosamente toda su doctrina, puso en manos de los Apóstoles para que los pasaran al pueblo, cuando les dijo: id por todo el mundo enseñad a todas las gentes, predicad el Evangelio a toda criatura, el que creyere y se bautizare ese se salvará y el que no creyere se condenará. Los Apóstoles cumplieron ese encargo: *Ego enim accepi a Domino quod et tradidi vobis*, decía San Pablo: el pan de mi doctrina no es hecho por mí, sino que lo recibí de las manos del Señor con encargo de pasároslo, y ahora os lo entrego.

Y ved como estos cinco panes divididos por el Señor y entregados a los Apóstoles, es decir, los cinco libros de Moisés explicados por Jesucristo, se han multiplicado, siendo suficientes para la instrucción y civi-

lización de todo el mundo, y aún han sobrado, porque el género humano no es capaz de recibir tanta doctrina, y ese sobrante se ha recogido en hermosísimas cestas, que son la tradición de la Iglesia Católica y los escritos de los Santos Padres; las cestas antiguamente se hacían de hojas de palma, y *justus ut palma florebit* el corazón del justo es la cesta en donde se recoge lo más selecto del pan divino, que no alcanza a comer el pueblo por su rudeza; así son San Jerónimo, San Agustín y los otros Doctores, que guardan en sus escritos lo más sábio de la doctrina Católica, y en tiempos oportunos sirven también para alimentar al pueblo defendiéndolo de las heregías, y la Iglesia saca del depósito de su doctrina verdades convenientes a los tiempos en que enseña.

De este modo, con la predicación apostólica, el mundo todo fue satisfecho en sus deseos, que no pudieron cumplirle los filósofos: conoció al verdadero Dios, supo sus destinos inmortales y eternos, aprendió la hermosura de sus virtudes hasta entonces desconocidas la castidad, la humildad, la pobreza, hizo de esta doctrina el fundamento de sus leyes, y así se civilizó: sólo que ahora ya tiene náusea de este pan que en otro tiempo le dio la vida; y como los israelitas cansados del maná, tuvieron deseo de volver a las cebollas de Egipto, así la presente generación cansada

del pan del cielo, que es la doctrina de Jesucristo, apetece por volver a las prácticas del paganismo. Dios se irritó contra los hebreos, porque despreciaban sus dones, y los mató en el desierto: es de temer que esto suceda con el mundo actual. Pues esto mismo que sucedió con el género humano, acontece también con cada hombre en particular. Para todas las necesidades de la vida se encuentra satisfacción en la doctrina de Cristo.

El credo, ese pequeño símbolo, al parecer insignificante, que lo saben los niños, y es el pan de los pobres, pan de cebada, porque es muy vulgar, trivial y sin ningún adorno de palabras que no pueden digerirlo los literatos y filósofos, ese es el alimento del pueblo cristiano. Jesús lo bendice, lo divide explicándolo y lo pone en manos de los Apóstoles y sacerdotes, y esa doctrina crece y se multiplica, de modo que no hay necesidad que no la satisfaga. Mientras más se come, más crece, es decir, mientras más se medita y estudia, crece y se aumenta este pan divino, y si hubiera algún hombre fuerte, de buen estómago y de gran apetito, esto es, de elevada meditación y mucho amor a Dios ¡cuánto crecería!, como sucedió con los Santos. Nunca se acaba este pan divino de la doctrina católica, este mismo lo comieron los primeros cristianos, este mismo se multiplicó en manos de los

Santos Padres, y aún queda para las generaciones futuras hasta el fin del mundo. La mesa está puesta, son los hermosos campos de la Iglesia de Dios. Jesucristo es el presidente de este convite, pero no alimenta sino por manos de los Sacerdotes, porque no hemos de entender la doctrina de las Escrituras a nuestro capricho, y según los dictámenes de la sabiduría humana, sino tal como nos lo entregan los Pastores de la Iglesia. Las manos sagradas tienen fecundidad y virtud, mientras que las manos profanas del pueblo son estériles e infecundas. Por eso el Protestantismo que sacude el yugo de la enseñanza sacerdotal, ha quedado tan estéril teniendo las Escrituras en las manos; ese precioso libro lleno de encantos y bellezas cuando lo manejan las manos sagradas de la Iglesia, se ha convertido en un árido desierto lleno de abrojos y espinas en manos de los Protestantes, porque de él sacan sus herejías

Al contrario, ese libro o doctrina en boca de un sacerdote católico, de un venerable cura de aldea, sencillo como un niño, que acomoda su expresión a los pobres campesinos del lugar acostubrados a comer pan de cebada, ved como crece y se multiplica, y alimenta sólidamente al pueblo, enseñándole las virtudes, apartándole de los vicios; y con esa predicación los hombres se reforman, florece la parroquia en bue-

nas costumbres, y poco a poco llega a una verdadera civilización. Es el milagro de la multiplicación de los panes. Las satisfacciones que no podían encontrar en el mundo la encuentran en la verdad explicada y enseñada por su propio párroco

¡ Ah!—cuán gran beneficio es el haber nacido en el seno de la Iglesia. Este buen Pastor como a ovejas predilectas, os ha conducido a los abundosos pastos de la verdad, estáis sentados en tierra fértil y cubierta de hierba *in loco pascuae ibi me collocavit* mientras que hay otras ovejas que no pertenecen a este redil, conducidas por mercenarios y lobos a los campos del error y del vicio, que están sentados en las tinieblas y en las sombras de la muerte, no hay quien les quiebre y reparta el pan, y mueren de hambre, no pueden satisfacer las exigencias imperiosas de su espíritu, porque no tienen sacerdotes que les intruyan, manos sagradas que les pasen la doctrina de Cristo. Para alimentarnos de este pan es preciso que sepáis comerlo, recibiendo con humildad. Si la predicación no os aprovecha es porque el espíritu de soberbia domina en vuestros corazones, no queréis pan de cebada, buscáis palabras que halaguen el oído; cuando es muy distinto el modo de escuchar la palabra divina, del que se tiene cuando se escucha a un orador profano; así como fue muy distinto el banquete del pan milagroso en el

desierto, en que no hubo aparato de mesas ni bajilla, ni asientos para los convidados: es muy distinto digo, del que se usa en un convite profano en que hay tantas usanzas y delicadezas; en el banquete del Salvador sobresale la humildad del pueblo sentado en tierra, para indicarnos que la palabra del sacerdote se ha de recibir sencilla y humildemente de parte del auditorio, éste se ha de contentar con la cubierta áspera y dura de la cebada, anhelando sólo la sustancia de alimento en ella contenida; esta su humildad hará que el pan de los pobres se multiplique y convierta en pan de ángeles. Se multiplicará a medida que se coma, y es otra de las razones porque la predicación no fructifica en vuestras almas, se predica mucho y se convierten pocos, porque no coméis, es decir, no meditáis, porque la meditación es como la masticación en que se desmenuza el alimento, y esta misma meditación produce el calor en el alma para que pueda digerirlo, y así alimentarse. Os contentáis con oír sin sacar propósitos o resoluciones prácticas para la enmienda de vuestra vida.

Cinco mil hombres quedaron satisfechos con el pan de milagro, sin contar las mujeres ni los niños; así todas vuestras necesidades temporales y eternas quedarán remediadas con la palabra divina. Aquí está la piscina de los cinco pórticos en que la multitud

de los enfermos se agrupaba para recibir la salud; y con una sola palabra levantó Jesús al enfermo habitual de treinta y ocho años de dolencias. En Jesucristo, en la palabra eterna de Dios encontramos todo lo que puede saciar nuestro corazón: santidad perfecta: paz inefable que el mundo no puede dar: abundante consuelo en los dolores; y felicidad eterna en la otra, porque el Salvador tiene para nosotros un ojo atento, un corazón compasivo y una mano abierta.

Todos comieron el pan, pero en el Evangelio sólo se cuenta a los varones, excluyendo a las mujeres y niños. Todos los católicos comen el pan de la doctrina; pero no todos quedan apuntados en el libro de la predestinación, sino únicamente los esforzados en la virtud y que perseveran en las buenas obras, de quienes se dice: *Gaudete quia nomina vestra scripta sunt in caelis*, mas los cobardes y de costumbres afemeninadas y pueriles, quedan excluidos de este número como superfluos.

¿No veis la inmensa multitud que a veces acude a los templos, llena las casas de ejercicios, invaden los confesonarios, se agrupan en el comulgatorio en tiempo de Pascua, todos comen del pan divino, y con testigos de los prodigios de la misericordia del Señor? ¿creéis que todos quedan apuntados en el libro de la vida?, ¿todos se salvarán? No, que hay muchos que

no pertenecen al número de los varones, son superfluos; y los ángeles que forman las listas y computan el número no los toman en cuenta, porque cobardes y pusilánimes no perseveran, pasan los tiempos de Cuaresma y de Pascua, y miserablemente recaen, olvidándose del pan que comieron. ¡Ay! cuántas veces, a nuestras solas, los predicadores nos quejamos con David: *Anuntiavi et locutus sum, multiplicati sunt super numerum*, he anunciado tu palabra, he hablado a las gentes, muchos me han escuchado, pero es una muchedumbre superior al número, hay muy pocos predestinados, porque no todos son varones fuertes capaces para la conquista del cielo y el manejo de las armas espirituales, mas son las mujeres y los niños en el espíritu que no entran en cuenta.

De todo este inmenso auditorio que asiste en el templo, ¿cuántos creéis que quedan en lista? ¿cuántos serán los predestinados? todos pueden serlo si quieren, pero muy pocos lo son. Esforzaos pues en ser varones, venciendo los obstáculos de vuestra conversión y perseverancia, para que os gocéis de que vuestros nombres queden escritos en el cielo, para que logréis ser del número fijo de los soldados del Señor, de los cinco mil que saben manejar las armas de la penitencia mortificando los cinco sentidos exteriores del cuerpo.

Pero el principal misterio figurado en este pasaje es el de la Eucaristía, esta multiplicación mística del pan de los ángeles. Al retirarse del mundo a la altura del monte Calvario, en esa última noche de su vida, cuando se despedía de sus Apóstoles, veía en los éxtasis del amor de su corazón divino, a todas las generaciones futuras llegarse a Él por la fe, hambrientos de felicidad: y Él compadecido, les preparó una comida milagrosa, dándose a sí mismo, que es pan vivo bajado del cielo, multiplicándose indefinidamente en las especies sacramentales mientras haya hombres que puedan comerle, es decir, hasta el fin del mundo. Tomando pues un pan ordinario y común, levantó los ojos al Cielo, dio gracias a su Padre, lo bendijo y partió entre los Apóstoles, diciendo: TOMAD Y COMED, ESTO ES MI CUERPO, y lo entregó en manos de sus discípulos, los sacerdotes, para que incesantemente se multiplicara este pan a través de todos los siglos. Entonces ni Felipe ni Andrés opusieron dificultad alguna a este inetable prodigio, porque ilustrados de lo alto conocieron el misterio. No había sino un pan verdadero, CRISTO, y se multiplicó hasta lo infinito, en todas las hostias consagradas. Y este milagro es permanente en nuestras iglesias, en las manos del Sacerdote se multiplica sacramentalmente Cristo. Y comiendo todos cuanto quieren de este pan

divino en la comunión, todavía sobra; Cristo se queda entero. y este sobrante se guarda en preciosas cestas, en todos los vasos sagrados del templo, en memoria del milagro; porque si el Señor mandó recoger los fragmentos fue para que los Apóstoles no se olvidasen del prodigio y guardasen perpetua memoria de Él; las turbas luego se olvidaban de los beneficios de Cristo, pasados unos pocos días otra vez le perseguían e insultaban. Así sucede también con el pueblo cristiano, pasados los días del cumplimiento con la Iglesia, luego vuelven a perseguir a Cristo con sus pecados, olvidándose completamente de los beneficios recibidos en la comunión: por esto el Señor manda que los sacerdotes recojan los fragmentos, guarden la Eucaristía en los tabernáculos para que se conserve memoria de los beneficios del Salvador, como en otro tiempo mandó guardar en vaso de oro el maná del desierto para que fuera testigo en las futuras generaciones de los israelitas. Aquí está reservado el pan de los cielos para que los agradecidos vengan a tributarle adoraciones y acciones de gracias. Para que todos admirados del prodigio que les descubre la fe, exclamen con la turba del Evangelio de hoy: **ESTE ES EL PROFETA DEL SEÑOR A QUIEN ESPERAMOS, A ESTE QUEREMOS POR REY.**

Sí, hermanos míos, este es el verdadero Profeta, porque es la palabra viva de Dios que nos enseña toda verdad, nadie ha hablado como este hombre. Si Moisés es el más grande los Profetas porque alimentó al pueblo con pan del cielo, este Profeta Divino nos alimenta con su propio Cuerpo y Sangre formado por obra del Espíritu Santo. Proclamémosle por Rey de nuestros corazones, de nuestras familias, de toda nuestra sociedad. Pero seamos sinceros en nuestro entusiasmo. El pueblo de Israel se entusiasmaba mucho cuando oía a los Profetas, y a pesar de todo, casi todos los Profetas murieron en Jerusalén apedreados por el pueblo; y estas mismas turbas que hoy le proclamaron al Señor Rey, en el desierto, un año después, en frente del balcón de Pilatos gritaban: no tenemos Rey sino César, quítale de aquí, crucifícale.

No, Salvador mío, nosotros os juramos fidelidad perpetua, no tenemos otro Rey que Vos, a vuestros pies rendimos las armas, nuestra libertad, nuestra vida, nuestros bienes y todo nuestro ser.

SERMON

predicado en San Francisco de Quito, el 17 de marzo de 1887. *In feria 3^a Rogationum.*

*Petite et dabitur: quaerite et invenietis:
pulsate et aperietur vobis.*

LUCAS, XI, N 9.

Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá.

Amados hermanos míos en Nuestro Señor Jesucristo:

En estas tres cláusulas nos enseña el Señor las condiciones que debe tener la oración para que sea eficaz. En la palabra *petite*, nos indica la confianza con que le hemos de hablar cuando oramos: al decir *quaerite*, nos enseña la diligencia y cuidado con que

hemos de hacer la oración; y cuando nos dice *pulsate*, habla de la perseverancia con que hemos de insistir en nuestras súplicas hasta que sean escuchadas. Estas expresiones indican, pues, una oración fervorosísima y hecha con las mayores instancias, porque según el pensamiento del Salvador, el que ora se asemeja al que quiere entrar en una casa bien amurallada y cerrada, y éste al principio llama y levanta cada vez más la voz para que se le oiga, y si no es escuchado busca como entrar en la casa, y con diligencia examina el modo de penetrar en ella, y no hallándolo vuelve a la puerta y se pone de firme a golpearla hasta que se le abra o rompa. De la misma manera para entrar en el cielo que está cerrado para nosotros, debemos primeramente levantar la voz del corazón con nuestros ruegos, clamándole al Señor con todas las fuerzas de nuestra alma; y después no contentarnos con palabras solamente, sino darnos a la práctica de la virtud y al cumplimiento de nuestros deberes, lo cual viene a ser como dar vuelta al rededor del cielo buscando su entrada; y últimamente hemos de apelar a la penitencia y mortificación, que son como golpes dados a las puertas del Paraíso para que se nos abran. Así lo dice San Juan Crisóstomo: *Petite percibus dic ac nocte orantes*, pedid con instancia, suplicándole al Señor de día y de noche: *Quaerite studio et labore*, buscad

con diligencia y trabajo: *Pulsate jejuniis et eleemosynis*, golpead la puerta con obras de penitencia y caridad: *Qui enim pulsat manu pulsat*, pues que los golpes con la mano se dan. Si la oración de una persona justa hecha con estas condiciones es la llave del cielo, según el pensamiento de San Agustín, *oratio justis clavis est coeli*, ¿qué deberemos pensar de las oraciones públicas hechas por los fieles y por los ministros del altar, en nombre de la Iglesia? que ellas son verdaderamente la oración del justo, porque la Esposa del Cordero es santa e inmaculada, sin arruga ni mancha; así que la Iglesia maneja las llaves del cielo no sólo cuando usa del poder de atar y desatar, sino también cuando eleva sus plegarias, que son eficacísimas delante de Dios. Por esta parte, la oración hecha entre muchos es de mayor eficacia, porque más fácilmente se cumplen las condiciones requeridas, lo que falta al uno es suplido por las disposiciones del otro, y así se ayudan mutuamente los fieles y se pone en ejercicio la caridad, que es de mucho precio en la oración; así se practica también un acto de culto público, que da más gloria a Dios que las oraciones hechas por los particulares, y a los que procuran la mayor gloria de Dios se les han prometido todos los bienes por añadidura. Cuando estas procesiones y rogativas públicas y solemnes se hacen con el espíritu con que fueron instituidas, son

infaliblemente eficaces; pues en procesión iban—dicen los expositores sagrados—los hijos de Israel con el arca del Testamento, y el Jordán se detuvo para darle paso libre; y procesión hicieron por siete días al rededor de Jericó, sin más estruendo de armas que el sonido de las trompetas tocadas por los sacerdotes, y los muros de la ciudad se vinieron abajo y los hebreos entraron en posesión de ella: figuras son estas de los efectos espirituales que están destinadas a producir estas rogaciones públicas. Sobre estos puntos os haré brevemente, hermanos míos, algunas reflexiones. Y para proceder con acierto, os repetiré ahora, Señor, las palabras de vuestro Evangelio de hoy: ved que estos huéspedes han venido a casa, y no tengo pan para presentarles porque soy pobre de inteligencia y de doctrina; os importunaré pues con el amigo de la parábola, *commoda mihi tres panes*, dadme el pan de la vida, del entendimiento y de la sabiduría celestial, o al menos algunas migajas, que se muttiplequen con vuestra bendición, para satisfacer a mis oyentes. — Ave María.

*Petite et dabitur: quaerite et invenietis:
pulsate et aperietur vobis.*

LUCAS, XI, V 9.

Petite et dabitur vobis. La oración, que es la elevación del alma a Dios, es connatural al hombre, porque como las dos sustancias que le constituyen, aunque el cuerpo fue formado de tierra, y el alma fue un soplo salido del pecho de Dios; cada una de estas sustancias tiende a volver a su origen: el alma naturalmente en virtud de sus tendencias innatas se eleva hacia los cielos buscando el pecho de Dios de donde salió, mas en su vuelo es detenida por la pesadumbre del cuerpo, que se inclina a la tierra buscando el barro de que fue formado. Además de este aliento vivificador que crió nuestra alma, hay en el corazón humano otro soplo, divino también, pero sobrenatural y de mayor eficacia que el primero, porque le hace al hombre participante de la vida del mismo Dios: tal es la inspiración de la gracia, que sobrepuja a las fuerzas de la naturaleza; pues si el alma en sus tendencias naturales es agravada por el cuerpo; en sus tendencias di-

vinas del orden de la gracia se lleva al cuerpo detrás de sí, elevándolo de la tierra a las regiones celestiales. Esto lo enseña el Apóstol cuando dice, que el primer hombre fue animado con alma viviente, y que el nuevo hombre fue animado con espíritu vivificante: *Factus est primus Adam in animam viventem, novissimus Adam in spiritum vivificantem*. Este espíritu o soplo vivificante es la gracia divina, que se infunde en nuestros corazones por operación del Espíritu Santo. Lo que es el aire para nuestros pechos, es la inspiración de la gracia para nuestro corazón. El aire que respiramos nos da la vida; y la gracia habitual viene a ser como la respiración de nuestra alma con la cual vivimos vida sobrenatural. El aire es el que resuena en nuestros labios cuando hablamos, y a medida que nuestro pecho contiene más cantidad de aire es más alta y robusta la voz; así también el Espíritu Santo, autor de la gracia, es el que formula nuestras palabras y discursos delante de Dios, porque nosotros ignoramos lo que hemos de decir, mas Él enriqueciendo con palabras nuestra garganta, *Sermone ditans guttura*, pide por nosotros, con gemidos inenarrables, y mientras estamos más llenos de este Espíritu, la voz de nuestra alma, en la oración, es más alta y resuena en todos los ámbitos del cielo: por esto la Iglesia le invoca diciendo: *Imple superna gratia quae tu creasti pectora*. De aquí

deduciréis la exactitud de la doctrina del Apóstol Santiago: *Multum valet deprecatio justis*, de mucha fuerza es la oración del justo; porque estando lleno de este espíritu de la gracia, su voz es muy alta, y en la oración da gritos delante de Dios. Moisés oraba en silencio y alcanzaba cuanto pedía en favor de su pueblo, porque estando lleno del Espíritu Divino, su corazón clamaba tan alto, que el Señor le decía: *¿quid clamas?* ¿por qué gritas tanto? Y la cananea para conseguir de Jesús lo que deseaba, iba clamando detrás de Él, y daba tales voces, que los mismos Apóstoles se interesaron para que se le concediera prontamente el favor que imploraba. Así pues nos importa mucho el estado de gracia santificante para que nuestra voz sea escuchada en los cielos y ponga en movimiento a los cortesanos de la gloria a quienes hemos invocado en las Letanías: cuando esta invocación se hace con viva fe, nos alcanza el remedio de todos los males, porque los Santos son la vestidura de Cristo, y al invocarlos hacemos como la hemeroisa del Evangelio, que, acercándose por detrás, apretó la orla del vestido del Salvador de donde le dimanó la salud. Pero a medida que va disminuyendo el favor de la gracia en el alma, la voz del corazón se va también apagando; y cuando el hombre cae en pecado mortal ha perdido enteramente la voz, porque ha extinguido en su pecho el Espíritu

vivificante: por esto dicen los Padres que el demonio hace con el pecador lo que el lobo con la oveja a quien arrebató, le hace presa en la garganta para que no balle y no le oiga el pastor. Esto no quiere decir que el pecador no puede orar, porque aún cuando ha perdido la gracia habitual, continúa la acción de Dios sobre él por medio de las gracias actuales, que son como soplos divinos, aunque pasajeros, que tratan de vivificar al hombre; y esta potencia de orar nunca la pierde el pecador por endurecido y obstinado que sea, es la última gracia que siempre le queda después de haberlas perdido todas: así explican los intérpretes del pasaje de Job, quien, después de haberlo perdido todo en sus bienes y en su cuerpo, exclamaba: *Dere-licta sunt tantummodo labia circa dentes meos*, no me han quedado sino labios para hablar. Mas la oración del pecador que conserva afecto al pecado, es hecha en voz muy baja, y apenas es posible escucharla; y las más de las veces no ora, porque habiendo perdido el espíritu que le daba la vida, se ha hecho semejante a los ídolos vanos de quienes dice el Salmista: *Non clamabunt in gutture suo*. Ved aquí, hermanos míos, la razón por qué las más de las veces son ineficaces nuestras oraciones. Urgidos por toda clase de males, queremos librarnos de ellos y clamamos al cielo; pero no nos resolvemos a dejar el pecado, nos falta pues el

aire que vivifique nuestro pecho, y en consecuencia la voz de nuestra oración no llega a los cielos. Por esto aconsejaba San Juan Crisóstomo que en las calamidades públicas se congregara a los niños y se les hiciera orar, porque la voz salida de esos corazones inocentes resonaba en el cielo y era escuchada de Dios. Aquí está también la ventaja de las oraciones públicas, porque cuando los fieles se reúnen para orar, de todos ellos se hace una sola alma y un solo corazón, y por consiguiente esa voz es más alta y resuena con más claridad, porque es salida de un pecho más amplio y robusto. Así es que siempre se ha mostrado Dios favorable a las oraciones de los pueblos y se ha compadecido de las miserias públicas. El perdonó a la infame ciudad de Nínive cuando los habitantes imploraron su misericordia haciendo penitencia: nosotros también, hermanos míos, procuremos con la penitencia estrechar los vasos de nuestra carne; pero al mismo tiempo dilatemos los espacios de la caridad en nuestro corazón, para que la voz que se levanta en estas rogaciones sea escuchada por el Señor.

Quærite et invenietis. Mas en la oración no nos hemos de contentar solamente con las voces. Así como el que desea encontrar una cosa perdida no sólo pregunta y clama por ella, sino que la busca con diligen-

cia y cuidado; así también nosotros si con voces y plegarias no alcanzamos todavía los favores del cielo, hemos de pasar a las obras. buscándolos con la mayor diligencia posible. Ved aquí cómo. Nos perdimos por el pecado, porque el hombre es una moneda divina, dice San Agustín, *moneda Dei*, sellada con el sello de la Divinidad, porque fue criado a imagen y semejanza suya. Nosotros somos, pues, la riqueza de Dios, quien nos guarda en el arca de su pecho, mientras nos conservamos en gracia. Pero hay una cuadrilla de ladrones capitaneada por Lucifer que procura con todo empeño robar este tesoro, y lo roba por medio del pecado mortal, porque entonces la moneda sale del poder del dueño y pasa a manos de este ladrón, quien la sepulta en los abismos de la culpa, y aún procura borrar la imagen con que esta sellada, para que no sea reconocida; y cuando el robo es enteramente perfecto y consumado, es decir cuando el legítimo dueño pierde la esperanza de recuperarla, entonces este maldito ladrón la guarda como propiedad suya en los abismos del infierno en donde tiene reunidas sus riquezas. Pero el Señor pierde estas monedas no por descuido suyo, pues muy bien custodiadas las tiene, sino porque son monedas vivas, que pueden elegir las manos del dueño por quien quieren ser manejadas. Y después de perderlas ¡cuánto empeño pone el Señor en bus-

carlas! Envía a sus ángeles que busquen al pecador por todas partes, y con la luz de sus divinas inspiraciones registra los más oscuros abismos del corazón para encontrar al alma perdida por la culpa; y si no la encuentra es porque el hombre no quiere dejarse encontrar. En el pecado mortal hay mutua pérdida: Dios pierde al hombre; y el hombre pierde a Dios. Y es preciso que así como Él nos busca, nosotros le busquemos también a Él. Quien busca una cosa perdida desanda el camino que iba, fijándose con atención en todas sus partes hasta volver al punto de donde partió, y si es preciso enciende la lámpara, y barre la casa, como la mujer que perdió el dracma de quien habla el Evangelio. Así nosotros, para la perfección de la oración, para cumplir con el *quæritis et invenietis*, es preciso que desandemos el camino que hasta ahora hemos llevado, volviendo sobre nuestros pasos hasta llegar a Dios de quien nos separamos por la culpa. Nos separamos de Él por la soberbia, volvamos por la humildad; hemos andado por el camino de la sensualidad, volvamos por la castidad; en una palabra, hemos seguido el sendero de los vicios, vayamos ahora por la vía de las virtudes; con la lámpara de la fe en las manos registremos lo más escondido de la conciencia, y limpiémosla por medio de una buena confesión: con este método, no dudo que estas monedas

perdidas se escaparán de las manos del ladrón y volverán a las arcas del cielo de donde fueron extraídas. En las oraciones públicas, esta condición, *querite et invenietis*, se cumple también con mayor facilidad. Por el pecado perdimos el cielo, en persona de nuestros primeros padres fuimos echados del Paraíso; y ahora para volver a él—dice el Papa San Gregorio—tenemos un camino resbaladizo y lleno de precipicios, *sial via illorum tenebrae et lubricum*, ¿qué medio nos queda sino reunirnos todos, y darnos las manos para afirmarnos mutuamente los unos a los otros, a fin de no caer en los despeñaderos?, sobre todo yo—dice el Santo Doctor—que voy con tan pesada carga en mis hombros, no puedo caminar y me expongo a caer al primer paso que dé, si la mano de todos vosotros no está conmigo para sostenerme. Enlacémonos, pues, con los estrechos vínculos de la caridad para llegar al cielo, porque Santiago dice: *orate pro invicem ut salvemini*. Estando unidos por la oración, seremos fuertes y firmes en nuestro viaje, y no sucumbiremos en él, cumpliéndose así la sentencia del Sabio: *Fratër qui adjuvatur a fratre, quasi civitas firma*, cuando el hermano ayuda al hermano, los dos se asemejan a una ciudad bien fortificada. Si oráis con esta diligencia, hermanos míos, todo lo alcanzaréis; porque si el Señor se deja hallar aún por los que no le buscan, y se presenta

delante de los que no preguntan por Él, ¿qué pensáis que hará con los que con tanta diligencia le buscan?

Pulsate et aperietur vobis. En este tercer modo se nos indica la perseverancia en la oración; porque Dios muchas veces tarda en conceder lo que se le pide, para poner a prueba la fe y deseo del que le suplica. Pero al proceder de esta manera el Señor—dice San Agustín—no nos niega sus dones, sino que nos los hace estimar; pues lo que pronto se consigue luego se envilece en nuestro aprecio, mas lo que tarda mucho tiempo en alcanzarse es de más valor en nuestro concepto. Hemos de redoblar, pues, nuestros deseos y diligencias, golpeando en las puertas del cielo, *pulsate et aperietur vobis*, lo cual indica las obras de penitencia en que se ha de ejercitar la persona que ora y desea ardientemente los favores del cielo. Cuando la oración va acompañada de mortificación es siempre escuchada por Dios, porque la persona que así procede, con sus obras da golpes en las puertas del Paraíso para que se las abran. El alma del hombre está destinada para ser habitación de Dios, que por esto nos llama el Apóstol templos vivos del Espíritu Santo, así que el hombre es entre todos los seres terrenos, el cielo en que habita la Divinidad; el cuerpo es como la fachada exterior de este palacio; y los sentidos son

la puerta por donde se penetra al interior de la habitación: el golpear, pues, la puerta es mortificar estos sentidos, y mientras más dura es la mortificación más fuerte es el golpe que se da en las puertas del cielo. Así se salvaron los Santos: San Gerónimo en el desierto daba estos golpes con una piedra; y el Apóstol nos dice que daba de azotes a su cuerpo y lo reducía a la servidumbre, a fin de que esos golpes fueran escuchados en el cielo; no procedía como los inmortificados, cuyas oraciones las más de las veces son golpes dados en el aire y que no hacen eco en ninguna parte. *Sic pugno non quasi aerem verberans; sed castigo corpus meum et in servitutem redigo.* ¡Ay! hermanos míos, la pretendida civilización del mundo desecha las obras de penitencia, considerando el cilicio y la disciplina como signos de poquedad de espíritu y acciones viles e impropias de un hombre civilizado: la sociedad actual no sabe golpear las puertas del cielo. no sabe pelear, como el Apóstol, la buena batalla, *bonum certamen certavi*; todos sus golpes son dados en el aire, porque todo se reduce a palabras que el viento las lleva y no hacen impresión en el alma. La verdad infalible nos enseña que el reino de los cielos padece violencia, es decir, que sus puertas se han de abrir por la fuerza, y que se ha de entrar en posesión de él con las armas en la mano. *Soli violenti rapiunt illud; rapiunt*, es de-

cir, que ha de asaltar el cielo como fortaleza enemiga. Mas, ¿quién podrá vencer al Omnipotente? ¿cómo arrollaremos a esas legiones de ángeles que custodian el Paraíso?, ¿qué armas habrán de tanto temple que puedan echar abajo esas puertas consolidadas por la mano de Dios? La humildad vence al Omnipotente: los instrumentos de mortificación son armas bastante poderosas para abrir brecha en el cielo: la penitencia es la llave que abre esas puertas, llave de hierro, es verdad, pero la única propia; mas el siglo actual maneja solamente llave de oro con la que abrirá todas las puertas, excepto la del Paraíso, ¡generación mela y adúltera!, le podríamos decir con el Salvador, buscas el cielo y no se te dará, tu posesión será el centro de la tierra, como a Jonás se le dio el fondo del mar; sí, porque el oro y la vida regalada ensanchan las puertas del abismo y las abren de par en par. Nosotros, hermanos míos, como soldados de Cristo, revistámonos de sus armas y aprendamos a manejarlas: Él abrió el cielo con la cruz: entre todas sus oraciones, la que alcanzó la redención del género humano, fue la que hizo estando crucificado, para enseñarnos que la oración acompañada con la mortificación es omnipotente.

Esta eficacia es mucho mayor cuando es un pueblo el que ora y hace penitencia, porque entonces se verifica, por decirlo así, una asonada pública, una re-

volución en que el pueblo empuña las armas para la conquista al cielo. Los primitivos fieles se reunían para hacer juntos oración y penitencia, y los magistrados paganos les prohibieron estas reuniones por creerlas sediciosas. Tertuliano en su Apología les contesta diciendo: somos sediciosos sí, pero no contra el Estado; conspiramos no contra los príncipes de la tierra, sino contra el cielo y el mismo Dios; con nuestras armas pretendemos vencer al Omnipotente, y tenerle preso y maniatarlo entre nosotros; pero no os escandalicéis por esto, pues, Dios quiere que se le haga violencia, y esta fuerza que con Él se emplea le es agradable: *haec Deo grata vis est*. He aquí, hermanos míos, el fin que la Iglesia se propone en estas rogativas públicas y solemnes

Después de estas consideraciones, volvamos a nosotros mismos y entremos dentro de nuestro corazón, para pensar y conocer por qué son tan ineficaces nuestras súplicas delante del Señor y no somos escuchados. Pedro fue puesto en la cárcel por Herodes, y la primitiva Iglesia oró por él y al punto se rompieron las cadenas que le aprisionaban, y quedó libre el príncipe de los Apóstoles; ahora el sucesor de Pedro está encadenado por el sucesor de Herodes, y los fieles de los tiempos modernos oran, y sin embargo no caen las cadenas, ni se abren las puertas de la prisión del Jefe

de la Iglesia. ¿Por qué? Yo lo ignoro. La voz de los primitivos cristianos era muy alta y sonora porque entre ellos había unión: *erant corde une et anima una*; mas ahora son tal vez los tiempos predichos por Isafas: *omne caput languidum et omne cor maerens*, no tenemos ni cabeza ni pecho para gritar al cielo porque la fe está casi apagada y la caridad casi extinguida. No sabemos tampoco golpear las puertas del cielo: en nuestras rogaciones y canto de Letanías, no hacemos tal vez sino herir el aire, *quasi aerem verberans*; pero nuestra voz no hace eco en los cielos, porque no sale del corazón ni va acompañada del espíritu de penitencia. El Señor, por su parte, golpea las puertas de nuestra alma, *sto ad ostium et pulso*, e insiste clamando, *aperi mihi soror mea*, y si nosotros no le abrimos, ¿cómo queremos que Él nos abra el cielo? Abrid vosotros—dicen los expositores—una pequeña abertura de penitencia, aunque no sea más que como el ojo de una aguja; y entonces el Señor abrirá grandes aberturas de misericordia en su pecho, de donde lloverán sobre nosotros los favores divinos. Así, pues, hermanos míos, reformémonos en nuestra conducta, pongámonos bien con Dios, para cumplir con estas condiciones de la oración, entonces ésta será eficacísima, y nos alcanzará toda clase de bienes temporales y eternos que a todos os deseo. — Amén. — GLORIA A MARIA.

DOMINICA DE PASION



Amados hermanos míos en Nuestro Señor Jesucristo:

El género humano adolecía de una gravísima enfermedad por haber comido de la fruta del árbol prohibido, se moría sin remedio, porque no había en la tierra medicina para su mal, ¿quién le podía librar de la muerte eterna en que incurrió por su pecado? Y el mal cada día iba agravándose sobre manera; porque los pecados de los hombres crecían e inundaban el mundo como un diluvio. Toda carne había co-

rrompido su camino, y todas las gentes se habían prostituido a la idolatría. Ni la sabiduría de los filósofos griegos, ni la justicia de los jurisconsultos romanos, ni la fuerza de tantos florecientes y poderosos imperios pudieron contener la fuerza del mal. Dios, compadecido de este enfermo, puso manos en su curación, preparándole un medicamento efficacísimo y divino compuesto de las más hermosas flores del Paraíso. *Magnus de coelo venit medicus, quia magnus in terra jacebat aegrotus*, dice San Agustín; bajó una gran medicina del cielo para curar este gran enfermo de la tierra. Esta medicina la confeccionó Dios en el Misterio de la Encarnación con los ingredientes más sublimes y eficaces. La primera flor que empleó fue la sangre inmaculada de la más pura de las vírgenes, el Espíritu Santo con infinita virtud extrajo lo más sustancioso y aromático de esta flor y formó el cuerpo de Jesucristo, que es la base de este medicamento divino. La segunda flor fue el alma de Cristo, criada por Dios en el mismo instante de la formación de su cuerpo, y unida á Él; pero la crió en tan alto grado de gracias y virtudes que es la primera y más noble de las criaturas, no hay espíritu por sublime que sea que pueda acercarse siquiera en santidad y hermosura al alma del Salvador. La tercera flor fue divina, porque Dios Padre la produjo de su misma sustancia; es el Verbo

o la segunda persona de la Beatísima Trinidad, que en el mismo instante se unió hipostáticamente a ese cuerpo y a esa alma perfectísimos, y de una manera tan íntima y penetrativa que no resultó sino una sola persona en Jesucristo, siendo a la vez Dios y hombre verdadero, Jesús Nazareno, que quiere decir florido, porque esa es la flor del Universo, lo más florido y bello que tenían los cielos y la tierra, flor inmarcesible germinada desde toda la eternidad en el seno del Padre, flor purísima germinada en el tiempo en el seno de una Virgen. En Él estaba contenida la salud del linaje humano: *Salutare* la llama la Escritura, esto es, saludable, la sanidad por excelencia el Salvador de los hombres, el deseado de las gentes, como es deseada la medicina por el enfermo: *Salutare tuum expectabo, Domine*, habían dicho los Profetas representando la humanidad doliente, esperamos tu medicina saludable ¡oh Señor! Cuando apareció Jesucristo en el mundo esta salud se desprendía de todos los poros de su cuerpo, como se escapa el perfume de las hojas de las flores, y en dilatadas hondas llegaba hasta los confines de la Palestina, de modo que atraídos de un buen olor venían en grandes turbas toda clase de enfermos, ya en el alma o en el cuerpo, los pecadores, los pobres, los desgraciados, todos los que padecían alguna dolencia; y así como la medicina llama con su vir-

tud al enfermo, así Jesucristo llama a todos los hombres: *Venite ad me—decía—omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos.* Venid donde mí todos los que tenéis algún trabajo o sufrimiento, yo os aliviaré. Y sus palabras no son vanas, ni sus promesas fingidas, porque atestigua el Evangelio que: *Virtus de illo exhibat et sanabat omnes*, que salía de Él una virtud que sanaba a todos: no había más que apretarle las vestiduras para quedar libre de las enfermedades del cuerpo; una mirada de sus ojos sanaba las enfermedades del alma convirtiendo a los pecadores; una expresión de sus labios, un **NO TEMAIS**, confortaba a los corazones tristes y abatidos. ¡Tan eficaz era el remedio preparado por Dios para las dolencias de la Humanidad! Solo el perfume, solo el olor ya mejoraba a los enfermos. Mas el modo como se había de aplicar esta medicina para la perfecta sanidad lo ordenó el Señor en el decreto de la Pasión de su Hijo Santísimo, mandando que se le extrajera toda la sangre de sus venas y con ella se lavaran los pecadores, protestando que no había pecado, por grave que fuese, que no desapareciera inmediatamente al contacto de esta sangre divina; y para que la salud fuese permanente ordenó que de esa sangre preciosa se hiciese una fuente perenne en su Iglesia que corriese hasta la consumación de los siglos por los siete acueductos de los Sacramen-

tos, para que los pecadores y todos los manchados en el alma y todos los débiles y enfermos vinieran con gozo a estas fuentes del Salvador. Ahora, calculad la eficacia de esta medicina aplicada ya a los enfermos, cuando encerrada todavía en sus arterias y venas causaba tantas maravillas de curaciones prodigiosas e instantáneas. Jesucristo estaba cargado de gracias como una nube y solo su presencia había fecundado ya la tierra; cuando esa nube se resuelva en María, ¿qué frutos de santidad producirá el mundo? Y se resolvió en el día de su Pasión, cuando lavó con su preciosísima sangre la faz de la tierra. Consideremos pues a esta nube descargada ya de su sangre, y anegado el mundo con un diluvio de gracias. La ira de Dios, en los primeros siglos, cubrió de negras nubes el cielo, y anegó al mundo pecador en las aguas de su justicia; mas ahora cubre el cielo de su divinidad con la nube ligera de su sagrada Humanidad, y anega al mundo pecador en las aguas de su misericordia; y en este nuevo diluvio queda flotando el arca de salvación, que es Cristo crucificado, con la entrada patente y manifiesta por cinco puertas, que son sus cinco llagas, para refugio del pecador, porque a pesar de ser este diluvio de misericordia, si el hombre resiste se ahoga en la sangre del Salvador, que es el peor castigo, porque es un ahogarse eterno. Escuchemos las voces tiernas

con que llama nuestra atención el Salvador, desde la cumbre del Calvario: *O vos omnes qui transitis per viam, attendite et videte si est dolor sicut dolor meus.* ¡Oh! viandantes para la Jerusalén eterna, cesad por un momento en vuestro viaje, y considerad este espectáculo de dolor único en el transcurso de los siglos, atended y juzgad vosotros mismos si hay un dolor comparable a mi dolor: ved cuanto me cuesta este diluvio de amor, toda mi vida fue rocío y lluvia para la tierra; mas ahora en la cruz ved abiertas las cataratas del cielo y rotas las fuentes del grande abismo. Ya queda franca y libre la entrada al Paraiso, pues la espada de fuego que defendía su puerta embotó sus filos en mi cuerpo, y apagó sus llamas en mi sangre.

No sólo está abierto el cielo, sino escalado, pues el grande y formidable muro de la Ciudad Santa que impedía a los hombres su entrada, nuestro Capitán lo echó abajo aplicándole la escalera de la cruz; ya cualquier cristiano puede entrar libremente subiendo por esta escalera, cosa que no pudieron los más grandes Santos de la Antigua Ley, a pesar de sus méritos, Abraham y todos los Patriarcas y todos los Profetas después de la muerte descendían al Limbo, porque no estaba practicada la entrada para el cielo ni aplicada la escalera; mas con la muerte de Cristo, un ladrón convertido a última hora es el primero que asciende

la muralla y entra en la ciudad eterna: hoy estarás conmigo en el Paraíso, le dijo el Salvador. Subamos pues, hermanos míos; pero esta escalera tiene gradas.

La primera es la herida de los pies, la segunda es la de las manos; y la tercera y última, que toca ya en la puerta del cielo, es la del sagrado corazón. Hagamos pues estas mansiones. *Faciamus hic tria tabernacula* Surge, propra amica mea, et veni. *Columba mea in foraminibus petrae, in caverna maceratae.* Levántate, apresúrate, amiga mía y ven Paloma mía vuela y haz tu nido en las hendiduras de esta peña, en los huecos de este muro Esta amiga, esta paloma es el alma penitente o el alma amante de Cristo, a quien el Señor invita a la consideración de sus heridas y de su muerte, para que en él ponga su afecto, para que en esas llagas se esconda y allí dé gemidos de dolor, como sencilla paloma y allí haga el nido de sus buenas obras. Levántate, alma pecadora, sacude el peso de tus iniquidades, extiende las alas de tus afectos, y entra en las heridas de los pies de Jesús, considera cuanto dolor le causó esta herida, penetrando gruesos y duros clavos en miembros llenos de nervios, y que cada vez se van rasgando más por el peso del cuerpo, que en los pies se sustentaba ¡Oh! fieros clavos perdonad a estos divinos pies, que nunca anduvieron el camino de la iniquidad! Castigadme a mí, yo soy el que siem-

pre anduve este camino, ensucié mis pies en el cieno de los vicios, yo soy la oveja errante, extraviada y metida en los zarzales de los pecados. Mas mi Buen Pastor ha venido tras mí, en mi seguimiento, y para darme alcance se ha fatigado, está bañado su rostro de sudor sanguineo y se ha ensangrentado los pies no sólo entre espinas, sino con duros clavos: y a fuerza de tanto dolor ha dirigido mis pies por el camino de la paz: *ad dirigendos pedes nostros in viam pacis*. Mira, es tu Maestro. está sentado en la Cátedra, desde donde nos lee la sublime lección de todas las virtudes, es la Sabiduría encarnada que da sus voces invitando a toda su escuela, a los hombres que no le creen y le contradicen. Está fijo en su Cátedra, sin poder levantarse de ella, porque él solo es el Maestro y nadie es capaz de instituirle en su Cátedra, y su Magisterio es perpetuo y eterno. *Adorate scabellum pedum ejus quoniam sanctum est*. ¡Ay! el escabel en que pone sus pies el Maestro es tan doloroso! ¿no es el escabel para asentar los pies? y ¡cómo en esta cátedra están tan doloridos y atormentados! Como fiel discípulo siéntate a los pies del Maestro, a imitación de la Magdalena, que se sentaba a los pies de Jesús, oía su doctrina sin perderle una palabra, y no quería moverse de su puesto, ni aún por las quejas de su hermana Marta. ¡Ah! esta pecadora había encontrado el refugio de la

Misericordia a los pies del Salvador, y quedó tan aficionada de ellos que nunca quiso separarse; siempre y en todas partes buscaba con ansia los pies de Jesús. En la casa del fariseo se los lavó con sus lágrimas y los ejugó con sus cabellos, los ungió con preciosísimo unguento, despedazando hasta el vaso de alabastro que lo contenía. En el Calvario no se apartó de los pies de Jesús moribundo, abrazando la cruz y levantándose para besarle los pies

Después de resucitado, la primera vez que le vio se echó también a sus pies y quiso besárselos: quedó tan aficionada a los pies de Jesucristo, que toda su vida la pasó como paloma gemebunda en esos agujeros, como enclavada al pie de la cruz, en cueva de su penitencia. San Jerónimo, atestigua de sí mismo, que cuando era oprimido con fuertes tentaciones carnales, corría y se sentaba a los pies de Cristo crucificado, golpeándose el pecho, y que así pasaba largas horas y aún muchos días, hasta que sentía volver la tranquilidad a su alma. A esos pies deben su ciencia los Doctores de la Iglesia; pues, San Buenaventura dijo a Santo Tomás, que todos sus conocimientos los había aprendido a los pies del Crucificado. Así, pues, cristianos, todos vengamos a hacer nuestra primera mansión, en el viaje para el cielo, en los agujeros de los pies de Cristo, porque los pecadores, como la Mag-

dalena, encontrarán en ellos lágrimas de penitencia y unguento de devoción; los adelantados como Jerónimo, encontrarán fuerzas para vencer las tentaciones y las perfectas luces celestiales que les ilustren. De esta mansión volemos a la segunda, que es la de sus sacratísimas manos, en donde hallaremos muchos misterios que meditar. Mírale a Jesús extendido en el leño de la cruz: *Elevatio manuum mearum sacrificium vespertinum*, en el sacrificio de la tarde yo he levantado mis manos al cielo. El sacrificio de la mañana se ofreció, en el templo de Jerusalén, cuando la Santísima Virgen lo presentó y el anciano Simeón lo recibió en sus palmas; entonces estaba en los brazos de María, empapado en las lágrimas de Simeón, en medio de las voces de los que cantaban y alababan; ¡ah! qué hermoso fue el sacrificio matutino en los primeros tiempos de su vida, en la época de su Nacimiento; mas ahora en el último tiempo, en el día de su muerte, está en los brazos de la cruz empapado en su propia sangre, entre las voces de los que le blasfeman, en un lugar ignominioso, allí extiende sus manos y ofrece el sacrificio vespertino: veis aquí un misterio.

Moisés en la cumbre del monte oraba al Señor, con las manos levantadas al cielo, pidiendo el triunfo de su pueblo sobre los enemigos, mientras las tenía levantadas triunfaba Israel, cuando las bajaba triunfaban

los enemigos; pues, para triunfar completamente se llegaron dos caudillos del pueblo y sostuvieron los brazos de Moisés, hasta que la victoria coronó sus esfuerzos; ahora nuestro Legislador Jesús en la cima del Calvario ora por el triunfo del pueblo cristiano sobre sus crueles enemigos, y levanta las manos a su Padre, persevera en la oración, sostenido no por dos hombres, sino por dos durísimos clavos: la victoria es nuestra, porque el Señor no desenclavará sus manos a pesar de que sus blasfemadores le invitan a que baje de la cruz. Extiende sus manos en la cruz —dice San Juan Damasceno— como quien, en un ímpetu de amor, quiere abrazar a todo el mundo, porque de todas las lenguas y de todas las tierras quiere formar un solo pueblo que milite bajo el estandarte de la cruz. Aquí se acaban todas las diferencias y distinciones de razas, aquí todos somos hermanos. Con sus brazos extendidos, tiene la figura del arco iris de paz extendido en los cielos, como signo de la alianza y del perdón, arco hermosísimo de diversos y variados colores, por las muchas heridas, cardenales y sangre, con cada una de las cuales pide gracia para los hombres, y el Padre Eterno queda aplacado, como en otro tiempo, después del diluvio se aplacó extendiendo un arco en los cielos. *Vide arcum, et benedic eum qui fecit illum quia valde speciosus est in splendore suo*, dice el

Eclesiástico. Como águila ha extendido sus alas para defender a sus polluelos y enseñarles a volar; aquí tenemos el lugar del refugio y la escuela de la perfección: a la sombra de sus alas encontramos refrigerio y seguridad: *scapulis suis obumbrabit tibi et sub pennis ejus sperabis*. Como prueba de amor filial al pueblo de Israel, dijo el Señor por boca de Isafas: *In manibus meis descripsi te*, te llevo escrito en mis manos, mirándote y protegiéndote siempre; pues lo que en las manos se lleva, mucho se aprecia y se cuida, ¡cuánto mejor sucede esto con nosotros! Jesucristo nos ha escrito en sus manos y ¡con qué caracteres! la pluma que usó son los clavos, la tinta su propia sangre, la mesa en que escribió es la cruz y el papel sus divinas manos, los caracteres sus divinas heridas, que todas significan amor, y Él mismo todo es un libro escrito por dentro y por fuera con caracteres de amor. Veis, pues, cuántos misterios se esconden en sus manos? ¡Ea!, paloma, vuela y entra en sus huecos, para eso están practicadas esas heridas para que en ellas hagas tu nido, en ellas des gemidos de dolor, considerando cuán atormentadas están esas manos que obran tantos beneficios: dan salud a los enfermos, vista a los ciegos y que siempre estaban llenas de bendiciones; mas ahora han quedado más benéficas y generosas, porque por las heridas se le caen las riquezas celestia-

les, para que nosotros las recojamos con abundancia. Él con sus benditas y agujereadas manos, cuenta y numera el precio de nuestro rescate delante de su Padre, y a manos llenas le paga con superabundancia, con el oro de su sangre y las margaritas de sus virtudes. Habitando, pues, en esas heridas, pídele que perdone las obras de tus manos por este precio infinito que cae de las manos del Salvador, lava tú mismo tus manos en la sangre inocente, para que queden limpias tus obras y tu corazón, y así puedas subir al monte de Dios *Quis ascendet in montem Domini? Innocens manibus et mundo corde.* En las heridas del león muerto por Sansón, las abejas hicieron un panal de dulcísima miel, que sirvió para la comida y regalo del mismo matador. Así, las almas devotas, cual industriosas abejas hacen también sus panales de virtud y de perfección en las heridas de Jesús, sobre todo en la herida de su divino corazón, en donde se encuentran todas las flores del Paraíso, y todas las dulzuras del cielo. Los mismos que le mataron encontraron su refugio en su corazón, pues Jesús agonizante tenía a sus verdugos metidos por amor en su corazón y entrañablemente pedía a su Padre por ellos. Longinos, que le hizo la herida, allí encontró la vista y la salud del alma, ahora es Santo canonizado: encontró las dulzuras de predestinación en el corazón que el mismo

hirió. Así, pecadores, no importa que hasta ahora hayáis contristado tanto a Jesús, en este mismo corazón herido por vosotros encontraréis el perdón y la salvación. No se contentó el Salvador con ser herido en todo su cuerpo con los azotes, en su cabeza con las espinas, en las manos y los pies con los clavos, quiso ser herido también en su corazón con la lanza; por todas sus heridas, como por otros tantos conductos, nos vinieron las gracias del cielo; pero con la herida del corazón se nos vino todo el cielo encima, se derramaron todas las riquezas espirituales, hasta la última gota. hasta entonces fue un copioso diluvio el de la Pasión; pero en esta herida se abrieron las cataratas del cielo y las fuentes del grande abismo, las misericordias del Señor rompieron todos los diques y echaron abajo todas las compuertas; ahora no hay nada reservado, están patentes los misterios de amor, estamos anegados en los misterios divinos. Aquí tenéis practicado el hueco en el muro, *caverna maceriae. Simeon et Levi suffoderunt murum*. Simeón y Levi socabaron el muro, es decir, los escribas y los fariseos, que eran de estas dos tribus, mataron a Cristo, que es muro y antemural de la gloria. Está pues cavado el muro con la herida del corazón, está vencido y tomado por asalto el cielo. Los Santos Padres dicen, que el mundo todo es un diluvio de iniquidad y que Cristo

es el arca, no hay más salvación que en esta arca, todo el que fuera de ella se encuentra parece eternamente; el arca de Noé estaba cerrada por la mano de Dios de modo que todos los que a nado llegaban al arca, en vano golpeaban su puerta, ni tenían de donde agarrarse, ni Noé podía socorrerlos porque no había como asomarse, y el estruendo del diluvio no permitía escuchar las voces y llamamientos, y así todos perecieron.

Mas esta arca tiene abierta la puerta en la herida del corazón. El Verbo Divino extiende su mano para introducir en ella y salvar a cuantos lleguen, Él mismo les invita y les llama; y ahora sucede al revés, de que el estruendo del diluvio de las pasiones no deja escuchar a los pecadores la voz amabilísima de Noé que les llama. El cuervo salido del arca no volvió más a ella; mas la paloma no tuvo lugar donde asentar su pie, siempre revoloteaba junto a la ventana hasta que compadecido Noé la introdujo de nuevo en el arca. Los pecadores réprobos que, después de este tiempo de Cuaresma, vuelven al pecado, ya no se acuerdan más de su amabilísimo Jesús, cual cuervos cebados en la carne podrida y acostumbrados a las inmundicias, hallan sus regalos en el lodazal inmundado de sus concupiscencias carnales, sin volver a acordarse del arca, ni de Noé, de Cristo y de su corazón. Mas

un pobre que por fragilidad cae alguna vez en pecado, no hace pie en la iniquidad, no halla contento en los placeres que le proporciona el mundo, siempre anda junto a los altares, deseando de que se le abra la puerta de la gracia y de la misericordia; entonces Jesús extendiendo su mano lo mete dentro de su corazón.

Las almas piadosas siempre viven dentro de esta arca de salvación, porque todas sus delicias las hallan en conversar familiarmente con ese corazón: mas cuando el mismo Jesús los manda por el mundo, como Noé a la paloma, para que exploren ese diluvio espantoso de pecados, y esto lo hace con los sacerdotes y misioneros, estas almas tampoco sientan su pie en los lodazales inmundos, si hallan algún hijo de la paz, en él descansan; como la paloma en el olivo, y por la tarde, con el recogimiento y silencio de la noche, siempre vuelven como nuncios de paz, a esta arca divina; y así es razón que lo hagan todos los cristianos, retirándose, después de los trabajos ordinarios, a este lugar de refugio, que es la herida del Sagrado Corazón de Jesús. Sobre todo, cuando se sienten las turbaciones e inquietudes, el mejor medio es extender alas como de paloma, volar y descansar, porque allí el Señor habla palabras de paz: *Pacem loquetur ad omnes qui convertuntur ad cor.* No hay lugar más delicioso en esta miserable vida que la herida del corazón, es un

Paraíso de delicias para el que lo conoce, y allí puede retirarse cuantas veces quiera, si le urge la tristeza o le oprimen los pesares: *Bonus est nos hic esse*, puede decir con San Pedro. ¡Cuán bueno—exclama San Bernardo—es habitar en este corazón!, en este campo descubierto. Muy gran tesoro es tu corazón, ¡oh señor!, y por adquirir este campo yo te daré todos mis pensamientos y afectos. Así se enriquecieron en virtudes los Santos, descubriendo este tesoro oculto en campo abierto. Si yo quisiera escribir todos los bienes que he encontrado en este corazón—decía Santa Matilde—, no me bastaría ningún libro por grande que fuese. Porque esta Santa oyendo una vez el Evangelio aquel: *Venite benedicti Patris mei*, dijo: ¡oh! si yo fuese una de estas almas predestinadas!, y el Señor le contestó: pues sabe que lo eres, y en prenda de seguridad te entrego mi corazón, como signo de amor y lugar de refugio en que siempre encontrarás consuelo y sobre todo en la muerte. Esta herida es un signo de extremado amor, por lo cual se dice que fue herido, no tanto con la lanza cuanto con el amor, o más bien con uno y otro: con la lanza y con el amor: y por esto repite dos veces en los Cantares: *Vulnerasti cor meum, soror mea, Sponsa, vulnerasti cor meum*, herísteme el corazón, esposa mía carísima, herísteme el corazón. Esta herida debe herir nuestros corazones con

dos golpes, de compasión y de amor: y a su queja debemos contestarle con esta súplica: Esposo mío, hiere mi corazón, hiérello con tu amor; y aún cuando sea duro como una piedra, Él a estos divinos golpes da si no sangre, al menos lágrimas, como las rocas del desierto al repetido golpe de la vara de Moisés. dieron purísimas y abundantes aguas. El misterio principal que notan los Padres en esta herida, es la formación de la Iglesia, Esposa de Jesucristo; pues, así como Eva esposa del primer padre, fue formada del pecho de Adán, de donde le extrajo Dios uno de sus huesos mientras dormía, así la Iglesia Católica nuestra Madre salió del corazón herido de Jesucristo, mientras Él dormía el sueño de su muerte. Durante su vida el Salvador nos llevaba a todos en su seno, porque nos había concebido por amor, nos tenía metidos en sus entrañas de misericordia; en el día de su Pasión nos dió a luz, en medio de los más agudos dolores y de sus sentidas quejas, porque clamó a su Padre urgido por las angustias que le oprimían, murió a fuerza de dolor, y después de su muerte nos extrajeron a nosotros vivos, abriendo su corazón con el hierro de la lanza, salimos figurados en el agua y en la sangre que de esa herida manaron, pues ellas son el símbolo del Bautismo y de la Eucaristía, que nos regeneran a nueva vida;

entonces se cumplió el anuncio del Profeta: *Filiū tui de latere urgent*

Los hijos que vinieron al mundo a costa de la vida de sus madres, suelen con este recuerdo concebir mucha ternura y amor para con las que les dieron el ser; ¡cuánta ternura y amor debíamos de profesar a Jesucristo! Somos su Benjamín o los hijos de su dolor, el hijo de la predilección del anciano Patriarca Jacob, porque nació a costa de la vida de su amada Raquel.

Allí en la cumbre del Calvario había otra hermosísima Raquel que moría de dolor en el instante mismo en que nosotros éramos regenerados en la vida de la gracia, porque la punta de la lanza hiriendo el corazón de Jesús no le causó dolor, pues era ya muerto, el dolor lo sintió el corazón purísimo de María, que estaba inseparablemente unido con el de su Hijo, la lanza atravesó dos corazones, y de ambos salimos nosotros, como hijos de Jesús y de María, ¡qué noble es nuestro origen!, ¡qué timbre de gloria lleva consigo el Cristianismo! Dios nos aprecia singularmente porque descendemos de sus más queridos hijos, de su amada Raquel, y por esto siente tanto la pérdida de una alma, no halla consuelo cuando un pecador se condena; como Jacob responde a sus ángeles que quieren consolarle: no tengo sino estos hijos de mi

querida Raquel, perdidos éstos ya no es posible vivir, descenderé con dolor al sepulcro. Y cuando el pecador se convierte, el anciano se regocija, ; bástame si vive mi hijo José! Esta herida, toda ella respira amor: ella es la puerta por donde entran las esposas de Cristo al festin de sus bodas: ella es el lugar de las citas con su Amado, la ventana en donde tienen sus coloquios de amor: la puerta del cielo. En la muerte el alma inocente como cándida paloma se desprende de las ataduras del cuerpo, y desplegando las alas de la inmortalidad, vuela al cielo pasando por esta puerta, ; oh! cuán glorioso es sumergirse en la herida del Sagrado Corazón de Jesús! Para merecer esta dicha, durante la vida presente, habitemos como palomas en el hueco de ese muro: *hoc requies mea in saxo ulum saccuti, hic habito quoniam eligi eam*: allí encontraremos las aguas de la gracia que endulza todas las penas. *Haurietis aquas cum gaudio de fontibus Salvatoris.*

Tales son las mansiones que debemos hacer en nuestro viaje para el cielo: no elegir otro camino porque iremos errados: está señalado el sendero de la cruz, camino recto y el más corto: están señaladas también las estaciones o posadas en que hemos de descansar en este estrecho o áspero viaje: en cada una de estas mansiones nos confortaremos con el descanso y el sustento, para continuar con vigor y sin desmayo

en el camino. Ya veis el ejemplo que nos dio el Señor; para que no erremos nos dejó señalado el camino con huellas de sangre, vayamos tras Él poniendo nuestros pies en donde Él puso los suyos. Ensayémonos en este viaje, practicando el devoto y santo Via-Crucis. Delante va Jesús, como nubes de abejas sigamos a esta hermosa y divina flor que contiene toda la dulzura de nuestra vida. Como palomas vayamos siguiendo a esta piedra viva que contiene nuestra vida. Como jóvenes esposas acudamos a la altura de los muros para ver pasar a nuestro Esposo engalanado con sus insignias de amor en el día de su Pasión. Y echémosle flores y perfumes sobre su cabeza, esto es, actos encendidos de amor y contrición.

EXORDIO

En los principios del mundo una negra nube cubrió el esplendor de los cielos, nube que contenía las iras de Dios por los pecados de los hombres, porque descargó sobre la tierra el peso de la justicia divina, con las aguas del diluvio universal. En los principios

de la ley de gracia, otra nube escondía la luz divina, y y esta nube contenía las misericordias del Señor, que iban derramándose por grados sobre la tierra, hasta que descargó todas las aguas saludables en un diluvio de gracia. Esta nube era la Humanidad Sagrada de Jesucristo, que ocultaba los esplendores del Verbo Divino, y fecundaba a la tierra con el constante rocío de la gracia; de todas las partes de su cuerpo y aún de sus vestiduras se desprendían virtudes y beneficios: *Virtus de illo exibat et sanabat omnes*; entonces se verificó el *stillicidia stillantia super terram*. Mas en el día de su Pasión armóse una formidable tempestad de gracias sobre el mundo, porque la nube se descargó sobre manera, y empezó a llover con más abundancia aumentando la lluvia por sus grados. En el huerto de los olivos, fue como un abundante rocío de la mañana, y en la coronación de espinas como las gotas de la lluvia nocturna, que por eso dice: *Aperi mihi cinammi mei pleni guttis noctium*; y en la flagelación fue abundantísima lluvia; y en la crucifixión fuerte tempestad; y en la muerte anegante diluvio, pues, entonces se abrieron las cataratas del cielo y se rompieron las fuentes del grande abismo; pero ¡qué aguas tan fecundas! ¡cómo cubrió de flores y de frutos el suelo de la Iglesia!

Aún materialmente—dice Hegesipo—que en el suelo de Gethsemaní, empapado en la sangre del sudor de Cristo, brotaron inmediatamente muy hermosas flores que llevaban esta inscripción: *Oh mors, quam omara est memoria tua!*; y flores producidas por esta lluvia son todas las virtudes cristianas y todos los Santos que ha producido la Iglesia.



INDICE DEL VOLUMEN II

	PÁGINAS
Sermón pronunciado en la Catedral de Quito con ocasión de las Bodas de Oro de la Declaración Dogmática de la Inmaculada Concepción	1
Sermón predicado en Quito, en la Capilla de San Carlos, delante de la imagen de la Santísima Virgen del Quinche el día 27 de Agosto de 1905, fiesta del purísimo Corazón de María	21
Sermón predicado el 23 de Junio de 1905 en la iglesia del Sagrario de Quito, a las Socias Protectoras de iglesias pobres	35
Panegírico de la imagen de Nuestra Señora de los Remedios que se venera en Cali, en la iglesia de la Merced, predicado en dicha iglesia el 8 de Setiembre de 1905.....	49
Panegírico de la Beata Mariana de Jesús, Azucena de Quito, predicado en el templo de la Compañía de Jesús, el 2 de Junio de 1907, dominica infraoctava de Corpus.....	67
Plática sobre la Eucaristía, predicada el 2 de Agosto de 1896..	93
Panegírico de la Inmaculada Concepción, predicado en la iglesia de San Francisco de Cali, el 8 de Diciembre de 1899..	105
La Inmaculada Concepción.....	129

	PÁGINAS
La Inmaculada	159
La Virgen del Carmen.....	175
La Porciúncula, predicado en la iglesia de San Francisco de Cali, el 2 de Agosto de 1896.....	195
San Luis Gonzaga.....	215
San Antonio de Padua.....	223
Sermón sobre la profesión solemne de una religiosa carmelita.	253
Discurso predicado con ocasión de la bendición de las torres y del órgano de la iglesia de San Francisco de Quito, el 2 Febrero de 1893.....	273
Nuestra Señora de la Nube	291
Plática pronunciada en el templo de San Francisco de Quito, el 30 de Junio de 1895, con motivo de la Procesión solemne salida de dicho templo.....	303
Alocución pronunciada en la bendición y jura de la bandera del Batallón N ^o 7, el 12 de Junio de 1910.....	321
Discurso pronunciado en el Coro de San Diego de Quito, delante de la Comunidad, el 24 de Diciembre de 1886.....	327
Discurso del Capítulo Guardianal, pronunciado en San Francisco de Quito, en el Capítulo celebrado el 31 de Agosto de 1891.....	345
Primera Dominica de Cuaresma.....	363
Segunda Dominica de Cuaresma.....	389
Tercera Dominica de Cuaresma.....	415
Cuarta Dominica de Cuaresma.....	443
Sermón predicado en San Francisco de Quito, el 17 de Marzo de 1887. In feria 3 ^a Rogationum.....	469
Dominica de Pasión.....	487